



LA
SOMBRA DE LA
SERPIENTE



RICK RIORDAN 

Genial, esto va de mal en peor. Apofis anda suelto sembrando el terror allí adonde va. Solo nos quedan dos días... Y, mientras, todos nos dan la espalda. Un grupo de magos rebeldes, encabezados por Sarah Jacobi, nos han acusado a Sadie y a mí de haber provocado el caos y de que Set esté en libertad. Juran que acabarán con nosotros... De los dioses, mejor ni hablar: nadie sabe dónde se han metido, y los que quedan, como Ra, el mismísimo dios del sol, solo piensan en chupetear galletas, babear y tararear cancioncillas sin sentido... Nunca hemos estado tan solos y tan desesperados; solo nos queda una última oportunidad: capturar la sombra de Apofis. Se me olvidaba decirles que nadie hasta ahora lo ha conseguido, así que, si sale mal, no estaremos aquí para contarlo.

Rick Riordan

La sombra de la serpiente

Las crónicas de Kane - 3

Título original: *The Kane Chronicles 3. The Serpent's Shadow*

© 2012, Rick Riordan

© 2012, Manuel Viciano Delibano, por la traducción

Diseño de la cubierta: Adaptación del diseño de Joann Hill / Random House Mondadori S. A.

Ilustración de la cubierta: (c) 2012, John Rocco

Para tres grandes editoras
que moldearon mi carrera como escritor:
Kate Miciak, Jennifer Besser y Stephanie Lurie,
las magas que han insuflado vida a mis palabras.

Advertencia

Este libro es la transcripción de una grabación de audio. Carter y Sadie Kane me enviaron en otras dos ocasiones grabaciones como esta, que transcribí con los títulos *La Pirámide Roja* y *El Trono de Fuego*. Aunque es un honor que los Kane sigan confiando en mí, debo advertir al lector que este tercer relato es el más preocupante de todos. La cinta llegó a mi casa en una caja chamuscada, con unas marcas de garras y dientes que el zoólogo a quien consulté no logró identificar. De no ser por los jeroglíficos de protección que llevaba en su exterior, dudo mucho que la caja hubiera soportado el viaje. Seguid leyendo y averiguaréis por qué.

1. La fiesta en la que nos colamos se va a pique

SADIE

Sadie Kane al habla.

Si estáis oyendo esto, ¡enhorabuena! Habéis sobrevivido al apocalipsis.

Antes que nada, querría disculparme por cualquier inconveniente que haya podido causaros el fin del mundo. Los terremotos, revueltas, disturbios, tornados, inundaciones, tsunamis y, por supuesto, la gigantesca serpiente que se tragó el Sol. Me temo que casi todo fue por culpa nuestra. Carter y yo hemos decidido que, al menos, deberíamos explicar cómo sucedió.

Seguramente esta será la última grabación que hagamos. Cuando hayáis escuchado nuestra historia, el motivo será evidente.

Nuestros problemas empezaron en Dallas, cuando las ovejas que escupían fuego destruyeron la exposición del rey Tut.

Aquella noche los magos de Texas daban una fiesta en el jardín escultórico que hay al lado del Museo de Arte de Dallas. Los hombres llevaban esmoquin y botas de vaquero, y las mujeres lucían sus vestidos y unos peinados que parecían nubes de algodón explotando.

(Carter dice que en Estados Unidos lo llaman algodón de azúcar. Me da igual. Yo me crié en Londres, así que tendréis que esforzaros por aprender cómo se llaman de verdad las cosas.)

Un grupo interpretaba viejos éxitos de la música *country* frente al pabellón central. De las ramas de los árboles colgaban hileras de bombillitas. De vez en cuando aparecía algún mago por las entradas secretas que había en las estatuas, o alguien hacía aparecer chispas de fuego para espantar a los insistentes mosquitos, pero a grandes rasgos parecía una fiesta de lo más normal.

El líder del Nomo Quincuagésimo Primero, J. D. Grissom, estaba hablando con unos invitados y disfrutando de unos tacos de ternera cuando nos lo llevamos aparte para una reunión de emergencia. Me supo mal, pero no había más remedio, teniendo en cuenta el peligro que le acechaba.

—¿Un ataque? —repitió, frunciendo el ceño—. La exposición de Tut ya lleva abierta un mes. Si Apofis planeara un asalto, ¿no lo habría llevado a cabo ya?

J. D. era un hombre alto y robusto, de facciones duras y curtidas, con el pelo rojo escalonado y unas manos rugosas como la corteza de un árbol. Aparentaba unos cuarenta años, pero con los magos es difícil saberlo a ciencia cierta. Podría tener cuatrocientos sin ningún problema. Llevaba un traje negro con corbata de bolo, y en el cinturón, una estrella de plata por hebilla, como si fuera un sheriff del salvaje oeste.

—Podemos hablar por el camino —dijo Carter y empezó a abrirse paso hacia el extremo opuesto del jardín.

Tengo que admitir que mi hermano irradiaba confianza.

Aunque seguía siendo un zopenco de mucho cuidado, por supuesto. A su pelo, castaño y crespo, le faltaban unos mechones del lado izquierdo por culpa de un «picotazo amistoso» que le había dado su grifo, y las marcas de su cara delataban que aún no había terminado de dominar el arte del afeitado. Sin embargo, al cumplir los quince años había dado un estirón, y las horas que había pasado entrenando para el combate se le notaban en los músculos. Con su ropa negra de lino, y sobre todo, con la espada *jopesh*

que llevaba al cinto, daba una sensación de desventura y madurez. Yo casi podía imaginármelo dirigiendo un ejército sin que me diera un ataque de risa.

[¿Por qué me miras así, Carter? Ha sido una descripción bastante elogiosa.]

Carter rodeó la mesa del bufet, aprovechando para hacerse con un puñado de nachos.

—Apofis sigue una pauta —dijo a J. D.—. Todos sus otros ataques han ocurrido en noches de luna nueva, cuando todo está más oscuro. Créeme, esta noche caerá sobre tu museo. Y caerá con fuerza.

J. D. Grissom tuvo que esquivar a un grupo de magos que bebían champán.

—Esos otros ataques... —dijo—. ¿Te refieres a Chicago y Ciudad de México?

—Y Toronto —respondió Carter—. Y... algunos más.

Supe que mi hermano prefería no dar más detalles. Los ataques que habíamos presenciado aquel verano nos habían provocado pesadillas a los dos.

De acuerdo, el apocalipsis puro y duro aún no había llegado. Apofis, la Serpiente del caos, había escapado de su prisión del inframundo seis meses antes, pero aún no había lanzado la invasión a gran escala del mundo mortal que nos temíamos. Por algún motivo, la Serpiente esperaba su oportunidad, y mientras tanto se conformaba con lanzar asaltos menores contra nomos que parecían seguros y felices.

«Como este», pensé.

Cuando pasamos junto a los pabellones, el grupo terminaba de interpretar su canción. Una hermosa mujer rubia que tocaba el violín hizo un gesto a J. D. con el arco.

—¡Sube, cielo! —le llamó—. ¡Te necesitamos a la guitarra hawaiana!

J. D. se obligó a sonreír.

—Enseguida, cariño. Ahora vuelvo. —Seguimos andando. J. D. se giró hacia nosotros—. Es mi esposa, Anne.

—¿También es maga? —le pregunté.

Él asintió... mientras se le nublaba la expresión.

—Esos ataques. ¿Por qué estáis tan convencidos de que Apofis vendrá aquí?

Como a esas alturas Carter tenía la boca llena de nachos, su respuesta fue:

—Mmmf, mmm.

—Porque busca una pieza en particular —traduje yo—. Ya ha destruido cinco copias de ella. La última que queda es la que hay en vuestra exposición de Tut.

—¿Qué pieza es? —preguntó.

Vacilé. Antes de llegar a Dallas, nos habíamos lanzado todo tipo de hechizos de escudo y llevábamos amuletos protectores que evitaban las escuchas mágicas, pero aun así me inquietaba hablar en voz alta de nuestros planes.

—Será mejor que te lo enseñemos. —Rodeé una fuente, donde dos magos jóvenes se dedicaban a trazar brillantes mensajes de «Te quiero» en los adoquines con sus varitas—. Hemos traído nuestro propio equipo de élite para que nos ayude. Están esperándonos en el museo. Si nos dejases estudiar la pieza, o quizá llevárnosla para protegerlo...

—¿Llevároslo? —repitió J. D., torciendo el gesto—. La exposición está muy bien defendida. Mis mejores magos la patrullan las veinticuatro horas del día. ¿Creéis que en la Casa de Brooklyn estaría más seguro?

Nos detuvimos al final del jardín. En la acera de enfrente estaba la fachada lateral del museo, de la

que colgaba un estandarte de cuatro metros con el busto del rey Tut.

Carter sacó su teléfono móvil. Enseñó a J. D. Grissom una imagen en la pantalla: la mansión calcinada que había sido el cuartel general del Nomo Centésimo en Toronto.

—No dudo que tus guardias sean buenos —dijo Carter—, pero preferiríamos evitar que vuestro nomo sea el objetivo de Apofis. En los anteriores ataques... los esbirros de la serpiente no dejaron a nadie vivo.

J. D. se quedó mirando la pantalla del móvil y luego lanzó una mirada fugaz a su esposa, Anne, que interpretaba la melodía de un *two-step*.

—Muy bien —dijo J. D.—. Espero que hayáis traído un equipo de primera.

—Son geniales —le aseguré—. Ven, que te los presentamos.

Nuestro pelotón de magos de élite estaba saqueando la tienda de regalos.

Felix había convocado a tres pingüinos, que se balanceaban de un lado a otro con caretas del rey Tut puestas. Nuestro amigo babuino, Keops, estaba sentado encima de una estantería leyendo *La historia de los faraones*, y habría sido una stampa impresionante si no sostuviese el libro al revés. Walt —ay, querido Walt, ¿por qué?— había abierto la urna de las joyas y examinaba las pulseras y collares por si fuesen mágicos. Alyssa estaba haciendo volar jarrones de cerámica con su magia elemental de tierra, formando un ocho con las trayectorias de veinte o treinta a la vez.

Carter carraspeó.

Walt se quedó petrificado, con las manos llenas de joyas de oro. Keops se descolgó de la estantería, tirando casi todos los libros. La cerámica de Alyssa se hizo añicos contra el suelo. Felix intentó ahuyentar a sus pingüinos para esconderlos detrás del mostrador. (El chico se empeña en que esos animales tienen mucha utilidad. Me temo que yo no se la veo.)

J. D. Grissom hizo repiquetear los dedos contra la estrella de sheriff que llevaba en el cinturón.

—¿Este es vuestro asombroso equipo?

—¡Sí! —exclamé, intentando una sonrisa confiada—. Perdona el estropicio, voy a ver si... —Saqué mi varita del cinturón y pronuncié una palabra de poder—: *Hi-nehm!*

Había mejorado mucho con ese tipo de hechizos. Ahora casi siempre podía canalizar la energía de mi diosa patrona, Isis, sin desmayarme. Y no había explotado ni una sola vez.

El jeroglífico de «unir» brilló un instante en el aire:



Las esquirlas de los jarrones rotos volaron unas hacia otras y se repararon solas. Los libros regresaron a los estantes. Las caretas del rey Tut salieron de las cabezas de los pingüinos, revelando que en realidad eran (¡increíble!) pingüinos.

Nuestros amigos tenían un aire avergonzado.

—Lo siento —farfulló Walt, devolviendo las joyas a su vitrina—. Es que nos aburríamos.

Yo no podía enfadarme en serio con Walt. Era un chico alto y atlético, con figura de jugador de baloncesto y vestido con pantalones de deporte y una camiseta sin mangas que destacaba sus brazos

musculosos. Tenía la piel del color del chocolate a la taza, y una cara tan regia y atractiva como las estatuas de sus antepasados faraones.

¿Que si me gustaba? En fin, es complicado. Luego hablamos de eso.

J. D. Grissom pasó revista a nuestro equipo.

—Encantado de conoceros —dijo, logrando contener su entusiasmo—. Seguidme.

El vestíbulo principal del museo era una sala blanca inmensa con mesitas de cafetería vacías, un escenario y el techo tan alto que podrías traerte a tu mascota jirafa. A un lado, una escalera subía hasta la hilera de despachos que ocupaba una entreplanta abierta al vestíbulo. Al otro lado, por la enorme cristalera, se veía la silueta de los edificios de Dallas contra el horizonte nocturno.

J. D. señaló hacia la terraza de la entreplanta, donde había dos vigilantes vestidos con túnicas de lino negro.

—¿Lo veis? Hay guardias por todas partes.

Los hombres tenían listos sus báculos y varitas. Se asomaron un momento para echarnos un vistazo y me percaté de que les brillaban los ojos. Llevaban jeroglíficos en los pómulos, como si fueran pinturas de guerra.

Alyssa me susurró:

—¿Qué les pasa en los ojos?

—Magia de vigilancia —aventuré—. Esos símbolos permiten que los guardias vean en la Duat.

Alyssa se mordió el labio. Como su patrón era Geb, el dios de la tierra, prefería las cosas sólidas, como la piedra o el barro. No le gustaban las alturas ni el agua profunda. Y no le gustaba ni un pelo la idea de la Duat, el reino mágico que coexistía con el nuestro.

Una vez, cuando le describí la Duat como un océano que hay bajo nuestros pies, formado por capas y más capas de dimensiones mágicas que descienden hasta el infinito, creí que Alyssa iba a desmayarse del mareo.

En cambio, Felix, a sus diez años, no tenía tantas manías.

—¡Cómo mola! —exclamó—. Yo quiero que me brillen los ojos.

Se pasó un dedo por las mejillas y dejó unas manchas relucientes de color violeta con la forma de la Antártida.

Alyssa se echó a reír.

—¿Ahora puedes ver en la Duat?

—No —reconoció él—, pero veo mucho mejor a mis pingüinos.

—Hay que darse prisa —nos recordó Carter—. Apofis suele atacar justo cuando la Luna llega al punto más alto de su trayectoria. Y eso será...

—¡Ajá! —Keops levantó sus diez dedos. Aún no he conocido a un babuino que no tenga un sentido exacto del tiempo astronómico.

—Dentro de diez minutos —dije—. Genial.

Caminamos hacia la entrada de la exposición del rey Tut, difícil de pasar por alto gracias a un enorme letrero dorado que decía:

EXPOSICIÓN DEL REY TUT

Montaban guardia dos magos que sujetaban las correas de sendos leopardos adultos.

Carter miró a J. D. con asombro.

—¿Cómo has conseguido tener acceso completo al museo?

El texano se encogió de hombros.

—Mi esposa, Anne, es la presidenta de la junta. Bueno, ¿qué pieza queríais ver?

—Me he aprendido los planos de la exposición —dijo Carter—. Vamos y te la enseño.

Los leopardos parecían bastante interesados en los pingüinos de Felix, pero los guardias los contuvieron para que pudiésemos pasar.

En el interior, la exposición era muy completa, pero supongo que los detalles no os preocupan mucho. Era un laberinto de salas llenas de sarcófagos, estatuas, muebles, joyas de oro, bla, bla, bla. Yo las habría pasado todas de largo; ya he visto suficientes colecciones egipcias para varias vidas, muchísimas gracias.

Además, allá donde mirase, había algo que me recordaba una mala experiencia.

Pasamos junto a vitrinas llenas de figuras *shabti*, sin duda hechizadas para cobrar vida cuando se las invocara. De esas había matado unas cuantas. Había estatuas de monstruos malcarados y dioses contra los que había luchado en persona: la buitres Nejbet, que había poseído a mi abuela (es una larga historia), el cocodrilo Sobek, que había intentado matar a mi gata (es una historia aún más larga) y la diosa leona Sejmet, a quien una vez derrotamos a base de salsa picante (mejor no preguntéis).

Lo más terrible de todo era una estatuilla de alabastro que representaba a nuestro amigo Bes, el dios enano. La escultura era del año catapún, pero reconocí la nariz respingona, las patillas pobladas, la panza y esa cara encantadoramente fea que parecía haber sido golpeada repetidamente con una sartén. Solo habíamos tratado con Bes durante unos pocos días, pero literalmente sacrificó su alma para ayudarnos. Desde entonces, siempre que lo veía, recordaba una deuda que jamás podría pagar.

Debí de distraerme más tiempo del que creía junto a la estatua. El resto del grupo se había adelantado y ya estaba entrando en la siguiente sala, a veinte metros de distancia, cuando una voz dijo a mi lado:

—¡Psss!

Miré a mi alrededor. Pensé que tal vez me había hablado la estatua de Bes. Entonces la voz volvió a llamarme:

—Eh, muñeca, escúchame. No tenemos mucho tiempo.

En el centro de la pared, justo ante mis ojos, una cara de hombre abombó la pintura blanca y rugosa como si intentara escapar atravesándola. Tenía un pico por nariz, labios finos y crueles, y una frente despejada. Aunque era del mismo color que la pared, parecía de lo más vivo. Sus ojos blancos sin iris se las ingenieron para transmitirme una mirada de impaciencia.

—No salvaréis el papiro, muñeca —me advirtió—. Y aunque lo hicierais, nunca lo descifraríais. Necesitáis que os ayude yo.

Desde que empecé a practicar la magia, había pasado por muchas situaciones extrañas, así que tampoco me sobresalté demasiado. De todas formas, había aprendido a no fiarme de la primera aparición de masilla blanca que me hablase, sobre todo si me llamaba «muñeca». Me recordó a un personaje de las pelis malas de mafiosos que solían ver los chicos de la Casa de Brooklyn cuando tenían un rato libre. Aquella aparición debía de ser el tío Vinnie de alguien, quizá.

—¿Quién eres? —pregunté con dureza.

El hombre soltó un bufido.

—Como si no me reconocieras. Como si hubiera alguien que no me reconozca. Tenéis dos días hasta que me borren del mapa. Si queréis derrotar a Apofis, más vale que uséis vuestras influencias y me saquéis de aquí.

—No tengo ni la menor idea de lo que me estás diciendo —repliqué.

Aquel hombre no tenía la voz de Set, el dios del mal, ni la de la serpiente Apofis, ni la de ningún otro villano con el que hubiera tratado antes, pero una nunca podía estar segura. Existía una cosa llamada «magia», al fin y al cabo.

El hombre alzó la barbilla.

—Muy bien, lo entiendo. Quieres algo tangible antes de creerme. No lograréis salvar el papiro, pero quédate con la caja dorada. Os proporcionará una pista de lo que os hace falta, si sois lo bastante listos como para entenderla. Pasado mañana al anochecer, muñeca. En ese momento caducará mi oferta, porque cuando esté eternamente...

Se quedó sin aire. Puso los ojos como platos y se tensó como si le estrecharan una cuerda al cuello. Poco a poco, su cara se alisó hasta desaparecer de la pared.

—¿Sadie? —me llamó Walt desde el final del pasillo—. ¿Estás bien?

Miré en su dirección.

—¿Tú lo has visto?

—¿Ver el qué? —preguntó.

«Claro que no», pensé. ¿Qué gracia tendría que alguien más hubiese presenciado mi visión del tío Vinnie? Si alguien lo hubiese visto, no podría preguntarme si me estaba volviendo loca de remate.

—Nada —dije, y corrí para alcanzarlos.

La entrada a la siguiente sala estaba flanqueada por dos esfinges de obsidiana enormes, con cuerpo de león y cabeza de carnero. Carter dice que esa clase de esfinge se llama «crioesfinge». [Gracias, Carter, todos nos moríamos de ganas de conocer ese detalle inútil.]

—¡Ajk! —nos advirtió Keops, mientras levantaba cinco dedos.

—Quedan cinco minutos —tradujo Carter.

—Dejadme un momento —dijo J. D.—. Esta sala es la que tiene los hechizos de protección más fuertes. Tengo que modificarlos para permitirlos el paso.

—Ah —respondí, nerviosa—. Pero los hechizos seguirán conteniendo a enemigos como las serpientes gigantes del caos, ¿verdad?

J. D. me dedicó la mirada de irritación que suelo recibir muchas veces.

—Lo creas o no, sé algo de magia de protección —me aseguró—. Confía en mí.

Alzó su varita y se puso a canturrear. Carter me llevó a un lado.

—¿Estás bien?

Supongo que me debía de notar inquieta por mi conversación con el tío Vinnie.

—Estoy bien —le dije—. He visto una cosa ahí detrás. Lo más probable es que sea algún truco de Apofis, pero...

La mirada se me fue al otro lado del pasillo. Walt observaba fijamente un trono dorado que había dentro de una vitrina de cristal. Se inclinó, apoyándose con una mano en la vitrina, como si estuviese a punto de vomitar.

—Luego te lo cuento —le dije a Carter.

Me acerqué a Walt. La luz de la exposición volvía su rostro de un color marrón rojizo, como el de las colinas de Egipto.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tutankamon murió en ese trono —dijo él.

Leí la tarjeta de la pieza. No mencionaba que Tut hubiera muerto allí sentado, pero la voz de Walt sonaba muy convencida. A lo mejor podía sentir la maldición de su familia. El rey Tut era hermano del tatarata-tatarata-millones-abuelo de Walt, y el mismo veneno genético que mató al antiguo faraón a los diecinueve años corría por las venas de Walt, ganando fuerza cada vez que él practicaba la magia. Y, aun sabiéndolo, Walt se negaba a aflojar. Ver el trono de su antepasado debió de sentarle como si leyese su propia esquila.

—Encontraremos la cura —le aseguré—. Tan pronto como nos hayamos ocupado de Apofis...

Me miró y ni siquiera fui capaz de acabar la frase. Los dos sabíamos que teníamos muy pocas posibilidades de vencer a Apofis. Aunque lo consiguiésemos, no había garantías de que Walt viviera lo suficiente para disfrutar de la victoria. Aquel era uno de los días buenos de Walt, y aun así se le notaba el dolor en los ojos.

—Chicos —nos llamó Carter—, estamos listos.

La sala que había al otro lado de las crioesfinges era una especie de colección de grandes éxitos de la ultratumba egipcia. Un Anubis de madera de tamaño real nos miraba desde lo alto de su pedestal. Sobre una réplica de la balanza de la justicia estaba posada la estatua dorada de una babuina, con la que Keops empezó a coquetear de inmediato. Había máscaras de faraones, mapas del inframundo y montones de vasos canopos que una vez contuvieron órganos embalsamados.

Carter pasó entre todo aquello sin mirarlo. Nos reunió a todos en torno a un largo papiro que había en una vitrina junto a la pared del fondo.

—¿Esto es lo que buscáis? —preguntó J. D. frunciendo el ceño—. ¿El *Libro de derrotar a Apofis*? Ya sabréis que ni siquiera los mejores hechizos creados contra Apofis son muy efectivos.

Carter echó mano a su bolsillo y sacó un trozo de papiro quemado.

—Esto es lo único que pudimos rescatar en Toronto. Era otra copia del mismo rollo.

J. D. cogió el fragmento de papiro. No era más grande que una postal, y además estaba tan chamuscado que solo se entendían unos cuantos jeroglíficos.

—«Derrotar a Apofis» —leyó—. Pero este es uno de los papiros mágicos más comunes que existen. Han sobrevivido centenares de copias desde la antigüedad.

—No. —Tuve que contener el impulso de mirar a mis espaldas por si había alguna serpiente gigante escuchándonos—. Apofis solo anda detrás de una versión concreta, la que escribió este coleguita. —Toqué la plaquita de información que había al lado de la vitrina y leí—: «Atribuido al príncipe Jaemuset, también conocido como Setne».

J. D. torció el gesto.

—Un nombre infame... Setne fue uno de los magos más viles de toda la historia.

—Eso habíamos oído —respondí—, y Apofis solo está destruyendo la versión de ese papiro que escribió Setne. Tenemos entendido que solo existían seis copias. Apofis ya ha quemado cinco. Esta es la última que queda.

J. D. estudió el pedazo de papiro quemado con expresión dudosa.

—Si Apofis de verdad se ha alzado de la Duat con todo su poder, ¿qué más le dan unos pocos papiros? No hay conjuro capaz de detenerlo. ¿Por qué no ha destruido el mundo ya?

Eso mismo era lo que nosotros llevábamos meses preguntándonos.

—Apofis tiene miedo de este papiro —dije, esperando que fuese cierto—. Debe de contener el secreto para destruirle. La Serpiente quiere asegurarse de que no quede ninguna copia antes de invadir el mundo.

—Sadie, hemos de darnos prisa —dijo Carter—. El ataque podría llegar en cualquier momento.

Di un paso hacia el rollo. Extendido, medía unos dos metros de largo y medio de ancho, con líneas apretadas de jeroglíficos e ilustraciones a color. Había visto muchísimos papiros como aquel, que explicaban las distintas formas de derrotar al caos e incluían cánticos que habían sido compuestos para impedir que la serpiente Apofis devorara al dios solar Ra durante su travesía nocturna de la Duat. A los antiguos egipcios les obsesionaba un poco ese tema. Eran unos tíos de lo más dicharacheros.

Yo sabía leer los jeroglíficos —es uno de mis muchos talentos—, pero ese pergamino era demasiado largo para una sola sentada. A primera vista no encontré nada que pareciera particularmente útil. Estaban las típicas descripciones del Río de la Noche, por el que navegaba el barco solar de Ra. Ya estuve allí una vez, gracias. Había consejos para combatir a los distintos demonios de la Duat. Sé quiénes son. Maté a muchos de ellos. Me conozco el percal.

—Sadie —dijo Carter—, ¿hay algo?

—Aún no lo sé —refunfuñé—. Déjame un momento.

Me fastidiaba que mi hermano, el ratón de biblioteca, fuese el mago de combate mientras se esperaba de mí que leyese magia como una campeona. Si apenas tenía paciencia para las revistas, no hablemos de los papiros mohosos.

«Nunca lo descifraríais —me había advertido la cara de la pared—. Necesitáis que os ayude yo.»

—Tendremos que llevárnoslo —decidí—. Seguro que, con algo más de tiempo, puedo averiguar cómo...

El edificio tembló. Keops dio un chillido y saltó en brazos de la babuina dorada. Los pingüinos de Felix se balancearon con nerviosismo.

—Eso ha sonado como... —J. D. Grissom perdió el color de la cara—. Una explosión ahí fuera. ¡La fiesta!

—Es una distracción —le advirtió Carter—. Apofis trata de alejar nuestras defensas del papiro.

—Están atacando a mis amigos —dijo J. D. con un hilo de voz—. A mi esposa.

—¡Ve! —le dije, y miré con rabia a mi hermano—. Nosotros nos ocuparemos del rollo. ¡La mujer de J. D. corre peligro!

J. D. envolvió mis manos con las suyas.

—Llevaos el pergamino. Buena suerte.

Salió de la sala a la carrera.

Yo me volví hacia la pieza expuesta.

—Walt, ¿puedes abrir la vitrina? Hay que sacar esto de aquí tan rápido como...

Una risa malévolamente llenó la estancia. Una voz seca, potente y profunda como una explosión nuclear resonó a nuestro alrededor:

Yo diría que no, Sadie Kane.

Noté mi piel como si estuviese transformándose en papiro quebradizo. Recordaba aquella voz. Recordaba lo que se sentía al estar tan cerca del caos, como si mi sangre se convirtiese en fuego y mi ADN se desenmarañara.

Creo que voy a destruirlos usando a los guardianes de la Maat, dijo Apofis. Sí, será divertido.

En la entrada de la sala, las dos crioesfinges de obsidiana se volvieron para colocarse hombro con hombro, bloqueando la salida. De sus fosas nasales salieron llamas.

Hablaron al unísono, con la voz de Apofis:

—Nadie saldrá vivo de este lugar. Adiós, Sadie Kane.

2. Le canto las cuarenta al caos

SADIE

¿Os sorprendería si os digo que las cosas fueron de mal en peor a partir de entonces?

Ya pensaba que no.

Nuestras primeras bajas fueron los pingüinos de Felix. Las crioesfinges arrojaron llamaradas a las desafortunadas aves, que se fundieron hasta dejar solo unos charcos de agua.

—¡No! —exclamó Felix.

La sala retumbó, esta vez con mucha más intensidad.

Keops dio un chillido y saltó sobre la cabeza de Carter, con lo que lo derribó. En otras circunstancias habría sido gracioso, pero comprendí que Keops acababa de salvarle la vida a mi hermano.

Donde Carter había estado un segundo antes, el suelo se hizo pedazos. Las baldosas de mármol se desmenuzaron como si las hubiera destrozado un martillo neumático invisible. La grieta serpenteó por toda la sala, destruyendo todo lo que encontraba en su camino y tragándose artefactos que quedaron destrozados. Sí, «serpenteó» es la palabra adecuada. La destrucción reptaba exactamente igual que una serpiente, deslizándose en dirección a la pared del fondo y al *Libro de derrotar a Apofis*.

—¡El rollo! —grité.

Por lo visto, no me oyó nadie. Carter seguía en el suelo, intentando quitarse a Keops de la cabeza. Felix estaba de rodillas, mirando aturcido los charcos que habían sido sus pingüinos, mientras que Walt y Alyssa intentaban apartarlo a rastras de las crioesfinges flamígeras.

Yo saqué mi varita del cinturón y pronuncié a viva voz la primera palabra de poder que se me ocurrió:

—*Drowah!*

Unos jeroglíficos dorados, que componían la orden «limitar», refulgieron en el aire. Con un destello, apareció una muralla de luz entre la vitrina y la línea de destrucción.



A veces utilizaba ese hechizo para separar una riña entre aprendices o para proteger el estante de los aperitivos de incursiones zamponas nocturnas, pero jamás lo había probado en un momento tan crucial.

Cuando el martillo neumático invisible llegó a mi escudo, el hechizo empezó a desmoronarse. La perturbación escaló el muro de luz, destrozándolo a su paso. Intenté concentrarme, pero una fuerza mucho más poderosa, el propio caos, trabajaba en mi contra, invadiéndome la mente y dispersando mi magia.

Preso del pánico, comprendí que no podía liberarme. Estaba atrapada en un combate que no podía ganar. Apofis estaba haciendo trizas mis pensamientos con la misma facilidad con la que había destruido el suelo.

Walt me hizo soltar la varita con un manotazo.

La oscuridad me inundó. Me derrumbé en los brazos de Walt. Cuando se me aclaró la vista, tenía las manos quemadas y humeantes. Estaba demasiado conmocionada para sentir el dolor. El *Libro de derrotar a Apofis* ya no estaba. No quedaba nada excepto un montón de escombros y un agujero enorme

en la pared, como si la hubiese atravesado un tanque.

La desesperación estuvo a punto de obstruirme la garganta, pero enseguida me rodearon mis amigos. Walt me sostuvo en pie. Carter desenfundó su espada. Keops enseñó los colmillos y rugió a las crioesfinges. Alyssa abrazó a Felix y le dejó sollozar contra su manga. Cuando cayeron sus pingüinos, había perdido toda la valentía.

—Y ahora, ¿qué? —grité a las crioesfinges—. ¿Quemas el papiro y sales por piernas, como siempre? ¿Tanto miedo te da aparecer en persona?

Una nueva risotada inundó la sala. Las crioesfinges se quedaron inmóviles junto a la entrada, pero en las vitrinas empezaron a temblar todas las figuritas y las joyas. Con un crujido que hacía daño al oído, la estatua de la babuina dorada con la que había intentado ligar Keops giró la cabeza de repente.

—Pero si estoy en todas partes —dijo la Serpiente por medio de la boca de la estatua—. Puedo destruir todo lo que aprecias... y a todo el que aprecias.

Keops bramó, indignado. Se arrojó contra la babuina y la tiró de la balanza. La estatua se derritió en un neblinoso charco de oro.

Una nueva estatua cobró vida, un faraón de madera bañada en oro que empuñaba una lanza de cazador. Su boca tallada se curvó en una sonrisa torcida.

—Tu magia es débil, Sadie Kane. ¡Qué vieja y podrida se ha vuelto la civilización humana! Me tragaré al dios solar y sumiré vuestro mundo en la oscuridad. El mar del caos os consumirá a todos.

Como si no pudiera soportar toda la energía que contenía, la estatua del faraón estalló. Su pedestal quedó desintegrado, y una nueva línea de magia malvada de martillo neumático serpenteó por la sala, levantando las baldosas del suelo. Se dirigía a la pared oriental, donde había un expositor con un armarito dorado.

Sálvalo, dijo una voz de mi interior; tal vez mi subconsciente o tal vez la voz de Isis, mi diosa patrona. Habíamos compartido nuestros pensamientos tantas veces que me costaba distinguirlos.

Recordé lo que me había dicho la cara de la pared: «Quédate con la caja dorada. Os dará una pista de lo que os hace falta».

—¡La caja! —aullé—. ¡Detenedlo!

Mis amigos me miraron sin entender. Una explosión procedente de algún punto del exterior sacudió el edificio. Llovieron trozos de yeso del techo.

—¿Estos niños son lo mejor que has podido reunir contra mí? —dijo Apofis desde un *shabti* de marfil de la vitrina más cercana, un marinero en miniatura en su barco de juguete—. Walt Stone, tú eres el más afortunado. Aunque sobrevivas esta noche, tu enfermedad te matará antes de mi gran victoria. No tendrás que contemplar cómo destruyo tu mundo.

Walt se tambaleó. De pronto, era yo quien le sostenía a él. Me dolían tanto las manos quemadas que tuve que reprimir una náusea.

La línea de destrucción seguía recorriendo el suelo, todavía en la dirección del armarito dorado. Alyssa extendió su báculo y gruñó una orden.

Por un momento, el suelo se estabilizó, transformado en una lámina continua de piedra gris. Entonces aparecieron más grietas y la fuerza del caos quebró la lámina en su avance.

—Valiente Alyssa —dijo la Serpiente—, la tierra que tanto amas se disolverá en el caos. ¡No te quedará un solo lugar que hollar!

El báculo de Alyssa estalló en llamas. Ella chilló y lo arrojó a un lado.

—¡Basta! —gritó Felix. Hizo añicos la vitrina con su báculo y destruyó el marinero en miniatura junto con otra docena de *shabtis*.

La voz de Apofis se limitó a trasladarse a un amuleto de jade con el símbolo de Isis que llevaba al cuello un maniquí cercano.

—Ah, pequeño Felix, qué divertido me resultas. Tal vez me sirvas de mascota, como esos ridículos pájaros que tanto te gustan. Me pregunto cuánto aguantarás hasta perder toda tu cordura.

Felix lanzó su varita y derribó el maniquí.

La estela de suelo despedazado que dejaba el caos ya estaba a medio camino del expositor.

—¡Va a por esa caja! —logré decir—. ¡Salvad la caja!

Vale, admitido, no era precisamente un grito de batalla inspirador, pero Carter pareció entenderme. Saltó frente al caos que avanzaba y clavó su espada en el suelo. El filo cortó la baldosa de mármol como si fuese helado. A sus dos lados se expandió una línea de magia azul, la versión de campo de fuerza que invocaba Carter.

La grieta de destrucción dio contra la barrera y se detuvo.

—Pobre Carter Kane. —Ahora la voz de la serpiente nos rodeaba, saltando de un artefacto a otro y haciéndolos explotar uno a uno con el poder del caos—. Tu liderazgo está condenado. Todo lo que intentes construir quedará hecho escombros. Perderás a aquellos a quienes más amas.

La línea defensiva azul de mi hermano empezó a titilar. Si no le ayudaba enseguida...

—¡Apofis! —exclamé—. ¿A qué esperas para destruirme? ¡Hazlo ya, maldita serpiente traidora y gordinflona!

Un siseo reverberó por toda la estancia. Quizá debería mencionar que uno de mis muchos talentos es poner furiosa a la gente. Por lo visto, también funcionaba con las serpientes.

El suelo dejó de temblar. Carter liberó su hechizo de escudo y casi se desplomó. Keops, con su maravillosa iniciativa babuina, saltó hacia el armarito dorado, lo recogió y se alejó dando otro brinco.

Cuando Apofis volvió a hablar, su voz llegó cargada de furia.

—Tú lo has querido, Sadie Kane. Es hora de morir.

Las dos esfinges con cabeza de carnero se movieron, con las bocas encendidas en llamas. Se lanzaron directas contra mí.

Por suerte, una de las dos resbaló en un charco de agua de pingüino y se desvió hacia la izquierda. La otra me habría abierto la garganta, de no ser porque recibió la embestida de un camello muy oportuno.

Sí, un camello de verdad a tamaño real. Si vosotros no acabáis de verlo claro, imaginaos como debió de quedarse la crioefinge.

¿Que de dónde salió el camello, preguntáis? No sé si he mencionado ya la colección de amuletos de Walt. Dos de ellos servían para invocar a unos camellos asquerosos. Yo ya los conocía, así que no me alegré demasiado cuando vi que ante mis ojos pasaba una tonelada de carne de camello, que se estrelló contra la esfinge y cayó al suelo encima de ella. La esfinge gruñó de rabia mientras intentaba liberarse. El camello bufaba y se tiraba pedos.

—Hindenburg —dije. Solo había un camello que pudiera soltar ventosidades de ese calibre—. Walt, ¿por qué narices...?

—¡Lo siento! —gritó él—. ¡Me he equivocado de amuleto!

En todo caso, la técnica funcionó. El camello no era un gran luchador, pero sí era bastante pesado y torpe. La crioesfinge rugió y arañó el suelo con sus garras, intentando apartar al camello en vano, pero Hindenburg simplemente se quedó despatarrado, berreando como si fuese una bocina asustada, y soltando gases.

Me coloqué al lado de Walt e intenté reponerme del susto.

La habitación se había convertido en un caos, literalmente. Unos zarcillos de relámpago rojizo saltaban de una pieza de la exposición a la siguiente. El suelo estaba haciéndose pedazos. Las paredes se agrietaban cada vez más. Los artefactos estaban cobrando vida y atacando a mis amigos.

Carter ahuyentaba a la otra crioesfinge, intentando acuchillarla con su *jopesh*, pero el monstruo bloqueaba sus embestidas con los cuernos mientras escupía fuego.

Felix estaba rodeado por un remolino de vasos canopos que se le echaban encima desde todas las direcciones, aunque él intentaba espantarlos con la ayuda del báculo. Un ejército de *shabtis* diminutos tenía rodeada a Alyssa, que recitaba hechizos a la desesperada para que su magia mantuviese la sala en una sola pieza. La estatua de Anubis perseguía a Keops de un lado a otro, destrozando cosas con los puños mientras nuestro valeroso babuino protegía el armarito dorado.

A nuestro alrededor crecía el poder del caos. Podía notarlo en los oídos, como cuando se avecina tormenta. La presencia de Apofis estaba haciendo que se resquebrajara el museo entero.

¿Cómo podía ayudar a todos mis amigos al mismo tiempo, proteger esa caja dorada y, encima, evitar que se nos cayera el museo encima?

—Sadie —me dijo Walt—, ¿cuál es el plan?

La primera crioesfinge por fin logró quitarse de encima a Hindenburg. Se giró y lanzó una llamada al camello, que soltó un último pedo antes de encogerse y recuperar la forma de inofensivo amuleto de oro. A continuación, la crioesfinge se encaró hacia mí. No parecía muy contenta.

—Walt —dije—, cúbreme.

—Claro. —Miró inseguro a la crioesfinge—. ¿Mientras haces qué?

«Buena pregunta», pensé yo.

—Hemos de proteger ese armarito —dije—. Es una especie de pista. Debemos restaurar la Maat, o el edificio implosionará y moriremos todos.

—¿Y cómo restauramos la Maat?

En vez de responder, me concentré. Hice descender mi visión a la Duat.

Es difícil describir lo que supone experimentar el mundo en tantos niveles a la vez. Se parece un poco a mirar usando gafas 3D y ver las cosas rodeadas de auras borrosas, solo que las auras no siempre casan con los objetos y las imágenes no dejan de cambiar. Un mago tiene que ir con mucho cuidado si mira en la Duat. En el mejor de los casos, provoca un pelín de náusea. En el peor, te explota el cerebro.

En la Duat, una serpiente gigante roja iba enrollándose sobre sí misma y llenando la sala a medida que la magia de Apofis se expandía poco a poco y rodeaba a mis amigos. Casi perdí la concentración, además de la cena.

«Isis —llamé—, ¿qué tal un pelín de ayuda?»

La fuerza de la diosa fluyó a mi interior. Extendí mis sentidos y vi a mi hermano combatiendo a la crioesfinge. En lugar de Carter estaba el dios guerrero Horus, blandiendo su espada resplandeciente.

Arremolinados en torno a Felix, los vasos canopos eran los corazones de espíritus malignos, unas

siluetas oscuras que descargaban garrazos y mordiscos contra nuestro joven amigo, aunque Felix tenía un aura sorprendentemente poderosa en la Duat. Su brillo, de un violeta intenso, parecía mantener a raya a los espíritus.

Alyssa estaba rodeada por una tormenta de arena con la forma de un hombre gigante. Mientras ella entonaba su cántico, el dios de la tierra Geb levantó los brazos y sostuvo el techo. El ejército de *shabtis* enemigos que tenía alrededor ardía descontrolado.

Keops tenía el mismo aspecto en la Duat, pero, mientras daba saltos por toda la sala para alejarse de la estatua de Anubis, el armarito dorado que cargaba se abrió. En su interior habitaba la oscuridad más pura, como si estuviera lleno de tinta de pulpo.

No sabía muy bien lo que aquello significaba, pero entonces miré a Walt y ahogué un grito.

En la Duat, estaba amortajado con unos vendajes de momia que emitían destellos grises. Tenía la carne transparente y los huesos luminosos, como si fuese una radiografía viviente.

«Su maldición —pensé—. Está marcado para la muerte.»

Y lo peor de todo era que la crioesfinge a la que se enfrentaba era el centro de la tormenta del caos. De su cuerpo salían zarcillos de relámpago rojos. Su cabeza de carnero se convirtió en la cabeza de Apofis, con ojos amarillos de serpiente y colmillos de los que goteaba veneno.

El monstruo se abalanzó sobre Walt pero, antes de que le alcanzara, Walt arrojó un amuleto. En la cara del monstruo explotaron unas cadenas de oro que le rodearon el hocico. La crioesfinge tropezó y se sacudió como un perro con bozal.

—Sadie, no pasa nada. —La voz de Walt sonaba más profunda y confiada, como si fuese más adulto en la Duat—. Pronuncia tu hechizo. Deprisa.

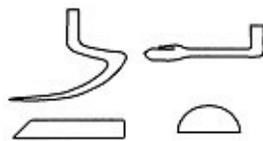
La crioesfinge tensó las mandíbulas. Las cadenas de oro chirriaron. La otra crioesfinge tenía a Carter acorralado contra una pared. Felix estaba de rodillas, con su aura violeta sucumbiendo al remolino de espíritus oscuros. Alyssa estaba perdiendo su batalla contra el derrumbe del techo, y los cascotes caían a su alrededor. La estatua de Anubis agarró el rabo de Keops y lo sostuvo cabeza abajo mientras el babuino aullaba y se aferraba al armarito de oro.

Ahora o nunca; tenía que restaurar el orden.

Canalicé el poder de Isis, drenando mis propias reservas de magia hasta el extremo de notar que me empezaba a arder el alma. Me obligué a concentrarme y pronuncié la más poderosa de todas las palabras divinas:

—*Maat*.

El jeroglífico ardió frente a mí, pequeño y brillante como un sol en miniatura:



—¡Bien! —exclamó Walt—. ¡Sigue así!

De algún modo, se las había ingeniado para tirar de la cadena y agarrar el morro de la esfinge con las manos. Mientras la criatura le empujaba con todas sus fuerzas, la extraña aura gris de Walt estaba recorriendo el cuerpo del monstruo como si fuese una infección. La crioesfinge siseó y se retorció. Me llegó un tufo a podredumbre, como el aire de una tumba abierta, tan fuerte que casi me desconcentró.

—Sadie —me premió Walt—. ¡Mantén el hechizo!

Puse toda mi atención en el jeroglífico. Envié hasta mis últimas reservas de energía a ese símbolo del orden y la creación. El mundo se hizo más brillante. La serpiente enroscada se esfumó como la niebla bajo la luz del sol. Las dos crioesfinges se desmoronaron y cayeron al suelo en forma de polvo. Los vasos canopos se hicieron añicos contra el suelo. La estatua de Anubis dejó caer a Keops de cabeza. El ejército de *shabtis* se quedó inmóvil alrededor de Alyssa, y su magia de la tierra se extendió por la sala, sellando las grietas y apuntalando las paredes.

Noté que Apofis se retiraba a las profundidades de la Duat, dando silbidos de cólera.

Al instante, me derrumbé.

—Te dije que podía conseguirlo —dijo una voz amable.

La voz de mi madre... pero era imposible, claro. Mi madre había muerto, así que solo podía hablar con ella muy de vez en cuando, y solo en el inframundo.

Recobré la vista, aunque solo podía distinguir borrones oscuros. Había dos mujeres inclinadas sobre mí. Una era mi madre; reconocí su pelo rubio recogido y unos ojos de color azul intenso que brillaban de orgullo. Era traslúcida (es lo que tienen los fantasmas), pero su voz transmitía vida y calidez.

—Aún no ha llegado el final, Sadie. Tienes que seguir adelante.

Junto a ella estaba Isis, con su sedoso vestido blanco y sus brillantes alas de todos los colores del arcoíris. Tenía el cabello de un negro brillante, trenzado con hileras de diamantes. Su rostro era tan hermoso como el de mi madre, pero más regio, menos afectuoso.

A ver, no me malinterpretéis. Al haber compartido los pensamientos de Isis, sabía que se preocupaba por mí a su manera, pero los dioses no son humanos. Les cuesta mucho trabajo considerarnos algo más que herramientas útiles o mascotas monas. Desde el punto de vista de los dioses, la vida de un ser humano no parece mucho más larga que la de un jerbo.

—¿Quién lo habría pensado? —dijo Isis—. La última maga que invocó la Maat fue la mismísima Hatshepsut, y solo pudo hacerlo después de ponerse barba postiza.

No entendí ni una palabra de lo que decía Isis. Decidí que era mejor así.

Traté de moverme, pero no pude. Me sentía como sumergida en el fondo de una bañera, suspendida en el agua tibia y con las caras de las dos mujeres ondulándose al mirarme desde encima de la superficie.

—Sadie, escúchame con atención —dijo mi madre—. No te culpes por las muertes. Cuando expliques tu plan a tu padre, no lo aprobará. Tienes que convencerle. Dile que es la única forma de salvar las almas de los muertos. Dile... —Su expresión se volvió lúgubre—. Dile que es la única forma de que vuelva a verme. Tienes que conseguirlo, cariño.

Quise preguntarle a qué se refería, pero al parecer tampoco podía hablar.

Isis me tocó la frente. Tenía los dedos tan fríos como la nieve.

—Será mejor que no la cansemos más. Nos despedimos de momento, Sadie. El momento en el que volveremos a unirnos se acerca a marchas forzadas. Eres fuerte, más incluso que tu madre. Juntas, dominaremos el mundo.

—Querrás decir «juntas, derrotaremos a Apofis» —corrigió mi madre.

—Por supuesto —dijo Isis—. A eso me refería.

Sus caras se emborronaron hasta fundirse. Las dos hablaron con una sola voz:

—Te quiero.

Sopló una ventisca ante mis ojos. El entorno cambió y me vi de pie en un cementerio sombrío junto a Anubis. No era el dios mohoso con cabeza de chacal que suele aparecer en el arte funerario egipcio, sino Anubis tal y como yo lo conocía: un joven de cálidos ojos castaños, pelo moreno alborotado y un rostro tan ridículamente perfecto que daba rabia. A ver, por favor, ser dios le daba una ventaja injusta. Podía tener el aspecto que le apeteciera. ¿Por qué tenía que aparecer siempre con esa forma en particular, la que me hacía correr hormiguitas por el estómago?

—Maravilloso —logré decir—. Si estás aquí, debo de estar muerta.

Anubis sonrió.

—Muerta no, aunque poco te ha faltado. Has hecho una jugada muy arriesgada.

En mi cara se inició una sensación ardiente que empezó a bajarme por el cuello. No sabía muy bien si era vergüenza, furia o la alegría de verle.

—¿Dónde te habías metido? —le solté—. ¡Seis meses sin decir ni una palabra!

Se le derritió la sonrisa.

—No me permitían verte.

—¿Quién te lo ha prohibido?

—Existen reglas —dijo él—. Ahora mismo nos observan, pero estás tan cerca de la muerte que he podido arañar unos instantes. Tengo que decirte una cosa: tu idea es la buena. Presta atención a lo que no está ahí. Es la única esperanza de que podáis sobrevivir.

—Ya —refunfuñé—. Gracias por no hablarme en acertijos.

La sensación cálida llegó a mi corazón. Empezó a latir, y de pronto caí en la cuenta de que no lo había hecho desde mi desmayo. Eso no podía ser bueno.

—Sadie, hay otra cosa. —La voz de Anubis se volvió acuosa y su imagen empezó a desvanecerse—. Tengo que decirte...

—Dímelo en persona —le interrumpí—. Ya está bien de esta tontería de la «visión en la muerte».

—No puedo. No me dejan.

—Sigues sonando como un crío pequeño. ¿No eras un dios? ¡Puedes hacer lo que te dé la gana, demonios!

Los ojos me ardían de rabia. Entonces, para mi sorpresa, Anubis se rió.

—Se me había olvidado lo irritante que eres. Intentaré visitarte... pronto. Tenemos que hablar de una cosa. —Levantó una mano y me la pasó por la mejilla—. Ya estás despertando. Adiós, Sadie.

—No te vayas. —Le agarré la mano y la sujeté contra mi mejilla.

El calor se extendió por todo mi cuerpo. La imagen de Anubis se disipó.

Abrí los ojos de sopetón.

—¡No te vayas!

Tenía vendas en las manos quemadas, con las que agarraba una peluda zarpa de babuino. Keops me miró, algo confundido.

—¿Ajk?

Genial. Estaba tonteando con un mono.

Me incorporé, confundida. Carter y nuestros amigos me rodeaban. La sala no se había venido abajo, pero la exposición del rey Tut estaba en ruinas. Tenía la sensación de que tardarían mucho en invitarnos a formar parte de los Amigos del Museo de Dallas.

—¿Qué... qué ha pasado? —farfullé—. ¿Cuánto tiempo...?

—Has estado muerta dos minutos —dijo Carter con voz temblorosa—. O sea, no te latía el corazón, Sadie. He pensado... me temía...

No pudo acabar la frase. Pobre chico. Sin mí, no habría sabido hacer una a derechas.

[¡Au!, Carter, no vale pellizcar.]

—Has invocado la Maat —dijo Alyssa, asombrada—. Eso es como... ¡imposible!

Supongo que sí que fue impresionante. Usar las palabras divinas para crear algo como un animal, una silla o una espada ya es complicado. Invocar un elemento como el fuego o el agua es aún más difícil. Pero invocar un concepto, como el orden... es algo que no se hace, y punto. De todos modos, en aquel momento estaba demasiado dolorida para apreciar mi propia genialidad. Me sentía como si hubiese invocado un yunque y me hubiera caído en la cabeza.

—Ha sido suerte —dije—. ¿Qué ha pasado con el armarito dorado?

—¡Ajkl! —Keops hizo gestos orgullosos hacia la caja brillante, que estaba muy cerca en el suelo, a salvo.

—Buen babuino —le dije—. Esta noche te toca ración doble de Cheerios.

Walt frunció el ceño.

—Pero el *Libro de derrotar a Apofis* está destruido. ¿De qué nos va a servir esa caja? Has dicho que era una especie de pista...

Me costaba mirar a Walt sin sentirme culpable. Mi corazón llevaba meses dividido entre él y Anubis, y era injusto que el dios se presentara en mis sueños, todo atractivo e inmortal, mientras el pobre Walt se jugaba la vida para protegerme y estaba cada día más débil. Recordé cómo lo había visto en la Duat, envuelto en fantasmagóricos vendajes grises de momia...

No. No podía pensar en eso. Me obligué a concentrarme en el armarito dorado.

«Presta atención a lo que no está ahí», había dicho Anubis. Puñeteros dioses con sus puñeteros acertijos.

La cara de la pared —el tío Vinnie— me había dicho que la caja nos sugeriría cómo derrotar a Apofis, si éramos lo bastante listos para entenderla.

—Aún no estoy segura de lo que significa —reconocí—. Si los texanos nos dejan llevárnosla a la Casa de Brooklyn...

Horrorizada, me di cuenta de una cosa. Ya no se oían explosiones en el exterior. Solo un silencio espeluznante.

—¡Los texanos! —gemí—. ¿Qué les ha pasado?

Felix y Alyssa salieron disparados hacia la puerta. Carter y Walt me ayudaron a levantarme y los tres corrimos tras ellos.

No quedaba ni un solo vigilante en su puesto. Llegamos al vestíbulo del museo y, por la pared acristalada, vi que se alzaban unas columnas de humo blanco desde el jardín escultórico.

—No —murmuré—. No, no.

Cruzamos la calle a toda velocidad. El pulcro césped se había convertido en un cráter tan grande como una piscina olímpica. El fondo estaba sembrado de estatuas metálicas fundidas y de pedruscos. Los túneles que antes llevaban al cuartel general del Nomo Quincuagésimo Primero se habían derrumbado como si un matón de patio de colegio hubiese chafado un hormiguero. Alrededor del cráter había trajes

de noche humeantes, bandejas de tacos partidas, copas de champán rotas y los báculos quebrados de los magos.

«No te culpes por las muertes», había dicho mi madre.

Aturullada, recorrí lo que quedaba del jardín. El enorme bloque de hormigón se había partido en dos, y una mitad había resbalado cráter abajo. En el barro había un violín chamuscado junto a un objeto brillante de plata.

Carter llegó a mi lado.

—De... deberíamos buscar —dijo—. Puede haber algún superviviente.

Me tragué las lágrimas. No supe muy bien cómo, pero sentía la verdad con absoluta certeza.

—No los hay.

Los magos de Texas nos habían recibido con los brazos abiertos y nos habían prestado su apoyo. J. D. Grissom me había cogido las manos y me había deseado suerte antes de correr para salvar a su esposa. Pero nosotros ya habíamos visto en otros nomos cómo se las gastaba Apofis. Carter se lo había advertido a J. D.: «Los esbirros de la Serpiente no dejan a nadie vivo».

Me arrodillé y recogí el trocito de plata brillante. Era una hebilla de cinturón en forma de estrella de sheriff, medio fundida.

—Están muertos —dije—. Todos ellos.

3. Ganamos una caja llena de nada

CARTER

Con esa frase tan alegre, Sadie decide pasarme el micrófono. [Muchísimas gracias, hermanita.]

Ojalá pudiera decirnos que Sadie se equivocaba en el Nomo Quincuagésimo Primero. Me encantaría contaros que encontramos a todos los magos de Texas sanos y salvos. No fue así. No vimos más que los restos de una batalla: varitas de marfil quemadas, unos cuantos *shabtis* hechos papilla, retazos de lino y papiro chamuscados. Como en los ataques sobre Toronto, Chicago y Ciudad de México, los magos habían desaparecido sin más. Los habían vaporizado, devorado o destruido de alguna manera igualmente horrible.

En el borde del cráter, un jeroglífico ardía entre la hierba: *Isfet*, el símbolo del caos. Me dio la impresión de que Apofis lo había dejado allí como una tarjeta de visita.

Estábamos todos conmocionados, pero no teníamos tiempo de llorar a nuestros camaradas. Las autoridades mortales no tardarían en llegar para ver qué pasaba allí. Teníamos que reparar los daños tan bien como pudiéramos y borrar toda huella de magia.

Con el cráter poco podíamos hacer. Los lugareños tendrían que suponer que había sido una explosión de gas. (Solíamos provocar muchas de esas.)

Procuramos reparar el museo y restaurar la exposición del rey Tut, pero no era tan fácil como recoger la tienda de regalos. Hasta la magia tiene un límite. Así que, si algún día visitáis una exposición del rey Tut y veis grietas o quemaduras en las piezas, o si a lo mejor hay alguna estatua con la cabeza pegada del revés... En fin, lo siento. Probablemente sea culpa nuestra.

Mientras la policía cortaba las calles y acordonaba la zona del impacto, nuestro equipo se reunió en el tejado del museo. En los buenos tiempos, habríamos podido usar un artefacto para abrir un portal de regreso a casa, pero en los meses anteriores, a medida que Apofis iba ganando fuerza, los portales se habían vuelto demasiado arriesgados.

Lo que hice fue llamar a nuestro medio de transporte con un silbido. Freak el grifo llegó planeando desde el tejado del cercano hotel Fairmont.

No es fácil encontrar un sitio donde esconder a un grifo, sobre todo si está remolcando una barca. No puedes aparcar en paralelo una cosa como esa y meter unas monedas en el parquímetro, sin más. Además, Freak tiene cierta tendencia a ponerse nervioso si hay desconocidos y entonces se los traga, por lo que lo había dejado encima del Fairmont junto con una caja de pavos congelados, para tenerlo entretenido. Tienen que ser congelados. Si no, se los come demasiado deprisa y le entra hipo.

(Sadie dice que siga con la historia de una vez, que los hábitos alimenticios de los grifos os traen sin cuidado. Bueno, peor para vosotros.)

La cosa es que Freak aterrizó en el tejado del museo. Era un monstruo bien bonito, siempre que te gusten los leones psicópatas con cabeza de halcón. Tenía el pelaje del color del óxido y, al volar, sus alas gigantes de colibrí sonaban como un cruce entre una motosierra y un mirlitón.

—¡FRIIC! —graznó Freak.

—Sí, colega —le respondí—. Vayámonos de aquí.

El barco que arrastraba el grifo era un modelo del antiguo Egipto con forma de canoa grande, hecho

de tallos de papiro que Walt había encantado para que se mantuvieran firmes por mucho peso que cargaran.

La primera vez que volamos con las Líneas Aéreas Freak, habíamos atado el barco por debajo de la barriga de la bestia, una posición muy poco estable. Y subirnos a lomos del grifo estaba descartado, porque aquellas alas de alta potencia nos harían picadillo en menos que canta un gallo. De modo que el barco-trineo era nuestra última solución. Funcionaba de maravilla, excepto las veces en que Felix se dedicaba a gritar a los mortales del suelo: «¡Jo, jo, jo, feliz Navidad!».

Por supuesto, la mayoría de los mortales no puede ver la magia tal y como es, así que no estoy seguro de lo que pensarían que volaba sobre sus cabezas. Seguro que a más de uno le ha tocado cambiarse la medicación.

Nos elevamos hacia el cielo nocturno, nosotros seis y un armarito pequeño. Yo seguía sin comprender el interés que tenía Sadie en aquella caja dorada, pero confiaba lo suficiente en ella para asumir que era importante.

Bajé la mirada hacia los escombros del jardín escultórico. El cráter humeante parecía una boca deformada en pleno chillido. Los camiones de bomberos y los coches patrulla lo habían rodeado, formando un perímetro de luces rojas y blancas. Me pregunté cuántos magos habrían muerto en esa explosión.

Freak ganó velocidad. Me picaban los ojos, pero no era por el viento. Me di la vuelta para que mis amigos no me vieran.

«Tu liderazgo está condenado.»

Apofis era capaz de decir cualquier cosa para confundirnos y hacernos dudar de nuestra causa. Aun así, sus palabras me habían calado hondo.

No me gustaba ser un líder. Siempre tenía que aparentar confianza en beneficio de los demás, aunque no la sintiera.

Echaba de menos poder apoyarme en mi padre. Echaba de menos al tío Amos, que se había marchado a El Cairo para dirigir la Casa de la Vida. En cuanto a Sadie, mi hermana la mandona, me apoyaba siempre, pero había dejado bien claro que a ella no le interesaba ser una figura de autoridad. Oficialmente, yo estaba al mando de la Casa de Brooklyn. Oficialmente, yo tomaba las decisiones. Para mí significaba que, si cometíamos un error, como por ejemplo permitir que borrarán un nomo entero de la faz de la Tierra, la culpa era mía.

De acuerdo, Sadie jamás me haría responsable por una cosa como esa, pero yo lo sentía así.

«Todo lo que intentes construir quedará hecho escombros...»

Parecía increíble que no hubiera pasado ni un año desde que Sadie y yo llegamos por primera vez a la Casa de Brooklyn, sin tener la más remota idea de nuestro linaje y nuestros poderes. Ahora dirigíamos el lugar, y, para combatir a Apofis, entrenábamos a un ejército de jóvenes magos empleando la senda de los dioses, un tipo de magia que llevaba milenios sin practicarse. Habíamos progresado muchísimo... pero, viendo cómo nos había ido la pelea contra Apofis esa noche, estaba claro que teníamos que esforzarnos más.

«Perderás a aquellos a los que más amas.»

Ya había perdido a demasiada gente. Mi madre murió cuando yo tenía siete años. Mi padre se había sacrificado para convertirse en el anfitrión de Osiris el año anterior. Durante el último verano, muchos de

nuestros aliados habían sido víctimas de Apofis, o habían emboscado y «hecho desaparecer» los magos rebeldes que no aceptaban a mi tío Amos como el nuevo lector jefe.

¿A quién más podía perder? ¿A Sadie?

No, no es sarcasmo. Aunque habíamos crecido separados casi toda la vida, yo viajando con mi padre y ella viviendo en Londres con los abuelos, seguía siendo mi hermana. Durante el último año, nos habíamos hecho amigos. Por muy molesta que pudiera ser, la necesitaba.

Madre mía, qué deprimente.

(Y ahí llega el puñetazo en el brazo que esperaba. Ay.)

También era posible que Apofis se hubiera referido a otra persona, como Zia Rashid...

Nuestro barco se elevó sobre las iluminadas afueras de Dallas. Con un chillido desafiante, Freak tiró de nosotros hacia la Duat. La niebla envolvió al barco. La temperatura cayó en picado. Noté un cosquilleo familiar en el estómago, como si cayéramos desde la cima de una montaña rusa. Unas voces fantasmales cuchicheaban entre la neblina.

Justo cuando empezaba a pensar que nos habíamos perdido, se me pasó el mareo. La niebla se aclaró. Estábamos de vuelta en la costa este, volando por encima del puerto de Nueva York hacia las luces de Brooklyn y nuestro hogar.

El cuartel general del Nomo Vigésimo Primero se alzaba junto a la orilla, cerca del puente de Williamsburg. Los humanos normales no veían nada más que un almacén abandonado en medio de un descampado industrial, pero, para los magos, la Casa de Brooklyn destacaba tanto como un faro. Era una mansión de cinco plantas, toda piedra caliza y cristal con marcos de acero, que, levantada sobre la nave industrial, brillaba con luces amarillas y verdes.

Freak aterrizó en el tejado, donde nos esperaba la diosa gata Bast.

—¡Mis gatitos están vivos! —Me cogió de los brazos y me escrutó buscando heridas, antes de hacer lo mismo con Sadie. Chasqueó la lengua con disgusto al ver las manos vendadas de mi hermana.

Los luminosos ojos felinos de Bast eran un poco inquietantes. Llevaba el cabello negro recogido en una trenza, y su mono de gimnasta cambiaba de estampado cuando se movía: pasaba de franjas de tigresa a manchas de leopardo y a motas de gata tricolor. Yo quería mucho a Bast y confiaba en ella, pero seguía poniéndome un poco nervioso cuando nos hacía sus inspecciones de mamá gata. Llevaba cuchillos en las mangas, unos mortíferos filos de acero que se deslizaban hasta sus manos si extendía las muñecas, y siempre me daba miedo que se equivocara mientras me acariciaba la mejilla y acabara decapitándome. Por lo menos, no intentó levantarnos agarrándonos por el pellejo del cuello, ni darnos un baño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Está todo el mundo a salvo?

Sadie cogió aire, temblando.

—Bueno...

Le contamos la destrucción del nomo de Texas.

Bast gruñó desde lo más profundo de su garganta. Se le erizó el pelo, pero estaba sujeto en la trenza, por lo que su cabellera se parecía a un paquete de palomitas recién sacado del microondas.

—Tendría que haber estado allí —dijo—. ¡Podría haber ayudado!

—No habrías podido —repliqué—. El museo estaba muy bien protegido.

Los dioses casi nunca pueden entrar con su forma física en el territorio de los magos, que han pasado milenios desarrollando salvaguardas mágicas para impedirlo. Ya nos dio problemas en su día remodelar

las defensas de la Casa de Brooklyn para dar acceso a Bast sin quedar expuestos a ataques de dioses menos amistosos.

Llevarnos a Bast al Museo de Arte de Dallas habría sido como intentar colar un lanzacohetes por la seguridad de un aeropuerto; aunque no era imposible del todo, como mínimo sí sería lento y complicadísimo. Además, Bast era nuestra última línea de defensa en la Casa de Brooklyn. Necesitábamos que protegiera nuestra base de operaciones y a nuestros aprendices. La mansión ya había estado a punto de ser destruida por nuestros enemigos en dos ocasiones. No queríamos que hubiese una tercera.

El mono ajustado de Bast se volvió de un negro puro, como solía hacer cuando su propietaria se ponía de mal humor.

—En todo caso, nunca me lo habría perdonado si... —Miró de reojo a los otros miembros del equipo, cansados y asustados—. Bueno, al menos vosotros habéis vuelto. ¿Cuál es nuestro siguiente paso?

Walt dio un traspié. Alyssa y Felix lo sostuvieron.

—Estoy bien —aseguró, aunque estaba muy claro que mentía—. Carter, puedo llamar a todo el mundo si quieres. ¿Reunión en la terraza?

Parecía a punto de desmayarse. Walt jamás lo admitiría, pero nuestra principal sanadora, Jaz, me había dicho que el dolor continuo que sufría ahora era casi insoportable. Si podía estar de pie era porque ella le tatuaba jeroglífico tras jeroglífico contra el dolor en el pecho y le administraba pociones. Y yo, sabiéndolo, le había pedido que nos acompañara hasta Dallas... Otra decisión con la que tenía que cargar.

Los demás también necesitaban dormir. Felix tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Alyssa parecía estar a punto de sufrir una conmoción.

Si teníamos la reunión en aquel momento, no iba a saber qué decir. No había plan. No me veía capaz de plantarme delante del nomo entero sin venirme abajo, no después de haber provocado tantas muertes en Dallas.

Lancé una mirada a Sadie. Llegamos a un acuerdo silencioso.

—Habla mañana —dije a los demás—. Vosotros dormid un poco. Lo que ha pasado con los texanos... —Me falló la voz—. Mirad, ya sé cómo os sentís. Yo estoy igual. Pero no ha sido culpa vuestra.

No sé si se lo creyeron. Felix se limpió una lágrima de la mejilla. Alyssa le pasó un brazo por los hombros y se lo llevó hacia la escalera. Walt dedicó a Sadie una mirada que no supe interpretar, de nostalgia, o a lo mejor de arrepentimiento, y luego siguió a Alyssa escalera abajo.

—¿Ajk? —Keops dio unos golpecitos en el armarito dorado.

—Sí —respondí—. ¿Puedes llevarlo a la biblioteca?

Era la sala más segura de la mansión. No quería arriesgarme lo más mínimo después de todo lo que habíamos sacrificado para quedarnos con aquella caja. Keops se la llevó balanceándose.

Freak estaba tan agotado que ni siquiera llegó a su establo cubierto. Se hizo un ovillo en su punto de aterrizaje y empezó a roncar, todavía amarrado al barco. Viajar por la Duat le cansa un montón.

Le quité el arnés y le rasqué la cabeza emplumada.

—Gracias, colega. Que sueñes con pavos bien gordos y hermosos.

El grifo arrulló en sueños.

Me giré hacia Sadie y Bast.

—Tenemos que hablar.

Aunque era casi medianoche, la Gran Sala bullía de actividad. Julian, Paul y algunos de los otros chicos estaban recostados en los sofás, viendo el canal de deportes. Los renacuajos (nuestros tres iniciados más pequeños) coloreaban dibujos en el suelo. La mesita de café estaba llena de bolsas de aperitivos y refrescos. La alfombra de piel de serpiente estaba cubierta de zapatos tirados al azar. En el centro de la sala, la estatua de dos pisos de altura de Tot, el dios del conocimiento con cabeza de ibis, sostenía su papiro y su estilete de escriba. Alguien le había puesto en la cabeza un viejo sombrero de copa baja de Amos, así que parecía un corredor aceptando apuestas antes de un partido de fútbol. Alguno de los renacuajos había pintado la obsidiana de los dedos de sus pies con ceras de color rosa y violeta. En la Casa de Brooklyn el respeto siempre ha sido lo primero.

Mientras Sadie y yo bajábamos por la escalera, los chicos del sofá se pusieron de pie.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Julian—. Walt acaba de pasar por aquí, pero no nos ha dicho...

—Nuestro equipo está a salvo —dije—. El Nomo Quincuagésimo Primero... no ha tenido tanta suerte.

Julian hizo una mueca. Tuvo el buen juicio de no sonsacarnos los detalles delante de los niños pequeños.

—¿Habéis encontrado algo útil?

—Aún no estamos seguros —reconocí.

Quería dejar el tema ahí, pero nuestra renacuaja más pequeña, Shelby, se me acercó con pasitos torpes para enseñarme su última obra maestra dibujada con lápices de cera.

—Soy yo matando una serpiente —anunció—. Matar, matar, matar. ¡Serpiente, mala!

Había dibujado una serpiente con unos cuantos cuchillos clavados en el lomo y dos equis en lugar de ojos. Si Shelby hubiera dibujado algo así en el colegio, seguramente se habría ganado una visita al despacho del orientador escolar, pero en casa hasta los más pequeños comprendían que estaba pasando algo muy serio.

Me dedicó una amplia sonrisa mientras agitaba su lápiz de cera como una lanza. Di un paso atrás. Shelby podía tener la edad de ir a un parvulario, pero ya era una maga excelente. A veces sus lápices se transformaban en armas, y sus dibujos tendían a salirse de la página, como pasó con aquel unicornio rojo, blanco y azul que convocó para celebrar el Cuatro de Julio.

—Qué dibujo más bonito, Shelby.

Me sentí como si una venda de momificar me comprimiera el corazón. Al igual que los otros niños más pequeños, Shelby estaba bajo nuestra tutela con el permiso de sus padres. Los padres entendían que el destino del mundo estaba en juego, y sabían que la Casa de Brooklyn era el mejor lugar para que Shelby dominara sus poderes sin peligro. Aun así, ¿qué clase de infancia era dedicarse a canalizar una magia que destruiría a casi cualquier adulto y estudiar a unos monstruos capaces de provocar pesadillas hasta al más pintado?

Julian alborotó el pelo de Shelby.

—Venga, guapa, hazme otro dibujo, ¿vale?

Shelby respondió:

—¿Matar?

Julian se la llevó a un lado. Sadie, Bast y yo nos dirigimos a la biblioteca.

Las gruesas puertas de roble daban a una escalinata que descendía hasta una habitación enorme y cilíndrica como un pozo. En el techo abovedado estaba pintada Nut, la diosa del cielo, con el brillo plateado de las constelaciones en su cuerpo azul oscuro. El suelo era un mosaico que representaba a su marido, Geb, el dios de la tierra, cubierto de ríos, colinas y desiertos.

Aunque era muy tarde, nuestra autoproclamada bibliotecaria, Cleo, tenía a sus cuatro estatuas *shabti* trabajando. Los hombres de arcilla iban de un lado a otro quitando el polvo a los estantes, reordenando los papiros y colocando libros en los compartimentos apanalados que ocupaban todas las paredes. La propia Cleo estaba sentada a una mesa, tomando notas en un rollo de papiro mientras hablaba con Keops que, acuclillado en la mesa frente a ella, daba golpecitos a nuestra nueva caja dorada y gruñía en babuino, como diciéndole: «Eh, Cleo, ¿me compras este armarito usado?».

Cleo no era una chica demasiado valiente, pero tenía una memoria increíble. Sabía hablar seis idiomas, entre ellos el inglés, su portugués materno (era brasileña), egipcio antiguo y un poco de babuino chapurreado. Se le había metido entre ceja y ceja crear un registro de todos nuestros papiros, y había estado recopilando material de todo el mundo para ayudarnos a encontrar información sobre Apofis. Había sido Cleo la que había hallado la conexión entre los últimos ataques de la Serpiente y los escritos del legendario mago Setne.

Nos era de gran ayuda, aunque a veces perdía los nervios cuando tenía que hacer sitio en su biblioteca para nuestros libros de texto, ordenadores conectados a internet, artefactos voluminosos y los ejemplares atrasados de *Todo gatos* que coleccionaba Bast.

Cuando Cleo nos vio bajar los escalones, se puso en pie de un salto.

—¡Estáis vivos!

—Sí que parece sorprendida —masculló Sadie.

Cleo se mordió el labio.

—Perdona, es que... me alegro. Keops ha bajado solo, así que me había preocupado un poco. Ha intentado decirme algo sobre esta caja dorada, pero está vacía. ¿Habéis encontrado el *Libro de derrotar a Apofis*?

—El papiro se ha quemado —respondí—. No hemos podido salvarlo.

Cleo parecía a punto de liarse a gritos.

—¡Pero si era la última copia! ¿Cómo ha podido Apofis destruir algo tan valioso?

Me entraron ganas de recordarle que Apofis pretendía destruir el mundo entero, pero sabía que no le gustaba pensar en esas cosas. Le daban un miedo atroz.

Para ella, escandalizarse por el papiro era una reacción más manejable. La idea de que Apofis pudiera destruir cualquier tipo de libro hacía que Cleo quisiera partirle la cara a puñetazos.

Uno de los *shabtis* se subió de un salto a la mesa. El hombre de arcilla intentó pegar un código de barras al armarito dorado, pero Cleo lo apartó haciendo aspavientos.

—¡Todos vosotros, a vuestro sitio ahora mismo!

Dio una palmada y los cuatro *shabtis* regresaron a sus pedestales. Recobraron su consistencia de arcilla sólida, aunque uno aún llevaba puestos unos guantes de goma y sostenía un plumero para quitar el polvo que le daba una pinta un poco rara.

Cleo se agachó para concentrarse en la caja dorada.

—No hay nada dentro. ¿Por qué la habéis traído?

—De eso tenemos que hablar Sadie, Bast y yo —le dije—. Si no te importa, Cleo.

—No me importa. —Cleo siguió estudiando el armarito, pero entonces reparó en que todos estábamos mirándola—. Ah... quieres decir en privado. Claro. —Parecía un poco molesta por que la echáramos, pero cogió a Keops de la mano—. Vamos, *babuinozinho*, a ver si encontramos algo de comer.

—¡Ajk! —dijo Keops con alegría. Adoraba a Cleo, seguramente a causa de su nombre. Por motivos que ninguno de nosotros entendía del todo, a Keops le encantaban las cosas que terminaban en o, como los pistachos, las Oreo y los armadillos.

Cuando Cleo y Keops salieron, Sadie, Bast y yo nos situamos alrededor de nuestra adquisición más reciente.

El armarito tenía la forma de una taquilla de escuela en miniatura. El exterior era de oro, pero debía de ser solo una capa que recubría la madera, porque el trasto no pesaba mucho. Los laterales y la parte de arriba tenían tallas de jeroglíficos y dibujos del faraón y su esposa. En la parte frontal había unas puertas con pestillo que se abrían para mostrar... bueno, básicamente nada. Dentro había un pedestal diminuto con marcas de huellas doradas, como si alguna vez hubiera paseado por él una muñeca Barbie del antiguo Egipto.

Sadie observó los jeroglíficos que había en las caras laterales.

—Todos hablan de Tut y de su reina, les desean una feliz estancia en el más allá, etcétera, etcétera. Hay un dibujo de él cazando patos. ¿En serio? ¿Esa es la idea que tenían del paraíso?

—A mí me gustan los patos —comentó Bast.

Hice girar las puertecillas sobre sus bisagras.

—No sé por qué, pero no creo que los patos sean importantes. Sea lo que sea que hubiera dentro, ya no está. A lo mejor se lo llevaron los profanadores de tumbas, o...

Bast soltó una risita.

—Claaaro, serían los profanadores.

La miré con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que te hace gracia?

Me sonrió de oreja a oreja y luego miró a Sadie, antes de darse cuenta de que no pillábamos el chiste.

—Ah... comprendo. De verdad no sabéis lo que es esto. Supongo que no es tan raro; sobrevivieron muy pocas.

—¿Muy pocas qué? —pregunté.

—Cajas de sombra.

Sadie torció el gesto.

—¿Eso no es una especie de proyecto de fin de curso? Una vez tuve que hacer una para clase de lengua. Aburridísimo.

—Yo no sé nada de proyectos de fin de curso —replicó Bast, altiva—. Me suena sospechosamente a algo como trabajo. Pero esto es una caja de sombra de las de verdad, una caja que sirve para contener una sombra.

Bast daba la impresión de hablar en serio, pero con los gatos nunca se puede estar seguro.

—Está dentro ahora mismo —insistió—. ¿No la veis? Un trocito sombrío de Tut. ¡Hola, sombra de Tut! —Meneó los dedos hacia la caja vacía—. Por eso me he reído cuando has dicho que la habían robado los profanadores. ¡Ja! Me gustaría ver cómo lo intentan.

Intenté asimilar la idea.

—Pero... yo he oído a mi padre dar charlas sobre todos y cada uno de los artefactos egipcios, y nunca mencionó las cajas de sombra, ni una sola vez.

—Como os decía —respondió Bast—, sobrevivieron muy pocas. Lo normal era que enterraran la caja de sombra muy lejos del resto del alma. Hacer que la dejaran en su tumba fue una imprudencia por parte de Tut. O a lo mejor la puso allí algún sacerdote, por despecho.

Ahora sí que estaba perdido del todo. Para mi sorpresa, Sadie asentía con entusiasmo.

—Seguro que Anubis se refería a esto —dijo—. «Presta atención a lo que no está ahí.» Cuando he mirado en la Duat, dentro de esta caja había oscuridad. Y el tío Vinnie me ha dicho que era una pista para derrotar a Apofis.

Formé la T de «tiempo muerto» con las manos.

—Espera, espera. Sadie, ¿cuándo has visto a Anubis? ¿Y desde cuándo tenemos un tío llamado Vinnie?

Mi hermana puso cara un poco avergonzada, pero nos explicó su encuentro con la cara de la pared y las visiones que había tenido de nuestra madre, Isis y su casi novio el dios Anubis. Yo ya sabía la facilidad de mi hermana para divagar, pero aun así me impresionó la cantidad de desvíos místicos que había tomado durante un sencillo paseo por un museo.

—La cara de la pared podría ser un truco —dije.

—Tal vez... pero creo que no. La cara me ha dicho que necesitábamos su ayuda, y que solo quedaban dos días hasta que le pasara no sé qué. Y también que esta caja nos revelaría lo que necesitamos saber. Anubis ha insinuado que salvar este armarito era buena idea. Y mamá... —Le falló la voz—. Mamá ha dicho que era la única forma de poder volver a verla. A los espíritus de los muertos les está pasando algo.

De pronto me sentí como si hubiera regresado a la Duat, envuelto por una bruma helada. Me quedé mirando la caja, pero no distinguí nada.

—¿Qué tienen que ver las sombras con Apofis y los espíritus de los muertos?

Miré a Bast. Estaba clavando las uñas en la mesa, como si fuera un rascador para gatos, que es lo que hace siempre que se pone nerviosa. En casa cambiamos las mesas con bastante frecuencia.

—¿Bast? —preguntó Sadie con suavidad.

—Apofis y las sombras —musitó Bast—. No se me había ocurrido que... —Negó con la cabeza—. De verdad, estas cosas tendríais que preguntárselas a Tot. Sabe mucho más que yo.

Afloró un recuerdo. Mi padre había dado una conferencia en alguna universidad... ¿Munich, tal vez? Los estudiantes le habían preguntado por el concepto egipcio del alma, que tenía varias partes, y mi padre había mencionado algo sobre las sombras.

«Igual que una mano tiene cinco dedos —había dicho—, el alma tiene cinco partes.»

Levanté mis propios dedos, intentando hacer memoria.

—Las cinco partes del alma... ¿cuáles son?

Bast siguió callada. Parecía bastante incómoda.

—¿Carter? —dijo Sadie—. ¿Qué tiene que ver eso con...?

—Tú hazme caso un momento —dije—. La primera parte es el *ba*, ¿verdad? La personalidad.

—Forma de pollo —dijo Sadie.

Muy propio de Sadie usar un ave de corral para identificar una parte del alma, pero la verdad es que tenía sentido. El *ba* podía salir del cuerpo al soñar, o regresar al mundo como un fantasma después de la muerte. Cuando lo hacía, se mostraba como una gran ave brillante con cabeza humana.

—Exacto —confirmé—, la forma de pollo. También está el *ka*, la fuerza vital que abandona el cuerpo al morir. La tercera es el *ib*, el corazón...

—La cuenta de tus buenas y malas obras —corroboró Sadie—. Es lo que pesan en la balanza de la justicia cuando llegas a la ultratumba.

—Y la cuarta... —Vacilé.

—El *ren* —me apuntó Sadie—. Tu nombre secreto.

Me entró vergüenza y no la miré a la cara. La primavera anterior, mi hermana me había salvado la vida pronunciando mi nombre secreto, lo que, a grandes rasgos, le había dado acceso a mis pensamientos más privados y mis emociones más turbias. Desde entonces se había portado muy bien al respecto, pero aun así... no es la clase de munición que uno quiere darle a su hermana pequeña.

Además, el *ren* era la parte del alma que nuestro amigo Bes había sacrificado como apuesta en una partida contra el dios lunar Jonsu. Ahora Bes era un cascarón vacío de dios, sentado en una silla de ruedas en el hogar de ancianos divino del inframundo.

—Eso —dije—. Pero la quinta parte... —Miré a Bast—. Es la sombra, ¿verdad?

Sadie frunció el ceño.

—¿La sombra? ¿Cómo puede ser la sombra una parte del alma? Es solo una silueta, ¿no? La crea la luz.

Bast sostuvo la mano por encima de la mesa. Sus dedos dejaron una sombra difusa en la madera.

—Nadie puede librarse jamás de su sombra, su *sheut*. Todos los seres vivos la tienen.

—Igual que las piedras, los lápices y los zapatos —dijo Sadie—. ¿Me estás diciendo que esas cosas también tienen alma?

—Sabes de sobra que no —la regañó Bast—. Los seres vivos son distintos de las piedras... bueno, al menos la mayoría. La *sheut* no es solo una sombra física, sino también una proyección mágica: la silueta del alma.

—Entonces, esta caja... —dije—. Cuando dices que contiene la sombra del rey Tut...

—Me refiero a que contiene la quinta parte de su alma —confirmó Bast—. Alberga la *sheut* del faraón para que no se pierda en el más allá.

Notaba mi cerebro a punto de estallar. Sabía que todo aquello de las sombras tenía que tener importancia, pero no se la veía. Era como si me hubieran entregado una pieza de rompecabezas, pero para otro rompecabezas diferente.

Habíamos fracasado en nuestro intento de rescatar la pieza correcta, un papiro irremplazable que nos habría servido para vencer a Apofis, y no habíamos logrado salvar un nomo entero lleno de magos amistosos. Lo único que habíamos sacado en claro del viaje era un armarito vacío decorado con dibujos de patos. Me dieron ganas de hacer volar la caja de sombra del rey Tut de un manotazo.

—Sombras perdidas —murmuré—. Suena igual que aquella parte de *Peter Pan*.

Los ojos de Bast brillaron como farolillos de papel.

—¿En qué crees que estaba inspirada la historia de la sombra perdida de Peter Pan? Hace siglos que corren leyendas acerca de las sombras, Carter, y todas provienen de los tiempos de Egipto.

—Pero ¿de qué nos *sirve*? —pregunté con brusquedad—. El *Libro de derrotar a Apofis* sí que habría sido útil, ¡y ya no existe!

Vale, debí de sonar enfadado. Es que estaba enfadado.

Recordar las conferencias de mi padre me hizo querer volver a ser un niño y recorrer el mundo con él. Habíamos pasado por varias situaciones muy raras juntos, pero siempre me había sentido seguro y protegido. Él siempre había sabido qué hacer. Ahora, todo lo que me quedaba de aquellos días era mi maleta, que acumulaba polvo dentro del armario de mi cuarto.

No era justo. Pero sabía de sobra lo que mi padre diría al respecto: «La justicia significa que todo el mundo reciba lo que necesita. Y la única manera de conseguir lo que necesitas es hacerlo suceder por ti mismo».

Estupendo, papá. Solo que ahora me enfrento a un enemigo invencible, y lo que me hace falta para derrotarlo acaba de ser destruido.

Sadie debió de leerme la expresión.

—Carter, lo solucionaremos —me aseguró—. Bast, antes ibas a contarnos algo sobre Apofis y las sombras.

—No, no iba —murmuró Bast.

—¿Por qué te pone tan nerviosa? —le pregunté—. ¿Los dioses tenéis sombra? ¿Apofis la tiene? Y si es así, ¿cómo funcionan?

Bast dibujó unos jeroglíficos arañando la mesa. Estaba bastante convencido de que el mensaje era: PELIGRO.

—En serio, niños, esa pregunta tenéis que hacérsela a Tot. Sí, los dioses tenemos sombras. Claro que sí. Pero... se supone que no debemos hablar de ellas.

Muy pocas veces había visto a Bast tan inquieta, y no entendía el motivo. Estamos hablando de una diosa que había combatido contra Apofis durante siglos enteros, cara a cara, garra contra colmillo, en una cárcel mágica. ¿Por qué tenía miedo de las sombras?

—Bast —dije—, como no se nos ocurra una solución mejor, tendremos que pasar al plan B.

La diosa hizo una mueca. Sadie bajó la mirada a la mesa, abatida. El plan B era algo de lo que solo habíamos hablado Sadie, Bast, Walt y yo. Nuestros otros iniciados no lo conocían. Ni siquiera se lo habíamos explicado a nuestro tío Amos... Para que os hagáis una idea del miedo que daba.

—Eso... eso no me gustaría nada —dijo Bast—. Pero Carter, de verdad que no sé la respuesta. Y si empiezas a hacer preguntas sobre las sombras, estarás metiéndote en terreno muy pelig...

Llamaron a las puertas de la biblioteca. Cleo y Keops aparecieron en lo alto de la escalera.

—Perdonad que os moleste —dijo Cleo—. Carter, Keops acaba de bajar de tu habitación. Parece ansioso por hablar contigo.

—¡Ajk! —exclamó Keops.

Bast tradujo del idioma babuino:

—Dice que tienes una llamada en el cuenco de adivinación. Una llamada privada.

Como si no tuviera ya bastantes cosas en la cabeza. Solo una persona me enviaría una visión

adivinatoria y, si lo hacía a aquellas horas de la noche, por fuerza tenían que ser malas noticias.

—Aplazamos la reunión —dije a los demás—. Nos vemos por la mañana.

4. Consulta al palomo de la guerra

CARTER

Estaba enamorado de un bebedero de pájaros.

Casi todos los demás chicos miraban su móvil para ver si tenían mensajes, o se preocupaban de lo que las chicas dijeran de ellos en internet. Yo, por mi parte, no podía dejar de comprobar el cuenco de adivinación.

Era solo un platillo de bronce sobre un pedestal de piedra que había en la terraza de mi habitación. Pero, cuando pasaba el rato en mi cuarto, no podía evitar mirarlo de reojo, y tenía que contenerme para no salir corriendo a ver si podía echar un vistazo a Zia.

Lo más raro era que ni siquiera podía decirse que Zia fuese mi novia. ¿Cómo llamas a alguien de cuya réplica *shabti* te has enamorado, pero luego rescatas a la persona de verdad y resulta que no siente lo mismo que tú? Y Sadie pensando que las relaciones complicadas eran las suyas...

Zia había pasado el último medio año en el Nomo Primero, ayudando a mi tío, y desde entonces el cuenco de adivinación había sido nuestra única forma de contacto. Me había pasado tantas horas mirándolo fijamente mientras hablaba con Zia que me costaba recordar su aspecto sin las ondulaciones del aceite encantado surcándole la cara.

Llegué a la terraza casi sin aliento. Desde la superficie del aceite, Zia me miraba. Estaba cruzada de brazos y tenía tanta furia en los ojos que casi temí que lanzaran llamas. (El primer cuenco de adivinación que me había hecho Walt estalló en llamas de verdad, pero esa es otra historia.)

—Carter —dijo—, voy a estrangularte.

Estaba preciosa cuando amenazaba con matarme. Se había dejado crecer el pelo durante el verano, y ahora le acariciaba los hombros como una ola negra y reluciente. No era el *shabti* que me había gustado desde el principio, pero su rostro seguía teniendo una belleza escultórica, con su nariz delicada, sus labios rojos y carnosos y unos ojos de color ámbar que te dejaban mareado. Le brillaba la piel como la terracota recién salida del horno.

—Te has enterado de lo de Dallas —supuse—. Zia, lo siento...

—Carter, de lo de Dallas se ha enterado todo el mundo. Los otros nomos llevan una hora enviando mensajeros *ba* a Amos para exigir explicaciones. Los magos han notado las perturbaciones de la Duat hasta en Cuba. Unos dicen que habéis hecho explotar media Texas. Otros, que el Nomo Quincuagésimo Primero ha quedado destruido por completo. Algunos decían... decían que habías muerto.

La preocupación de su voz me levantó un poco el ánimo, pero también me provocó más remordimientos.

—Quería avisarte —dije—, pero cuando nos dimos cuenta de que Apofis iba a atacar Dallas, tuvimos que salir al momento.

Le expliqué lo que había pasado en la exposición del rey Tut, incluyendo nuestros errores y las víctimas.

Intenté descifrar el rostro de Zia. Por muchos meses que hubieran pasado, me costaba adivinar lo que pensaba. Solo con mirarla, ya se me cortocircuitaba el cerebro. Lo normal era que apenas recordara cómo se hablaba usando frases completas.

Al final murmuró algo en árabe, posiblemente una palabrota.

—Me alegro de que hayáis sobrevivido, pero lo de que el Quincuagésimo Primero esté destruido...

—Sacudió la cabeza con incredulidad—. Yo conocía a Anne Grissom. Me enseñó magia curativa de pequeña.

Recordé a la hermosa mujer rubia que estaba tocando con la banda, y el violín hecho trizas en el borde del cráter.

—Eran buenas personas —dije.

—Y de los pocos aliados que nos quedaban —añadió Zia—. Los rebeldes ya están echándoos la culpa de sus muertes. Si otros nomos reniegan de Amos...

No tuvo que desarrollar la idea. La primavera anterior, los peores villanos de la Casa de la Vida habían formado un comando de ataque para destruir la Casa de Brooklyn. Los habíamos derrotado. Amos hasta les había concedido la amnistía al convertirse en el nuevo lector jefe, pero algunos rechazaron su liderazgo. Los rebeldes seguían ahí fuera, amasando fuerzas y volviendo a otros magos contra nosotros. Como si nos faltaran enemigos.

—¿Me echan a mí la culpa? —pregunté—. ¿Han hablado contigo?

—Peor que eso. Han emitido un mensaje dirigido a ti.

El aceite se onduló y en él apareció una cara distinta, la de Sarah Jacobi, líder de los rebeldes. Tenía la tez de un blanco lechoso, el pelo moreno de punta, y unos ojos negros y con expresión de sorpresa permanente, maquillados con demasiado kohl. Vestida con su inmaculada túnica blanca, parecía un fantasma de Halloween.

Estaba de pie en una sala, rodeada de columnas de mármol. Detrás de ella, me miraban furiosos media docena de magos, los asesinos de élite de Jacobi. Reconocí la chilaba azul y la cabeza afeitada de Kwai, a quien habían exiliado del nomo norcoreano por matar a otro mago a sangre fría. A su lado estaba Petróvich, un ucraniano con la cara surcada de cicatrices que había trabajado de asesino para nuestro antiguo enemigo Vlad Ménshikov.

No reconocí a los demás, pero me habría extrañado que hubiera alguno tan malo como la propia Sarah Jacobi. Hasta que la liberó Ménshikov, estuvo exiliada en la Antártida por provocar un tsunami en el océano Índico que mató a más de un cuarto de millón de personas.

—¡Carter Kane! —gritó. Al ser una retransmisión, sabía que no veía nada más que una grabación mágica, pero casi salté al oír su voz—. La Casa de la Vida exige tu rendición. Has cometido delitos imperdonables. Debes pagarlos con tu vida.

El estómago aún no me había vuelto a su sitio cuando el aceite empezó a mostrar una sucesión de imágenes violentas. Vi la Piedra de Rosetta estallando en el Museo Británico, incidente que había liberado a Set y costado la vida a mi padre la Navidad pasada. ¿De dónde había sacado Jacobi esas imágenes? Vi la lucha en la Casa de Brooklyn de la última primavera, cuando Sadie y yo llegamos en el barco de Ra y repelimos al comando de asalto de Jacobi. La retransmisión nos hacía quedar como los agresores, como un puñado de gamberros con poderes divinos que dieron una paliza a la pobre Jacobi y sus amigos.

—Liberasteis a Set y los suyos —siguió diciendo la voz de Sarah Jacobi, como una comentarista—. Violasteis la norma más sagrada de la magia al cooperar con los dioses y, al hacerlo, desequilibrasteis la Maat y provocasteis el alzamiento de Apofis.

—¡Mentira! —exclamé—. ¡Apofis ya estaba alzándose por su cuenta!

Entonces recordé que estaba dando voces a un vídeo.

Las escenas siguieron pasando. Vi arder una torre de apartamentos en el distrito Shibuya de Tokio, el cuartel del Nomo Ducentésimo Trigésimo Cuarto. Un demonio volador con cabeza de espada samurái irrumpió en el edificio atravesando una ventana y sacó a un mago que daba alaridos.

Vi el hogar del viejo lector jefe, Michel Desjardins, una hermosa casa parisina en la Rue des Pyramides que había quedado en ruinas. El techo se había venido abajo. Las ventanas estaban rotas. El jardín muerto estaba sembrado de papiros destrozados y libros empapados, y el jeroglífico del caos ardía en la puerta principal como una marca de ganado.

—Todo esto lo habéis provocado vosotros —dijo Jacobi—. Habéis entregado el manto de lector jefe a un siervo del mal. Habéis corrompido a jóvenes magos al instruirles en la senda de los dioses. Habéis debilitado la Casa de la Vida y nos habéis dejado a merced de Apofis. No pensamos tolerarlo. Todo el que os siga recibirá su castigo.

La visión cambió a la Casa de la Esfinge en Londres, la sede del nomo británico. Sadie y yo habíamos estado de visita aquel verano, y hacer las paces con ellos nos había costado horas de negociaciones. Vi a Kwai arrasando la biblioteca, destrozando estatuas de los dioses y derribando libros de sus estantes. Una docena de magos británicos estaban encadenados ante su conquistadora, Sarah Jacobi, que empuñaba una brillante daga negra. Pusieron de rodillas al líder del nomo, un anciano inofensivo llamado sir Leicester. Sarah Jacobi alzó su daga. El filo descendió y hubo un cambio de escena.

La cara fantasmal de Jacobi me miraba desde la superficie del aceite. Tenía los ojos tan oscuros como las cuencas vacías de una calavera.

—Los Kane sois una plaga —dijo—. Debéis ser destruidos. Ríndete y entrega a tu familia para ejecutaros a todos. Dejaremos vivir a vuestros seguidores, siempre que renuncien a la senda de los dioses. No aspiro al cargo de lector jefe, pero debo asumirlo por el bien de Egipto. Cuando los Kane hayáis muerto, volveremos a ser fuertes y a estar unidos. Repararemos el daño que habéis causado y enviaremos a los dioses y a Apofis de vuelta a la Duat. La justicia no espera, Carter Kane. Este es tu último aviso.

La imagen de Sarah Jacobi se disolvió en el aceite, y me dejó a solas con el reflejo de Zia.

—Pues vaya —dije con la voz entrecortada—. Para ser una asesina múltiple, es bastante convincente. Zia asintió.

—Jacobi ya ha puesto de su lado, o derrotado, a la mayoría de nuestros aliados en Europa y Asia. Muchos de los ataques más recientes, como los de París, Tokio o Madrid, han sido cosa de Jacobi, pero está culpando de ellos a Apofis... o a la Casa de Brooklyn.

—Eso es absurdo.

—Tú y yo lo sabemos —aceptó—, pero los magos tienen miedo. Jacobi está diciéndoles que, si se aniquila a los Kane, Apofis regresará a la Duat y todo volverá a ser como antes. Y ellos quieren creerlo. Les está convenciendo de que respaldaros es una sentencia de muerte. Después de la destrucción de Dallas...

—Que sí, que ya lo entiendo —salté.

No era justo que lo pagara con Zia, pero me sentía impotente. Todo lo que hacíamos parecía salirnos

del revés. Me imaginé a Apofis partiéndose de risa en el inframundo. Tal vez ese fuera el motivo de que no hubiera lanzado todavía un ataque a gran escala contra la Casa de la Vida: se estaba divirtiendo demasiado viendo cómo nos despedazábamos nosotros solos.

—¿Por qué el mensaje de Jacobi no va dirigido a Amos? —pregunté—. El lector jefe es él.

Zia apartó la mirada como si comprobara alguna cosa. El cuenco no me mostraba mucho de su entorno, pero no parecía estar en su dormitorio del Nomo Primero ni en el Salón de las Eras.

—Por eso que ha dicho, porque consideran que Amos es un siervo del mal. Se niegan a hablar con él.

—Porque estuvo poseído por Set —conjeturé—. Pero eso no fue culpa suya. Ya se curó. Está bien.

Zia hizo una mueca.

—¿Qué pasa? —pregunté—. Está bien, ¿verdad?

—Carter, es... es complicado. Mira, el auténtico problema es Jacobi. Se ha apoderado de la antigua base de Ménshikov en San Petersburgo. La tiene casi tan fortificada como el Nomo Primero. No sabemos cuáles son sus intenciones ni con cuántos magos cuenta. No sabemos cuándo atacará ni dónde. Pero lo hará pronto.

«La justicia no espera. Este es tu último aviso.»

Tuve la corazonada de que Jacobi no atacaría de nuevo la Casa de Brooklyn, no después de la humillación que sufrió la última vez. Pero si quería hacerse con el control de la Casa de la Vida y destruir a los Kane, ¿qué otro objetivo podía tener?

Crucé la mirada con Zia y comprendí lo que ella pensaba.

—No —dije—. No se atreverán a asaltar el Nomo Primero. Sería un suicidio. Ha sobrevivido durante cinco mil años.

—Carter... Somos más débiles de lo que crees. Nunca hemos tenido suficiente personal. Para colmo, ahora muchos de nuestros mejores magos han desaparecido, posiblemente para unirse al enemigo. Nos quedan algunos ancianos y unos pocos niños asustados, aparte de Amos y yo. —Separó las manos en un gesto de crispación—. Y a mí me toca estar aquí la mitad del tiempo...

—Un momento —dije—. ¿Dónde estás?

En algún punto a la izquierda de Zia, una voz masculina trinó:

—¡Hoooooaaaa!

Zia suspiró.

—Genial. Se ha despertado de la siesta.

Un anciano metió la cabeza en el cuenco de adivinación. Me dedicó una amplia sonrisa, con la que enseñó exactamente dos dientes. Su cabeza calva y arrugada le daba aspecto de bebé geriátrico.

—¡Las zarigüeyas están aquí!

Abrió la boca para intentar sorber el aceite del cuenco, con lo que emborronó toda la escena.

—¡No, milord! —Zia tiró de él—. No podéis beberos el aceite encantado, ya hemos hablado de eso. Venga, tomad una galletita.

—¡Galletas! —exclamó él con la voz en falsete—. ¡Yupiii!

El anciano se retiró, bailando con un sabroso dulce en las manos.

¿Un abuelo de Zia que estaba un poco chocho? Qué va. Se trataba de Ra, el dios del sol, primer faraón divino de Egipto y archienemigo de Apofis. La primavera anterior nos habíamos embarcado en una misión para encontrarlo y revivirlo de su letargo en la penumbra, esperando que se alzara en toda su

gloria y luchara contra la serpiente del caos en nuestro lugar.

Lo que sucedió fue que Ra despertó con demencia senil. Se le daba de maravilla chupetear galletas, babear y tararear cancioncillas sin sentido. ¿Luchar contra Apofis? Digamos que no tanto.

—¿Te toca hacer de niñera otra vez? —pregunté.

Zia se encogió de hombros.

—Aquí ya ha amanecido. Horus e Isis le acompañan casi todas las noches en la barcaza solar, pero durante el día... bueno, Ra se altera mucho si no vengo de visita, y ningún otro dios quiere cuidar de él. La verdad, Carter... —Bajó la voz—. Me da miedo lo que puedan hacer si dejo a Ra a solas con ellos. Empiezan a estar hasta las narices de él.

—¡Yupiii! —se oyó de fondo la voz de Ra.

Se me cayó el alma a los pies. Ahí tenía otra cosa de la que sentirme culpable. Había cargado a Zia con la tarea de hacer de canguro de un dios solar. La pobre tenía que quedarse durante el día en la Salón del Trono de los Dioses y, por las noches, ayudar a Amos a dirigir el Nomo Primero, con lo que apenas le quedaba tiempo para dormir, y mucho menos para tener una cita... aunque yo acabara reuniendo el valor para pedirle que saliera conmigo.

Por supuesto, nada de eso importaría si Apofis destruía el mundo, o si Sarah Jacobi y sus asesinos mágicos me encontraban antes. Por un momento dudé si Jacobi tendría razón, si de verdad el mundo se había torcido por culpa de la familia Kane, si tal vez estaría mejor sin nosotros.

Me sentía tan inútil que, por un momento, acaricié la idea de invocar el poder de Horus. Me habría venido bien una pizca del valor y la confianza del dios. Pero sospechaba que unir mis pensamientos a los de Horus no sería buena idea. Ya tenía las emociones bastante revueltas sin que me azudara una voz distinta en mi cabeza.

—Esa expresión me la conozco —me regañó Zia—. No puedes echarte la culpa, Carter. Si no fuera por ti y por Sadie, Apofis ya habría destruido el mundo. Aún queda esperanza.

«Plan B», pensé. Si no lográbamos resolver ese misterio de las sombras y encontrábamos la forma de usarlas contra Apofis, no nos quedaría más remedio que recurrir al plan B, que suponía la muerte segura para Sadie y para mí, incluso aunque funcionara. Pero eso no iba a contárselo a Zia. Lo último que necesitaba la pobre eran más noticias deprimentes.

—Tienes razón —dije—. Algo se nos ocurrirá.

—Esta noche vuelvo al Nomo Primero. Llámame, ¿vale? Tenemos que hablar de...

Se oyó un estruendo a sus espaldas, como el sonido de una losa arrastrándose por el suelo.

—Ha venido Sobek —susurró—. Cómo odio a ese tío. Luego hablamos.

—Espera, Zia —dije—. ¿Hablar de qué?

Pero el aceite se oscureció y Zia ya no estaba.

Necesitaba dormir, pero no podía dejar de dar vueltas de un lado para el otro en mi habitación.

Los dormitorios de la Casa de Brooklyn eran espectaculares: camas cómodas, televisores de alta definición, conexión inalámbrica de banda ancha a internet y minineveras que se rellenaban mágicamente. Un ejército de escobas, fregonas y plumeros mágicos lo mantenían todo limpio. Los armarios siempre estaban llenos de ropa limpia de nuestra talla exacta.

Aun así, mi cuarto me parecía una jaula. A lo mejor era porque lo compartía con un babuino. Keops no pasaba mucho tiempo allí (solía estar abajo con Cleo, o dejando que los renacuajos le cepillaran el

pelaje), pero había una depresión con forma de babuino en su cama, un paquete de Cheerios en la mesita de noche y un columpio de neumático instalado en una esquina del cuarto. Eso último era cosa de la bromista de Sadie, pero a Keops le había gustado tanto que no quise retirarlo. El caso es que me había acostumbrado a que estuviera por allí. Ahora que pasaba casi todo el tiempo con los más pequeños, le echaba de menos. Se me había ganado a base de simpatía y molestias, un poco igual que mi hermana.

[Claro, Sadie, seguro que esa te la veías venir.]

Las fotos del salvapantallas iban pasando por el monitor de mi portátil. En una aparecía mi padre en una excavación en Egipto, con aspecto relajado y seguro de sí mismo en su traje de faena caqui, arremangado y sosteniendo la cabeza de piedra rota de la estatua de algún faraón en sus brazos musculosos. La calva y la perilla de mi padre le daban un leve aspecto diabólico al sonreír.

En otra foto salía el tío Amos en el escenario de un club de jazz, tocando el saxofón. Llevaba gafas de sol redondas, un sombrero azul de copa baja y un traje de seda a juego, impecable y hecho a medida, como siempre. Llevaba el pelo trenzado, adornado con zafiros. Yo nunca había visto a Amos dar un concierto, pero me gustaba la foto porque se le veía lleno de energía y feliz, no como últimamente, con la carga del liderazgo sobre los hombros. Por desgracia, la foto también me recordó a Anne Grissom, la maga texana del violín, que tan bien estaba pasándosele aquella velada antes de morir.

El salvapantallas cambió. Vi a mi madre haciéndome el columpio en su rodilla cuando era un bebé. Entonces yo tenía el pelo a lo afro, cosa que Sadie todavía me recuerda para chincharme. En la foto, llevaba un pelele azul manchado de papilla de boniato. Estaba agarrado a los pulgares de mamá, poniendo cara de susto mientras ella me zarandeaba arriba y abajo, como si pensara: «¡Déjame bajarme!». Mi madre estaba tan guapa como siempre, hasta en vaqueros viejos, camiseta y un pañuelo para recogerse el pelo. Me sonreía como si yo fuera lo más maravilloso de su vida.

Me dolía mirar aquella foto, pero no podía dejar de hacerlo.

Recordé lo que me había dicho Sadie, que algo estaba afectando a los espíritus de los muertos, y que tal vez no volviéramos a ver a nuestra madre si no lo resolvíamos.

Respiré hondo. Mi padre, mi tío, mi madre... todos ellos magos poderosos. Los tres habían hecho sacrificios enormes para restablecer la Casa de la Vida.

Eran más mayores, más sabios y más fuertes que yo. Contaban con décadas de experiencia mágica, mientras que Sadie y yo llevábamos solo nueve meses practicando. Sin embargo, teníamos que conseguir lo que ningún mago había logrado nunca: derrotar al mismísimo Apofis.

Fui al armario y bajé mi vieja maleta. Era solo una bolsa negra de mano, como las trocientas mil que se ven en cualquier aeropuerto. Pasé años cargándola de un extremo al otro del mundo, de viaje con mi padre, que me había educado para saber vivir solo con lo que pudiera llevar conmigo.

Abrí la maleta. Ahora estaba vacía salvo por un objeto, la estatuilla de una serpiente enroscada, tallada en granito rojo y con jeroglíficos grabados. El nombre, Apofis, estaba tachado y sobreescrito con poderosos conjuros de ligadura, pero aun así la estatuilla era el artefacto más peligroso de toda la casa... una representación de nuestro enemigo.

Sadie, Walt y yo lo habíamos creado en secreto (sin hacer caso a las firmes objeciones de Bast). Si habíamos confiado en Walt era porque necesitábamos su habilidad en la creación de amuletos. Ni siquiera Amos habría dado el visto bueno a un experimento tan peligroso. Un solo error, un solo hechizo mal pronunciado y la estatuilla pasaría de ser un arma contra Apofis a un salvoconducto que le otorgaría

acceso ilimitado a la Casa de Brooklyn. Pero el riesgo había sido necesario. O encontrábamos alguna otra forma de vencer a la Serpiente o Sadie y yo tendríamos que usar la figurilla para nuestro plan B.

—Eso es una insensatez —dijo una voz desde la terraza.

Había un palomo posado en la barandilla. Su mirada tenía algo que era muy poco palomil. Tenía un aire intrépido, casi peligroso; además, reconocí la voz, mucho más varonil y belicosa que lo que cabría esperar en un miembro de la familia de las colúmbidas.

—¿Horus? —pregunté.

El palomo meneó la cabeza adelante y atrás.

—¿Puedo pasar?

Sabía que no era solo una pregunta de cortesía. La casa estaba protegida mediante potentes hechizos que evitaban la visita de alimañas indeseables, como roedores, termitas y dioses egipcios.

—Te concedo permiso para entrar —dije formalmente—, Horus en forma de... hummm... palomo.

—Gracias.

El ave se dejó caer de la barandilla y entró con pasitos torpes.

—¿Y eso? —pregunté.

Horus se atusó las plumas.

—Bueno, yo buscaba un halcón, pero en Nueva York escasean un poco. Quería algo que tuviera alas, así que un palomo me ha parecido la mejor alternativa. Están bien adaptados a las ciudades y no les da miedo la gente. Son unas aves muy nobles, ¿no te parece?

—Nobles —asentí—. Sí, es la primera palabra que me viene a la mente cuando pienso en palomos.

—Ciertamente —respondió Horus.

Por lo visto, los antiguos egipcios no conocían el sarcasmo, porque Horus nunca lo captaba. Subió aleteando a mi cama y picoteó unos Cheerios que habían sobrado del almuerzo de Keops.

—Oye —le advertí—, como te cagues en mis sábanas...

—Por favor. Los dioses de la guerra no se cagan en las sábanas. Bueno, quitando aquella vez que...

—Déjalo, no he dicho nada.

Horus dio un saltito hasta el borde de mi maleta. Agachó la cabeza para mirar la estatuilla de Apofis.

—Peligroso —dijo—. Demasiado peligroso, Carter.

No le había contado el plan B, pero tampoco me sorprendió que estuviera al corriente. Horus y yo habíamos compartido ya la mente demasiadas veces. Cuanto más aprendía a canalizar sus poderes, tanto mejor nos entendíamos el uno al otro. La parte negativa de la magia divina era que no siempre podía aislarme de esa conexión.

—Es nuestro último recurso de emergencia —dije—. Estamos pensando una alternativa.

—Buscabais ese papiro —recordó—. La última copia del cual ha ardido esta noche en Dallas.

Contuve las ganas de ensartar al palomo con algo.

—Sí. Pero Sadie ha encontrado una caja de sombra, y cree que es una especie de pista. Tú no sabrás nada de cómo usar las sombras contra Apofis, ¿verdad?

El palomo inclinó la cabeza a un lado.

—La verdad es que no. Mi comprensión de la magia es bastante directa, y consiste en asestar mandobles al enemigo hasta que muere. Si vuelve a levantarse, se le atiza otra vez. Repetir cuantas veces sea necesario. Contra Set, funcionó.

—¿Después de cuántos años peleando?

El palomo me fulminó con la mirada.

—¿Qué importancia tiene?

Decidí evitar la discusión. Horus era un dios guerrero. Amaba la lucha, pero le había costado muchos años imponerse a Set, el dios del mal. Y Set no era nadie al lado de Apofis, la fuerza primordial del caos. Liarse a espadas contra Apofis no iba a servir de nada.

Me vino a la memoria una cosa que había dicho Bast antes, en la biblioteca.

—¿Es posible que Tot sepa algo sobre las sombras? —pregunté.

—Seguro que sí —gruñó Horus—. Tot no vale para mucho más que no sea estudiar sus papiros mohosos. —Contempló la figurilla de la Serpiente—. Qué curioso, acabo de acordarme de una cosa. En los viejos tiempos, los egipcios tenían el mismo nombre para decir «estatua» y «sombra», porque las dos son copias reducidas de un objeto. Llamaban *sheut* a las dos cosas.

—¿Qué intentas decirme?

El palomo volvió a atusarse el plumaje.

—Nada. Se me acaba de ocurrir mirando esa estatuilla mientras me hablabas de sombras.

Un escalofrío me recorrió los omóplatos.

Sombras... estatuas.

La última primavera, Sadie y yo habíamos visto al anterior lector jefe, Desjardins, lanzar un sortilegio de execración sobre Apofis. Los hechizos de execración eran peligrosos hasta cuando se pronunciaban contra demonios menores. En teoría, había que destruir una estatuilla del objetivo y, al hacerlo, el objetivo en sí quedaba aniquilado, borrado del mundo. Al más mínimo error con el hechizo, empezaban a explotar cosas, incluyendo al mago que lo llevaba a cabo.

Allá en el inframundo, Desjardins había usado una figurilla improvisada contra Apofis. El lector jefe había muerto lanzando la execración, y solo había conseguido hundir a Apofis un poquito más en la Duat.

Sadie y yo confiábamos en que, empleando una estatua mágica más poderosa y trabajando en equipo, podríamos execrar del todo a Apofis, o al menos forzarle a sumergirse tanto en la Duat que nunca pudiera regresar.

Eso era el plan B. Pero sabíamos que un hechizo de esa potencia consumiría tanta energía que iba a costarnos la vida. A no ser que descubriéramos otra manera.

Estatuas como sombras, sombras como estatuas...

En mi cerebro, empezó a formarse un plan C, una idea tan descabellada que ni me atreví a planteármela con palabras.

—Horus —dije cauteloso—, ¿Apofis tiene sombra?

El palomo parpadeó antes de fijar en mí sus ojillos rojos.

—¡Menuda pregunta! ¿Por qué quieres saber...? —Miró de reojo la estatua rojiza—. Ah... Ah. Pues mira, es buena idea. Rematadamente loca, pero buena. Crees que la versión de Setne del *Libro de derrotar a Apofis*, la que la serpiente estaba tan obsesionada por destruir... crees que contenía un hechizo secreto para...

—No lo sé —le interrumpí—. Vale la pena preguntárselo a Tot. A lo mejor él sabe algo.

—Tal vez —admitió Horus a regañadientes—. Pero sigo pensando que lo mejor sería un asalto frontal.

—Ya, no me extraña.

El palomo meneó la cabeza.

—Tenemos la fuerza suficiente. Deberíamos combinar nuestros poderes, Carter. Déjame compartir tu forma como hicimos una vez. Podríamos capitanear los ejércitos de los dioses y los hombres hacia la victoria sobre la Serpiente. Juntos, dominaremos el mundo.

La idea podría haberme tentado más si no proviniera de un palomo gordinflón con el plumaje saturado de migas de cereal. Permitir que el palomo dominara el mundo sonaba a muy mal plan.

—Ya lo discutiremos —dije—, pero antes debería hablar con Tot.

—Bah. —Horus aleteó—. Aún está en Memphis, en ese ridículo estadio deportivo suyo. Pero si tienes pensado visitarle, yo no tardaría demasiado.

—¿Por qué?

—Eso venía a decirte —respondió Horus—. Las cosas están complicándose mucho entre los dioses. Apofis nos tiene divididos, nos ataca uno por uno, igual que hace con vosotros los magos. Tot fue el primero en sufrirlo.

—¿Sufrir... qué?

El palomo se infló. De su pico salió una voluta de humo.

—Vaya, hombre. Mi anfitrión está autodestruyéndose. No podrá albergar mi espíritu mucho más tiempo. Tú date prisa, Carter. Ya me está costando bastante trabajo mantener unidos a los dioses, y el viejales de Ra no es que ayude mucho a levantar la moral. Si tú y yo no encabezamos pronto nuestros ejércitos, puede que no nos quede ejército que encabezar.

—Pero...

El palomo soltó otra voluta de humo con un hipido.

—Tengo que irme. Buena suerte.

Horus salió volando por la ventana, dejándome a solas con la estatuilla de Apofis y unas pocas plumas grises.

Dormí como una momia. Eso fue lo bueno. Lo malo fue que Bast no me despertó hasta después de la hora de comer.

—¿Por qué me has dejado dormir tanto? —le pregunté malhumorado—. ¡Tengo cosas que hacer!

Bast separó las manos.

—Sadie se ha empeñado. Anoche te esforzaste mucho, y necesitabas descansar. Además, como gata que soy, respeto la santidad del sueño.

Seguía enfadado, pero una parte de mí sabía que Sadie estaba en lo cierto. La noche anterior había gastado un montón de energía mágica, y encima me había acostado muy tarde. Quizá, solo quizá, Sadie lo había hecho por mi propio bien.

(Acabo de pillarla poniendo caras raras, así que quizá no.)

Me duché y me vestí. Cuando los otros chicos regresaron del colegio, ya casi volvía a sentirme como un ser humano.

Sí, he dicho colegio, y me refiero a la escuela normal y corriente. La primavera anterior habíamos dado clases a los iniciados nosotros mismos en la Casa de Brooklyn pero, al llegar el semestre de otoño, Bast había decidido que a los chicos les iría bien una dosis de vida humana normal. Así que ahora, durante el día acudían a una academia cercana de Brooklyn y por las tardes y los fines de semana

aprendían magia.

Yo era el único que se quedaba en casa. A mí siempre me había enseñado mi padre. La perspectiva de tener que lidiar con taquillas, horarios, libros de texto y comida de comedor, además de dirigir el Nomo Vigésimo Primero, me agobiaba demasiado.

Pensaréis que los demás habían protestado, Sadie la primera. Pero la verdad es que ir al colegio les estaba sentando de maravilla. Las chicas estaban contentas de tener más amigos (y chicos menos sabiondos con los que ligar, según decían). Los chicos podían hacer deporte con equipos de verdad, en vez de partidillos individuales contra Keops usando estatuas egipcias de canastas. En cuanto a Bast, le encantaba tener toda la casa tranquila a su disposición, para poder hacer estiramientos en el suelo y echar la siesta al sol.

La cosa es que, para cuando llegaron a casa los demás, yo ya había dedicado mucho tiempo a pensar en mis conversaciones con Zia y Horus. El plan que había desarrollado la noche anterior seguía oliendo a locura absoluta, pero ya tenía decidido que era nuestra mejor opción. Después de contárselo a Sadie y Bast, que se mostraron de acuerdo conmigo (lo que era preocupante), concluimos que había llegado el momento de explicárselo al resto de nuestros amigos.

Nos reunimos para la cena en la terraza principal. Es un sitio agradable para comer, con sus barreras invisibles que nos protegen del viento y su maravillosa vista del East River y Manhattan. La comida aparecía por medios mágicos, y siempre estaba deliciosa. Sin embargo, yo tenía pavor a cenar en la terraza. Llevábamos nueve meses celebrando allí todas nuestras reuniones importantes y, con el tiempo, había llegado a asociar las cenas alrededor de una mesa con los desastres.

Llenamos los platos en la mesa de bufet, mientras nuestro cocodrilo albino guardián, Filipo de Macedonia, chapoteaba feliz en su piscina. Al principio daba un poco de impresión estar comiendo cerca de un cocodrilo de seis metros, pero Filipo estaba bien entrenado. Solo comía beicon, aves acuáticas despistadas y algún monstruo invasor de vez en cuando.

Bast se sentó a la cabecera de la mesa con una lata de Purina Gourmet. Sadie y yo nos sentamos juntos en el extremo opuesto. Keops estaba dentro cuidando a los renacuajos, junto con algunos de nuestros reclutas más recientes que iban atrasados con los deberes o su aprendizaje mágico, pero la mayoría de los nuestros, una buena docena de aprendices mayores, estaba presente.

Teniendo en cuenta el desastre de la noche anterior, todo el mundo parecía estar de un buen humor muy extraño. Me alegré un poco de que aún no supieran nada de las amenazas mortales en vídeo de Sarah Jacobi. Julian no paraba de agitarse en su silla y sonreía sin motivo. Cleo y Jaz compartían cuchicheos y risitas. Hasta Felix parecía recuperado de la impresión que se había llevado en Dallas. Estaba amasando diminutos pingüinos *shabti* con puré de patatas e insuflándoles vida.

Solo Walt parecía abatido. El grandullón no tenía nada en el plato, aparte de tres zanahorias y una porción de gelatina Jell-O. (Keops estaba convencido de que el Jell-O tenía grandes propiedades curativas.) La tensión que se veía en los ojos de Walt y sus movimientos rígidos me hacían suponer que el dolor había empeorado desde la noche anterior.

Me volví hacia Sadie.

—¿Qué ocurre? Parecen todos... distraídos.

Se me quedó mirando un momento.

—Siempre se me olvida que no vas al colegio. ¡Carter, esta noche es el primer baile! Vendrán otras

tres escuelas. Podemos acelerar un poco la reunión, ¿verdad?

—Será broma —dije—. ¿Yo estoy aquí maquinando planes para el apocalipsis y a ti te preocupa llegar tarde a un baile?

—Te lo debo de haber dicho como una docena de veces —insistió—. Además, necesitamos algo que nos anime. Venga, cuéntale tu plan a todo el mundo. Algunos aún tenemos que decidir lo que vamos a ponernos.

Quería contestar a Sadie, pero los demás me estaban mirando expectantes.

Carraspeé.

—Vale. Ya sé que hay un baile, pero...

—A las siete —dijo Jaz—. Tú vendrás, ¿no?

Me sonrió. ¿Estaría... tonteando?

(Sadie acaba de llamarme lerdito. Eh, que tenía otras cosas en la cabeza.)

—Esto... bueno, a lo que iba —farfullé—. Tenemos que hablar de lo que ocurrió en Dallas y de lo que va a pasar ahora.

Eso destruyó el buen ambiente. Las sonrisas cesaron. Mis amigos escucharon mientras yo repasaba nuestra misión en el Nomo Quincuagésimo Primero, la destrucción del *Libro de derrotar a Apofis* y el rescate de la caja de sombra. Les conté que Sarah Jacobi había exigido mi rendición, y también la confusión entre los dioses que había mencionado Horus.

Sadie tomó el relevo. Explicó su extraño encuentro con la cara de la pared, dos dioses y el fantasma de nuestra madre, y también su corazonada de que nuestra mejor oportunidad para vencer a Apofis tenía algo que ver con las sombras.

Cleo levantó la mano.

—Entonces... los magos rebeldes han puesto precio a tu cabeza. Los dioses no pueden ayudarnos. Apofis podría alzarse en cualquier momento y el último papiro que podría habernos servido para derrotarle está destruido. Pero no hay nada de qué preocuparse, porque tenemos una caja vacía y un vago presentimiento sobre sombras.

—Caramba, Cleo —dijo Bast en tono de admiración—. ¡Tienes un lado gatuno!

Apreté las palmas de las manos contra la superficie de la mesa. No me habría costado nada invocar la fuerza de Horus y hacerla astillas, pero dudaba mucho que eso hubiera contribuido a mi reputación de líder calmado y sereno.

—Es más que un vago presentimiento —dije—. A ver, todos habéis estudiado sobre hechizos de execración, ¿verdad?

Nuestro cocodrilo, Filipino, gruñó. Atizó un coletazo al agua y salpicó toda nuestra cena. Las criaturas mágicas se ponen un poco susceptibles con la palabra «execración».

Julian secó su sándwich de queso a la plancha con la servilleta.

—Tío, a Apofis no se le puede execrar. Es un bicho gigantesco. Desjardins ya lo intentó y le costó la vida.

—Lo sé —respondí—. En una execración normal, se destruye la estatua que representa al enemigo. Pero ¿y si pudiéramos dar más combustible al hechizo destruyendo una representación más poderosa? ¿Algo que estuviera más conectado a Apofis?

Walt enderezó la espalda, interesado de repente.

—¿Su sombra?

Felix se sobresaltó tanto que soltó la cuchara, que aplastó a uno de sus pingüinos de puré de patatas.

—Espera, ¿lo repites?

—Me dio la idea Horus —dijo yo—. Me dijo que, en tiempos remotos, a las estatuas se las llamaba sombras.

—Pero eso sería... en plan simbólico —dijo Alyssa—. ¿O no?

Bast dejó en la mesa su lata de comida para gatos. Aún parecía inquieta por el tema de las sombras, pero, cuando le expliqué que era eso o mi muerte y la de Sadie, aceptó apoyarnos.

—Puede que no —dijo la diosa gata—. Ojo, yo no soy ninguna experta en execraciones. Son un asunto muy feo. Pero, a lo mejor, la estatua que se usa para una execración representaba en un principio la sombra del objetivo, que es una parte importante del alma.

—Por tanto —dijo Sadie—, podríamos lanzar el hechizo de execración sobre Apofis pero, en vez de destruir una estatua, nos cargaríamos su sombra de verdad. Genial, ¿a que sí?

—Vaya locura —dijo Julian—. ¿Cómo se destruye una sombra?

Walt espantó a un pingüino de puré de patatas que se había acercado a su gelatina.

—No es una locura —respondió—. La magia simpática consiste en usar una copia en miniatura para manipular al auténtico objetivo. Es posible que la tradición de hacer estatuillas para representar a personas y dioses venga de que, en algún momento, esas estatuas contuvieran de verdad la *sheut* del blanco. Hay un montón de historias en las que las almas de los dioses habitan en estatuas. Si una sombra quedara atrapada en una, a lo mejor sería posible destruirla.

—¿Podrías hacer una estatua así? —preguntó Alyssa—. ¿Algo que pudiera retener la sombra de... del mismísimo Apofis?

—Tal vez. —Walt me lanzó una mirada fugaz. Casi nadie de la mesa sabía que ya teníamos hecha una estatuilla de Apofis que podría cumplir ese propósito—. Aunque pudiera, tendríamos que encontrar la sombra. Y luego nos haría falta una magia bastante avanzada para capturarla y destruirla.

—¿Encontrar una sombra? —Felix sonrió, nervioso, como si se temiera que estuviésemos de cachondeo—. ¿No la tendrá justo debajo? ¿Y cómo se captura? ¿La pisamos? ¿La iluminamos?

—Será más complicado que eso —contesté—. Ese mago antiguo, el tal Setne, el que escribió su versión particular del *Libro de derrotar a Apofis*, debió de crear un hechizo para atrapar y destruir sombras, creo yo. Por eso Apofis estaba tan ansioso por destruir las pruebas. Es su debilidad secreta.

—Pero el papiro ya no existe —dijo Cleo.

—Aun así, podemos preguntar a alguien —dijo Walt—. A Tot. Si hay alguien que conozca la respuesta, será él.

La tensión pareció relajarse en torno a la mesa. Por lo menos, habíamos dado a nuestros aprendices una esperanza, por improbable que fuera. Me alegré de tener a Walt de nuestro lado. Su capacidad de fabricar amuletos podía muy bien ser nuestra única posibilidad de enlazar una sombra a la estatua, y su voto de confianza contaba mucho para los otros chicos.

—Tenemos que visitar a Tot cuanto antes —dije—. Esta noche.

—Sí —confirmó Sadie—. Justo después del baile.

La miré con dureza.

—No irá en serio.

—Claro que sí, querido hermano. —Puso una sonrisa pícaro y, por un momento, me temí que fuera capaz de invocar mi nombre secreto para obligarme a obedecer—. Esta noche vamos a ir al baile. Y tú te vienes con nosotros.

5. Un baile con la muerte

SADIE

A sí me gusta, Carter. Por lo menos, tienes el buen juicio de pasarme el micrófono para las cosas importantes de verdad.

En serio, mi hermano es capaz de hablar por los codos de sus planes para el apocalipsis, pero luego llega el baile escolar y no tiene nada pensado. Sus prioridades están muy, muy trastocadas.

No creo que fuese egoísta por mi parte querer ir al baile. Pues claro que teníamos asuntos importantes que atender. Por eso precisamente me empeñé en que antes saliésemos de fiesta. Nuestros aprendices necesitaban una inyección de moral, una oportunidad para ser chicos normales, tener amigos y vivir una vida fuera de la Casa de Brooklyn: algo por lo que mereciese la pena luchar. Hasta los ejércitos de verdad rinden mejor en el campo de batalla si se toman descansos para divertirse. Estoy segura de que algún general debe de haberlo dicho alguna vez.

Cuando se puso el sol, estaba preparada para dirigir mis tropas hacia el combate. Había elegido un bonito vestido negro sin tirantes, me había dado sombras negras en el pelo rubio y un ligero toque de maquillaje oscuro para tener ese aspecto de recién levantada de la tumba. Llevaba unos zapatos planos para bailar (diga lo que diga Carter, no siempre me pongo botas militares, solo el noventa por ciento del tiempo), el amuleto *tyt* de plata del joyero de mi madre y el colgante que me había regalado Walt para mi cumpleaños, con el símbolo egipcio de la eternidad, el *shen*.

Walt tenía un amuleto idéntico en su colección de talismanes, lo que nos proporcionaba una línea mágica de comunicación e incluso la capacidad de convocar al otro a nuestro lado en caso de emergencia.

Por desgracia, los amuletos *shen* no significaban que estuviésemos saliendo en exclusiva. Ni siquiera que estuviésemos saliendo en absoluto. Si Walt me hubiera pedido que saliéramos juntos, creo que habría aceptado. Walt era tan amable y guapo... Ahora que lo pienso, era perfecto, a su manera. A lo mejor, si se hubiese hecho valer, me habría decidido por él y habría podido olvidarme de ese otro chico, el divino.

Pero Walt se estaba muriendo, y se le había metido en la cabeza la tontería de que sería una injusticia para mí empezar una relación en esas circunstancias. Como si una cosa así fuese a detenerme. De modo que estábamos atascados en ese limbo enloquecedor de flirtear, pasar horas seguidas hablando e incluso besarnos muy de vez en cuando, si los dos teníamos la guardia baja... pero siempre llegaba el momento en que Walt se cerraba en banda y me apartaba.

¿Por qué no podían ser sencillas las cosas?

Lo menciono porque, mientras bajaba la escalera, tropecé literalmente con Walt.

—¡Oh! —exclamé. Entonces me di cuenta de que llevaba puesta su camiseta sin mangas y unos vaqueros, y además iba descalzo—. ¿Aún no estás listo?

—No voy a ir —anunció.

Me quedé boquiabierta.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Sadie, tú y Carter vais a necesitarme cuando vayamos a ver a Tot. Si quiero estar en condiciones, necesito descansar.

—Pero... —Me obligué a detenerme ahí. No era justo presionarle. No me hacía falta la magia para ver que soportaba un gran dolor.

Teníamos a nuestra disposición siglos enteros de conocimientos en magia curativa, pero no había nada que pudiese ayudar a Walt. En serio os lo pregunto: ¿de qué sirve ser maga si no puedes hacer un gesto con la mano y que tus seres queridos se sientan mejor?

—Vale —dije—. Es que... es que esperaba...

Cualquier cosa que dijese iba a sonar a chiquillada. Yo quería bailar con él. ¡Dioses de Egipto, si hasta me había puesto guapa para él! Los chicos mortales del colegio no estaban mal, supongo, pero se me hacían bastante superficiales comparados con Walt (sí, vale, vale, también comparados con Anubis). Y en cuanto a los otros tíos de la Casa de Brooklyn... bailar con ellos me haría sentir rara, como si bailase con un primo.

—Puedo quedarme —sugerí, pero dudo que sonara muy convincente.

Walt se las apañó para sonreír un poco.

—No, Sadie, vete. En serio. Seguro que cuando volváis ya me encontraré mejor. Tú pásalo bien.

Se escurrió por un lado y subió la escalera.

Di unas cuantas inspiraciones profundas. Una parte de mí quería quedarse a cuidar de él. Dejarlo solo en casa y marcharme no parecía la acción correcta.

Entonces bajé la mirada a la Gran Sala. Los chicos más mayores charlaban y bromeaban entre ellos, preparados para salir. Si yo no iba, tal vez se sintiesen obligados a quedarse también.

Algo parecido al cemento húmedo se me desplomó en el estómago. De pronto, la velada perdió todo su atractivo y su emoción para mí. Había pasado meses esforzándome por adaptarme a la vida en Nueva York después de haber vivido muchos años en Londres. Me había visto obligada a equilibrar el día a día de una maga joven con los desafíos de ser una escolar normal y corriente. Y ahora, justo cuando aquel baile me traía la oportunidad de combinar los dos mundos y salir una noche a divertirme, esa esperanza quedaba hecha pedazos. Aun así, me tocaría ir y fingir que me divertía. Pero iba a hacerlo como un deber, para que los demás se sintiesen mejor.

Me pregunté si aquello era lo que se sentía al hacerse adulta. Qué horror.

Lo único que me animó fue ver a Carter. Apareció por la puerta de su habitación vestido como un ayudante de profesor, con chaqueta y corbata, una camisa de botones y pantalones de vestir. Pobre chico... no había ido nunca a un baile, igual que no había ido nunca al colegio. Era un negado total.

—Estás... estupendo. —Procuré poner cara de póquer—. Sabes que no vamos a un entierro, ¿verdad?

—Cierra el pico —refunfuñó—. Acabemos con esto de una vez.

El colegio al que íbamos los chicos y yo se llamaba Academia Brooklyn para Chicos Dotados, o ABCD. Todos la llamábamos el Abecedario, y hacíamos infinitos juegos de palabras con el nombre. Un alumno era un letrilla. Las chicas repipis con la nariz operada y Botox en los labios eran las letras de molde. A los graduados los llamábamos iletrados. Y, por supuesto, la directora, la señora Laird, era doña Letras.

A pesar del nombre, el colegio estaba muy bien. Todos los alumnos tenían aptitudes para algún tipo de expresión artística, como la música, o el teatro. Teníamos horario flexible, con mucho tiempo para estudiar por nuestra cuenta, lo que nos venía de maravilla a los magos. Podíamos escaquearnos para

luchar contra monstruos si era necesario. Además, como magos, nos costaba bien poco fingir el talento. Por ejemplo, Alyssa usaba su magia de la tierra para hacer esculturas, Walt se había especializado en joyas y Cleo era una escritora excelente, ya que podía recomponer historias que llevaban olvidadas desde los días del antiguo Egipto. En cuanto a mí, no me hacía falta la magia. Era una teatrera nata.

[Deja de reírte, Carter.]

A lo mejor cuesta creerlo estando en pleno centro de Brooklyn, pero la escuela era como un parque, con hectáreas de césped verde, árboles bien cuidados y setos, y hasta un estanque con patos y cisnes.

El baile se celebraba en el pabellón que había frente al edificio de administración. En la pérgola había una banda tocando. De los árboles colgaban hileras de luces. Había profesores haciendo de carabinas, patrullando el perímetro o en modo «inspección de arbustos», para que los alumnos más mayores no pudieran perderse entre la vegetación.

Procuré no pensar en ello, pero la música y el ambiente me recordaron a los de Dallas la noche anterior... un tipo muy distinto de fiesta, que además había terminado fatal. Recordé a J. D. Grissom cogiéndome las manos y deseándome suerte antes de correr para salvar a su esposa.

En mi interior se acumuló una culpabilidad terrible. Me obligué a contenerla. A los Grissom no les serviría de nada que yo me echase a llorar en pleno baile. Y a mis amigos tampoco les ayudaría a divertirse.

Mientras nuestro grupo se dispersaba entre la multitud, me volví hacia Carter, que estaba manoseando el nudo de su corbata.

—Muy bien —dije—, tienes que bailar.

Carter me miró horrorizado.

—¿Cómo?

Llamé a una de mis amigas mortales, una chica encantadora llamada Lacy. Era un año más joven que yo, así que me admiraba mucho. (Sí, ya sé que no es difícil.) Llevaba su cabello rubio recogido en unas coletas muy monas, aparato en los dientes y, seguramente, era la única persona del baile más nerviosa que mi hermano. De todas formas, le había enseñado fotos de él y, por lo visto, opinaba que estaba bueno. No voy a reprochárselo; para casi todo lo demás, tenía un gusto excelente.

—Lacy, Carter —les presenté.

—¡Eres igual que en las fotos! —dijo Lacy con una sonrisa. Las gomas de su aparato alternaban el blanco y el rosa, a juego con su vestido.

Carter dijo:

—Hummm...

—No sabe bailar —dije a Lacy—. Te lo agradecería un montón si le enseñases.

—¡Claro! —dijo con voz chillona. Agarró a mi hermano de la mano y se lo llevó.

Empecé a sentirme mejor. A lo mejor hasta acababa divirtiéndome aquella noche.

Entonces di media vuelta y me encontré cara a cara con una de mis mortales menos favoritas, Drew Tanaka, la jefa de la camarilla de chicas populares, con su escuadrón de supermodelos matonas detrás de ella.

—¡Sadie! —Drew me rodeó los hombros con un brazo. Su perfume era una mezcla de rosas y gas lacrimógeno—. Cómo me alegro de que hayas venido, cariño. ¡Si lo hubiera sabido antes, podríamos haberte recogido con la limusina!

Sus amigas emitieron unos «Oohh» compasivos, y enseguida sonrieron para que no se me ocurriese pensar que estaban siendo sinceras. Iban vestidas más o menos igual, con los últimos diseños en seda que sus padres, sin duda, habían encargado para ellas en el último certamen de la Semana de la Moda. Drew era la más alta y glamurosa (entendiendo la palabra como un insulto), con un espantoso lápiz de ojos rosa y unos rizos negros crespos que, al parecer, formaban parte de la cruzada personal de Drew para volver a poner de moda la permanente de los años ochenta. Llevaba un colgante, una brillante D hecha de platino y diamantes que posiblemente representaría su inicial, o tal vez su calificación media de aquel curso.

Le dediqué una sonrisa forzada.

—Caray, con limusina y todo. Muchas gracias. Pero contigo, tus amigas y vuestros egos dentro, no creo que quedase nada de espacio libre.

Drew hizo un mohín.

—No digas esas cosas, cariño. ¿Dónde está Walt? ¿El pobrecito chiquitín sigue enfermo?

Habría pagado por sacar mi báculo de la Duat y transformarlas a todas en gusanos para que se los comieran los patos. Estaba convencida de que me saldría bien, y dudaba mucho que alguien fuese a echarlas de menos, pero logré dominarme.

Lacy me había advertido sobre Drew en mi primer día de escuela. Se ve que habían ido las dos juntas al mismo campamento de verano —bla, bla, bla, no presté mucha atención a los detalles—, y Drew ya era igual de mandona entonces.

Sin embargo, eso no significaba que pudiera hacerse la mandona conmigo.

—Walt está en casa —respondí—. Le he dicho que ibas a venir. Qué curioso, parece que no le ha motivado demasiado la idea.

—Qué pena. —Drew suspiró—. ¿Sabes qué?, a lo mejor no está enfermo de verdad. ¿No será que es alérgico a ti, cariño? A veces pasa. Tendría que acercarme a su casa con una sopita de pollo o alguna cosa. ¿Dónde vive?

Sonrió con dulzura. No sabía si de verdad le gustaba Walt o si lo fingía porque me odiaba a mí. En cualquier caso, la idea de convertirla en lombriz iba ganando puntos.

Antes de que pudiese hacer algo temerario, una voz conocida dijo detrás de mí:

—Hola, Sadie.

Las otras chicas ahogaron un grito colectivo. Mi pulso se aceleró desde «paseo tranquilo» a «*sprint* de cincuenta metros». Me giré y vi que (en efecto) el dios Anubis se había presentado en nuestro baile.

Tuvo la cara dura de aparecer con un aspecto increíble, como siempre. Es así de irritante. Llevaba unos vaqueros negros ajustados, botas negras de cuero y una cazadora de motorista sobre una camiseta de Arcade Fire. Tenía el pelo moreno revuelto, tan natural como si estuviese recién levantado, y tuve que contenerme para no subir una mano y acariciárselo. Sus ojos castaños relucían de diversión. O bien se alegraba de verme o bien le gustaba ponerme nerviosa.

—Oh... Dios... mío —gimoteó Drew—. ¿Quién...?

Anubis no le hizo ningún caso (cosa que le agradecí en silencio) y extendió su brazo doblado hacia mí, en un gesto de lo más dulce y pasado de moda.

—¿Me concedes este baile?

—Supongo que sí —dije, con tanta indiferencia como pude.

Pasé mi brazo por dentro del suyo y dejamos atrás a las letras de molde mientras oíamos a cada una

de ellas murmurar:

—¡Oh, dios mío! ¡Oh, dios mío!

«En realidad, no —quise decirles—. Este dios joven e increíblemente guapo es mío. Buscaos otro.»

Los adoquines irregulares hacían que fuera arriesgado bailar en aquella pista. A nuestro alrededor, los chicos no dejaban de tropezar unos con otros. Anubis empeoraba la situación, ya que todas las chicas se giraban para mirarle boquiabiertas mientras me llevaba hacia el centro del grupo.

Me alegré de ir del brazo de Anubis. Tenía las emociones tan revueltas que me sentía mareada. Estaba ridículamente feliz de que hubiese venido. Sentía un remordimiento abrumador por haber dejado al pobre Walt en casa mientras yo me paseaba del brazo de Anubis. Pero me alegré de que Walt y Anubis no hubiesen coincidido en el baile. Eso habría sido la incomodidad suprema. El alivio me hizo sentir más culpable, y de vuelta al principio. Dioses de Egipto, estaba hecha un lío.

Cuando llegamos al centro de la pista de baile, la banda acabó la canción discotequera que estaba tocando y empezó una balada romántica.

—¿Eso lo has hecho tú? —pregunté a Anubis.

Me sonrió, cosa que no me sirvió de respuesta. Me puso una mano en la cadera y me cogió con la otra, como un auténtico caballero. Nos balanceamos juntos.

Había oído hablar sobre la sensación de bailar en el aire, pero tardé unos pasos en darme cuenta de que estábamos levitando de verdad, unos milímetros por encima del suelo; no lo suficiente para que se notara, pero sí para poder deslizarnos por la pista mientras los demás tropezaban.

A pocos metros de nosotros, Carter parecía bastante incómodo mientras Lacy le enseñaba a bailar una canción lenta. [En serio, Carter, tampoco es que sea física cuántica.]

Alcé la mirada hacia los cálidos ojos castaños de Anubis y sus labios exquisitos. Una vez me había besado —por mi cumpleaños, la primavera anterior—, y yo aún no lo tenía asimilado del todo. Cualquiera diría que un dios de la muerte tendría los labios fríos, pero no había sido el caso en absoluto.

Intenté aclararme la cabeza. Sabía que Anubis se había presentado allí por algún motivo, pero me costaba horrores centrarme.

—Creía que... Hummm... —Tragué saliva y conseguí no babearme el vestido por los pelos.

«Maravilloso, Sadie —pensé—. Venga, ahora probemos con una frase completa, ¿vale?»

—Creía que solo podías aparecer en los lugares de muerte —dije por fin.

Anubis rió suavemente.

—Este es un lugar de muerte, Sadie. Batalla de Brooklyn Heights, 1776. Cientos de soldados británicos y americanos murieron justo donde ahora bailamos.

—Qué romántico —dije entre dientes—. ¿O sea que bailamos sobre sus tumbas?

Anubis negó con la cabeza.

—La mayoría de ellos no recibió sepultura. Por eso he decidido visitarte aquí. A estos fantasmas les vendría bien entretenerse por una noche, igual que a vuestros iniciados.

De pronto, a nuestro alrededor revoloteaba una multitud de espíritus, apariciones luminosas ataviadas con ropajes del siglo XVIII. Algunos llevaban el uniforme rojo del ejército británico y otros iban equipados de cualquier manera, al modo miliciano. Hacían curiosas piruetas junto a mujeres fantasma vestidas con sencillos trajes de granjera o lujosas sedas. Algunas de las mujeres elegantes llevaban moños de pelo rizado que habrían dado envidia incluso a Drew. Los fantasmas parecían estar bailando al

son de una canción distinta. Me concentré en escuchar y distinguí violines y un violonchelo.

Los alumnos normales no daban la impresión de haber reparado en la invasión de espectros. Hasta mis amigos de la Casa de Brooklyn parecían seguir en la inopia. Vi a una pareja fantasmal pasando a través de Carter y Lacy con pasos de vals. Mientras Anubis y yo bailábamos, la Academia Brooklyn perdió consistencia y los fantasmas se hicieron más reales.

Un soldado tenía una herida de mosquete en el pecho. A un oficial británico le sobresalía un hacha india de la peluca empolvada. Bailábamos el vals entre dos mundos, rodeados de fantasmas masacrados con saña. Desde luego, Anubis sabía cómo hacer que una chica se lo pasara bien.

—Estás volviendo a hacerlo —dije—. Sacarme de fase, o comoquiera que lo llames.

—Un poco —reconoció—. Tenemos que hablar en privado. Te prometí que vendría a verte en persona...

—Y lo has hecho.

—... pero va a traerme problemas. Quizá no pueda volver a verte más. Ha habido quejas sobre nuestra situación.

Entrecerré los ojos. ¿El dios de los muertos estaba ruborizándose?

—Nuestra situación —repetí.

—Nosotros.

La palabra me hizo zumbar los oídos. Intenté que no se me notara en la voz.

—Por lo que tengo entendido, no hay ningún «nosotros» oficial. ¿Por qué no íbamos a poder hablar nunca más?

Ahora sin duda se estaba ruborizando.

—Por favor, escúchame. Tengo muchas cosas que decirte. Tu hermano ha dado con el mejor plan. La sombra de Apofis es vuestra mejor esperanza, pero solo hay una persona capaz de enseñaros la magia que necesitáis. Tot puede ponerlos en el buen camino, pero dudo que vaya a revelaros los hechizos secretos. Son demasiado peligrosos.

—Un momento, un momento.

Aún no me había recuperado del comentario sobre «nosotros». Y la idea de que tal vez nunca más fuese a ver a Anubis... me puso las neuronas en modo pánico, como cientos de Sadies diminutas corriendo de un lado a otro en mi cráneo, chillando con los brazos levantados.

Intenté no perder el norte.

—Entonces, ¿Apofis tiene sombra? ¿Y podría usarse para execrar...?

—Por favor, no digas esa palabra. —Anubis hizo una mueca—. Pero sí, todos los entes inteligentes tienen alma, así que todos tienen sombra, incluso Apofis. Hasta ahí llego, ya que soy el guía de los muertos. Las almas forman parte de mi negocio, qué remedio. ¿Podría usarse su sombra contra él? En teoría, sí. Pero hay muchos peligros.

—Naturalmente.

Anubis me llevó dando vueltas por entre una pareja de fantasmas coloniales. Había otros alumnos mirándonos, cuchicheando mientras bailábamos, pero sus voces me llegaban lejanas y distorsionadas, como si estuviesen al otro lado de una catarata.

Anubis me observó con una especie de remordimiento tierno.

—Sadie, no te sugeriría este camino si hubiera alguna otra forma. No quiero que mueras.

—En eso estamos de acuerdo —repliqué.

—Hasta hablar de este tipo de magia está prohibido —me advirtió—, pero tienes que comprender a qué vas a enfrentarte. La *sheut* es la parte del alma sobre la que menos se sabe. Es... ¿Cómo te lo explico? Un alma de emergencia, un residuo de la fuerza vital de una persona. Habrás oído que las almas de la gente malvada se destruyen en la Sala del Juicio...

—Cuando Ammit les devora el corazón —dije.

—Sí. —Anubis bajó la voz—. Decimos que, con ello, el alma queda destruida por completo, pero no es verdad. La sombra permanece. Ha habido ocasiones, muy poco frecuentes, en las que Osiris ha decidido... replantearse una sentencia. Si alguien ha sido declarado culpable pero aparecen pruebas nuevas, tiene que haber alguna manera de recuperar un alma de la nada.

Traté de comprenderlo. Notaba mis pensamientos suspendidos en el aire, igual que los pies, incapaces de conectar con algo sólido.

—Entonces... ¿estás diciéndome que la sombra puede usarse para, hummm, reiniciar un alma? ¿Como la copia de seguridad de un disco duro? —Anubis me miró, extrañado—. Vaya, perdona —dije con un suspiro—. He pasado demasiado tiempo con el empollón de mi hermano. Habla como un ordenador.

—No, no —dijo Anubis—. En realidad es una buena analogía. Es solo que nunca se me habría ocurrido expresarlo así. Exacto, el alma no se destruye por completo mientras permanezca la sombra, así que, en casos desesperados y con la magia adecuada, es posible reiniciar el alma usando la *sheut*. Por otra parte, si destruyeras la sombra de un dios, o incluso la de Apofis mediante una ex... quiero decir, mediante ese hechizo que mencionabas...

—La *sheut* sería infinitamente más poderosa que una estatua normal —adiviné—. Podríamos aniquilarlo, con un poco de suerte, sin destruirnos a nosotros mismos.

Anubis miró nervioso a nuestro alrededor.

—Sí, pero ahora entenderás por qué ese tipo de magia es secreto. Lo último que querrían los dioses es ver ese conocimiento en manos de un mago mortal. Por eso siempre escondemos nuestras sombras. Si un mago lograra capturar la *sheut* de un dios y usarla para amenazarnos...

—Ya. —Se me secó la boca—. Pero yo estoy de vuestra parte. Solo utilizaría el hechizo contra Apofis. Seguro que Tot lo entenderá.

—Tal vez —dijo, aunque sonó muy poco convencido—. Como mínimo, empezad por Tot. Esperemos que comprenda la necesidad de ayudaros. Aun así, me temo que necesitaréis consejos mejores que los suyos... consejos más peligrosos.

Tragué saliva.

—Has dicho que solo hay una persona que puede enseñarnos la magia. ¿Quién es?

—El único mago tan loco como para desarrollar un conjuro como ese. Su juicio tendrá lugar mañana al ocaso. Tendrás que visitar a tu padre antes de esa hora.

—Espera, ¿qué?

Nos llegó una ráfaga de viento desde la pérgola. La mano de Anubis me apretó la mía.

—Hemos de darnos prisa —dijo—. Tengo que decirte más cosas. Está pasando algo con los espíritus de los muertos. Los están... ¡Mira ahí!

Señaló a una pareja de espectros cercanos. La mujer bailaba descalza y con un sencillo vestido de hilo. El hombre llevaba pantalones bombachos y levita, al estilo de un granjero colonial, pero su cuello

estaba inclinado en un ángulo raro, como si le hubieran ahorcado. Una neblina negra se enroscó en torno a las piernas del hombre como una enredadera. Tres pasos de vals después, lo había envuelto por completo. Los sucios zarcillos tiraron de él hacia el suelo y desapareció. La mujer de blanco siguió bailando sola, al parecer ignorante de que a su pareja se la habían llevado unos dedos malévolos de aire contaminado.

—¿Qué... qué ha sido eso? —pregunté.

—No lo sabemos —dijo Anubis—. A medida que Apofis gana fuerza, ocurre más y más a menudo. Las almas de los muertos están desapareciendo, hundidas hacia niveles más profundos de la Duat. No sabemos adónde van.

Casi di un traspié.

—Mi madre. ¿Está bien?

Anubis me lanzó una mirada dolorida, y supe la respuesta. Mamá me había avisado de que tal vez no volveríamos a verla si no encontrábamos la forma de detener a Apofis. Me había enviado aquel mensaje, animándome a buscar la sombra de la Serpiente. Por fuerza tenía que estar relacionado con sus propios apuros.

—Ha desaparecido —adiviné. El corazón me aporreaba las costillas—. Tiene algo que ver con este asunto de las sombras, ¿verdad?

—Sadie, ojalá lo supiera. Tu padre está... haciendo todo lo posible para encontrarla, pero...

La ventolera le interrumpió.

¿Alguna vez habéis sacado la mano por la ventanilla de un coche en marcha para notar el empuje del aire? Fue un poquito como eso, pero diez veces más potente. Una cuña de fuerza nos separó a Anubis y a mí. Retrocedí a trompicones, con pies que ya no levitaban.

—Sadie... —Anubis extendió el brazo, pero el viento lo apartó aún más.

—¡Ya vale! —exclamó una voz chillona entre nosotros—. ¡Nada de demostraciones públicas de afecto mientras esté yo de guardia!

El aire adoptó forma humana. Al principio era solo una silueta tenue. Después se fue haciendo más sólida y colorida. Ante mí había un hombre vestido con un traje anticuado de aviador: casco y cazadora de cuero y anteojos, igual que en las fotos de los pilotos de la Real Fuerza Aérea durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, no era de carne y hueso. Su figura se emborronaba y cambiaba. Me di cuenta de que estaba hecho de basura levantada por el aire, de motas de polvo, papelitos, dientes de león y hojas secas que se arremolinaban, pero estaban contenidas por el viento y formaban un *collage* tan denso que, de lejos, podría haber pasado por un ser humano corriente.

Señaló a Anubis con un dedo.

—¡Ahora sí que te has pasado, jovencito! —Su voz silbaba como el aire al escapar de un globo—. ¡Se te ha advertido muchas veces!

—¡Un momento! —dije—. ¿Tú quién eres? Y a Anubis no le llames jovencito, que tiene cinco mil años.

—Exacto —me espetó el aviador—. Apenas un crío. ¡Y a ti no te he dado permiso para hablar, niña!

El aviador estalló. La onda expansiva fue tan fuerte que me taponó el oído y me hizo caer de culo. A mi alrededor, los otros mortales —mis amigos, los profesores y todos los estudiantes— simplemente se desmayaron. No vi que afectara a Anubis ni a los fantasmas. El aviador recuperó su forma y me miró

furioso.

Me levanté como pude e intenté convocar mi báculo desde la Duat. No hubo suerte.

—¿Qué les has hecho? —grité.

—Sadie, no pasa nada —dijo Anubis—. Tus amigos solo están inconscientes. Lo que ha hecho Shu es disminuir la presión atmosférica.

—¿Su? —pregunté—. ¿Su qué?

Anubis se llevó las manos a las sienes.

—Sadie..., este es Shu, mi bisabuelo.

Entonces caí. Shu era uno de los dioses con nombre ridículo que ya había oído antes. Intenté situarlo.

—Ah, el dios de... las chancletas. No, espera. De los globos pinchados. No...

—¡Del aire! —exclamó Shu con voz sibilante—. ¡El dios del aire!

Su cuerpo se disolvió en un remolino de basura. Cuando volvió a componerse, iba vestido a la moda del antiguo Egipto: a pecho descubierto, con un taparrabos blanco y una gigantesca pluma de avestruz sujeta a la cabeza por su diadema trenzada.

Volvió a cambiar al uniforme de aviador.

—Mejor el traje de piloto —dije—. La pluma de avestruz no te sienta nada bien.

Shu emitió una bocanada de viento muy poco amistosa.

—Lo que me gustaría es ser invisible, muchísimas gracias. Pero los humanos habéis ensuciado tanto el aire que cada vez me cuesta más. ¡Es horrible lo que habéis hecho estos últimos milenios! ¿Es que no habéis oído hablar de la contaminación atmosférica? ¿Compartir coche para ir al trabajo? ¿Motores híbridos? Y no me tires de la lengua con las vacas, que empiezo y no paro. ¿Sabías que cada vaca emite más de cuatrocientos litros de metano al día, entre ventosidades y eructos? Y hay mil quinientos millones de vacas en el mundo. ¿Tú sabes lo mal que sienta eso a mi sistema respiratorio?

—Esto...

Shu sacó un inhalador del bolsillo de la cazadora y aspiró por él.

—¡Inadmisible!

Enarqué una ceja en dirección a Anubis, que parecía mortalmente avergonzado (o tal vez inmortalmente avergonzado).

—Shu —dijo—. Solo hablábamos. Si nos dejas terminar...

—¡Ah, conque hablabais! —bramó Shu, sin duda emitiendo su propia dosis de metano—. Cogiditos de la mano, bailando y portándoos como unos degenerados. No te hagas el inocente, jovencito. Ya he hecho de carabina otras veces, ¿sabes? Mantuve alejados a tus abuelos durante eones.

De pronto, recordé la historia de Nut y Geb, el cielo y la tierra. Ra había ordenado al padre de Nut, Shu, que mantuviera separados a los amantes para que no pudiesen tener hijos que un día aspirasen a usurpar el trono de Ra. La estratagema no había funcionado, pero por lo visto Shu no se daba por vencido.

El dios aéreo hizo un gesto de disgusto hacia los mortales inconscientes, algunos de los cuales empezaban a moverse entre gemidos.

—Y ahora, Anubis, te encuentro en este antro de perversión, en esta ciénaga de comportamiento cuestionable, en este... este...

—¿Colegio? —sugerí.

—¡Sí! —Shu asintió con tanto vigor que su cabeza se desintegró en una nube de hojas—. Ya conoces el decreto de los dioses, jovencito. Has intimado exageradamente con esta mortal. ¡Por la presente, te prohíbo cualquier nuevo contacto con ella!

—¿Cómo? —grité—. ¡Menuda chorrada! ¿Quién ha decretado eso?

Shu hizo el sonido de un neumático al desinflarse. O se estaba riendo o me hacía una pedorreta ventosa.

—¡El concilio en pleno, niña! ¡Encabezado por lord Horus y lady Isis!

Me sentí como si yo también me disolviera en un remolino de basura.

¿Isis y Horus? No podía creérmelo. Mis dos supuestos amigos me habían apuñalado por la espalda. Isis y yo íbamos a tener unas palabras bien pronto.

Me volví hacia Anubis, deseando que me dijese que no era cierto.

Levantó las manos, impotente.

—Sadie, es lo que intentaba decirte. A los dioses no se nos permite, hummm, involucrarnos directamente con los mortales. Solo puede hacerse si un dios habita una forma humana, y... y, como sabes, yo nunca he funcionado así.

Me rechinaron los dientes. Quería argumentar que la forma de Anubis ya estaba bastante bien, pero me había dicho varias veces que solo podía manifestarse en sueños, o en lugares de muerte. Al contrario que los otros dioses, Anubis nunca había tomado un anfitrión humano.

Era una puñetera injusticia. Ni siquiera habíamos llegado a tener una cita propiamente dicha. Solo un beso, medio año antes... ¿y ahora Anubis estaba castigado para siempre sin verme?

—No podéis hablar en serio. —No sabía con quién estaba más furiosa, con el borroso dios carabina o con el propio Anubis—. ¿De verdad vas a permitir que te den una orden como esa?

—¡No tiene elección! —vociferó Shu. El esfuerzo le dio tanta tos que su pecho se convirtió en un estallido de dientes de león. Volvió a aspirar de su inhalador—. ¡Nivel de ozono de Brooklyn... lamentable! Venga, largo de aquí, Anubis. Se acabó el contacto con esta mortal. No es correcto. ¡Y tú, chica, no te acerques a él! Tienes cosas más importantes que hacer.

—Ah, ¿sí? —dije—. ¿Y qué pasa con usted, don Tornado de Basura? ¿Estamos a punto de entrar en guerra y solo se le ocurre impedir que la gente baile un vals?

La presión atmosférica subió de golpe. La sangre se me acumuló en la cabeza.

—Escúchame, niña —gruñó Shu—. Ya te he ayudado más de lo que mereces. He respondido a la plegaria de ese chico ruso. Lo he traído desde San Petersburgo para que hable contigo, así que ¡shuuu!

El aire me lanzó hacia atrás. Los fantasmas se descompusieron como volutas de humo. Los mortales inconscientes empezaron a despertar y a protegerse las caras de la basura voladora.

—¿Qué chico ruso? —grité por encima del vendaval—. ¿Se puede saber de qué hablas?

Shu se deshizo en un revuelo de basura que se arremolinó en torno a Anubis y lo levantó del suelo.

—¡Sadie! —Anubis intentó acercarse a mí, pero la tormenta era cada vez más fuerte—. ¡Shu, al menos déjame decirle lo de Walt! ¡Tiene derecho a saberlo!

Apenas pude oírle por culpa del viento.

—¿Has dicho Walt? —grité—. ¿Qué pasa con él?

Anubis dijo algo que no entendí, antes de que el huracán de basura le envolviera por completo.

Cuando amainó el viento, los dos dioses habían desaparecido. Solo quedaba yo en la pista de baile,

rodeada por docenas de niños y adultos que empezaban a espabilarse.

Estuve a punto de correr hacia Carter para comprobar que estuviese bien. [Sí, Carter, de verdad que iba a hacerlo.]

Entonces, en el extremo del pabellón, un hombre joven avanzó hacia la luz del interior.

Llevaba un uniforme gris de militar, con un abrigo de lana demasiado grueso para la tibia noche de septiembre. Parecía que lo único que sostenía el enorme sombrero sobre su cabeza eran sus descomunales orejas. Llevaba un fusil al hombro. No podía tener más de diecisiete años y, aunque desde luego no asistía a ningún colegio de los que habían venido al baile, su cara me sonaba de algo.

«San Petersburgo», había dicho Shu.

Eso era. Me había cruzado con aquel chico la primavera anterior. Carter y yo huíamos del Museo del Hermitage y él había intentado impedirlo. Entonces iba disfrazado de vigilante, pero había resultado ser un mago del nomo ruso, un siervo del malvado Vlad Ménshikov.

Busqué mi báculo en la Duat... esta vez con éxito.

El chico levantó las manos en gesto de rendición.

—*Nyet!* —suplicó. Y luego, en un inglés chapurreado, añadió—: Sadie Kane, tenemos... que... hablar.

6. Amos juega con figuritas coleccionables

SADIE

Se llamaba Leonid, y acordamos no matarnos uno al otro.

Nos sentamos en los escalones de la pérgola y hablamos mientras los alumnos y los profesores iban despertando, entre quejidos, a nuestro alrededor.

Leonid no hablaba muy bien inglés. Mis conocimientos de ruso eran nulos, pero entendí lo suficiente para asustarme. Había escapado del nomo ruso y, no sé cómo, había convencido a Shu para que lo trajese de un soplido hasta mí. Leonid me recordaba de cuando asaltamos el Hermitage. Por lo visto, dejé muy impresionado al joven. No me extraña. Soy bastante memorable.

[Venga, deja de reírte, Carter.]

Mediante palabras, gestos con las manos y efectos de sonido, Leonid trató de explicar lo que había sucedido en San Petersburgo desde la muerte de Vlad Ménshikov. No acabé de captarlo todo, pero sí entendí bien lo siguiente: Kwai, Jacobi, Apofis, Nomo Primero, muchas muertes, pronto, muy pronto.

Los profesores empezaron a pastorear a su rebaño de estudiantes y a llamar a los padres. Por lo que oí, se temían que el desmayo en masa lo hubiese provocado el ponche en mal estado o algún gas peligroso (el perfume de Drew, quizá), y habían decidido evacuar la zona. Sospeché que la policía y los equipos sanitarios no tardarían en hacer acto de presencia. Quería estar fuera de allí antes de que llegasen.

Conduje a Leonid hasta donde estaba mi hermano, que andaba a trompicones y se frotaba los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carter. Miró a Leonid con el ceño fruncido—. ¿Quién...?

Le di la versión de un minuto: la visita de Anubis, la intervención de Shu y la aparición del ruso.

—Leonid tiene información de un ataque inminente al Nomo Primero —dije—. Los rebeldes estarán tras su pista.

Carter se rascó la cabeza.

—¿Quieres esconderle en la Casa de Brooklyn?

—No —respondí—. Tenemos que llevarlo a ver a Amos ahora mismo.

Leonid casi se ahogó del susto.

—¿Amos? Convertir en Set... ¿comer cara?

—Amos no se va a comer tu cara —le aseguré—. Eso son cuentos que se ha inventado Jacobi.

Leonid seguía inquieto.

—¿Amos no convertir en Set?

¿Cómo explicárselo sin que sonase peor? No sabía decir en ruso: «Estuvo poseído por Set, pero no fue culpa suya y ahora está mucho mejor».

—Set no está —dije—. Amos, bueno.

Carter observó al joven ruso y luego me miró preocupado.

—Sadie, ¿y si es una trampa? ¿Te fías de este tío?

—Tranquilo, de Leonid me encargo yo. No querrá que lo transforme en una babosa banana, ¿a que no, Leonid?

—*Nyet* —respondió él en tono solemne—. No babosa banana.

—Ahí lo tienes.

—¿Y nuestra visita a Tot? —preguntó Carter—. Eso tiene que ser hoy.

Vi la preocupación en su mirada. Supongo que estaría pensando lo mismo que yo: nuestra madre pasaba por un apuro. Los espíritus de los muertos estaban desapareciendo y todo tenía algo que ver con la sombra de Apofis. Debíamos descubrir la relación.

—Tú ve a ver a Tot —dije—. Llévate a Walt. Y, hummm... no le pierdas de vista, ¿vale? Anubis quería decirme algo sobre él, pero no le ha dado tiempo. Y en Dallas, cuando miré a Walt en la Duat...

Tuve que dejar la frase a medias. Solo pensar en Walt envuelto por vendajes de momia me llenaba los ojos de lágrimas.

Por suerte, Carter vio por dónde iban los tiros.

—Cuidaré de él —prometió—. ¿Cómo vas a llegar a Egipto?

Lo medité. Leonid parecía haber volado con las Aerolíneas Shu, pero me habría extrañado mucho que el quisquilloso aviador estuviese dispuesto a ayudarme, y además no quería pedírselo.

—Nos arriesgaremos a abrir un portal —dije—. Ya sé que últimamente no funcionan muy bien, pero será solo un salto rápido. ¿Qué puede salir mal?

—Podríais materializaros dentro de una pared —dijo Carter—, o acabar esparcidos por la Duat en un millón de trocitos.

—¡Sí que te preocupas por mí, Carter! En serio, no me pasará nada. Y no tenemos mucho donde elegir.

Le di un abrazo rápido; lo sé, horrible y sentimentaloides, pero quise mostrarme solidaria. Luego, antes de poder cambiar de idea, cogí a Leonid de la mano y me lo llevé corriendo por la escuela.

La cabeza aún me daba vueltas después de mi charla con Anubis. ¿Cómo se atrevían Isis y Horus a mantenernos separados, cuando ni siquiera estábamos juntos? ¿Y qué había querido decirme Anubis sobre Walt? A lo mejor quería poner fin a nuestra desventurada relación y darme su bendición para que saliese con Walt. (Poco creíble.) O quizá quería declararme su amor eterno y retar a Walt en duelo por mi afecto. (Muy improbable, y aparte tampoco me gustaría que se peleasen por mí como si fuera un balón de baloncesto.) O tal vez, y esto sí podía pasar perfectamente, quería darme alguna mala noticia.

Anubis había visitado a Walt en varias ocasiones, que yo supiese. Ninguno de los dos había soltado prenda sobre sus conversaciones, pero, dado que Anubis era el guía de los muertos, di por hecho que estaba preparando a Walt para cuando llegara el momento. Era posible que Anubis quisiera advertirme de que ya faltaba poco, como si necesitase que me lo recordaran.

Anubis prohibido y Walt a las puertas de la muerte. Si perdía a los dos chicos que me gustaban... En fin... qué poco sentido le veía a salvar el mundo.

Vale, vale, igual exagero un poco. Pero solo un poco.

Y, para colmo, mi madre tenía problemas y los rebeldes de Sarah Jacobi estaban planeando un ataque terrible contra el cuartel general de mi tío.

Entonces, ¿por qué sentía tanta... esperanza?

Empezaba a formarse una idea, un diminuto destello de posibilidad. No era solo la perspectiva de encontrar la forma de derrotar a la Serpiente. Las palabras de Anubis seguían resonando en mi mente: «La sombra permanece. Tiene que haber alguna manera de recuperar un alma de la nada».

Si la sombra servía para rehacer un alma mortal que había sido destruida, ¿podría hacer lo mismo

con la de un dios?

Estaba tan sumida en mis pensamientos que casi ni me enteré cuando llegamos al edificio de Bellas Artes. Leonid me hizo parar.

—¿Esto abre portal? —Señaló un bloque de piedra caliza tallada que había en el patio.

—Sí —dije—, gracias.

En cuatro palabras: cuando me matriculé en el Abecedario, se me ocurrió que sería interesante tener alguna reliquia egipcia a mano, para las emergencias. Así que hice lo más lógico: tomar prestado un cacho de friso de caliza del Museo Brooklyn, que caía cerca. No creí que fuesen a echar de menos justamente ese trozo.

Había dejado una copia en su lugar, y había pedido a Alyssa que presentase el friso egipcio a su profesor como si fuese su proyecto de escultura, un intento de simular una forma de arte antiguo. El profesor había quedado debidamente impresionado, hasta el punto de instalar la obra de arte «de Alyssa» en el patio contiguo a su aula. Los bajorrelieves representaban el séquito de un funeral, lo que me pareció apropiado en un entorno académico.

No era una obra de arte poderosa ni importante, pero todas las reliquias del antiguo Egipto tenían algún poder, como si fuesen pilas mágicas. Con los conocimientos adecuados, un mago puede usarlas para puentear hechizos que de lo contrario serían imposibles, como abrir portales.

Esa magia en particular había llegado a dárseme muy bien. Leonid me cubrió las espaldas mientras yo empezaba a recitar.

La mayoría de los magos espera a «momentos auspiciosos» para abrir portales. Pasan años memorizando tablas de efemérides importantes, como el momento del día en que nació cada dios, la alineación de las estrellas y demás. Supongo que debería haberme preocupado de esas cosas, pero nunca lo hice. Con los miles de años que había de historia egipcia, existían tantos momentos auspiciosos que me limité a alargar el cántico hasta dar con uno. Por supuesto, solamente podía confiar en que mi portal no se abriese en un momento *inauspicioso*. Habría provocado todo tipo de feos efectos secundarios... pero ¿qué es la vida si no te arriesgas de vez en cuando?

(Carter está meneando la cabeza y murmurando entre dientes. Vete a saber por qué.)

El aire se onduló delante de nosotros. Apareció un umbral circular, un vórtice arremolinado de arena dorada, y Leonid y yo saltamos al otro lado.

Me encantaría decir que mi hechizo funcionó a la perfección y acabamos en el Nomo Primero. Por desgracia, me desvié un pelín.

El portal nos escupió unos treinta metros por encima de El Cairo. Caíamos sin freno, entre el frío aire nocturno, hacia las luces de la ciudad que teníamos debajo.

No cedí al pánico. Podía lanzar distintos hechizos para sacarnos del apuro. Hasta podría haber adoptado mi forma de milano (el ave de presa, no la ciudad italiana), aunque no era mi medio de transporte favorito. Sin darme tiempo a decidir un curso de acción, Leonid me cogió la mano.

El viento cambió de dirección. De repente, planeábamos sobre la ciudad en un descenso controlado. Nos posamos suavemente en el desierto, en los límites de El Cairo y cerca de un grupo de ruinas que sabía, por experiencia, que ocultaban una entrada al Nomo Primero.

Miré asombrada a Leonid.

—¡Has invocado el poder de Shu!

—Shu —dijo muy serio—. Sí. Necesario. Yo hago... prohibido.

Sonreí, encantada.

—¡Chico listo! ¿Has aprendido la senda de los dioses por tu cuenta? Ya sabía yo que no tenía que transformarte en babosa banana.

Leonid puso los ojos como platos.

—¡No babosa banana! ¡Por favor!

—Que era un cumplido, tontín —dije—. ¡Lo prohibido es bueno! ¡Sadie gusta prohibido! Venga, vamos. Tengo que presentarte a mi tío.

Seguro que Carter os describiría la ciudad subterránea ahogándoos en detalles, con las medidas exactas de cada sala, la aburrida historia de cada estatua y jeroglífico, y añadiría notas de fondo sobre la construcción del cuartel mágico de la Casa de la Vida.

Os ahorraré el suplicio.

Grande. Lleno de magia. Bajo tierra.

Hala, ya está.

Al final del túnel de acceso, un puente de piedra permitía cruzar una sima, y allí me desafió un *ba*. El espíritu brillante con forma de pájaro (y la cabeza de algún egipcio famoso que supongo que debería haber reconocido) me hizo una pregunta: «¿De qué color son los ojos de Anubis?».

Castaños. Qué tontería de pregunta. Supongo que intentaba engañarme con una fácil.

El *ba* nos dejó pasar a la ciudad en sí. No la había visitado desde hacía medio año, y me preocupó ver los pocos magos que quedaban. El Nomo Primero nunca había estado abarrotado, y la magia egipcia había perdido fuelle con los siglos, con cada vez menos aprendices iniciándose en el arte. Pero ahora la mayoría de las tiendas de la caverna principal estaban cerradas. En los puestos del mercadillo no había nadie regateando el precio de los anjs o del veneno de escorpión. Un vendedor de amuletos con cara de aburrimiento se animó al ver que nos acercábamos, y se llevó una decepción cuando pasamos de largo.

Nuestros pasos resonaban en los pasadizos silenciosos. Cruzamos uno de los ríos subterráneos y callejamos entre las bibliotecas y la Cámara de las Aves.

(Carter dice que debería explicaros por qué se llama así. Es una cueva donde hay todo tipo de aves. Otra tontería de pregunta.) [Oye, Carter, ¿por qué estás dándote cabezazos contra la mesa?]

Llevé a mi amigo ruso por un largo pasadizo, más allá de un túnel sellado que antes daba a la Gran Esfinge de Guiza, y por fin llegamos a las puertas de bronce del Salón de las Eras. Como ahora era el salón de mi tío, entré sin más ceremonia.

¿Un sitio impresionante? Ya lo creo. Si se llenara de agua, en el salón habría cabido un grupo de ballenas. A lo largo de su centro, una larga alfombra azul centelleaba como el río Nilo. A sus dos lados había sendas hileras de columnas, y entre las columnas titilaban unas cortinas de luz que reproducían escenas del pasado de Egipto, todo tipo de acontecimientos horribles, maravillosos y desgarradores.

Procuré no mirarlas. Sabía por experiencia propia que las imágenes podían ser peligrosamente absorbentes. Una vez cometí el error de tocar las luces y casi se me hizo papilla el cerebro.

La primera sección era de luz dorada: la Era de los Dioses. Más adelante, el Imperio Antiguo brillaba con diferentes tonos plateados, luego venía un tono marrón cobrizo para el Imperio Medio, etcétera, etcétera.

Mientras pasábamos entre las imágenes, tuve que apartar varias veces a Leonid de escenas que le

llamaban la atención. La verdad es que a mí me había pasado lo mismo.

Se me empañaron los ojos cuando vi una aparición de Bes. Estaba entreteniéndolo a los otros dioses en taparrabos con un espectáculo de volteretas. (Quiero decir, lloraba porque echaba de menos verle tan lleno de vida, aunque la visión de Bes en taparrabos basta para que a cualquiera le escuezan los ojos.)

Llegamos a la cortina luminosa de bronce que representaba el Imperio Nuevo. Me detuve en seco. En el espejismo cambiante aparecía un hombre flaco con túnica de sacerdote, que sostenía en alto una varita y un cuchillo sobre un toro negro. El hombre musitaba como si estuviese bendiciendo al animal. La escena no me sonaba mucho, pero reconocí el rostro del hombre, su nariz puntiaguda, la frente despejada, los labios finos que se curvaron en una sonrisa torva mientras abría la garganta del pobre animal con su cuchillo.

—Es él —murmuré.

Anduve hacia la pantalla de luz.

—*Nyet*. —Leonid me cogió del brazo—. Tú dices que luces malas, no acerques.

—Tienes... tienes razón —dije—. Pero ese es el tío Vinnie.

Estaba segura de que era la misma cara que había asomado de la pared en el museo de Dallas, pero ¿cómo podía ser? La escena que contemplaba debía de haber sucedido hacía milenios.

—No Vinnie —dijo Leonid—. Jaemuset.

—¿Perdona? —No sabía si le había entendido bien, ni siquiera en qué idioma lo había dicho—. ¿Eso es un nombre?

—Él es... —Se le escaparon unas palabras en ruso y luego suspiró, molesto—. Muy difícil explicar. Ver a Amos, que no comerá mi cara.

Me obligué a apartar la mirada de la imagen.

—Bien pensado. Sigamos.

Al final del salón, la luz rojiza de la Edad Moderna dejó paso al violeta oscuro. En teoría, el cambio señalaba el inicio de una nueva era, pero ninguno de nosotros sabía qué clase de época sería exactamente. Si Apofis destruía el mundo, supuse que sería la Era de las Vidas Cortísimas.

Esperaba ver a Amos sentado a los pies del trono del faraón. Era el lugar tradicional del lector jefe, y simbolizaba su papel de consejero principal del faraón. No hay ni que decir que los faraones ya no necesitaban muchos consejos, puesto que todos llevaban muertos varios miles de años.

El estrado estaba vacío.

Verlo así me descolocó. Nunca me había planteado dónde se metía el lector jefe cuando no estaba en exposición. ¿Tendría un camerino, tal vez con su nombre y una estrellita en la puerta?

—Ahí —señaló Leonid.

Una vez más, mi listo amigo ruso llevaba razón. En la pared del fondo, detrás del trono, brillaba una tenue línea de luz en el suelo que se colaba por debajo de una puerta.

—Una misteriosa entrada secreta —dije—. Así me gusta, Leonid.

Al otro lado encontramos una especie de sala de guerra. Amos y una joven vestida con ropa de camuflaje estaban de pie en los extremos opuestos de una gran mesa que tenía incrustado un mapa del mundo a todo color. La superficie de la mesa estaba repleta de figuritas minúsculas: barcos pintados, monstruos, magos, coches y marcadores con jeroglíficos.

Amos y la chica de camuflaje estaban tan absortos en su trabajo, moviendo muñequitos por todo el

mapa, que al principio no repararon en que habíamos entrado.

Amos vestía una túnica tradicional de lino. Con su figura de tonel, le hacía parecerse un poco a fray Tuck, solo que con la piel más oscura y un peinado mucho más en la onda. Llevaba las trencitas decoradas con cuentas de oro. Sus gafas redondas destellaban mientras él escrutaba el mapa. Le envolvía los hombros la capa de piel de leopardo que simbolizaba su cargo de lector jefe.

Y la chica joven... ¡Ay, dioses de Egipto! Era Zia.

Nunca antes la había visto con ropa moderna. Ahora llevaba unos pantalones de camuflaje con muchos bolsillos, botas de senderismo y un top de color aceituna que le resaltaba la piel cobriza. Tenía el cabello moreno más largo de lo que recordaba. Estaba mucho más adulta y hermosa que seis meses antes, y me alegré de no haberme traído a Carter. Habría tenido dificultades para recoger su mandíbula del suelo.

[Te digo yo que sí, Carter. Estaba bastante espectacular, en plan chica comando.]

Amos desplazó una de las figuritas por el mapa.

—Aquí —dijo a Zia.

—Muy bien —respondió ella—, pero ahora hemos dejado París indefensa.

Carraspeé.

—¿Molestamos?

Amos se giró y sonrió de oreja a oreja.

—¡Sadie!

Me estrujó con un abrazo y luego me frotó el pelo con cariño.

—Au —dije.

Se rió.

—Lo siento, es que me alegro mucho de verte. —Miró de reojo a Leonid—. Y él es...

Zia soltó una maldición y se interpuso entre Amos y Leonid.

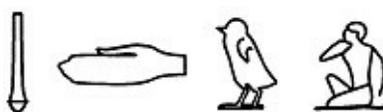
—¡Es uno de los rusos! ¿Qué hace aquí?

—Tranquila —le dije—, es un amigo.

Les conté la aparición de Leonid en el baile. Leonid intentó aportar algo, pero se le colaban palabras en ruso continuamente.

—Un momento, no nos compliquemos la vida —dijo Amos, y tocó la frente de Leonid—. *Med-wah*.

Por encima de nuestras cabezas ardió con un brillo rojizo el jeroglífico que significaba «hablar»:



—Ya está —dijo Amos—. Ahora será más fácil.

Las cejas de Leonid salieron disparadas hacia arriba.

—¿Sabéis hablar ruso?

Amos sonrió.

—En realidad, durante unos minutos hablaremos todos en egipcio antiguo, pero a cada uno nos sonará como nuestra lengua materna.

—Genial —dije—. Leonid, más vale que aproveches el tiempo.

Leonid se quitó el gorro militar y jugueteó con el ala.

—Sarah Jacobi y su lugarteniente, Kwai... pretenden atacaros.

—Ya lo sabíamos —replicó Amos con frialdad.

—¡No, no lo entendéis! —La voz de Leonid temblaba por el miedo—. ¡Son malvados! ¡Están aliados con Apofis!

A lo mejor fue una coincidencia pero, cuando pronunció el nombre, varias figuritas del mapamundi chispearon y se derritieron. Mi corazón amenazaba con hacer lo mismo.

—Un momento —dije—. Leonid, ¿cómo sabes tú eso?

Se le pusieron las orejas de color rosa.

—Después de morir Ménshikov, Jacobi y Kwai vinieron a nuestro nomo. Les ofrecimos asilo. Al poco tiempo, Jacobi se hizo con el poder y mis camaradas no le plantaron cara. Ellos, esto... odian mucho a los Kane. —Me miró avergonzado—. Cuando irrumpisteis en nuestro cuartel la primavera pasada... bueno, los demás rusos os culpan de la muerte de Ménshikov y del alzamiento de Apofis. Os culpan de todo.

—Vaya novedad —repliqué—. ¿Tú no opinas igual?

Pellizcó su sombrero demasiado grande.

—Vi vuestro poder. Derrotasteis al monstruo *tjesu heru*. Podríais haberme eliminado, pero no lo hicisteis. No me parecisteis unos malvados.

—Hombre, muchas gracias.

—Después de conoceros, me entró la curiosidad. Empecé a leer los papiros antiguos y aprendí a canalizar el poder del dios Shu. Siempre he sido buen elementalista del aire.

Amos resopló.

—Para eso hace falta coraje. ¿Explorar la senda de los dioses por tu cuenta en pleno nomo ruso? Fuiste muy valiente.

—Fui muy temerario. —Leonid tenía la frente bañada en sudor—. Jacobi ha matado a magos por delitos menos graves. Un amigo mío, un anciano llamado Mijaíl, tuvo la ocurrencia de decir que a lo mejor no todos los Kane eran malos, y Jacobi lo hizo arrestar por alta traición. Se lo entregó a Kwai, que hace magia con... con relámpagos..., cosas terribles. Oí a Mijaíl gritar en su mazmorra durante tres noches, hasta que murió.

Amos y Zia cruzaron una mirada lúgubre. Me dio la impresión de que no era la primera vez que oían hablar de los métodos de tortura de Kwai.

—Lo siento mucho —dijo Amos—. Pero ¿cómo estás tan seguro de que Jacobi y Kwai trabajan para Apofis?

El joven ruso me miró, indeciso.

—Puedes confiar en Amos —le aseguré—. Te protegerá.

Leonid se mordió el labio.

—Ayer estaba en una de las cámaras subterráneas que hay muy por debajo del Hermitage, un lugar que yo creía secreto. Estudiaba el papiro para convocar a Shu, una magia absolutamente prohibida. Oí que se acercaban Jacobi y Kwai, así que me escondí. Escuché su conversación, pero tenían las voces... astilladas. No sé cómo explicarlo.

—¿Estaban poseídos? —preguntó Zia.

—Peor —dijo Leonid—. Cada uno canalizaba docenas de voces. Era como un consejo de guerra. Oí

a muchos monstruos y demonios. Y había una voz presidiendo la reunión, una voz más profunda y poderosa que las demás. Nunca había oído nada parecido; era como si la oscuridad pudiera hablar.

—Apofis —dijo Amos.

Leonid había perdido todo el color de la cara.

—Por favor, tenéis que entenderlo. La mayoría de los magos de San Petersburgo no son malvados. Solo están asustados y desesperados por sobrevivir. Jacobi les ha convencido de que les salvará. Les ha engañado con sus mentiras. Les dice que los Kane son demonios. Pero ella y Kwai... ellos son los monstruos de verdad. Ya no son seres humanos. Han establecido un campamento en Abu Simbel. Desde allí encabezarán el asalto rebelde contra el Nomo Primero.

Amos se volvió hacia su mapa. Recorrió con el dedo el río Nilo hacia el sur hasta llegar a un lago pequeño.

—No siento nada en Abu Simbel. Si están allí, han conseguido ocultarse por completo de mi magia.

—Están allí —prometió Leonid.

Zia arrugó la frente.

—Delante de nuestras narices, y a una distancia de ataque cómoda. Deberíamos haber matado a los rebeldes en la Casa de Brooklyn cuando tuvimos la ocasión.

Amos negó con la cabeza.

—Somos sirvientes de la Maat, del orden y la justicia. No matamos a nuestros enemigos para evitar lo que tal vez podrían hacer en el futuro.

—Y ahora nuestros enemigos nos matarán a nosotros —dijo Zia.

En el mapa de la mesa, otras dos figuritas chispearon y se fundieron en España. Un barco en miniatura cayó hecho pedazos frente a la costa japonesa.

Amos torció el gesto.

—Más bajas.

Escogió la estatuilla de una cobra que estaba en Corea y la movió hacia el naufragio. Apartó a los magos fundidos de España.

—¿Qué es este mapa? —pregunté.

Zia desplazó un marcador con jeroglífico de Alemania a Francia.

—El plano de guerra de Iskandar. Ya te dije una vez que era experto en magia estatuaria.

Lo recordaba. El anciano lector jefe tenía tanta habilidad que había creado una réplica de la propia Zia..., pero decidí no sacar ese tema.

—Esas fichas representan tropas de verdad —supuse.

—Exacto —confirmó Amos—. El mapa nos muestra los movimientos de nuestros enemigos, o al menos muchos de ellos. También nos permite desplazar nuestras fuerzas hasta donde se necesitan mediante la magia.

—Y, hummm... ¿cómo nos va?

Su expresión me dijo todo lo que debía saber.

—Estamos muy disgregados —dijo Amos—. Los esbirros de Jacobi atacan allí donde somos más débiles. Apofis envía a sus demonios a aterrorizar a nuestros aliados. Sus ataques parecen coordinados.

—Porque lo están —dijo Leonid—. Kwai y Jacobi están bajo el control de la Serpiente.

Meneé la cabeza, incrédula.

—Pero ¿cómo pueden ser tan tontos esos dos? ¿No se dan cuenta de que Apofis va a destruir el mundo?

—El caos es tentador —dijo Amos—. Sin duda, Apofis les ha prometido poder. Les susurra en los oídos, les convence de que son demasiado importantes para destruirlos. Y ellos creen que pueden forjar un nuevo mundo mejor que el viejo, y que el cambio merece cualquier precio que se pague por él..., incluso la aniquilación masiva.

No me entraba en la cabeza que alguien pudiera vivir tan engañado, pero Amos hablaba como si lo comprendiera. Claro que él había pasado por lo mismo. Había estado poseído por Set, el dios de la maldad y el caos. Comparado con Apofis, Set era una mosquita muerta, pero aun así había obligado a mi tío a cambiar de bando, uno de los magos más poderosos del mundo convertido en marioneta indefensa. Si Carter y yo no hubiésemos parado los pies a Set obligándole a regresar a la Duat... En fin, las consecuencias habrían sido más bien feas.

Zia levantó la figurita de un halcón. La movió en dirección a Abu Simbel, pero la estatuilla empezó a desprender humo y tuvo que soltarla.

—Han levantado salvaguardas potentes —dijo—. No vamos a poder husmear.

—Atacarán dentro de tres días —informó Leonid—. Al mismo tiempo, Apofis se alzarán... al amanecer del equinoccio de otoño.

—Venga ya, ¿otro equinoccio? —rezongué—. ¿No hizo ya su anterior jugarreta durante uno de esos? Qué manía tenéis los egipcios con los equinoccios.

Amos me dirigió una mirada severa.

—Sadie, como bien sabes, los equinoccios son momentos de gran significado mágico, cuando el día y la noche guardan equilibrio. Además, el equinoccio de otoño señala el último día antes de que la oscuridad se imponga a la luz. Conmemora la retirada de Ra a los cielos. Ya me temía que Apofis fuese a mover ficha entonces. Es un día tremendamente inauspicioso.

—¿Inauspicioso? —Fruncí el ceño—. Pero lo inauspicioso es malo. ¿Por qué querrían...? Ah.

Caí en la cuenta de que las fuerzas del caos debían de considerar nuestros días malos como sus días buenos. Si era así, probablemente tenían muchos días buenos.

Amos se apoyó en su báculo. Parecía que el pelo le encanecía ante mis ojos. Me recordó a Michel Desjardins, el anterior lector jefe, que tan rápido había envejecido. No soportaba la idea de que a Amos le pudiese ocurrir lo mismo.

—No somos lo bastante fuertes para vencer a nuestros enemigos —dijo—. Tendré que emplear otros métodos.

—Amos, no —dijo Zia—. Por favor.

No sabía de qué hablaban. A Zia se le notaba el terror en la voz, y, si ella se asustaba de algo, yo no quería saber nada de ello.

—En realidad —dije—, Carter y yo tenemos un plan.

Les conté nuestra idea de usar la propia sombra de Apofis en su contra. A lo mejor era una imprudencia decirlo delante de Leonid, pero él había arriesgado la vida para avisarnos de los planes de Sarah Jacobi. Había confiado en mí. Lo mínimo que podía hacer era devolverle el favor.

Cuando acabé de explicarme, Amos se quedó mirando su mapa.

—Nunca he oído hablar de una magia parecida. Aunque fuera posible...

—Lo es —dije con convicción—. ¿Por qué otra cosa retrasaría Apofis su ataque del apocalipsis y se dedicaría a encontrar y destruir todos los papiros de ese tal Setne? Apofis tiene miedo de que descifremos el hechizo y le detengamos.

Zia se cruzó de brazos.

—Pero no podéis. Acabas de decir que todas las copias están destruidas.

—Vamos a pedir ayuda a Tot —dije—. Carter ya va para allá. Y mientras tanto... yo tengo que hacer un recado. A lo mejor puedo poner a prueba nuestra teoría sobre las sombras.

—¿Cómo? —preguntó Amos.

Le dije lo que tenía en mente.

Pareció a punto de oponerse, pero debió de ver la decisión en mis ojos. Al fin y al cabo, somos familia. Sabe lo tozudos que podemos ser los Kane cuando nos empeñamos en algo.

—Muy bien —dijo—. Pero antes has de comer y descansar. Puedes partir cuando amanezca. Zia, quiero que la acompañes.

Zia se sobresaltó.

—¿Yo? Pero podría... O sea, ¿es prudente?

Volví a tener la sensación de que me había perdido una conversación importante. ¿De qué habían estado hablando Amos y Zia?

—No te pasará nada —le aseguró Amos—. Sadie va a necesitar tu ayuda. Y yo buscaré a alguien que cuide de Ra durante el día.

Parecía muy nerviosa, lo que no era nada propio de ella. Zia y yo habíamos tenido nuestras diferencias en el pasado, pero nunca le había faltado determinación. Ahora casi me tenía preocupada.

—Venga, ámate —le dije—. Nos echaremos unas risas. Excursión rápida al inframundo y a un mortífero lago ardiente. ¿Qué puede salir mal?

7. Un viejo amigo me estrangula

CARTER

Total, que así fueron las cosas.

Sadie se fue a una aventura paralela con un desconocido y me dejó a mí la parte aburrida: descubrir la forma de salvar el mundo. ¿Por qué me resulta familiar? Ah, claro. Porque Sadie siempre hace lo mismo. Si llega la hora de avanzar hacia el objetivo, podéis contar con que mi hermana se lanzará, en plan déficit de atención hiperactivo, hacia una tangente lateral propia.

[¿Por qué me das las gracias, Sadie? No era un cumplido.]

Después del baile en la Academia Brooklyn, estaba más bien mosqueado. Ya era bastante malo que me forzaran a bailar agarrado a Lacy, la amiga de Sadie. Pero desmayarme en la pista, despertar con Lacy roncándome en el sobaco y luego enterarme de que me había perdido la visita de dos dioses... era demasiado embarazoso.

Cuando Sadie y el ruso se marcharon, llevé a nuestra gente a la Casa de Brooklyn. Walt se sorprendió de que volviéramos tan pronto. Me los llevé aparte a él y a Bast para una conversación rápida en la terraza. Les expliqué lo que me había dicho Sadie de Shu, Anubis y el colega ruso, Leonid.

—Voy a ir con Freak a Memphis —dije—. Volveré cuando haya hablado con Tot.

—Yo voy contigo —dijo Walt.

Sadie me había dicho que me lo llevara, claro, pero al verlo lo pensé mejor. Walt tenía el rostro demacrado y los ojos vidriosos. Me asustó lo mucho que había empeorado su aspecto en un solo día. Sé que es horrible, pero no pude evitar que me vinieran a la cabeza las prácticas funerarias egipcias, su forma de embutir un cuerpo con sales de embalsamar para que lo secaran poco a poco desde dentro. Walt tenía pinta de que hubieran iniciado el proceso en él.

—Escucha, tío —le dije—, Sadie me ha pedido que cuide de ti. Le preocupas. Y a mí también.

Walt tensó la mandíbula.

—Si pretendéis usar una sombra para vuestro hechizo, tendréis que capturarla en esa figurilla. Necesitáis un *sau*, y el mejor que tenéis soy yo.

Lo peor es que era verdad. Ni Sadie ni yo seríamos capaces de apresar una sombra, y eso suponiendo que fuera posible. Solo Walt poseía esa clase de talento con los talismanes.

—De acuerdo —dije de mala gana—. Pero... tú no te arriesgues. No quiero que mi hermana se ponga en modo nuclear conmigo.

Bast dio un golpecito a Walt en el brazo, como el que daría un gato a un bicho para comprobar si sigue vivo. Le olisqueó el pelo.

—Tienes el aura débil —dijo la diosa—, pero no debería de haber problema porque viajes. Procura no esforzarte demasiado, eso sí. Nada de magia si no es absolutamente necesaria.

Walt puso los ojos en blanco.

—Sí, mamá.

Bast pareció contenta de oírlo.

—Yo cuidaré de los otros cachorros —prometió—. Esto... aprendices, quiero decir. Vosotros tened cuidado. No le tengo mucho aprecio a Tot, y no quiero que acabéis liados con sus problemas.

—¿Qué problemas? —pregunté.

—Ya lo veréis. Volved aquí sanos y salvos. ¡Esto de hacer de tutora me está destrozando mi horario de siestas!

Nos ahuyentó hacia el establo de Freak y regresó escalera abajo, musitando algo sobre menta de gato.

Enganchamos el barco a nuestro grifo. Freak graznó e hizo zumbar las alas, ansioso por partir. Parecía bien descansado. Además, sabía que viajar significaba más pavos congelados para comer.

Al poco tiempo estábamos sobrevolando el East River.

La travesía por la Duat fue más accidentada que de costumbre, con turbulencias como las de un avión, pero añadiéndoles los gemidos de los fantasmas y una niebla espesa. Me alegré de haber cenado poco. Tenía el estómago revuelto.

El barco dio una sacudida cuando Freak nos sacó de la Duat. Por debajo de nosotros se extendía un paisaje nocturno distinto: las luces de Memphis, Tennessee, que seguían la curva del río Mississippi.

Junto a la orilla se alzaba una pirámide negra de cristal, un estadio deportivo abandonado que Tot se había apropiado para vivir en él. El aire estaba salpicado de explosiones de luz multicolor, cuyos reflejos ondeaban en las caras de la pirámide. Al principio pensé que Tot estaría dando una exhibición de fuegos artificiales. Entonces comprendí que su pirámide sufría un ataque.

Por sus cuatro caras trepaba un espantoso surtido de demonios, figuras antropomorfas con patas de pollo, garras o pinzas de insecto. Algunos eran peludos. Otros tenían escamas o caparazones como de tortuga. En lugar de la cabeza, muchos de ellos tenían armas o herramientas que les salían del cuello: martillos, espadas, hachas, motosierras y hasta unos cuantos destornilladores.

Por lo menos había cien demonios escalando hacia la cima, clavando sus garras en las juntas de los cristales. Algunos intentaron adentrarse en la pirámide a golpes, pero, cada vez que los daban, una luz azul parpadeaba y repelía el ataque. Los demonios alados revoloteaban por todas partes, dando chillidos y cayendo en picado sobre un pequeño grupo de defensores.

Tot estaba en la cima. Parecía un ayudante de laboratorio desaliñado con bata blanca, vaqueros y camiseta; la barba de un día y el pelo al estilo Einstein. Suena poco temible, pero tendríais que verlo pelear. Arrojaba jeroglíficos brillantes como si fueran granadas, provocando explosiones iridiscentes a su alrededor. Mientras tanto, sus ayudantes, un escuadrón de babuinos y unos pájaros picudos llamados ibis, se enfrentaban al enemigo cuerpo a cuerpo. Los babuinos arrojaban pelotas de baloncesto contra los demonios, que perdían el equilibrio y caían pirámide abajo. Los ibis corrían entre las patas de los atacantes y les asestaban picotazos en los puntos más sensibles que encontraban.

Mientras nos acercábamos por el aire, hice descender mi visión a la Duat. La escena daba incluso más miedo. Todos los demonios estaban conectados por una espiral de energía roja que adoptaba la forma de una gigantesca serpiente traslúcida. El monstruo envolvía la pirámide entera. En la cima, Tot refulgía con su forma antigua, un hombre gigante con faldita blanca y cabeza de ibis, que lanzaba rayos de energía a sus adversarios.

Walt silbó.

—¿Cómo puede ser que la gente normal no se entere de una batalla como esta?

Yo no lo sabía a ciencia cierta, pero recordé algunas noticias recientes sobre desastres naturales. Unas tormentas enormes habían provocado inundaciones a lo largo de todo el río Mississippi, Memphis incluida. Había centenares de personas evacuadas. Supuse que los magos podrían ver lo que ocurría en

realidad, pero los mortales corrientes que quedaban en la ciudad debieron de pensar que era otra tormenta de las fuertes.

—Voy a ayudar a Tot —dije—. Tú quédate en el barco.

—No —respondió Walt—. Bast ha dicho que podía hacer magia en caso de emergencia. Esto cuenta.

Sabía que Sadie me mataría si dejaba que hirieran a Walt. Y el tono de Walt me había dejado claro que no iba a echarse atrás. Puede ser casi tan cabezota como mi hermana cuando se lo propone.

—Bien —dije—. Agárrate.

Un año antes, si hubiera tenido que afrontar una lucha como aquella, me habría hecho un ovillo y habría intentado esconderme en algún sitio. Incluso la batalla de la Pirámide Roja que libramos la Navidad anterior, parecía una escaramuza comparada con la idea de caer en picado sobre un ejército de demonios, sin más refuerzos que un amigo enfermo y un grifo algo disfuncional.

Pero en un año habían pasado muchas cosas. Ahora, solo era otro día malo en la vida de la familia Kane.

Freak descendió chillando desde el cielo nocturno e hizo un viraje cerrado a la derecha, en paralelo a una cara de la pirámide. Se tragó a los demonios más pequeños e hizo picadillo a los grandes con sus alas de motosierra. Los pocos supervivientes acabaron atropellados por nuestro barco.

Mientras Freak volvía a elevarse, Walt y yo saltamos al ver un punto de apoyo en la pendiente de cristal. Walt arrojó un amuleto. Con un destello, apareció una esfinge dorada con cuerpo de león y cabeza de mujer. Después de lo que habíamos pasado en el museo de Dallas, no me apetecía mucho ver esfinges; por suerte, aquella era aliada nuestra.

Walt montó en su lomo de un salto y cabalgó hacia la batalla. La esfinge rugió mientras se abalanzaba sobre un demonio con forma de reptil y lo hacía trizas. Los demás monstruos se dispersaron. No pude reprochárselo. Un enorme león dorado ya habría dado miedo, pero la cabeza de mujer soltando gruñidos lo hacía aún más horrible, con sus ojos de color esmeralda, una reluciente corona egipcia y unos colmillos que asomaban de su boca, maquillada con demasiado pintalabios.

Yo convoqué mi *jopesh* desde la Duat. Reclamé el poder de Horus y el avatar brillante y azul del dios de la guerra cobró forma en torno a mí. Al poco tiempo, estaba recubierto por una aparición de seis metros con cabeza de halcón.

Di un paso al frente. El avatar duplicó mi movimiento. Descargué un mandoble hacia los demonios más cercanos y la inmensa espada brillante del avatar los derribó como si fueran bolos de bolera. Dos de los monstruos tenían bolos de verdad en lugar de cabezas, así que supongo que era lo más apropiado.

Los babuinos y los ibis hacían brecha poco a poco entre las hordas demoníacas. Freak trazaba círculos alrededor de la pirámide, tragándose a demonios alados o derribándolos del cielo con el barco que remolcaba.

Tot seguía lanzando sus granadas de jeroglíficos.

—¡Hinchazón! —gritó.

El jeroglífico correspondiente surcó el aire y estalló contra el pecho de un demonio con un chispazo. Al instante, el demonio se infló como un globo de agua y rodó pirámide abajo entre berridos.

—¡Aplanado!

Tot alcanzó a otro demonio, que cayó y se encogió hasta quedar convertido en un felpudo con forma de monstruo.

—¡Problemas intestinales! —bramó Tot.

El pobre demonio que fue víctima de esa granada puso muy mala cara y tuvo que agacharse.

Yo me abrí paso entre los monstruos, empujándolos a los lados o convirtiéndolos en polvo al partirlos con la espada. Todo iba de maravilla hasta que un demonio alado se lanzó en picado contra mi pecho, como un kamikaze. Caí hacia atrás y me estampé contra la pirámide con tanta fuerza que perdí la concentración. Mi armadura mágica se disolvió, y habría resbalado pirámide abajo hasta el suelo si el demonio no me hubiera mantenido en el sitio agarrándome del cuello.

—Carter Kane —dijo con voz sibilante—. Tu persistencia roza la estupidez.

Reconocí su cara: como de cadáver en una clase de anatomía, con músculos y tendones pero sin piel. Sus ojos sin párpados emitían un brillo rojizo. Enseñó los colmillos con una sonrisa asesina.

—Tú —gruñí.

—Sí —dijo el demonio con una risita, cerrando más sus garras contra mi cuello—. Yo.

Era Rostro de Horror, el que había sido lugarteniente de Set en la Pirámide Roja y agente doble al servicio de Apofis. Le habíamos matado a la sombra del monumento a Washington, pero me imagino que eso no significa mucho. Había regresado y, a juzgar por su voz ronca y sus ojos rojizos y brillantes, aún estaba poseído por mi serpiente menos favorita.

No recordaba que Rostro de Horror pudiera volar, pero ahora le salían de los hombros unas alas correosas. Rodeó mi cuerpo con sus patas de pollo mientras me hundía las manos en la tráquea. Su aliento olía a zumo fermentado y pis de mofeta.

—Podría haberte matado en muchas ocasiones —dijo el demonio—, pero me interesas, Carter.

Traté de quitármelo de encima. Mis manos se habían vuelto tan pesadas como el plomo. Casi no podía ni sostener la espada.

A nuestro alrededor, los sonidos de la batalla se amortiguaron. Freak volaba por encima, pero sus alas batían con tanta lentitud que hasta podía verlas. Un jeroglífico explotó a cámara lenta, como una gota de tinta en el agua. Apofis estaba hundiéndome en la Duat.

—Noto la confusión que te inunda —dijo el demonio—. ¿Por qué te involucras en esta batalla desesperada? ¿Acaso no comprendes lo que va a ocurrir?

Mi mente se llenó de imágenes.

Vi un paisaje de colinas que mutaban y géiseres en llamas. El cielo sulfuroso estaba plagado de demonios voladores. Los espíritus de los muertos correteaban por las colinas, gimiendo desesperados y buscando asideros a tientas. Una fuerza tiraba de todos ellos en la misma dirección, hacia una mancha de oscuridad en el horizonte. Fuera lo que fuese, tenía una gravedad tan poderosa como la de un agujero negro. Se tragaba a los espíritus y curvaba las colinas y las columnas de fuego hacia él. Hasta los demonios del aire tenían que resistirse.

Acurrucada contra un acantilado, la forma brillante y blanca de una mujer intentaba anclarse para resistir la corriente oscura. Quise gritar. La mujer era mi madre. Otros fantasmas pasaban volando junto a ella, entre quejidos desesperados. Mi madre intentaba agarrarlos, pero era incapaz de salvar a ninguno.

La escena cambió. Vi el desierto de Egipto, en los límites de El Cairo, bajo un sol abrasador. De pronto, las arenas estallaron. Una serpiente roja gigante se elevó desde el inframundo. Se lanzó hacia el cielo y, de algún modo, aunque parecía imposible, se tragó el Sol de un bocado. El mundo oscureció. La escarcha se extendió entre las dunas. Aparecieron grietas en el suelo. El terreno se cuarteó. Barrios

enteros de El Cairo cayeron por los precipicios. Un océano rojo de caos emergió desde el Nilo, disolvió ciudad y desierto, y se llevó por delante pirámides que habían resistido en pie el paso de los milenios. Al poco tiempo, solo quedaba un mar que bullía bajo un cielo negro sin estrellas.

—No hay dios que pueda salvarte, Carter. —Apofis tenía un tono casi comprensivo—. Este es un destino decretado desde el inicio de los tiempos. Ríndete a mí y perdonaré tu vida y las de quienes amas. Navegarás en el mar del caos. Serás el amo de tu propio destino.

Vi una isla que flotaba en el océano enfurecido, un pequeño oasis de tierra verde. Mi familia y yo podíamos vivir juntos en aquella isla. Podíamos sobrevivir, y tendríamos todo lo que deseáramos solo con imaginarlo. La muerte perdería su sentido.

—Lo único que te pido es una muestra de buena voluntad —insistió Apofis—. Entrégame a Ra. Sé que le odias. Representa todo lo que está mal en vuestro mundo mortal. Se ha vuelto senil, podrido, débil e inútil. Ríndelo a mí y os perdonaré la vida. Piénsatelo bien, Carter Kane. ¿Los dioses te han hecho alguna promesa igual de justa?

Las visiones se esfumaron. Rostro de Horror me sonreía a unos centímetros, pero de pronto sus facciones se crisparon de dolor. En su frente se incrustó un jeroglífico ardiente —el símbolo de «disecar»— y el demonio se desmoronó convertido en un montón de polvo.

Resollé, tratando de recuperar el aliento. Notaba la garganta como si me la hubieran llenado de ascuas al rojo vivo.

Tot estaba de pie a mi lado, con cara seria y cansada. Sus ojos eran remolinos caleidoscópicos de colores, como portales hacia otro mundo.

—Carter Kane. —Me tendió una mano y me ayudó a levantarme.

Ya no quedaban más demonios. Walt estaba en la cima de la pirámide con los babuinos y los ibis, que se subían a la esfinge dorada como si fuera un caballito de tiovivo. Freak planeaba cerca, con aire de estar saciado y feliz de haberse comido a tantos demonios.

—No tendríais que haber venido —me regañó Tot. Se quitó polvo de demonio de la camiseta, que tenía el logotipo de un corazón en llamas y las palabras HOUSE OF BLUES—. Ha sido demasiado peligroso, sobre todo para Walt.

—De nada —grazné—. Parecía que necesitabas ayuda.

—¿Con los demonios? —Tot rechazó la idea con un gesto—. Volverán justo antes del anochecer. Llevan una semana lanzando ataques cada seis horas. Es bastante molesto.

—¿Cada seis horas? —Intenté imaginarlo. Si Tot había estado rechazando un ejército como aquel varias veces al día durante una semana... No me entraba en la cabeza que ni siquiera un dios pudiera tener tanto poder—. ¿Dónde están los otros dioses? —pregunté—. ¿No tendrían que echarte una mano?

Tot arrugó la nariz como si acabara de oler a un demonio con problemas intestinales.

—Será mejor que Walt y tú paséis dentro. Ya que habéis venido, tenemos mucho de qué hablar.

Hay que reconocerle una cosa a Tot. Sabía cómo decorar una pirámide.

La cancha de baloncesto del antiguo estadio seguía allí, sin duda para que pudieran jugar los babuinos. (A todos los babuinos les encanta el baloncesto.) El marcador gigante aún pendía del techo, mostrando una serie de jeroglíficos luminosos que decían cosas como: ¡VAMOS, EQUIPO! ¡A DEFENDER! TOT 25 – DEMONIOS 0 en egipcio antiguo.

Las gradas del estadio habían sido reemplazadas por una sucesión descendente de palcos con

barandillas. Algunos estaban equipados con puestos informáticos, como el control de misión para un lanzamiento de cohete. Otros tenían bancos de química abarrotados de vasos de precipitados, mecheros Bunsen, frascos de potingues humeantes, botes de órganos en salmuera y cosas más extrañas. La parte alta de las antiguas gradas estaba dedicada a cubículos para papiros; era una biblioteca que no tenía nada que envidiar a la del Nomo Primero. Y detrás de la canasta izquierda había una pizarra blanca de tres pisos de altura, llena de cálculos y jeroglíficos.

De las vigas del techo no colgaban los estandartes de campeonatos ganados ni las camisetas con los números retirados del equipo local, sino tapices negros con encantamientos bordados en oro.

Tot se había instalado para vivir en la parte más baja, cerca de la cancha. Tenía una cocina para gourmets, una lujosa colección de sofás y sillones, montañas de libros, cubos llenos de piezas de Lego y Tinker Toys, una docena de televisores de pantalla plana sintonizados en diferentes programas y documentales, y un pequeño bosque de guitarras eléctricas y amplificadores... todo lo que necesita un dios disperso para hacer veinte cosas a la vez.

Los babuinos de Tot se llevaron a Freak a los vestuarios para cepillarlo y que descansara. Creo que les preocupaba que pudiera comerse los ibis, dado que se parecían un poco a pavos.

Tot se volvió hacia nosotros para examinarnos con ojo crítico.

—Tenéis que descansar. Luego os prepararé algo de cenar.

—No hay tiempo —objeté—. Tenemos que...

—Carter Kane —me dijo Tot en tono severo—. Acabas de luchar contra Apofis, que te ha dado palos hasta en el Horus, te ha llevado a rastras por la Duat y casi te estrangula. No vas a valer para nada hasta que duermas un poco.

Quise seguir protestando, pero Tot me apretó la mano contra la frente. El cansancio me abrumó.

—Descansa —insistió Tot.

Me derrumbé en el sofá más cercano.

No sé muy bien cuánto tiempo dormí, pero Walt se había despertado primero. Al hacerlo yo, vi que él y Tot estaban manteniendo una conversación seria.

—No —le dijo Tot—. No se ha hecho nunca. Y me temo que no te queda tiempo... —Dejó la frase en el aire al ver que me incorporaba—. Ah, bien, Carter. Estás despierto.

—¿Qué me he perdido?

—Nada —dijo, en tono un poquito demasiado animoso—. Ven, vamos a cenar.

La mesa de la cocina estaba a rebosar de bandejas con falda de buey recién trinchada, costillas, salchichas y un dispensador industrial de té helado. Una vez, Tot me había dicho que la barbacoa era un tipo de magia, y supongo que no andaba errado. El olor de la comida me quitó los problemas de la cabeza por un momento.

Me zampé un bocadillo de falda y me bebí dos copas de té. Walt daba mordisquitos a una costilla, pero parecía algo desganado.

Mientras tanto, Tot había cogido una guitarra Gibson. Tocó un potente acorde que hizo vibrar el suelo del estadio. Había mejorado desde la última vez que le oí tocar. De hecho, el acorde sonaba como un acorde auténtico, no como una cabra montesa bajo tortura.

Señalé a nuestro alrededor con un trozo de pan de maíz.

—Me gusta el sitio.

Tot rió.

—Mejor que mi cuartel anterior, ¿eh?

La primera vez que Sadie y yo nos habíamos cruzado con el dios del conocimiento, vivía agazapado en el campus de la universidad. Nos había puesto a prueba con una misión que acabó dejando patas arriba la casa de Elvis Presley (es una larga historia)... Confiaba en que ya tendríamos superada la fase de pruebas. Prefería pasar el rato junto a la cancha, hinchándome a carne de barbacoa.

Entonces pensé en las visiones que me había mostrado Rostro de Horror: mi madre en peligro, la oscuridad que se tragaba las almas de los muertos, el mundo descomponiéndose en un mar de caos... excepto una isla pequeña que flotaba entre las olas. El recuerdo acabó con mi apetito.

—En fin... —Aparté el plato—. Cuéntame lo de los ataques demoníacos. ¿Y qué estabas diciéndole a Walt?

Walt miró fijamente su costilla de cerdo a medio comer.

Tot rasgueó un acorde en tonalidad menor.

—¿Por dónde empiezo? Los asaltos empezaron hace siete días. Estoy aislado de los demás dioses. Supongo que no han venido en mi ayuda porque afrontan problemas similares al mío. Divide y vencerás... Apofis comprende ese principio militar básico. Aunque mis hermanos pudieran ayudarme... bueno, tienen otras prioridades. Alguien trajo de vuelta a Ra hace poco tiempo, tal vez lo recuerdes. —Tot me miró atentamente, como si fuera una ecuación que no lograba resolver—. El dios solar debe estar protegido en su viaje nocturno. Eso requiere mucho poder divino.

Se me hundieron los hombros. Lo último que necesitaba era otra cosa de la que sentirme responsable. Además, no me parecía justo que Tot se mostrara tan crítico conmigo. Se había puesto de nuestra parte, más o menos, en el asunto de rescatar al dios del sol. A lo mejor, siete días sufriendo continuos ataques de demonios le habían hecho cambiar de opinión.

—¿Por qué no te marchas y punto? —pregunté.

Tot meneó la cabeza.

—Tal vez no puedas ver a tanta profundidad en la Duat, pero el poder de Apofis rodea por completo esta pirámide. Estoy encerrado aquí.

Eché un vistazo al techo del estadio, que de pronto me pareció mucho más bajo.

—Entonces, ¿nosotros también estamos encerrados?

Tot quitó importancia a la pregunta con un ademán.

—Vosotros deberíais poder salir. La red de la Serpiente está diseñada para atrapar dioses. Walt y tú no sois lo bastante grandes ni importantes como para que os pesque.

Me pregunté si sería verdad o si, en cambio, Apofis me permitía ir y venir a propósito, para que pudiera entregarle a Ra.

«Me interesas, Carter —había dicho Apofis—. Ríndete a mí y perdonaré tu vida.»

Respiré hondo.

—Pero Tot, estás aquí todo solo... O sea, ¿cuánto tiempo aguantarás?

El dios frotó con una mano su bata de laboratorio, que estaba cubierta de escritos en una docena de idiomas. La palabra «Tiempo» salió revoloteando de su manga. Tot la atrapó y de pronto estaba mirando un reloj de bolsillo dorado.

—Veamos. Teniendo en cuenta el desgaste en las defensas de la pirámide y mi tasa de empleo de

poder, yo diría que puedo resistir nueve ataques más, es decir, dos días, lo que nos llevaría al amanecer del equinoccio. ¡Ja! No puede ser una coincidencia.

—¿Y después? —preguntó Walt.

—Después penetrarán en mi pirámide. Matarán a mis secuaces. Supongo que el día del juicio tendrá lugar a escala global, en realidad. El equinoccio de otoño sería una fecha razonable para que Apofis se alzara. Probablemente me arrojará al abismo, o bien disgregará mi esencia en mil millones de fragmentos repartidos por todo el universo. Hummm... La física aplicada a la muerte de un dios. —Su reloj de bolsillo se convirtió en un boli y Tot empezó a garabatear en el mástil de la guitarra—. Sería un excelente artículo de investigación científica.

—Tot —le urgió Walt—, cuénteles a Carter lo que me ha contado a mí, el motivo por el que cree que van a por usted.

—Pensaba que saltaba a la vista —dijo Tot—. Apofis quiere tenerme entretenido para que no os ayude. Habéis venido por eso, ¿me equivoco? ¿Para preguntarme sobre la sombra de la Serpiente?

Por un instante, me quedé demasiado anonadado para hablar.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Venga, hombre! —El dios tocó unos compases de solo de Jimi Hendrix y dejó la guitarra—. Soy el dios del conocimiento, ¿recuerdas? Sabía que tarde o temprano llegaríais a la conclusión de que vuestra única esperanza de victoria era una execración de sombra.

—Execración de sombra —repetí—. ¿Existe un hechizo de verdad, con nombre y todo? ¿Podría funcionar?

—En teoría.

—Y no viniste a darnos la información. ¿Por qué?

Tot soltó un bufido.

—Cualquier conocimiento que tenga algún valor no puede darse. Debe buscarse y merecerse. Ahora eres maestro, Carter, así que ya deberías saberlo.

No sé si tenía más ganas de estrangularle o de abrazarle.

—Muy bien, pues estoy buscando el conocimiento. Merezco el conocimiento. ¿Cómo derrotó a Apofis?

—¡Me alegro de que me hagas esa pregunta! —Tot me sonrió, con sus ojos multicolores brillando—. Por desgracia, no puedo decírtelo.

Miré de soslayo a Walt.

—¿Quieres matarlo tú o voy empezando?

—Venga, venga —dijo Tot—. Os puedo guiar un pelín, eso sí. Pero tendréis que ser vosotros quienes unan los poros, como suele decirse.

—Los puntos —corregí.

—Eso —dijo—. Estáis en el buen camino. La *sheut* puede usarse para destruir a un dios, incluso al propio Apofis. Y sí, al igual que todos los seres conscientes, Apofis tiene sombra, aunque esa parte de su alma la mantiene bien oculta y defendida.

—Vale, ¿dónde está? —pregunté—. ¿Y cómo se usa?

Tot separó las manos.

—La segunda pregunta no puedo responderla. La primera pregunta tengo prohibido responderla.

Walt apartó su plato de delante.

—Ya he intentado sonsacarle, Carter. Para ser el dios del conocimiento, tiene pocas ganas de compartirlo.

—Venga, Tot —dije—. ¿No podemos cumplir una misión para ti, o algo? Si quieres, volvemos a hacer explotar la casa de Elvis.

—Tentador —dijo el dios—. Pero tenéis que entender que informar a un mortal de la posición de la sombra de un inmortal, aunque hablemos de Apofis, sería un crimen gravísimo. Los otros dioses ya me tienen por un vendido. A lo largo de los siglos, he revelado demasiados secretos a la humanidad. Os enseñé el arte de la escritura. Os enseñé magia y fundé la Casa de la Vida.

—Que es por lo que los magos aún te honran hoy en día —repliqué—. Ayúdanos una vez más.

—¿Y entregar a los humanos un conocimiento que puede usarse para destruir a los dioses? —Tot suspiró—. ¿No veis las objeciones que podrían plantear mis congéneres?

Apreté los puños. Pensé en el espíritu de mi madre, agazapada contra la base de un acantilado, luchando por no verse arrastrada. La fuerza oscura tenía que ser la sombra de Apofis, por narices. Cuanto más aumentaba el poder de la Serpiente, más fuerte se volvía también su sombra. Estaba aspirando los espíritus de los muertos, consumiéndolos.

Supuse que la sombra estaría en algún lugar de la Duat, pero saberlo no servía de mucho. Era como decir que estaba en algún lugar del océano Pacífico. La Duat era inmensa.

Miré con rabia a Tot.

—Tu otra opción es no ayudarnos y permitir que Apofis destruya el mundo.

—Buen argumento —reconoció—, y precisamente por eso sigo hablando con vosotros. Existe una forma de que averigüéis el paradero de la sombra. Hace mucho tiempo, cuando era un dios joven e inocente, escribí un libro, un estudio de campo, por así llamarlo... Lo titulé el *Libro de Tot*.

—Qué pegadizo —musitó Walt.

—¡Eso pensé yo! —dijo Tot—. Bueno, el caso es que en él describía todas las formas y disfraces que puede adoptar cada dios, sus escondrijos favoritos y toda clase de detalles vergonzosos.

—¿Incluso cómo encontrar sus sombras? —pregunté.

—Sin comentarios. De todos modos, nunca pretendí que lo leyeran los seres humanos, pero un mago muy versado me lo robó, en tiempos remotos.

—¿Y dónde está el libro? —pregunté. Entonces lancé las manos hacia arriba—. No, deja, ya respondo yo mismo. No puedes decírnoslo.

—Con franqueza, no sé dónde está —dijo Tot—. Ese mago tan versado lo escondió. Por fortuna, murió antes de aprovecharlo del todo, pero sí que usó los conocimientos que contiene para desarrollar algunos hechizos, entre los que estaba la execración de sombra. Escribió sus ideas en una versión especial del *Libro de derrotar a Apofis*.

—Setne —dije yo—. Es el mago del que hablas.

—Exacto. Su hechizo era solo una teoría, por supuesto. Ni siquiera yo he dominado nunca ese conocimiento. Y, como ya sabéis, todas las copias de ese papiro están destruidas.

—O sea, que no nos sirve —dije—. Callejón sin salida.

—No, qué va —replicó Tot—. Podéis preguntar al mismo Setne. El hechizo lo escribió él. Ocultó el *Libro de Tot*, que... ejem, que tal vez, y solo tal vez, describa el lugar donde está la sombra y tal vez no.

Si se sintiera inclinado a ello, podría ayudarlos.

—Pero ¿Setne no lleva muerto miles de años?

Tot sonrió de oreja a oreja.

—Sí. Y ese es solo el primer problema.

Tot nos habló de Setne, que por lo visto había sido un tío famoso en el antiguo Egipto, como una mezcla entre Robin Hood, Merlín y Atila el huno. Cuanto más le escuchaba, menos ganas me quedaban de conocerle.

—Era un mentiroso patológico —dijo Tot—. Una hiena, un traidor, un ladrón y un mago excelente. Se enorgullecía de robar libros de conocimiento, incluido el mío. Peleó contra monstruos, se aventuró en la Duat, conquistó a dioses y profanó tumbas sagradas. Creó maldiciones que no podían retirarse y desenterró secretos que habrían debido seguir enterrados. Fue un genio maligno de los que no quedan.

Walt jugueteó con sus amuletos.

—Suenas admirado.

El dios le dedicó una sonrisa torva.

—Bueno, tengo debilidad por la búsqueda del conocimiento, pero no podía aprobar los métodos de Setne. Ese hombre pasaría por encima de cualquier cosa para poseer los secretos del universo. Quería ser un dios, ¿sabéis? No el ojo de un dios, sino un inmortal de pleno derecho.

—Lo cual es imposible —supuse.

—Difícil, pero no imposible —dijo Tot—. Imhotep, el primer mago mortal, pasó a ser un dios al morir. —Tot se volvió hacia sus ordenadores—. Eso me recuerda que hace milenios que no veo a Imhotep. ¿Qué estará haciendo? A lo mejor debería buscarlo en Google...

—Tot —dijo Walt—, céntrese.

—Es verdad. Vale, sí, Setne. Creó un hechizo que podía destruir a cualquier ente, incluso a un dios. Yo no puedo mostrarme a favor de que ese conocimiento acabe en manos de un mortal, pero, hablando hipotéticamente, si necesitarais el hechizo para vencer a Apofis, deberíais poder convencer a Setne, no a mí, para que os enseñara el encantamiento y os guiara hasta la sombra de la Serpiente.

—Solo que Setne está muerto —dije—. Seguimos en las mismas.

Walt enderezó la espalda.

—A no ser... que esté sugiriendo que busquemos su espíritu en el inframundo. Pero si Setne era tan malo, ¿Osiris no lo habría condenado en la Sala del Juicio? Ammit habría devorado su corazón y con eso dejaría de existir.

—Normalmente, sí —dijo Tot—. Pero Setne fue un caso especial. Es muy... persuasivo. Incluso ante el tribunal del inframundo, fue capaz de, ejem, manipular el sistema legal. Osiris lo condenó a la destrucción en muchas ocasiones, pero Setne siempre se las ingeniaba para evitar el castigo. Conseguía reducciones de pena, o llegaba a tratos con la fiscalía, o sencillamente escapaba. Ha conseguido mantenerse vivo, como espíritu al menos, durante todos estos siglos. —Tot volvió hacia mí sus ojos cambiantes.

»Pero hace poco, Carter Kane, tu padre pasó a ser Osiris. Ha endurecido su política contra los fantasmas rebeldes, intentando restaurar la Maat en el inframundo. En el próximo anochecer, aproximadamente dentro de catorce horas, Setne está convocado a un juicio. Se presentará ante tu padre. Y esta vez...

—Mi padre no le dejará marchar. —Me sentí como si las garras del demonio volvieran a cerrarse sobre mi garganta.

Mi padre era justo pero severo. No aceptaba excusas de nadie. Durante todos los años en que viajamos juntos, no me pasaba por alto ni que llevase la camisa por fuera. Si Setne era tan malo como decía Set, mi padre no se apiadaría de él. Echaría el corazón de ese tío a Ammit la Devoradora como si fuera una galletita para perros.

A Walt le brillaban los ojos de la emoción. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan animado.

—Podemos llevar el caso a tu padre —dijo—. Podemos intentar que retrase el juicio de Setne, o pedirle que le reduzca la sentencia a cambio de su colaboración. Está contemplado en las leyes del inframundo.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo es que sabes tanto del tribunal de los muertos?

Me arrepentí al instante de haberlo dicho. Caí en la cuenta de que, seguramente, Walt habría estado preparándose para enfrentarse a ese tribunal. A lo mejor era de lo que estaba hablando con Tot antes.

«Me temo que no te queda tiempo», le había dicho el dios.

—Lo siento, tío —dije.

—No pasa nada —dijo Walt—. Pero tenemos que intentarlo. Si convencemos a tu padre de que perdone a Setne...

Tot le interrumpió con una risotada.

—Sería gracioso, ¿a que sí? Que Setne volviera a librarse porque sus maldades son lo único que podría salvar el mundo, digo.

—Hilarante —dije yo. El bocadillo de falda no estaba sentándome demasiado bien—. Entonces, sugieres que nos presentemos en el tribunal de mi padre para intentar salvar al fantasma de un malvado mago psicótico. Luego, pedimos a ese fantasma que nos lleve a la sombra de Apofis y nos enseñe a destruirla mientras confiamos en que no escape, nos mate ni nos venda al enemigo.

Tot asistió, entusiasmado.

—¡Tendríais que estar chalados! De verdad espero que lo estéis.

Inspiré profundamente.

—Supongo que estoy chalado.

—¡Excelente! —jaleó Tot—. Y otra cosa, Carter. Para que esto salga bien, necesitaréis la ayuda de Walt, pero le queda poco tiempo. Su única esperanza...

—Tranquilo —se apresuró a decir Walt—, luego se lo explico yo.

Antes de que pudiera preguntar a qué se referían, la bocina de final de partido atronó desde todos los altavoces del estadio.

—Ya casi amanece —dijo Tot—. Será mejor que os marchéis de aquí los dos, antes de que vuelvan los demonios. Buena suerte. Y, por favor, dadle recuerdos a Setne de mi parte... si vivís lo suficiente, por supuesto.

8. Mi hermana, la maceta

CARTER

La vuelta a casa no fue divertida.

Walt y yo nos agarramos con fuerza a la borda del barco mientras los dientes nos castañeaban y los ojos nos hacían chiribitas. La niebla mágica se había vuelto del color de la sangre. Las voces fantasmagóricas susurraban furiosas, como si hubieran decidido desmadrarse y saquear el mundo etéreo.

Freak nos sacó de la Duat antes de lo que esperaba. Aparecimos sobre los astilleros de Nueva Jersey, con el barco soltando humo y cabeceando mientras Freak tiraba de él cansado y la línea de edificios de Manhattan brillaba en tonos dorados contra el amanecer.

Walt y yo no habíamos abierto la boca durante el viaje. La Duat tiende a apagar la conversación. Ahora me miró avergonzado.

—Debería explicarte algunas cosas —dijo.

No fingiré que no tenía curiosidad. A medida que progresaba su enfermedad, Walt se había vuelto más y más reservado. Me pregunté de qué habría hablado con Tot.

Pero no era asunto mío. Desde que Sadie aprendió mi nombre secreto la primavera anterior e hizo una visita guiada por mis pensamientos más íntimos, me había vuelto muy quisquilloso con el respeto a la privacidad.

—Oye, Walt, es un asunto personal —dije—. Si no quieres contármelo...

—Es que no es solo personal. Tenéis que saber lo que está pasando. Yo no... no seguiré mucho tiempo por aquí.

Bajé la mirada al puerto mientras sobrevolábamos la Estatua de la Libertad. Sabía desde hacía meses que Walt estaba muriéndose. Recordaba lo que había dicho Apofis en el museo de Dallas: que Walt no viviría lo suficiente para ver el fin del mundo.

—¿Estás seguro? —pregunté—. ¿No hay ninguna forma de...?

—Anubis está seguro —dijo él—. Me queda hasta mañana al anochecer, como muchísimo.

No quería saber nada de más fechas topes. Cuando se pusiera el sol esa misma noche, debíamos rescatar al fantasma de un mago malvado. Cuando se pusiera al día siguiente, Walt moriría. Y cuando volviera a amanecer, si teníamos suerte, podíamos esperar el apocalipsis.

Nunca me ha gustado que me cohíban. Siempre que tengo la sensación de que algo es imposible, me esfuerzo aún más por pura tozudez.

Pero, llegados a ese punto, me pareció que Apofis debía de estar echándose unas buenas risas a mi costa.

«Ah, ¿conque eres de los que no se rinden? —pensé que me preguntaba—. Y ahora, ¿qué me dices? ¿Qué tal si te asignamos unas cuantas tareas imposibles más? ¿Sigues siendo de los que no se rinden?»

La rabia me ató un nudo pequeño y firme en las entrañas. Di una patada al casco del barco y casi me rompí un pie.

Walt parpadeó.

—Carter, no pasa...

—¡No me digas que no pasa nada! —le espeté—. Claro que pasa.

No estaba enfadado con él. Estaba enfadado con lo injusta que era aquella carrera sin sentido, con el hecho de que no dejaba de fallar a los que dependían de mí. Mis padres habían muerto para darnos a Sadie y a mí la posibilidad de salvar el mundo, y casi la habíamos pifiado. En Dallas, docenas de magos buenos habían caído por intentar ayudarme. Y ahora estábamos a punto de perder a Walt.

Ya sé que a Sadie le importaba mucho. Pero yo contaba con él tanto como mi hermana. Walt era mi lugarteniente extraoficial en la Casa de Brooklyn. Los otros chicos le hacían caso. Era una presencia tranquilizadora en las crisis, el voto que decidía todos los debates. Podía confiarle cualquier secreto... hasta encargarle que fabricara la estatuilla para execrar a Apofis, de la que no había dicho nada ni a mi tío. Si Walt moría...

—No pienso permitirlo —dije—. Me niego.

El cerebro se me empezó a llenar de ideas alocadas. A lo mejor, Anubis había mentido a Walt sobre su muerte inmediata, para alejarlo de Sadie. (Vale, era improbable. Sadie tampoco era para tomarse tantas molestias.)

[Sí, Sadie, eso acabo de decir. Era para comprobar si prestabas atención.]

A lo mejor Walt rompía la estadística. Había gente que sobrevivía milagrosamente al cáncer. ¿Por qué no iba a pasar con las maldiciones antiguas? Quizá pudiéramos hacerle entrar en animación suspendida, igual que había hecho Iskandar con Zia, hasta que encontráramos un antídoto. Vale, sí, su familia llevaba siglos buscando sin éxito una cura, pero tal vez hubieran pasado algo por alto.

—Carter —dijo Walt—, ¿me dejas que termine? Tenemos que trazar planes.

—¿Cómo puedes estar tan calmado? —pregunté con brusquedad.

Walt se llevó una mano a su colgante *shen*, idéntico al que había regalado a Sadie.

—Hace años que sé lo de mi maldición. No permitiré que me impida hacer lo que tengo que hacer. De una forma u otra, os ayudaré a vencer a Apofis.

—¿Cómo? —repliqué—. Acabas de decirme...

—Anubis tiene una idea —dijo Walt—. Ha estado ayudándome a entender mis poderes.

—Te refieres a...

Observé las manos de Walt. Ya le había visto varias veces convirtiendo objetos en cenizas con solo tocarlos, igual que había pasado con aquella crioesfinge de Dallas. El poder no procedía de ninguno de sus talismanes mágicos. Ninguno de nosotros lo entendía, y, cuanto más enfermo se ponía Walt, menos capaz parecía de controlarlo, así que yo siempre me lo pensaba dos veces antes de chocarle la mano.

Walt flexionó los dedos.

—Anubis cree que ha descubierto por qué tengo esa capacidad. Y eso no es todo. Cree que puede haber una forma de prolongarme la vida.

Era una noticia tan buena que se me escapó una risa temblorosa.

—¿Por qué no lo habías dicho antes? ¿Puede curarte?

—No —dijo Walt—. No es una cura. Y es muy arriesgado. No se ha intentado nunca.

—Era lo que estabas consultándole a Tot.

Walt asintió.

—Aunque el plan de Anubis funcionara, podría haber... efectos secundarios. Puede que no os gusten. —Y con un hilo de voz, añadió—: Puede que no le gusten a Sadie.

Por desgracia, mi imaginación era muy gráfica. Visualicé a Walt convertido en algún tipo de criatura

de ultratumba: una momia marchita, un *ba* fantasmal o un demonio desfigurado. En la magia egipcia, los efectos secundarios pueden llegar a ser bastante extremos.

Traté de ocultar mis emociones.

—Queremos que vivas. No te preocupes por Sadie.

Vi en la mirada de Walt que se preocupaba, y mucho, por Sadie. En serio, ¿qué podía ver en mi hermana?

[Deja de pegarme, Sadie. Solo estoy siendo sincero.]

Walt volvió a flexionar los dedos. Quizá fueran imaginaciones mías, pero me pareció atisbar unas volutas de humo gris que le emanaban de las manos, como si hablar de su extraño poder lo hubiera activado.

—Aún no he de tomar la decisión —dijo Walt—. No hasta que dé mi último aliento. Antes quiero hablar con Sadie, explicárselo...

Apoyó la mano en la borda del barco. Fue un error. Los juncos trenzados se volvieron grises a su contacto.

—¡Walt, para! —chillé.

Levantó la mano bruscamente, pero ya era demasiado tarde. El barco se desmoronó, convertido en cenizas.

Nos arrojamos hacia las cuerdas. Por suerte, no se deshicieron... sobre todo porque ahora Walt prestaba más atención. Freak graznó al ver que el barco se esfumaba, y de pronto Walt y yo nos vimos colgando bajo la tripa del grifo, agarrados a las sogas para no caer a nuestra muerte y chocando entre nosotros mientras sobrevolábamos los rascacielos de Manhattan.

—¡Walt! —Intenté hacerme oír por encima del viento—. ¡Te lo digo en serio, has de controlar mejor ese poder!

—¡Lo siento! —gritó él.

Me dolían los brazos, pero de algún modo logramos llegar a la Casa de Brooklyn sin morir machacados contra el suelo. Freak nos dejó en el tejado, donde Bast nos esperaba boquiabierta.

—¿Por qué diablos venís colgados de las cuerdas? —preguntó, alterada.

—Porque es divertidísimo —mascullé—. ¿Hay novedades?

Desde detrás de las chimeneas, una vocecilla trinó:

—¡Hoooooolaaa! —El antiguo dios solar Ra apareció. Nos dedicó una sonrisa desdentada y renqueó arriba y abajo por el tejado, murmurando—: Wombats, wombats. ¡Caramelo, caramelo, caramelo!

Metió la mano entre los pliegues de su taparrabos y lanzó trocitos de caramelo al aire, como si fueran confeti... y sí, fue tan desagradable como suena.

Bast contrajo los músculos de los brazos y sus cuchillos le aparecieron en las manos. Posiblemente fue solo un acto reflejo, pero parecía tentada a usar sus hojas contra alguien... contra cualquiera. A regañadientes, volvió a ocultar los cuchillos en sus mangas.

—¿Que si hay novedades? —dijo—. Me toca turno de niñera, gracias a tu tío Amos, que me ha pedido un favor. Y el *shabti* de Sadie os está esperando abajo. ¿Vamos?

Para explicar lo de Sadie y su *shabti* nos haría falta una grabación entera.

Mi hermana no tenía el menor talento para crear estatuas mágicas, pero eso no iba a impedirle que lo intentara. Se le había ocurrido la idea descabellada de crear un *shabti* perfecto para que fuese su avatar,

hablara con su voz y le hiciera todas las tareas, como un robot controlado a distancia. Todos sus intentos anteriores habían explotado o enloquecido, aterrorizando a Keops y a nuestros aprendices. La semana anterior había creado un termo mágico con ojos saltones que empezó a levitar de un lado al otro de la sala, gritando: «¡Exterminar! ¡Exterminar!», hasta que me dio a mí en la cabeza.

El último *shabti* de Sadie se llamaba Sadie Junior, y era la pesadilla de un jardinero.

Al no tener grandes dotes artísticas, Sadie había improvisado una figura vagamente humana a partir de macetas de barro, que había unido mediante magia, cordel y cinta americana. La cara era una maceta puesta bocabajo que tenía una cara sonriente pintada con rotulador indeleble negro.

—Ya era hora. —La criatura de macetas estaba esperándonos en mi cuarto cuando entramos Walt y yo. No se le movía la boca, pero la voz de Sadie retumbaba dentro de la maceta de arriba como si ella estuviera atrapada dentro del *shabti*. Pensarlo me alegró el día—. ¡Deja de sonreír! —me ordenó—. Puedo verte, Carter. Ah... y, hum, ¿qué tal, Walt?

El monstruo maceta chirrió al enderezar su postura. Un brazo tosco se levantó para intentar arreglar el pelo inexistente de Sadie. Sí, cuando hay chicos delante, mi hermana es capaz de turbarse incluso estando hecha de macetas y cinta americana.

Nos contamos nuestras historias. Sadie nos habló del ataque inminente al Nomo Primero, que en principio tendría lugar al amanecer del equinoccio, y también de la alianza entre las fuerzas de Sarah Jacobi y Apofis. Maravillosas noticias. Geniales.

A cambio, yo le expliqué nuestra charla con Tot. Le conté las visiones que me había mostrado Apofis de la precaria situación de nuestra madre en la Duat (que hicieron temblar al monstruo maceta) y del fin del mundo (que no parecieron sorprenderle en absoluto). No hablé a Sadie de la oferta que me había hecho Apofis de perdonarme si le entregaba a Ra. Me pareció violento decirlo en voz alta con Ra al otro lado de la puerta, cantando canciones sobre caramelos. Pero sí le hablé del espíritu malvado de Setne, que iba a ser juzgado al ponerse el sol en la Sala del Juicio.

—El tío Vinnie —dijo Sadie.

—¿Cómo dices? —pregunté.

—La cara que me habló en el museo de Dallas —aclaró—. Está claro que era Setne en persona. Me avisó de que íbamos a necesitarle para comprender el hechizo de execración de sombra. Dijo que tendríamos que usar «nuestras influencias» y sacarle de allí antes de esta noche. Se refería al juicio. Tendremos que convencer a papá de que lo libere.

—Ya he mencionado que, según Tot, es un psicópata asesino, ¿verdad?

El monstruo de las macetas soltó una risita.

—Carter, no pasará nada. Hacernos amigos de psicópatas es una de nuestras especialidades.

Volvió su cabeza de maceta en dirección a Walt.

—Tu también vendrás, espero.

Su tono llevaba un matiz de reproche, como si aún estuviera resentida con Walt por no haber acudido al baile escolar / fiesta del desmayo en masa.

—Allí estaré —le aseguró él—. Me encuentro bien.

Me lanzó una mirada de advertencia, pero de todas formas no pensaba contradecirle. Planeaba lo que planease con Anubis, había tiempo para que se lo contara a Sadie en persona. Meterme de cabeza en el embrollo dramático Sadie-Walt-Anubis tenía pinta de ser tan divertido como tirarme de cabeza a una

picadora de carne.

—Vale —dijo Sadie—. Os veré en la Sala del Juicio esta noche, antes de que se ponga el sol. Así nos dará tiempo de terminar...

—¿Terminar qué? —pregunté—. ¿Y a quiénes os dará tiempo?

Es difícil interpretar los rasgos de una maceta con una carita sonriente, pero la vacilación de Sadie me dijo lo suficiente.

—Ya no estás en el Nomo Primero —adiviné—. ¿Qué estás haciendo?

—Un recadito —dijo Sadie—. Voy a hacer una visita a Bes.

Fruncí el ceño. Sadie iba a la residencia de ancianos para ver a Bes casi todas las semanas, y era muy amable por su parte y todo eso, pero ¿por qué ahora?

—Esto... Sabes que vamos un poco apurados de tiempo, ¿no?

—Es necesario —dijo con vehemencia—. Tengo una idea que podría venirnos bien para nuestro proyecto de la sombra. Tú tranquilo. Zia viene conmigo.

—¿Zia? —Ahora me tocó a mí turbarme. Si hubiera sido una maceta, me habría arreglado el pelo—. ¿Por eso Bast está cuidando de Ra hoy? ¿Qué hacéis exactamente tú y Zia...?

—Deja de preocuparte —dijo Sadie en tono de regañina—, que cuidaré de ella. Y no, Carter, no me ha hablado de ti. No tengo ni idea de sus sentimientos.

—¿Qué?! —Me entraron ganas de dar un puñetazo a Sadie Junior en su cara de cerámica—. ¡Yo no te estaba preguntando eso!

—Venga, venga —me reprendió—. Ponte la ropa que quieras, no creo que a Zia le importe mucho. Que no es una cita, hombre. Eso sí, por una vez, cepíllate los dientes.

—Voy a matarte —dije.

—Yo también te quiero, hermanito. ¡Chao!

La criatura de arcilla se desmoronó en pedacitos, dejando una montaña de esquiras y una cara de barro rojizo que me sonreía desde el suelo.

Walt y yo nos reunimos con Bast fuera de mi habitación. Nos apoyamos en la barandilla desde donde se dominaba la Gran Sala, mientras Ra patinaba arrastrando los pies de un lado al otro de la galería, cantando nanas en egipcio antiguo.

En la planta baja, nuestros aprendices se preparaban para irse a la escuela. A Julian le sobresalía de la boca una salchicha del desayuno, y estaba hurgando en su mochila. Felix y Sean discutían quién había robado al otro su libro de matemáticas. La pequeña Shelby perseguía a los otros renacuajos armada con un puñado de ceras que disparaban chispas de todos los colores.

Mi familia nunca había sido muy extensa, pero vivir en la Casa de Brooklyn era como tener una docena de hermanos y hermanas. A pesar de la locura, me gustaba..., lo cual hizo aun más difícil mi siguiente decisión.

Explicué a Bast nuestro plan de visitar la Sala del Juicio.

—No me gusta —dijo.

Walt logró soltar una carcajada.

—¿Hay algún plan que te guste más?

La diosa inclinó la cabeza a un lado.

—Pues, ahora que lo dices, no. No me gustan los planes. Soy una gata. De todos modos, si la mitad de

cosas que he oído decir de Setne son ciertas...

—Lo sé —dije yo—. Pero es nuestra única opción.

Bast arrugó la nariz.

—¿No queréis que os acompañe? ¿Seguro? A lo mejor convenzo a Nut o a Shu para que vigilen a Ra...

—No —respondí—. Amos va a necesitar ayuda en el Nomo Primero. No tiene suficientes efectivos para rechazar un ataque combinado de los magos rebeldes y de Apofis.

Bast asintió.

—No puedo entrar en el Nomo Primero, pero sí patrullar el exterior. Si aparece Apofis, entablaré combate con él.

—Llegará con plenos poderes —advirtió Walt—. Cada hora que pasa se hace más fuerte.

Bast levantó la barbilla, desafiante.

—He luchado contra él otras veces, Walt Stone. Lo conozco mejor que nadie. Además, se lo debo a la familia de Carter. Y a lord Ra.

—¡Gatita! —Ra apareció a nuestras espaldas, acarició la cabeza de Bast y se fue patinando—. ¡Miau, miau, miau!

Verlo dando zancadas me hizo querer gritar y arrojar cosas por los aires. Lo habíamos arriesgado todo para revivir al viejo dios del sol, con la esperanza de obtener a cambio un faraón divino que pudiera enfrentarse cara a cara con Apofis. Lo que habíamos sacado en claro era un troll arrugado y calvo con taparrabos.

«Entrégame a Ra —me había pedido Apofis—. Sé que le odias.»

Procuré no darle más vueltas, pero no se me quitaba de la cabeza la imagen de una islita en el mar del caos, de un paraíso personal donde mis seres queridos estarían a salvo. Sabía que era mentira. Apofis jamás cumpliría esa promesa. Pero podía entender que a Sarah Jacobi y a Kwai les sedujera la perspectiva.

Además, Apofis sabía cómo hurgar en la herida. Era cierto que estaba resentido con Ra por ser tan débil. Horus coincidía conmigo.

No necesitamos al vejestorio, dijo la voz del dios de la guerra dentro de mi cabeza. *No digo que debas entregárselo a Apofis, ojo, pero sí que es un inútil. Deberíamos apartarlo y ocupar nosotros el trono de los dioses.*

Qué tentador lo hacía sonar. Qué solución tan evidente.

Pero no. Si Apofis quería que renunciara a Ra, es porque Ra era valioso de algún modo. El dios del sol aún tenía un papel que interpretar. Solo tenía que descubrir cuál era.

—¿Carter? —Bast arrugó la frente—. Sé que estás preocupado por mí, pero tus padres me rescataron del abismo por un motivo. Tu madre vaticinó que marcaría la diferencia en la batalla final. Lucharé con Apofis hasta la muerte, si es necesario. No le dejaré pasar.

Titubeé. Bast ya nos había ayudado muchísimo. Casi había sido destruida cuando luchó contra el dios cocodrilo Sobek. Había llamado a su amigo Bes para que nos echara una mano, y ahora él estaba reducido a un cascarón vacío. Nos había ayudado a devolver al mundo a su antiguo jefe, Ra, y ahora le tocaba hacerle de canguro. No quería pedirle que volviera a enfrentarse a Apofis, pero Bast tenía razón. Conocía al enemigo mejor que nadie... salvo quizá Ra, cuando estaba en su sano juicio.

—De acuerdo —dije—. Pero Amos necesitará más ayuda que la que tú puedas darle, Bast. Le harán falta magos.

Walt frunció el ceño.

—¿Quiénes? Después del desastre de Dallas, no nos quedan muchos amigos. Podríamos contactar con Sao Paulo y Vancouver, que siguen en nuestro bando, pero no podrán enviar a mucha gente. Estarán pensando en proteger sus propios nomos.

Negué con la cabeza.

—Amos necesita a magos que conozcan la senda de los dioses. Nos necesita a nosotros. A todos nosotros.

Walt digirió en silencio lo que acababa de oír.

—Te refieres a abandonar la Casa de Brooklyn.

Debajo de nosotros, los renacuajos chillaban de júbilo mientras Shelby intentaba pintarlos con sus ceras de chispas. Keops estaba sentado en la repisa de la chimenea comiendo Cheerios y mirando cómo Tucker, de diez años, hacía rebotar una pelota de baloncesto contra la estatua de Tot. Jaz estaba vendando la frente de Alyssa. (Probablemente había sufrido una emboscada del termo salvaje de Sadie, que aún andaba suelto.) Entre todo aquel desorden, Cleo estaba sentada en el sofá, absorta en un libro.

La Casa de Brooklyn era el primer hogar de verdad que algunos de ellos habían conocido. Nos habíamos comprometido a protegerlos y enseñarles a usar sus poderes. Y yo estaba a punto de enviarlos, sin preparación, a la batalla más mortífera de todos los tiempos.

—Carter —dijo Bast—, no están listos.

—Tendrán que estarlo —respondí—. Si cae el Nomo Primero, se acabó todo. Apofis va a atacarnos en Egipto, en el origen de nuestro poder. Tenemos que resistir todos juntos, con el lector jefe.

—Una última batalla. —Walt contempló la Gran Sala con nostalgia, tal vez preguntándose si moriría o no antes de que tuviera lugar esa batalla—. ¿Deberíamos decírselo a los demás?

—Aún no —respondí—. Los magos rebeldes no atacarán el Nomo Primero hasta mañana. Dejemos que los chicos tengan un último día de escuela. Bast, cuando vuelvan a casa esta tarde, quiero que te los lleves a Egipto. Usa a Freak, usa cualquier magia que necesites. Si todo va bien en el inframundo, Sadie y yo nos reuniremos con vosotros antes del ataque.

—Si todo va bien —dijo Bast en tono áspero—. Claro, porque es lo que suele ocurrir. —Miró de reojo al dios solar, que intentaba comerse el pomo de la puerta de la habitación de Sadie—. ¿Y qué pasa con Ra? Si Apofis va a atacar dentro de dos días...

—Ra tiene que seguir haciendo su travesía nocturna —dije—. Forma parte de la Maat, así que mejor no trastear con eso. Pero cuando llegue la mañana del equinoccio, ha de estar en Egipto. Tendrá que enfrentarse a Apofis.

—¿Tal y como está? —Bast señaló al anciano dios—. ¿Con ese taparrabos?

—Lo sé —dije—. Parece de locos. Pero Apofis aún ve a Ra como una amenaza. A lo mejor, encarándose a su enemigo, Ra recuerda quién es en realidad. Puede que acepte el desafío y se convierta en... el que era antes.

Walt y Bast no respondieron. Sus gestos me decían que no se lo habían tragado. Ni yo tampoco. Ra estaba dando unos salvajes mordiscos desdentados al pomo de la habitación de Sadie, pero no creía que la técnica pudiera servir de mucho contra el señor del caos.

De todos modos, sentaba bien tener un plan de acción. Era mucho mejor que quedarnos allí plantados, reconcomiéndonos por lo desesperado de nuestra situación.

—Dedica el día de hoy a organizarlo —dije a Bast—. Recopila los pergaminos más valiosos, los amuletos, las armas... todo lo que podamos usar en la defensa del Nomo Primero. Informa a Amos de que vamos hacia allá. Walt y yo nos bajamos al inframundo para reunirnos con Sadie. Después acudiremos a El Cairo.

Bast hizo un mohín.

—Muy bien, Carter. Pero mucho cuidado con ese Setne. Por muy malo que creáis que es, es diez veces peor.

—Oye, que una vez derrotamos al dios del mal —le recordé.

Bast negó con la cabeza.

—Set es un dios. No cambia. Incluso tratándose de un dios del caos, más o menos puede predecirse lo que hará. Setne, en cambio... tiene poder y, además, la impredecibilidad humana. No confiéis en él. Júramelo.

—Eso está hecho —dije—. Lo prometo.

Walt se cruzó de brazos.

—¿Cómo vamos a viajar al inframundo? Los portales son inestables. Freak va a quedarse aquí, y el barco está destruido...

—Estaba pensando en otro barco —dije, intentando convencerme a mí mismo de que era buena idea—. Voy a convocar a un viejo amigo.

9. Zia separa una pelea de lava

SADIE

Me había vuelto una experta en visitar la residencia de ancianos de los dioses... lo cual es una descripción muy triste de mi vida.

La primera vez que Carter y yo llegamos allí, fue después de recorrer el Río de la Noche, caer por una catarata ígnea y casi acabar muertos en un lago de lava. Desde entonces, había descubierto que bastaba con pedir a Isis que me transportase, ya que ella podía abrir portales hacia distintas zonas de la Duat. De todas formas, la verdad era que tratar con Isis resultaba casi tan fastidioso como nadar en un mar de llamas.

Después de hablar con Carter por medio de mi *shabti*, me encontré con Zia al borde de un acantilado de caliza que caía sobre el río Nilo. En Egipto ya era mediodía. Sobreponerme al desfase portalarío me había costado más de lo previsto. Después de ponerme una ropa más apropiada que la que traía, había comido algo rápido y hablado de estrategia con Amos en un rincón del Salón de las Eras. A continuación, Zia y yo habíamos regresado a la superficie, y ahora estábamos en las ruinas de una ermita dedicada a Isis, junto al río y un poco al sur de El Cairo. Era un buen lugar para invocar a la diosa, pero no teníamos mucho tiempo.

Zia volvía a llevar puesto su uniforme de combate: pantalones de camuflaje y un top de color aceituna. Llevaba el báculo a la espalda y la varita en el cinturón. Tenía las manos metidas en su mochila, comprobando las provisiones por última vez.

—¿Qué ha dicho Carter? —preguntó.

[Para que veas, querido hermano. Me había apartado de Zia antes de contactar contigo, así que no pudo oír ninguna de mis guasas. En serio, no soy tan, tan mala.]

Le conté lo que habíamos hablado, pero no pude reunir el valor para revelar que el espíritu de mi madre corría peligro. Desde mi conversación con Anubis ya conocía el problema a grandes rasgos, claro, pero saber que nuestra madre estaba acurrucada contra un acantilado en algún lugar de la Duat, resistiéndose al arrastre de la sombra de la Serpiente... bueno, esa información se me había alojado en el pecho como una bala. Si hacía ademán de tocarla, tenía miedo de que llegase a mi corazón y me matase.

Le hablé de mi malvado amigo fantasma, el tío Vinnie, y de nuestra intención de pedirle ayuda.

Zia puso cara de horror.

—¿Setne? Pero... ¿Setne, Setne? ¿Carter ya es consciente de lo...?

—Sí.

—¿Y se lo ha sugerido Tot?

—Sí.

—¿Y de verdad pretendéis hacerlo?

—Sí.

Desvió la mirada Nilo abajo. Tal vez estuviese pensando en su pueblo natal, que se había erguido a orillas del río hasta que lo destruyeron las fuerzas de Apofis. Tal vez estuviese imaginando lo que sería que toda su tierra natal se precipitara al mar del caos.

Esperaba que me dijese que nuestro plan era demencial. Pensé que tal vez me abandonaría y

regresaría al Nomo Primero.

Pero me imagino que ya se había acostumbrado a la familia Kane, pobre chica. A esas alturas, ya debía de saber que absolutamente todos nuestros planes eran demenciales.

—Bien —dijo—. ¿Cómo llegaremos a ese... hogar del jubilado para dioses?

—Un momentín.

Cerré los ojos y me concentré.

«¡Yuju, Isis! —pensé—. ¿Hay alguien en casa?»

Sadie, respondió la diosa al instante.

Apareció en mi mente como una mujer majestuosa, con el cabello negro trenzado. Llevaba un vaporoso vestido blanco. Sus alas de arcoíris titilaban igual que la luz del sol al atravesar el agua limpia.

Me apeteció darle una bofetada.

«Vaya, vaya —dije—. Pero si es mi buenísima amiga, la que decide con quién puedo verme y con quién no.»

Aún tuvo el morro de fingir sorpresa.

¿Te refieres a Anubis?

«¡Premio, a la primera! —Debería haberlo dejado ahí, ya que necesitaba la ayuda de Isis. Pero verla ahí flotando, toda brillante y regia, me puso más furiosa que nunca—. ¿Cómo puedes tener la cara tan dura? ¿Qué es eso de conspirar a mis espaldas para que Anubis no se acerque a mí? ¿Se puede saber a ti qué te importa?»

Sorprendentemente, Isis no perdió los nervios.

Sadie, hay cosas que no comprendes. Existen normas.

«¿Normas? —pregunté—. El mundo a punto de acabarse, ¿y a ti te preocupa que la gente murmure si me ve por ahí con el chico equivocado?»

Isis juntó las yemas de los dedos, formando un triángulo. *Los dos asuntos están más relacionados de lo que crees. Las tradiciones de la Maat deben respetarse, o vencerá el caos. Los inmortales y los mortales solo pueden interactuar de maneras muy determinadas y específicas. Además, no te conviene distraerte. Estoy haciéndote un favor.*

«¡Un favor! —salté—. Si quieres hacerme un favor de verdad, necesitamos llegar a la Cuarta Casa de la Noche, la Casa de Descanso, Acres Soleados o como quieras llamarla. ¡Y luego, deja de meterte en mi vida privada!»

A lo mejor estuve demasiado brusca, pero es que Isis se había pasado tres pueblos. Además, ¿por qué tenía que ir de puntillas con una diosa que una vez había alquilado espacio en mi cabeza? ¡Isis debería conocerme mejor!

La diosa suspiró. *Sadie, la intimidación con los dioses es peligrosa. Debe regularse con la mayor cautela. Lo sabes de sobra. Tu tío aún está contaminado por su experiencia con Set. Incluso tu amiga Zia está sufriendo.*

«¿A qué te refieres?», pregunté.

Si nos fundimos, lo entenderás, me aseguró Isis. Tendrás la mente clara. Ya hace tiempo que deberíamos estar unidas y combinar nuestras fuerzas.

Y ahí llegaba la charla publicitaria. Cada vez que llamaba a Isis, ella insistía en que nos fundiéramos como habíamos hecho una vez, mortal y diosa habitando un solo cuerpo y actuando con una sola voluntad.

Yo siempre le decía que no.

«O sea —respondí—, que la intimidad con los dioses es peligrosa pero tú te mueres de ganas de unir fuerzas conmigo otra vez. Menos mal que te preocupa mi seguridad.»

Isis entrecerró los ojos. *Nuestra situación es distinta, Sadie. Necesitas mi poder.*

Lo cierto es que, tentarme, me tentaba. Tener a mi mando el inmenso poder de una diosa era todo un subidón. Siendo el Ojo de Isis me sentiría confiada, imparable y absolutamente intrépida. Un poder como ese podía crear adicción... y ahí estaba el problema.

Isis podía ser una buena amiga, pero sus objetivos no siempre eran lo que más convenía al mundo de los mortales... o a Sadie Kane.

Ella actuaba por lealtad a su hijo Horus. Haría cualquier cosa para verlo sentado en el trono de los dioses. Era ambiciosa, vengativa, sedienta de poder y envidiosa de quien pudiera tener más magia que ella.

Afirmaba que mi mente se aclararía si la dejaba entrar. Lo que quería decir en realidad es que empezaría a ver las cosas a su manera. Sería más difícil aislar mis pensamientos de los suyos. A lo mejor, hasta llegaba a creer que mantenernos separados a Anubis y a mí era la decisión correcta. (Qué idea más horripilante.)

Por desgracia, en lo de unir nuestras fuerzas tenía razón. Tarde o temprano tendríamos que hacerlo. No había otra forma de que yo tuviese el poder suficiente para desafiar a Apofis.

Pero aún no había llegado el momento. Quería seguir siendo Sadie Kane todo el tiempo que fuese posible, yo sola, con mi maravillosa personalidad y sin ninguna diosa autoestopista.

«Pronto —dije a Isis—. Antes tengo unas cosas que hacer. Necesito estar segura de que mis decisiones son solo mías. Venga, ¿qué me dices de ese portal a la Casa de Descanso?»

A Isis se le daba muy bien poner cara de sentimientos heridos y reproche al mismo tiempo, lo que debió de convertirla en una madre aterradora. Casi sentí pena por Horus.

Sadie Kane, dijo, eres mi mortal favorita, mi maga elegida. Y, aun así, no confías en mí.

No me molesté en negarlo. Isis conocía mis sentimientos.

La diosa separó los brazos en gesto de resignación. *Muy bien. Pero la senda de los dioses es la única respuesta. Para todos los Kane, y también para ella,* añadió, señalando a Zia con la barbilla. *Tendrás que darle consejos, Sadie. Debe aprender la senda muy deprisa.*

«¿A qué te refieres?», volví a preguntar. Habría dado cualquier cosa por que dejara de hablarme con acertijos. A veces los dioses pueden ser así de insoportables.

Zia era una maga mucho más experta que yo. No sabía qué consejos podría darle. Además, ella era elementalista de fuego. Toleraba a los Kane, pero nunca había mostrado ni el menor interés en seguir la senda de los dioses.

Buena suerte, dijo Isis. *Espero tu llamada.*

La imagen de la diosa se onduló y desapareció. Cuando abrí los ojos, un rectángulo de oscuridad con la forma de una puerta flotaba en el aire.

—¿Sadie? —dijo Zia—. Llevabas tanto rato callada que empezaba a preocuparme.

—Pues tranquila. —Forcé una sonrisa—. Es que a Isis le gusta charlar. Próxima parada, la Cuarta Casa de la Noche.

Si tengo que ser sincera, nunca he entendido del todo la diferencia entre los portales de arena

arremolinada que abrimos los magos empleando artefactos y las puertas de oscuridad que pueden conjurar los dioses. A lo mejor es que los dioses utilizan una red inalámbrica más avanzada. A lo mejor es solo que tienen una puntería más fina.

Sea por lo que sea, el portal de Isis funcionó con mucha más precisión que el que había abierto yo para llegar a El Cairo. Nos dejó en el mismo vestíbulo de Acres Soleados.

Tan pronto como lo hubimos cruzado, Zia miró a nuestro alrededor y frunció el ceño.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo?

Buena pregunta. Habíamos llegado a la residencia para dioses ancianos correcta. Estaban las mismas macetas con plantas, el mismo recibidor inmenso por cuyas ventanas se veía el Lago de Fuego y las mismas columnas alineadas de piedra caliza, recubiertas por carteles de ancianos sonrientes y lemas como: ¡ESTOS SON TUS SIGLOS DORADOS!

Sin embargo, no había nadie atendiendo el puesto de enfermería. Los portasueros estaban apiñados en un rincón como si cuchichearan entre ellos. Los sofás estaban vacíos. En las mesitas de café había partidas sin acabar de damas o de senet. ¡Uf, cómo odio el senet!

Yo había clavado la mirada en una silla de ruedas, preguntándome dónde habría ido su ocupante, cuando de pronto la silla estalló en llamas y se desplomó en el suelo en forma de cuero chamuscado y acero semiderretido.

Trastabillé hacia atrás. A mis espaldas, Zia tenía una bola de fuego candente en la mano. Sus ojos eran tan esquivos como los de un animal acorralado.

—¿Te has vuelto loca? —grité—. ¿Qué estás...?

Lanzó su segunda bola de fuego al puesto de enfermería. Un jarrón lleno de margaritas explotó en una nube de pétalos en llamas y esquirlas de cerámica.

—¡Zia!

No daba muestras de oírme. Invocó otra bola de fuego y apuntó hacia los sofás.

Debería haberme puesto a cubierto. No estaba preparada para morir salvando mobiliario mal tapizado, pero corrí hacia ella y le agarré la muñeca.

—¡Zia, ya basta!

Me lanzó una mirada encendida, y no lo digo del todo como metáfora. Sus iris se habían convertido en coronas de fuego anaranjado.

Era aterrador, por supuesto, pero me mantuve firme. Durante el año anterior me había acostumbrado bastante a las sorpresas; al fin y al cabo, mi gata era una diosa, mi hermano podía convertirse en halcón y Felix hacía salir pingüinos de la chimenea varias veces por semana.

—Zia —dije con firmeza—. No podemos incendiar la residencia. ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

La confusión asomó por un instante a sus facciones. Dejó de forcejear. Sus ojos volvieron a la normalidad.

Contempló la silla de ruedas derretida y luego los restos humeantes del ramo de flores, que habían caído a la alfombra.

—¿Yo he...?

—¿Decidido que esas margaritas merecían la muerte? —terminé su pregunta—. Sí, eso has hecho.

Extinguió su bola de fuego, y menos mal, porque ya empezaba a hornearme la cara.

—Lo siento —susurró—. Creía... creía que lo tenía controlado...

—¿Controlado? —Le solté la mano—. ¿Quieres decir que últimamente has lanzado muchas bolas de fuego?

Seguía pareciendo desconcertada, su mirada vagaba por todo el vestíbulo.

—No... bueno, tal vez. Últimamente tengo lagunas de memoria. Cuando vuelvo en mí, no recuerdo lo que he estado haciendo.

—¿Igual que ahora?

Asintió.

—Amos dijo... Al principio pensaba que podía ser un efecto secundario de pasar tanto tiempo en aquella tumba.

Ah, la tumba. Durante meses, Zia había estado atrapada en un sarcófago acuoso mientras su *shabti* daba vueltas por ahí haciéndose pasar por ella. El lector jefe Iskandar había pensado que así protegería a la Zia auténtica... ¿de Set?, ¿de Apofis? Aún no lo teníamos claro. En todo caso, a mí no me pareció una idea muy genial para venir de un mago de dos mil años de edad y supuestamente sabio. En su letargo, Zia había soportado unas pesadillas horribles en las que veía su pueblo ardiendo y a Apofis destruyendo el mundo. Supongo que podían haberle provocado un estrés postraumático de aúpa.

—Dices que Amos lo pensaba al principio —señalé—. Entonces, ¿la historia no acaba ahí?

Zia desvió la mirada a la silla derretida. La luz del exterior pintó su cabello del color del hierro oxidado.

—Estuvo aquí —musitó—. Pasó eones aquí, atrapado.

Me costó un momento procesarlo.

—Te refieres a Ra.

—Se sentía solo y desgraciado —dijo—. Le habían obligado a abdicar su trono. Abandonó el mundo mortal y perdió las ganas de vivir.

Di un pisotón para apagar una margarita que aún ardía en la alfombra.

—No sé, Zia. Cuando lo despertamos, parecía bastante contento. Cantaba, sonreía y tal.

—No. —Zia se acercó a las ventanas, como atraída por el precioso paisaje de azufre—. Su mente sigue dormida. He pasado tiempo con él, Sadie. He visto las caras que pone mientras duerme. Le he oído gimotear y murmurar. Ese cuerpo viejo es una jaula, una cárcel. El auténtico Ra está atrapado en su interior.

Ahora sí que empezaba a preocuparme. De las bolas de fuego podía ocuparme. De los desvaríos incoherentes... no tanto.

—Supongo que tiene sentido que simpatices con Ra —aventuré—. Tú eres elementalista del fuego, y él viene a ser un dios ardiente. Tú estuviste atrapada en esa tumba, y Ra en una residencia de ancianos. Puede que sea lo que te ha provocado el episodio de ahora. Este lugar te ha recordado a tu propia cárcel.

Ahí me tenéis: Sadie Kane, psicóloga aficionada. ¿Y por qué no? En Londres había pasado mucho tiempo diagnosticando a mis enloquecidas colegas Liz y Emma.

Zia tenía la mirada fija en el lago de llamas. Tuve la sensación de que tal vez mi intento de terapia no había resultado demasiado terapéutico.

—Amos intentó ayudarme —dijo—. Sabe por lo que estoy pasando. Me lanzó un conjuro para centrar mi mente, pero... —Negó con la cabeza—. Va a peor. Hoy es el primer día que no cuido de Ra desde hace semanas y, cuanto más rato paso con él, más se me emborronan los pensamientos. Ahora, cuando

invoco el fuego, me cuesta controlarlo. Me pasa hasta con los hechizos más fáciles, los que llevo años haciendo; aplico demasiado poder. Si ocurriera mientras no tengo el control...

Comprendí el miedo que había en su voz. Los magos tenemos que ir con pies de plomo cuando lanzamos hechizos. Si canalizamos demasiada energía, podemos agotar nuestras reservas sin darnos cuenta. Y entonces el hechizo se alimentaría directamente de la fuerza vital del mago, con desagradables consecuencias.

«Tendrás que darle consejos —había dicho Isis—. Debe aprender la senda muy deprisa.»

Empecé a componer un pensamiento incómodo. Recordé lo mucho que se había alegrado Ra al conocer a Zia, y cómo había intentado entregarle el último escarabajo que le quedaba. Había balbuceado sin parar sobre zarigüeyas... tal vez refiriéndose a Zia. Y ahora ella empezaba a identificarse con el viejo dios, hasta el punto de pegar fuego a la residencia de ancianos donde había estado retenido tanto tiempo. No podía ser buena señal. Pero ¿qué consejos iba a darle sin tener ni idea de lo que ocurría?

Las palabras de Isis rebotaron en mi cabeza: la senda de los dioses era la respuesta para todos los Kane. Zia estaba sufriendo. Amos seguía contaminado desde sus días unido a Set.

—Zia... —Vacilé—. Dices que Amos sabe por lo que estás pasando. ¿Por eso ha pedido a Bast que cuide hoy de Ra? ¿Para que tú puedas pasar tiempo lejos del dios solar?

—Sí... supongo.

Controlé mi respiración antes de hacerle la pregunta difícil.

—En la sala de guerra, Amos ha dicho que a lo mejor tenía que usar otros métodos para combatir a sus enemigos. ¿No habrá...? Hummm, ¿no habrá tenido algún problema con Set?

Zia no se atrevió a mirarme a los ojos.

—Sadie, le prometí...

—¡Oh, dioses de Egipto! ¡¿Está invocando a Set?! ¿Canaliza el poder de ese dios, después de todo lo que le hizo? Dime que no es verdad. —No respondió, lo cual era una respuesta en sí misma. Levanté la voz—. ¡Acabará dominado! Si los magos rebeldes se enteran de que el lector jefe está jugueteando con el dios del mal, como se temían...

—Set no es solo el dios del mal —me recordó Zia—. Es el lugarteniente de Ra. Antes defendía al dios solar de Apofis.

—¿Crees que eso lo mejora en algo? —Agité la cabeza, incrédula—. ¿Y ahora Amos cree que tú tienes problemas con Ra? ¿Piensa que Ra está intentando...?

Señalé con un dedo la cabeza de Zia.

—Sadie, por favor... —Su voz se deshizo en un hilillo de sufrimiento.

Supongo que no era justo que la presionase. Parecía incluso más confundida que yo.

Aun así, no me gustaba nada la idea de que Zia estuviese tan desorientada, faltando tan poco para nuestra batalla final. Sufriendo desmayos, lanzando bolas de fuego al azar, perdiendo el control de su propio poder... Y aún era peor la posibilidad de que Amos tuviese algún tipo de vínculo con Set, de que hubiese dejado volver a entrar a ese dios horrible en su cabeza por iniciativa propia.

La perspectiva me hizo un *tyt* en la garganta, un nudo de Isis.

Me imaginé a mi viejo enemigo Michel Desjardins torciendo el gesto. «*Ne voyez-vous pas, Sadie Kane?* Esto es lo que trae consigo la senda de los dioses. Por eso se prohibió esa magia.»

Di un puntapié a los restos fundidos de la silla de ruedas. Una ruedecita doblada chirrió y se

balanceó.

—Tendremos que dejar aparcada esta conversación —decidí—. Se nos acaba el tiempo. En fin, ¿dónde se han metido todos los abueletes?

Zia señaló por la ventana.

—Ahí —dijo con calma—. Están pasando el día en la playa.

Bajamos caminando a la playa de arenas negras que bordeaba el Lago de Fuego. Yo no habría elegido ese sitio para pasar unas vacaciones, pero los ancianos dioses estaban relajados en sus tumbonas, bajo sombrillas de colores vivos. Había otros roncando sobre sus toallas de playa o sentados en sillas de ruedas, contemplando el paisaje hirviente.

Una diosa arrugada con cabeza de pájaro, vestida con bañador de una pieza, construía una pirámide de arena. Dos ancianos (que supuse que eran dioses del fuego) se habían metido hasta la cintura en el oleaje ígneo, y reían mientras se salpicaban las caras con lava el uno al otro.

Tauret, su cuidadora, sonrió al ver que nos acercábamos.

—¡Sadie! —me llamó—. ¡Esta semana vienes pronto! Y te has traído a una amiga.

Normalmente, no me habría quedado allí plantada mientras una hipopótamo erguida sobre dos patas embestía hacia mí para darme un abrazo, pero a Tauret ya le tenía cogido el tranquillo.

Había cambiado sus zapatos de tacón por chancletas, pero aparte de eso llevaba puesto su habitual uniforme blanco de enfermera. El maquillaje y el pintalabios estaban aplicados con tacto, para ser una hipopótamo, y llevaba la tupida melena negra recogida bajo una cofia. Su blusa, demasiado pequeña, se abría por abajo para revelar una barriga gigantesca, tal vez un signo de embarazo permanente por ser la diosa de los partos, o tal vez un signo de haber comido demasiados pastelitos. Nunca había estado segura del todo.

Me abrazó sin destrozarme los huesos, cosa que agradecí mucho. Su perfume de lilas me recordaba a mi abuela, y el matiz de azufre en su ropa me recordó a mi abuelo.

—Tauret —dije—, esta es Zia Rashid.

La sonrisa de Tauret se marchitó.

—Ah... Oh, ya veo.

Nunca había visto tan inquieta a la diosa hipopótamo. ¿Podía haberse enterado de que Zia acababa de fundir la silla de ruedas y pegar fuego a sus margaritas?

Cuando el silencio empezaba a hacerse incómodo, Tauret recobró la sonrisa.

—Perdón, sí. Hola, Zia. Es que pareces... ¡Bueno, qué más da! ¿También eres amiga de Bes?

—Esto..., en realidad, no —reconoció Zia—. O sea, supongo que sí, pero...

—Hemos venido para cumplir una misión —tercié—. Las cosas en el mundo de arriba están un poco revueltas.

Le conté a Tauret la historia de los magos rebeldes, los planes de ataque de Apofis y nuestra loca estratagema para encontrar la sombra de la Serpiente y pisotearla hasta la muerte.

Tauret dio una palmada con sus manos de hipopótamo.

—Ay, madre. ¿El día del juicio es mañana? Teníamos bingo el viernes por la noche. Qué decepción se van a llevar los pobres...

Miró a lo largo de la playa hacia sus seniles protegidos, algunos de los cuales babeaban en sueños, comían arena negra o trataban de entablar conversación con la lava.

Tauret suspiró.

—Supongo que es mejor que no se lo cuente. Llevan eones viviendo aquí abajo, olvidados por el mundo mortal, y ahora les tocará sucumbir junto a todos los demás. No se merecen ese destino.

Me entraron ganas de recordarle que ese destino no se lo merecía nadie, ni mis amigos, ni mi familia, y desde luego tampoco una brillante joven llamada Sadie Kane, que tenía toda la vida por delante. Pero Tauret era tan bondadosa que no quise quedar como una egoísta. Ella no estaba preocupándose por sí misma, sino por los dioses marchitos de los que cuidaba.

—Aún no nos hemos rendido —le prometí.

—Pero ¡menudo plan! —Tauret tuvo un escalofrío que provocó un maremoto de fofa carne de hipopótamo—. ¡Es imposible!

—¿Igual que revivir al dios solar? —pregunté.

Admitió el argumento encogiéndose de hombros.

—Muy bien, querida. Reconozco que habéis conseguido lo imposible otras veces. Pero aun así... —Miró de reojo a Zia, como si la presencia de mi amiga la incomodara—. Bueno, seguro que sabéis lo que hacéis. ¿En qué puedo ayudaros?

—¿Podemos ver a Bes? —le pedí.

—Claro que sí... pero me temo que está igual.

Abrió el camino por la playa. Durante los últimos meses había ido a visitar a Bes por lo menos una vez a la semana, así que ya conocía de vista a muchos de los dioses ancianos. Vi a Heket, la diosa rana, posada en una sombrilla como si fuese un nenúfar. Su lengua salió disparada para capturar algo en el aire. ¿En la Duat había moscas?

Más allá, vi al dios ganso Gengen-Wer, cuyo nombre (no es broma) significa «el del gran graznador». La primera vez que me lo dijo Tauret, poco me faltó para escupir todo el té de golpe. Su Suprema Graznidad se bamboleaba por la playa, graznando a los otros dioses y despertándolos del susto.

Pero, con cada visita, el grupo cambiaba. Algunos dioses desaparecían y llegaban otros nuevos, dioses de ciudades que ya no existían, dioses que habían tenido un culto durante siglos antes de ser reemplazados, dioses tan viejos que habían olvidado sus propios nombres. La mayoría de las civilizaciones dejaban atrás trozos de cerámica, monumentos o literatura. Egipto era tan antiguo que había dejado atrás un vertedero lleno de dioses.

A mitad de playa, pasamos junto a los dos vejetes que habían estado salpicándose con lava. Ahora forcejeaban, metidos en el lago hasta la cintura. Uno estaba aporreando al otro con un anj mientras farfullaba:

—¡El pudín es mío! ¡Mío!

—Oh, no —dijo Tauret—. Abrazafuegos y Pie Caliente ya se han enganchado otra vez.

Contuve una carcajada.

—¿Pie Caliente? ¿Qué clase de nombre es ese para un dios?

Tauret se concentró en el oleaje de llamas, como si buscara la forma de recorrerlo sin acabar incinerada.

—Son dioses de la Sala del Juicio, querida. Pobrecillos. Antes eran cuarenta y dos, cada uno encargado de dictar sentencia sobre un delito distinto. Hasta en los viejos tiempos, nadie se sabía los nombres de todos. Ahora... —Se encogió de hombros—. Están más que olvidados, qué pena.

Abrazafuegos, que es el del anj, era el dios de los robos. Me temo que el trabajo le volvió paranoico. Siempre cree que Pie Caliente le ha robado el pudin. Tendré que ir a separarlos.

—Yo me encargo —dijo Zia.

Tauret respondió con tirantez:

—¿Tú... querida?

Me dio en la nariz que Tauret no había tenido la intención de decir «querida».

—El fuego no supondrá un problema —le aseguró Zia—. Seguid vosotras dos.

Yo no sabía cómo podía estar tan segura. Quizá era solo que prefería darse un chapuzón en las llamas que ver a Bes tal y como estaba ahora. Si era eso, no me extrañaba. La experiencia era perturbadora.

En cualquier caso, Zia fue a zancadas hasta la orilla y se metió directa en el lago, como una socorrista ignífuga de *Los vigilantes de la playa*.

Tauret y yo seguimos caminando en paralelo a la orilla. Llegamos al embarcadero donde habíamos amarrado la barcaza solar de Ra la primera vez que Carter y yo visitamos aquel lugar.

Bes estaba al final del muelle, sentado en una cómoda silla de cuero que Tauret debía de haberle traído a propósito. Llevaba una camisa hawaiana limpia, roja y azul, y pantalones cortos de color caqui. Tenía la cara más chupada que la primavera anterior, pero por lo demás estaba igual: la misma maraña de pelo moreno desaliñado, la misma crin hirsuta que tenía por barba y la misma cara grotesca y adorable que me recordaba a la de un perro pug.

Pero el alma de Bes no estaba. El dios tenía la mirada perdida en el lago, y no reaccionó cuando me arrodillé a su lado y le cogí su mano peluda.

Recordé la primera vez que Bes me había salvado la vida, cuando me recogió con su limusina llena de basura, me llevó al puente de Waterloo y espantó a los dos dioses que estaban persiguiéndome. Había saltado del coche sin más ropa que un bañador de *slip* marca Speedo y había gritado: ¡UUUH!

Sí, había sido un amigo de verdad.

—Querido Bes —dije—, vamos a intentar ayudarte.

Le expliqué todo lo que había ocurrido desde mi última visita. Sabía que no me oía. Desde que le habían robado el nombre secreto, su mente no estaba allí dentro. Pero hablarle me hacía sentir mejor a mí.

Tauret se sorbió la nariz. Yo sabía que la diosa amaba a Bes desde hacía muchísimo tiempo, aunque Bes no siempre había correspondido sus sentimientos. Nadie cuidaría mejor de Bes que ella.

—Oh, Sadie... —La diosa hipopótamo se secó una lágrima—. Si de verdad pudieras ayudarle, yo... haría cualquier cosa. Pero ¿cómo puede ser?

—Las sombras —respondí—. Un coleguita llamado Setne... encontró la forma de usar las sombras en un hechizo de execración. Si la *sheut* es una copia de seguridad del alma, y si la magia de Setne pudiese utilizarse a la inversa...

Los ojos de Tauret se abrieron más.

—¿Crees que podrías traer a Bes de vuelta por medio de su sombra?

—Sí.

Sé que parecía de locos, pero había que tener fe. Habiéndoselo dicho en voz alta a Tauret, que quería a Bes incluso más que yo... bueno, ahora no podía fallarle. Además, si lo lográbamos con Bes, ¿qué más podríamos hacer? A lo mejor la misma magia servía para volver a poner en forma al dios solar Ra. Pero

lo primero era lo primero. Tenía intención de cumplir la promesa que le había hecho al dios enano.

—Pero hay una complicación —seguí diciendo—. Esperaba que pudieses ayudarme a encontrar la sombra de Bes. Yo no sé casi nada de los dioses, *sheuts* y esas cosas. Por lo que tengo entendido, lo normal es que las escondáis.

Tauret se removió, inquieta, haciendo crujir los tablones del muelle bajo sus pies.

—Bueno, sí...

—Confíaba en que se parecieran un poco a los nombres secretos —insistí—. Como no puedo preguntarle a Bes dónde tiene guardada su sombra, se me había ocurrido consultar con la persona que mejor le conoce. He pensado que si lo podía saber alguien más, tenías que ser tú.

Ver sonrojarse a un hipopótamo es bastante raro. Casi dio a Tauret una apariencia delicada, dentro de su enormidad.

—Yo... una vez vi su sombra —reconoció—. Fue durante uno de los momentos más bonitos que pasamos juntos. Estábamos sentados en la muralla del templo de Sais.

—¿Perdona?

—Es una ciudad que hay en el delta del Nilo —explicó Tauret—. Allí vive una amiga nuestra, la diosa de la caza Neit. Le gustaba que Bes y yo la visitáramos para sus cacerías. Nosotros, hum... le hacíamos de batidores.

Me imaginé a Tauret y Bes, dos dioses con superpoderes de fealdad, pisoteando los marjales mientras gritaban: «¡Uuuuh!» para hacer salir bandadas de codornices. Decidí reservarme esa imagen para mí.

—El caso —continuó Tauret— es que una noche, después de cenar, Bes y yo estábamos sentados a solas en la muralla del templo de Neit, viendo salir la luna sobre el río Nilo.

Tauret contempló al dios enano con tanta adoración que no pude evitar imaginarme a mí misma sobre la muralla de ese templo, compartiendo una velada romántica con Anubis... no, con Walt... no... ¡Aaargh! Mi vida era un infierno.

Suspiré, desdichada.

—Continúa, por favor.

—No hablábamos de ninguna cosa en particular —rememoró Tauret—. Estábamos cogidos de la mano, nada más. Pero me sentí tan unida a él... Por un instante, al mirar la pared de adobe que teníamos al lado, vi la sombra de Bes a la luz de las antorchas. Normalmente los dioses no tenemos nuestras sombras tan cerca. Debía de confiar muchísimo en mí para revelarla. Le pregunté por ella y se rió. Me dijo: «Este es un buen sitio para mi sombra. Me parece que voy a dejarla aquí. Así podrá ser feliz siempre, aunque yo no lo sea».

La historia era tan dulce y triste que se me hizo casi insoportable.

Playa arriba, el viejo dios Abrazafuegos gritó algo acerca de un pudín. Zia estaba de pie en el lago, intentando mantener apartados a los dos dioses mientras ellos la salpicaban con lava desde ambos lados. Lo más raro era que no parecía molestarle.

Me volví hacia Tauret.

—¿Esa noche en Sais fue hace mucho tiempo?

—Hace unos pocos milenios.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Hay alguna posibilidad de que la sombra aún esté allí?

La diosa se encogió de hombros, indecisa.

—Sais fue destruida hace siglos. El templo ya no está. Los granjeros derribaron los viejos edificios y usaron el adobe como fertilizante. Ahora casi todo aquello vuelve a ser terreno pantanoso.

Maldición. Nunca había sido muy aficionada a las ruinas egipcias. De vez en cuando, yo misma había estado tentada de derrumbar algún templo. Pero esta vez deseé que las ruinas hubiesen sobrevivido. A esos granjeros habría que darles un buen tirón de orejas.

—Entonces, ¿no hay esperanza? —pregunté.

—Ah, siempre hay esperanza —dijo Tauret—. Podrías recorrer la zona mientras llamas a la sombra de Bes. Tú eres amiga suya. Debería acudir a ti, si es que aún anda por allí. Y si Neit sigue en la zona, a lo mejor puede ayudarte. Bueno, a no ser que decida darte caza...

Preferí no contemplar esa posibilidad. Ya tenía bastantes problemas.

—Habrá que intentarlo. Si logramos encontrar la sombra y desarrollamos el hechizo adecuado...

—Pero Sadie —me interrumpió la diosa—, no os queda tiempo. ¡Tenéis que detener a Apofis! ¿Cómo vais a ayudar a Bes también?

Miré al dios enano. Entonces me incliné para darle un beso en su frente rugosa.

—Se lo prometí —dije—. Además, vamos a necesitarle si queremos ganar.

¿De verdad lo creía? Era muy consciente de que Bes no podría espantar a Apofis gritándole «¡Uuuh!» sin más, por muy horrendo que estuviese con su bañador Speedo. En el tipo de batalla que íbamos a librar, ni siquiera estaba segura de que tener a otro dios de nuestro lado fuese a cambiar nada. Y todavía confiaba menos en que nuestra idea de la sombra inversa pudiese funcionar con Ra. Pero con Bes sí que debía intentarlo. Si el mundo iba a acabar dos días después, no tenía la menor intención de morir sin saber que había hecho todo lo posible para salvar a mi amigo.

De todas las diosas que había conocido, Tauret era la que mejor podía entender mis motivos.

Apoyó las manos en los hombros de Bes, en actitud protectora.

—Siendo así, Sadie Kane, te deseo suerte. Por Bes y por todos nosotros.

La dejé en el embarcadero, de pie tras la silla de Bes, como si los dos dioses disfrutaran juntos de un atardecer romántico.

Volví a la playa con Zia, que estaba sacudiéndose ceniza del pelo. Salvo por un par de quemaduras en los pantalones, parecía ilesa.

Señaló a Abrazafuegos y Pie Caliente, que volvían a portarse bien en la lava.

—No son tan malos —dijo Zia—. Es que les falta un poco de atención.

—Como a una mascota —dije—, o a mi hermano.

Zia hasta sonrió.

—¿Tienes la información que necesitabas?

—Creo que sí —respondí—. Pero antes tenemos que ir a la Sala del Juicio. Ya es casi la hora de que empiecen con Setne.

—¿Cómo llegaremos? —preguntó Zia—. ¿Usando otro portal?

Miré hacia la orilla opuesta del Lago de Fuego, rumiando ese problema. Recordé que la Sala del Juicio se hallaba en una isla de ese mismo lago, pero la geografía de la Duat es un poco esquiva. Podría ser que estuviese en un nivel distinto de la Duat, o que el lago abarcara cien mil millones de kilómetros.

No me apetecía mucho bordear la orilla recorriendo territorio desconocido, ni tampoco echarme a nadar. Y lo que menos me apetecía de todo era volver a discutir con Isis.

Entonces vi algo que se abría paso entre las olas llameantes, la familiar silueta de un barco de vapor acercándose, con sus dos chimeneas gemelas soltando un luminoso humo dorado y su rueda de palas batiendo la lava.

Mi hermano, gracias al cielo, estaba como una regadera.

—Problema resuelto —dije a Zia—. Nos recoge Carter.

10. El día de visita al trabajo de mi padre sale fatal

SADIE

Mientras se acercaban al embarcadero, Carter y Walt nos saludaron desde la proa de *La reina egipcia*. A su lado se había situado el capitán, Filo Ensangrentado, que habría estado arrebatador en su uniforme de marinero fluvial de no ser porque, en lugar de cabeza, tenía un hacha de dos hojas manchada de sangre.

—Eso es un demonio —dijo Zia, nerviosa.

—Sí —admití.

—¿Es seguro?

Yo levanté una ceja mirándola.

—Pues claro que no —murmuró Zia—. ¡Estoy viajando con los Kane!

La tripulación de esferas brillantes se afanaba por todo el barco, tirando de sogas y bajando la plancha.

Carter parecía agotado. Llevaba unos vaqueros y una camisa arrugada con manchas de salsa de barbacoa. Tenía el pelo mojado y aplastado por un lado, como si se hubiese quedado dormido en la ducha.

Walt se veía mucho mejor..., vamos, que no había color. Llevaba su habitual camiseta sin mangas y unos pantalones de deporte, y se las ingenió para sonreírme aunque su postura delataba que estaba sufriendo. Noté como si el amuleto *shen* que pendía de mi cuello se calentara, o quizá fue solamente que me subió la temperatura corporal.

Zia y yo subimos a bordo por la plancha. Filo Ensangrentado se inclinó ante nosotras, lo que resultaba un poco inquietante porque con su cabeza era capaz de partir una sandía en dos.

—Bienvenida a bordo, lady Kane. —Su voz era un zumbido metálico que salía del borde de su hoja frontal—. Estoy a vuestro servicio.

—Y yo te lo agradezco un montón —dije—. Carter, ¿puedo hablar contigo?

Lo agarré de la oreja y tiré de él en dirección a la cabina.

—¡Au! —protestó mientras le arrastraba. Supongo que no estuvo bien por mi parte montar aquella escena delante de Zia, pero pensé que, ya puestos, podía dar pistas a la chica de cómo había que tratar con mi hermano.

Walt y Zia nos siguieron al interior del comedor de a bordo. Como de costumbre, la mesa de caoba estaba llena de bandejas con comida recién hecha. La lámpara de araña iluminaba los coloridos murales de dioses egipcios que decoraban las paredes y el techo profusamente ornamentado.

Solté la oreja de Carter y dije entre dientes:

—¿Te has vuelto loco?

—¡Au! —volvió a gritar—. ¿A ti qué te pasa?

—Me pasa —dije, bajando la voz— que has vuelto a convocar este barco y a su capitán demonio, ¡que según Bast nos rajará las gargantas a la menor ocasión!

—Está sometido a una ligadura mágica —discutió Carter—. La última vez no pasó nada.

—La última vez Bast venía con nosotros —repliqué—. Y si te crees que voy a fiarme de un demonio llamado Filo Ensangrentado ni un poquito así...

—Chicos —me interrumpió Walt.

Filo Ensangrentado entró en el comedor, agachando su cabeza de hacha al cruzar el umbral.

—Lord y lady Kane, estamos cerca de nuestro destino. Llegaremos a la Sala del Juicio en veinte minutos, aproximadamente.

—Gracias, F. E. —dijo Carter mientras se frotaba la oreja—. Subiremos a cubierta enseguida.

—Muy bien —dijo el demonio—. ¿Cuáles son vuestras órdenes para cuando hayamos llegado?

Tensé los músculos, deseando que Carter se hubiese anticipado a aquello. Bast nos había advertido que a los demonios había que darles instrucciones muy claras si se quería tenerlos controlados.

—Nos esperarás mientras visitamos la Sala del Juicio —anunció Carter—. A nuestro regreso, nos llevarás donde queramos ir.

—Como deseáis. —En el tono de Filo Ensangrentado había un matiz de decepción... ¿o serían imaginaciones mías?

Cuando se hubo marchado, Zia arrugó la frente.

—Carter, en esto estoy con Sadie. ¿Cómo puedes fiarte de esa criatura? ¿De dónde habéis sacado este barco?

—Pertenece a nuestros padres —dijo Carter.

Él y yo cruzamos una mirada, con la que acordamos en silencio que ya habíamos dicho suficiente. Para llegar a la Aguja de Cleopatra, nuestros padres habían remontado el Támesis con aquel barco la noche en que mi madre había muerto liberando a Bast del abismo. Después, mi padre había estado sentado en aquella misma sala, llorándola, sin más compañía que la diosa gata y el capitán demonio.

Filo Ensangrentado nos había aceptado como sus nuevos amos. Había obedecido nuestras órdenes otras veces, pero eso tampoco me tranquilizaba mucho. No confiaba en él. No me gustaba estar en ese barco.

Por otra parte, debíamos llegar a la Sala del Juicio. Tenía hambre y sed, así que supuse que podría soportar una travesía de veinte minutos si significaba tomarme una Ribena helada y un buen plato de pollo tandoori con pan ácimo.

Nos sentamos los cuatro a la mesa y comimos mientras nos poníamos al día. Teniéndolo todo en cuenta, aquella podía ser muy bien la cita doble más incómoda de la historia. No nos faltaban las amenazas inmediatas de las que hablar, pero la tensión del comedor era tan espesa como la nube de contaminación de El Cairo.

Carter llevaba meses sin ver en persona a Zia. Estaba claro que intentaba no mirarla fijamente. A Zia se le notaba la incomodidad a la legua, sentada tan cerca de él. No paraba de inclinarse hacia el otro lado, lo que sin duda hería los sentimientos de Carter. A lo mejor es que Zia temía sufrir otro episodio de lanzar bolas de fuego. En cuanto a mí, estaba encantada de tener a Walt a mi lado, pero, al mismo tiempo, me moría de preocupación por él. No podía olvidar el aspecto que tenía cuando lo vi envuelto en vendajes de momia, y me pregunté qué habría querido contarme Anubis sobre su situación. Walt trataba de ocultarlo, pero estaba claro que sufría un dolor intenso. Le temblaron las manos cuando fue a coger su sándwich de mantequilla de cacahuete.

Carter me informó de la inminente evacuación de la Casa de Brooklyn, que Bast estaba supervisando. Casi se me partió el corazón al pensar en la pequeña Shelby, el bobo maravilloso de Felix, la tímida Cleo y todos los demás, acudiendo en defensa del Nomo Primero contra un ataque imparable, pero sabía

que Carter había hecho bien. No teníamos otra opción.

Carter no paraba de titubear, como si esperase a que Walt hablara. Pero Walt no abrió la boca. Estaba clarísimo que se reservaba algo. Tendría que ingeniármelas para quedarme a solas con Walt y sonsacárselo.

Yo hablé a Carter de nuestra visita a la Casa de Reposo. Le transmití mis sospechas de que Amos estuviese invocando a Set para conseguir más poder. Zia no me contradijo, y la noticia no sentó nada bien a mi hermano. Después de pasar unos minutos soltando palabrotas y dando zancadas por el comedor, se calmó lo suficiente para decir:

—No podemos permitirlo. Le destruirá.

—Lo sé —dije—, pero lo mejor que podemos hacer para ayudarlo es seguir adelante.

No mencioné el episodio de Zia en la residencia de ancianos. Con lo alterado que se había puesto Carter, pensé que sería demasiado para él. Pero sí que le conté lo que había dicho Tauret sobre la posible situación de la sombra de Bes.

—Las ruinas de Sais... —Frunció el ceño—. Creo que papá mencionó ese sitio. Dijo que ya no quedaba mucho de él. Pero, aunque pudiéramos encontrar la sombra, no tenemos tiempo. Hemos de detener a Apofis.

—Hice una promesa —me planté—. Además, necesitamos a Bes. Considéralo un ensayo. Salvar su sombra nos dará ocasión de practicar ese tipo de magia antes de intentarla con Apofis... Hummm, pero a la inversa, claro. A lo mejor, hasta es una forma de revivir a Ra.

—Pero...

—Lo que dice tiene sentido —interrumpió Walt. No sé quién se sorprendió más, si Carter o yo—. Aunque Setne pudiera ayudarnos, atrapar una sombra en la estatua será complicado. Me quedaría más tranquilo si antes pudiéramos probarlo con un blanco voluntario. Os puedo enseñar cómo se hace mientras... mientras me quede tiempo.

—Walt —dije—, por favor, no hables así.

—Cuando os enfrentéis a Apofis —siguió él—, solo tendréis una oportunidad para lanzar bien el hechizo. Conviene practicarlo un poco.

«Cuando os enfrentéis a Apofis.» Lo había dicho con toda la tranquilidad del mundo, pero el significado era evidente: no estaría cuando llegara el momento.

Carter apartó su pizza a medio comer.

—Es que... no sé cómo va a darnos tiempo de hacerlo todo. Ya sé que para ti es una misión personal, Sadie, pero...

—Tiene que hacerlo —dijo Zia con suavidad—. Carter, tú una vez también te fuiste a cumplir una misión personal en plena crisis, ¿verdad? Y esa vez funcionó. —Colocó su mano sobre la de Carter—. A veces, hay que hacer caso al corazón.

Mi hermano puso la misma cara que tendría si intentase tragarse una pelota de golf. Antes de que pudiera abrir la boca, sonó la campana del barco.

En una esquina del comedor, un altavoz crepitó con la voz de Filo Ensangrentado:

—Mis lores y damas, hemos llegado a la Sala del Juicio.

El templo negro estaba exactamente igual a como lo recordaba. Subimos los escalones desde el muelle y pasamos entre hileras de columnas de obsidiana que se perdían en la penumbra. Las escenas

más siniestras de la vida en el inframundo relucían en el suelo y en los frisos de las columnas, diseños en negro sobre la piedra negra. A pesar de las antorchas de junco que ardían cada pocos metros, el aire estaba tan cargado de ceniza volcánica que no podía ver muy lejos por delante.

Cuando nos adentramos en el templo, unas voces empezaron a susurrar a nuestro alrededor. Por el rabillo del ojo entreví a grupos de espíritus que flotaban a la deriva por el pabellón, unas formas fantasmagóricas camufladas entre el humo del aire. Algunas se movían sin rumbo, llorando quedamente o rasgándose las vestiduras, desesperadas. Otras iban cargadas con rollos de papiro. Esos fantasmas se veían más sólidos y decididos, y parecían estar esperando algo.

—Solicitantes —dijo Walt—. Se traen los archivos de sus casos, con la esperanza de que Osiris les conceda audiencia. Faltó durante tanto tiempo que debe de tener una buena pila de juicios atrasados.

Walt caminaba con pasos más ligeros. Sus ojos parecían más vivos; su cuerpo, menos lastrado por el dolor. Estaba tan cerca de la muerte que había temido que le abrumara aquel viaje al inframundo, pero, si acaso, tenía un aire más relajado que el resto de nosotros.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Walt vaciló.

—No estoy seguro. Es que... tiene pinta de ser eso.

—¿Y los fantasmas que no llevan papiros?

—Refugiados —dijo él—. Han venido confiando en que en este lugar estarán protegidos.

No le pregunté de qué tenían miedo. Recordé los fantasmas del baile en la Academia Brooklyn, envueltos en zarcillos negros y arrastrados bajo el suelo. Pensé en la visión que había descrito Carter, la de nuestra madre hecha un ovillo al pie de un precipicio, en algún lugar de la Duat, resistiéndose a que la absorbiera una fuerza oscura en la lejanía.

—Hay que darse prisa. —Avivé el paso, pero Zia me cogió del brazo.

—Ahí —dijo—. Mira.

El humo se dispersó. Veinte metros por delante se alzaban unas puertas descomunales de obsidiana. Delante de ellas había un animal del tamaño de un galgo, sentado sobre las patas traseras. Era un chacal de gran tamaño, con pelaje denso y negro, esponjosas orejas puntiagudas y una cara que parecía el cruce de un zorro y un lobo.

Nos gruñó, pero no me dejé amilanar. A lo mejor no soy muy objetiva, pero los chacales me parecen unos bichitos encantadores y adorables, aunque en el antiguo Egipto tuvieran fama de excavar las tumbas.

—Solo es Anubis —dije, esperanzada—. Aquí es donde se presentó la última vez.

—Ese no es Anubis —me advirtió Walt.

—Pues claro que sí —le dije—. Mira.

—No, Sadie —dijo Carter, pero yo me acerqué al guardián.

—¿Qué tal, Anubis? —saludé—. Soy yo, Sadie.

El encantador y adorable chacal me enseñó los colmillos y empezó a soltar espuma por la boca. Sus preciosos ojos amarillos me enviaron un mensaje inequívoco: «Como des un paso más, te arranco la cabeza de un mordisco».

Me quedé petrificada.

—Vale, no es Anubis, a no ser que esté teniendo un día de perros.

—Aquí hablamos con él la primera vez —dijo Carter—. ¿Por qué no está?

—Este es un subordinado suyo —supuso Walt—. Anubis debe de estar en otra parte.

Volvió a sonar segurísimo de lo que decía, y sentí una extraña punzada de celos. Walt y Anubis daban la impresión de pasar más tiempo hablando entre ellos que conmigo. De pronto, Walt se había vuelto un experto en todo lo relacionado con la muerte. Y yo, mientras tanto, no podía ni acercarme a Anubis sin provocar la ira de su carabina Shu, el dios del viento fresco. ¡Era una puñetera injusticia!

Zia se colocó a mi lado, con su báculo en las manos.

—Y ahora, ¿qué? ¿Tenemos que derrotarlo para pasar?

Me la imaginé lanzando una de sus bolas de fuego aniquiladoras de margaritas. Justo lo que nos faltaba: un chacal en llamas gimoteando y corriendo por el patio de mi padre.

—No —dijo Walt, dando un paso adelante—. Solo es un portero. Tiene que saber a qué hemos venido.

—Walt —dijo Carter—, como te equivoques...

Walt levantó las manos y se acercó al chacal poco a poco.

—Me llamo Walt Stone —dijo—. Estos son Carter y Sadie Kane, y esta es Zia...

—Rashid —le apuntó Zia.

—Tenemos asuntos que atender en la Sala del Juicio —afirmó Walt. El chacal gruñó, pero sonaba más inquisitivo y menos te-voy-a-arrancar-la-cabeza-de-un-mordisco—. Debemos prestar testimonio —continuó Walt—, información relevante en el juicio de Setne.

—Walt —susurró Carter—, ¿desde cuándo eres abogado en prácticas?

Le hice callar. Parecía que el plan de Walt daba resultado. El chacal inclinó la cabeza a un lado como si escuchara, y entonces se levantó y se perdió trotando en la oscuridad. La puerta doble de obsidiana se abrió en silencio.

—Así me gusta, Walt —dije—. ¿Cómo has...? —Me miró, y el corazón me dio un vuelco. Por un momento me pareció que era igual que... No podía ser. Estaba claro que mis emociones divididas me estaban jugado una mala pasada—. ¿Cómo has sabido qué decir?

Walt se encogió de hombros.

—Se me ha ocurrido.

Con la misma velocidad con que se habían abierto, las puertas empezaron a cerrarse.

—¡Deprisa! —exclamó Carter.

Entramos a la carrera en el juzgado de los muertos.

Al principio del semestre de otoño (mi primera experiencia en un colegio estadounidense), el profesor nos había pedido que apuntáramos la información de contacto de nuestros padres y su oficio, por si podían venir a clase a hablarnos de él. Era la primera vez que oía hablar del Día de los Oficios. Cuando entendí de qué se trataba, no pude contener la risa.

«¿Tu padre puede venir a hablaros de su trabajo?», imaginé que me preguntaba la directora.

«Supongo que sí, señora Laird —respondería—, solo que está muerto, ¿sabe? Bueno, muerto del todo, no. Viene a ser como un dios resucitado. Trabaja juzgando a los espíritus mortales, y arranca la cabeza de los que son malos para dársela de comer a su monstruo mascota. Ah, y tiene la piel azul. Estoy segura de que causará impresión el Día de los Oficios, sobre todo entre los estudiantes que de mayores quieran ser antiguos dioses egipcios.»

La Sala del Juicio había cambiado desde mi última visita. La estancia tendía a reflejar el estado de

ánimo de Osiris, por lo que muchas veces parecía una copia traslúcida del viejo apartamento que tenía mi familia en Los Ángeles, de aquellos tiempos más felices en los que vivíamos todos juntos.

Ahora, probablemente porque papá estaba de servicio, el lugar era egipcio de arriba abajo. La cámara circular estaba rodeada de columnas de piedra con tallas de flores de loto. Unos braseros de fuego mágico bañaban las paredes de luz verde y azul. En el centro de la sala estaba la balanza de la justicia, dos grandes platillos dorados en equilibrio bajo una T de hierro.

Arrodillado ante la balanza estaba el fantasma de un hombre vestido con traje de raya diplomática, recitando nervioso lo que leía en un papiro. Comprendí que estuviera tan tenso. A cada lado tenía sendos demonios reptilianos de piel verde y cabeza de cobra que blandían unas lanzas que daban miedo y, desde arriba, apuntaban a la cabeza del fantasma.

Mi padre estaba sentado al otro lado de la sala, en una tarima dorada, con un ayudante egipcio de piel azul a su lado. Mirar a mi padre en la Duat siempre me mareaba, porque lo veía como dos personas al mismo tiempo. A un nivel, tenía el mismo aspecto que cuando vivía, el de un hombre guapo y musculoso con la piel del color del chocolate, calvo y con una perilla bien cuidada. Vestía un elegante traje de seda y un abrigo largo oscuro, como si fuese un hombre de negocios a punto de embarcarse en su *jet* privado.

Sin embargo, en un nivel más profundo de la realidad, aparecía como Osiris, dios de los muertos. Su atuendo era el de un faraón, con sandalias, una faldita de lino bordada, y collares y más collares de oro y coral apoyados en su pecho desnudo. Tenía la piel del color del cielo de verano. En su regazo reposaban el cayado y el látigo, los símbolos de la monarquía egipcia.

Por muy raro que fuese ver a mi padre con piel azul y falda, me alegré tanto de volver a estar junto a él que se me fueron de la cabeza los procedimientos judiciales.

—¡Papá! —grité, corriendo en su dirección.

(Carter dice que fue una tontería por mi parte, pero, oye, era la hija del rey de aquel tribunal, ¿no? ¿Por qué no iba a poder acercarme a saludar?)

Llevaba media sala recorrida cuando los demonios serpiente cruzaron sus lanzas para cerrarme el paso.

—No hay problema —dijo papá, un poco sorprendido—. Dejadla pasar.

Me lancé a sus brazos, haciendo caer el cayado y el látigo de su regazo.

Él me abrazó con afecto, riéndose. Por un momento, volví a sentirme como una niña pequeña, a salvo entre sus brazos. Luego los estiró para mirarme y reparé en lo agotado que estaba. Tenía ojeras y el rostro demacrado. Hasta la poderosa aura de Osiris, que normalmente lo envolvía como la corona de una estrella, parpadeaba débilmente.

—Sadie, cariño —dijo con la voz forzada—. ¿Por qué has venido? Estoy trabajando.

Intenté que no me dolieran sus palabras.

—¡Pero, papá, esto es importante!

Carter, Walt y Zia se acercaron al estrado. La expresión de mi padre se ensombreció.

—Ya veo. Dejadme acabar este juicio antes. Niños, poneos aquí, a mi derecha. Y por favor, no quiero interrupciones.

El ayudante de mi padre pisoteó el suelo.

—Milord, esto es de lo más irregular.

Era un coleguita bastante raro, un hombre egipcio anciano y azul que sostenía un papiro enorme.

Demasiado sólido para ser un fantasma, demasiado azul para ser un humano, estaba casi tan decrepito como Ra y solo llevaba un taparrabos, sandalias y una peluca que no le ajustaba bien. Digo yo que esa cuña de pelo falso, negro y brillante le daría un aspecto viril en el antiguo Egipto, pero, añadiéndole el lápiz de ojos de kohl y el carmín de sus mejillas, el abuelete parecía un grotesco imitador de Cleopatra.

El rollo de papiro que sostenía era simplemente gigante. Años atrás, había estado en una sinagoga con mi amiga Liz, y la Torá que tenían allí era minúscula en comparación.

—Está bien, Perturbador —le dijo mi padre—. Ya podemos continuar.

—Pero milord... —El anciano (¿de verdad se llamaba Perturbador?) estaba tan exaltado que perdió el control de su papiro. La parte de abajo se le resbaló, empezó a desenrollarse y rebotó en los escalones como una alfombra de papiro.

—¡Oh, qué contrariedad! —Perturbador se afanó en enrollar su documento.

Mi padre reprimió una sonrisa. Giró la cabeza hacia el fantasma del traje, que seguía arrodillado ante la balanza.

—Mis disculpas, Robert Windham. Puedes concluir tu alegato.

El fantasma hizo una reverencia y tartamudeó:

—Sí, lo-lord Osiris.

Echó un vistazo a sus notas y empezó a enumerar los crímenes de los que no era culpable: asesinato, robo y estafa en la venta de ganado.

Me volví hacia Walt y dije con un susurro:

—Es un tío actual, ¿no? ¿Qué hace en el tribunal de Osiris?

Me preocupó un poco que, de nuevo, Walt conociese la respuesta.

—Cada alma ve el más allá de una manera distinta —dijo—, dependiendo de lo que crea. A ese de ahí, Egipto debió de impresionarle mucho. A lo mejor leyó las historias de pequeño.

—¿Y si alguien no cree en ningún más allá? —pregunté.

Walt me miró con tristeza.

—Entonces eso es lo que experimentan.

Desde el otro extremo de la tarima, el dios azul Perturbador nos chistó para que callásemos. ¿Cómo es que siempre que un adulto intenta hacer callar a los jóvenes acaba armando más escándalo que el que pretende impedir?

El fantasma de Robert Windham ya llegaba al final de su alegato.

—No he dado falso testimonio contra mis vecinos. Ay, perdón, esta última línea no la entiendo...

—¡Peces! —aulló Perturbador, contrariado—. ¿Has robado algún pez de los lagos sagrados?

—Vivía en Kansas —dijo el fantasma—, así que... no.

Mi padre se levantó de su trono.

—Muy bien. Que su corazón sea pesado.

Uno de los demonios serpiente sacó un paquete envuelto en lino, del tamaño de la mano de un niño.

A mi lado, Carter inspiró bruscamente.

—¿Ahí dentro cabe su corazón?

—¡Chist! —dijo Perturbador, tan alto que casi se le cayó la peluca—. ¡Que pase la Destructora de Almas!

En el fondo de la sala se abrió una portezuela. Ammit entró corriendo con emoción en la estancia. El

pobrecito no se coordinaba muy bien. Su pecho y sus patas delanteras de león en miniatura eran elegantes y ágiles, pero la parte trasera era el regordete y mucho menos ágil culo de un hipopótamo. No dejaba de resbalar de lado, topaba contra las columnas y derribaba los braseros a su paso. Cada vez que se estrellaba, sacudía su melena de león y su hocico de cocodrilo antes de dar un ladrido agudo y feliz, pobrecito mío.

(Carter está riñéndome, como siempre. Dice que Ammit es hembra. Reconozco que no puedo afirmarlo ni negarlo, pero siempre he pensado en Ammit como en un monstruo varón. Demasiado hiperactivo para no serlo, y esa forma de marcar el territorio... pero en fin, da lo mismo.)

—¿Cómo está mi bebé? —grité, sin saber muy bien lo que hacía—. ¿Cómo está mi perrito bonito?

Ammit correteó hacia mí y saltó a mis brazos para frotar su áspero hocico contra mi cara.

—¡Milord Osiris! —Perturbador volvió a perder la parte de abajo de su papiro, que se le desenrolló en las piernas—. ¡Esto es un escándalo!

—Sadie —dijo mi padre con firmeza—, por favor, no te refieras a la Devoradora de Almas como «mi perrito bonito».

—Perdón —musité, dejando a Ammit en el suelo.

Un demonio serpiente depositó el corazón de Robert Windham en la balanza de la justicia. Había visto muchas ilustraciones de Anubis llevando a cabo esa tarea, y deseé que estuviera allí. Anubis sería mucho más interesante de mirar que un demonio serpiente cualquiera.

En el otro platillo apareció la Pluma de la Verdad. (No me hagáis hablar de la Pluma de la Verdad.)

La balanza osciló. Los dos platillos se detuvieron prácticamente a la misma altura. El fantasma trajeado suspiró de alivio. Ammit gimoteó por la desilusión.

—Impresionante —dijo mi padre—. Robert Windham, este tribunal te encuentra suficientemente virtuoso, a pesar de que eras inversor bancario.

—¡Sí! ¡Vivan las donaciones a la Cruz Roja! —vociferó el fantasma.

—Ya, bueno —dijo mi padre en tono seco—. Puedes pasar a la ultratumba.

Se abrió una puerta a la izquierda del estrado. Los demonios serpiente ayudaron a levantarse a Robert Windham.

—¡Gracias! —exclamó mientras los demonios se lo llevaban—. Y si alguna vez necesitáis consejos financieros, lord Osiris, yo aún confío en la rentabilidad a largo plazo de las opciones...

La puerta se cerró tras él.

Perturbador bufó, indignado.

—Qué hombre tan desagradable.

Mi padre se encogió de hombros.

—Un alma moderna que apreciaba las antiguas tradiciones egipcias. No podía ser malo del todo. —Papá se giró hacia nosotros—. Niños, este es Perturbador, uno de mis asesores y dios del juicio.

—¿Perdón? —Fingí haberlo oído mal—. ¿Dices que está perturbado?

—¡Me llamo Perturbador! —gritó el dios con furia—. ¡Yo juzgo a los que son culpables de perder los estribos!

—Sí. —Pese al cansancio de mi padre, sus ojos brillaban de diversión—. Ese era el deber tradicional de Perturbador, aunque, ahora que es mi último secretario, me ayuda en todos los casos. Veréis, antes había cuarenta y dos dioses del juicio para los distintos delitos, pero...

—¿Como Pie Caliente y Abrazafuegos? —dijo Zia.

Perturbador ahogó un grito.

—¿Cómo es que sabes de ellos?

—Los hemos visto —dijo Zia—, en la Cuarta Casa de la Noche.

—Habéis... visto... —Perturbador casi soltó del todo su papiro—. ¡Lord Osiris, debemos rescatarlos de inmediato! Mis hermanos...

—Ya lo hablaremos —prometió mi padre—. Antes, quiero saber qué han venido a hacer mis hijos a la Duat.

Nos turnamos para explicárselo: los magos rebeldes y su alianza secreta con Apofis, el ataque inminente al Nomo Primero y nuestra esperanza de hallar un nuevo tipo de hechizo de execración que pudiera detener a Apofis para siempre.

Algunas de las noticias que traíamos sorprendieron e inquietaron a nuestro padre, como el hecho de que muchos magos hubieran desertado del Nomo Primero, dejándolo tan mal defendido que habíamos tenido que enviar a nuestros aprendices de la Casa de Brooklyn a echar una mano, o que Amos estuviera flirteando con los poderes de Set.

—No —dijo mi padre—. ¡No puede hacerlo! ¡Y que esos magos le hayan abandonado no tiene excusa! La Casa de la Vida debe cerrar filas con el lector jefe. —Hizo ademán de levantarse—. Debería ir con mi hermano...

—Milord —dijo Perturbador—, ahora ya no sois un mago. Sois Osiris.

Papá hizo una mueca, pero se dejó caer en el trono.

—Sí, sí, por supuesto. Por favor, niños, continuad.

Algunas de las noticias que le dimos ya las conocía. Sus hombros se vinieron abajo cuando mencionamos que los espíritus de los muertos estaban desapareciendo y le contamos la visión de nuestra madre, perdida en algún lugar de la Duat y resistiéndose a que la arrastrara una fuerza oscura que, Carter y yo estábamos seguros, era la sombra de Apofis.

—He buscado a vuestra madre por todas partes —dijo mi padre, abatido—. Esa fuerza que se lleva a los espíritus..., sea la sombra de la Serpiente o sea otra cosa, no puedo impedirselo. Ni siquiera sé dónde está. Vuestra madre...

Su expresión se volvió quebradiza como el hielo. Entendí lo que sentía. Mi padre había vivido durante años sintiéndose culpable por no haber podido evitar que muriese mamá y, ahora que volvía a correr peligro, y pese a ser el señor de los muertos, se veía impotente para salvarla.

—La encontraremos —le aseguré—. Todo esto está relacionado, papá. Tenemos un plan.

Carter y yo le explicamos el asunto de la *sheut* y cómo podía aprovecharse para pronunciar un hechizo de execración tamaño XXL.

Mi padre enderezó la espalda. Sus ojos se entrecerraron.

—¿Eso os lo ha dicho Anubis? ¿Ha revelado la naturaleza de la *sheut* a un mortal?

Su aura azulada titiló peligrosamente. Nunca me había dado miedo mi padre, pero reconozco que di un paso atrás.

—Bueno... no fue todo cosa de Anubis.

—Tot nos ha echado una mano —dijo Carter—. Y también hemos deducido una parte nosotros solos...

—¡Tot! —escupió mi padre—. Ese conocimiento es peligroso, niños. Peligroso con diferencia. No permitiré que os...

—¡Papá! —grité. Creo que le pillé desprevenido, pero al final se me había agotado la paciencia. Estaba harta de que los dioses me dijeran lo que no debía o no podía hacer—. La sombra de Apofis es lo que se está llevando las almas de los muertos. ¡Tiene que serlo! Se alimenta de ellos y va ganando fuerza mientras Apofis prepara su alzamiento. —La verdad es que no traía esa idea procesada de antes, pero, mientras la pronunciaba en voz alta, me sonó a auténtica. Horrible pero auténtica—. Tenemos que encontrar la sombra y capturarla —insistí—. Así, podremos usarla para desterrar a la Serpiente. Es nuestra única posibilidad... a no ser que quieras que usemos una execración de las de toda la vida. Ya tenemos la estatuilla preparada y todo, ¿a que sí, Carter?

Carter dio una palmadita a su mochila.

—El hechizo nos matará —dijo—, y lo más seguro es que falle. Pero si no nos queda más remedio...

Zia estaba horrorizada.

—¡Carter, no me lo habías contado! ¿Habéis creado una estatua de... él? ¿Os sacrificaríais para...?

—No —sentenció nuestro padre. Toda su rabia le abandonó. Se echó hacia delante y se cubrió la cara con las manos—. No, tienes razón, Sadie. Una probabilidad pequeña es mejor que ninguna. Es que no podría soportarlo si... —Se enderezó y respiró hondo, tratando de recuperar la compostura—. ¿Cómo puedo ayudaros? Supongo que estáis aquí por alguna razón, pero estáis pidiéndome una magia que no poseo.

—Ya, bueno —dije yo—, ahora es cuando se complica la cosa.

Antes de que pudiera seguir hablando, el sonido de un gong retumbó por toda la sala. Las puertas principales empezaron a abrirse lentamente.

—Milord —dijo Perturbador—, empieza el siguiente juicio.

—¡Ahora no! —le ladró mi padre—. ¿No puede retrasarse?

—No, milord. —El dios azul habló en voz baja—: Es el juicio de *él*. Ya sabe...

—Oh, por las doce puertas de la noche —maldijo papá—. Niños, este juicio es muy serio.

—Sí —dije—. De hecho, de eso...

—Hablares después —me interrumpió—. Y por favor, por lo que más queráis, no habléis con el acusado ni crucéis la mirada con él. Este espíritu es particularmente...

El gong volvió a tañer. Una compañía de demonios entró con paso marcial, rodeando al acusado. No tuve que preguntar quién era.

Setne había llegado.

Los guardias asustaban lo suyo. Eran seis guerreros de piel roja con hojas de guillotina por cabezas.

Pero, incluso sin los guardias, era evidente que Setne era un tipo peligroso por todas las precauciones mágicas que se habían tomado. Unos jeroglíficos brillantes trazaban espirales a su alrededor, como los anillos de Saturno; eran símbolos antimágicos como «contener», «amortiguar», «quietud», «cierra el pico», «impotencia» y «ni se te ocurra».

Las muñecas de Setne estaban atadas con tiras rosadas de tela. Otras franjas de color rosa le ceñían la cintura. Llevaba otra de ellas prieta sobre el cuello, y dos más conectando sus tobillos, de modo que caminaba un poco como un pato. Para quien no supiese del tema, las cintas rosadas podían hacer pensar en el juego de prisiones de Hello Kitty, pero yo sabía por experiencia propia que estaban entre las

ligaduras mágicas más poderosas del mundo.

—Las Siete Cintas de Hathor —susurró Walt—. Ojalá pudiera hacerme unas.

—Yo tengo —cuchicheó Zia—, pero el tiempo de recarga es muy, muy exagerado. Las mías no volverán a funcionar hasta diciembre.

Walt la miró con admiración.

Los demonios guillotina se situaron en formación a los dos lados del acusado.

El propio Setne no parecía problemático, o al menos no hasta el punto de merecer tantas medidas de seguridad. Era bastante bajito, no bajito en plan Bes, ojo, pero sí un hombre muy menudo. Tenía los brazos y las piernas esqueléticos. Su tórax era como un xilófono de costillas. Sin embargo, mantenía la cabeza bien alta y sonreía confiado, como si poseyera el mundo..., gesto que no puede ser fácil de hacer si solo llevas puesto un taparrabos y unas cintas de color rosa.

Sin duda, era la misma cara que había visto en la pared del museo de Dallas, y luego otra vez en el Salón de las Eras. Era el sacerdote que estaba sacrificando a aquel toro, en la visión luminosa del Imperio Nuevo.

Tenía la misma nariz aguileña, los párpados casi cerrados y los labios finos y crueles. La mayoría de los sacerdotes antiguos eran calvos, pero Setne tenía un pelo oscuro y denso, engominado hacia atrás como los tipos duros de los años cincuenta. Si le hubiera visto en Piccadilly Circus (con más ropa, a ser posible), no me habría acercado, temiendo que estuviese repartiendo octavillas o intentando vender entradas falsas para algún espectáculo del West End. ¿Sórdido y molesto? Sí. ¿Peligroso? Pues no tanto.

Los demonios guillotina le obligaron a ponerse de rodillas. A Setne pareció hacerle gracia. Sus ojos recorrieron la sala, tomando nota de todos nosotros. Intenté no establecer contacto visual, pero era difícil. Setne me reconoció y me guiñó un ojo. Tuve la clara impresión de que estaba interpretando mi batiburrillo de emociones con bastante precisión, y que lo encontraba divertido.

Inclinó la cabeza en dirección al trono.

—Lord Osiris, ¿todo este despliegue es por mí? No deberíais haberos molestado.

Mi padre no respondió. Con expresión adusta, hizo un gesto a Perturbador, que pasó su papiro adelante y atrás hasta que encontró la parte correcta.

—Setne, también conocido como príncipe Jaemuaset...

—Uau. —Setne me sonrió, y tuve que contenerme para no devolverle la sonrisa—. Ese nombre sí que hacía tiempo que no lo oía. ¡Eso es historia antigua, ahí mismo!

Perturbador soltó un bufido.

—¡Estás acusado de crímenes abyectos! ¡Has blasfemado contra los dioses en cuatro mil noventa y dos ocasiones!

—Noventa y una —le corrigió Setne—. Ese juego de palabras acerca de lord Horus fue solo un malentendido. —Guiñó el ojo a Carter—. ¿O no, amiguete?

¿Cómo diablos sabía lo de Carter y Horus? Perturbador siguió leyendo su papiro.

—Has empleado la magia para propósitos malvados, incluyendo veintitrés asesinatos...

—¡En defensa propia! —Setne intentó separar las manos, pero las cintas se lo impedían.

—... incluyendo un incidente en el que te pagaron por matar mediante la magia —dijo Perturbador.

Setne se encogió de hombros.

—Eso fue en defensa propia de mi cliente.

—Tramaste conspiraciones contra tres faraones distintos —siguió diciendo Perturbador—. Intentaste derrocar la Casa de la Vida en seis ocasiones. Y, lo más grave de todo, profanaste las tumbas de los muertos para robar libros de magia.

Setne rió, confiado. Me lanzó una mirada rápida, como diciendo: «¿Este tío no te parece increíble?».

—Mira, Perturbador —dijo—. Te llamabas así, ¿verdad? Un dios del juicio tan guapo y listo como tú seguro que trabaja demasiado y nadie se lo reconoce. De verdad, me sabe mal que te hagan perder el tiempo con esto. Seguro que tienes mejores cosas que hacer que hurgar en mi historia antigua. Además, de todos esos cargos ya respondí en mis anteriores procesos.

—Oh. —Perturbador parecía confundido. Se ajustó la peluca con aire avergonzado y se inclinó hacia mi padre—. Entonces, ¿deberíamos liberarle, milord?

—No, Perturbador. —Mi padre echó la espalda hacia delante—. El prisionero está utilizando las Palabras Divinas para influir en tu mente, malversando la magia más sagrada de la Maat. Incluso atado es peligroso.

Setne se examinó las uñas.

—Lord Osiris, me siento halagado, pero, sinceramente, estas acusaciones...

—¡Silencio!

Papá extendió la mano hacia el preso. El remolino de jeroglíficos ganó brillo a su alrededor. Las Cintas de Hathor se tensaron.

Setne empezó a asfixiarse. Su expresión de superioridad se vino abajo, reemplazada por el odio más absoluto. Pude sentir su furia. El fantasma quería matar a mi padre, matarnos a todos.

—¡Papá! —grité—. ¡No, por favor!

Mi padre me lanzó una mirada severa, claramente molesto por la interrupción. Chasqueó los dedos y las ligaduras de Setne se destensaron. El mago fantasma tosió y se dolió.

—Jaemuset, hijo de Ramsés —dijo mi padre con voz tranquila—, has recibido la sentencia de destrucción más de una vez. En la primera ocasión pudiste litigar para conmutarla, ofreciéndote a servir al faraón con tu magia...

—Sí —graznó Setne. Trató de recuperar su postura digna, pero la sonrisa le salió torcida por el dolor—. Soy mano de obra cualificada, milord. Sería un delito destruirme.

—Pero escapaste cuando te trasladaban —dijo mi padre—. Mataste a los guardias y pasaste los siguientes trescientos años sembrando el caos por todo Egipto.

Setne levantó los hombros.

—Tampoco fui tan, tan malo. Solo estaba divirtiéndome un poquito.

—Fuiste capturado y condenado de nuevo —siguió diciendo mi padre—, otras tres veces. En cada una de ellas, empleaste tu labia para acabar en libertad. Y desde que los dioses se ausentaron del mundo, has estado desmadrado, haciendo lo que te ha dado la gana, cometiendo delitos y aterrorizando a los mortales.

—Milord, no sois justo —protestó Setne—. Antes que nada, echaba de menos a los dioses como vos. De verdad, los milenios en los que no estaban fueron un auténtico peñazo. ¡Y en cuanto a eso que llamáis delitos, bueno, hay quien diría que la Revolución francesa fue una fiesta de primera! Al menos, yo me lo pasé muy bien. ¿Y el archiduque Fernando? ¡Qué hombre más soporífero! Si le hubierais conocido, vos también le habríais asesinado.

—¡Basta! —exclamó papá—. Se acabó. Ahora yo soy el anfitrión de Osiris, y no toleraré la existencia de un villano como tú, ni siquiera en forma de espíritu. Esta vez, se te acabaron los trucos.

Ammit ladró con emoción. Los guardias guillotina hicieron bajar y subir sus filos, como si aplaudiesen. Perturbador gritó:

—¡Eso, eso!

Y lo que hizo Setne... fue echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada.

Mi padre se quedó perplejo, y luego enfurecido. Alzó el brazo para tensar las Cintas de Hathor, pero Setne dijo:

—Esperad, milord. Es que resulta que no se me han acabado los trucos. Preguntad a vuestros hijos. Preguntad a sus amigos. Esos chicos necesitan que les ayude.

—No mientas más —gruñó mi padre—. Tu corazón será pesado, de nuevo, y Ammit devorará...

—¡Papá! —chillé—. ¡Tiene razón! Es verdad que le necesitamos.

Mi padre se giró hacia mí. Prácticamente pude ver el pesar y la rabia que le invadían. Había vuelto a perder a su esposa. No podía acudir en apoyo de su hermano. La batalla del fin del mundo estaba a punto de estallar, y sus hijos lucharían en primera línea. Mi padre tenía la necesidad de hacer justicia con aquel mago fantasma. Le hacía falta sentir que podía hacer algo bien.

—Papá, por favor, escúchame —dije—. Ya sé que es peligroso, y que esto no va a gustarte nada. Pero hemos venido aquí por Setne. Lo que te hemos contado antes de nuestros planes... Setne tiene la información que necesitamos.

—Sadie tiene razón —dijo Carter—. Por favor, papá. Nos has preguntado cómo podías ayudarnos. Deja a Setne en nuestra custodia. Es la clave para derrotar a Apofis.

Al sonar ese nombre, un viento gélido recorrió la sala del tribunal. Los braseros chisporrotearon. Ammit gimió y se tapó el hocico con las garras. Hasta los demonios guillotina se revolviéron, intranquilos.

—No —dijo mi padre—. Bajo ningún concepto. Setne está influyendo en vosotros con su magia. Es un siervo del caos.

—Milord —dijo Setne en un tono que de pronto era suave y respetuoso—. Seré muchas cosas, pero ¿siervo de la Serpiente? Nunca. No deseo ver el mundo destruido. No me beneficiaría en nada. Escuchad a la chica. Dejadle que os explique su estrategia.

Las palabras se abrieron paso por mi mente. Caí en la cuenta de que Setne estaba haciendo magia, ordenándome que hablara. Amasé fuerzas para resistirme pero, por desgracia, Setne me incitaba a hacer una cosa que me encanta: hablar. Salió todo como un torrente: nuestros intentos de salvar el *Libro de derrotar a Apofis* en Dallas, mi conversación con Setne en el museo, la caja de sombra que habíamos encontrado y nos había dado la idea de utilizar la *sheut*. Le conté nuestras esperanzas de revivir a Bes y destruir a Apofis.

—Es imposible —dijo papá—. Y aunque no lo fuera, no podemos confiar en Setne. Jamás lo liberaría, y mucho menos para dejarlo con mis hijos. ¡Os mataría en un abrir y cerrar de ojos!

—Papá —dijo Carter—, ya no somos niños. Podemos hacerlo.

La agonía en el rostro de mi padre se me hizo insoportable. Contuve las lágrimas y me acerqué al trono.

—Papá, sé que nos quieres. —Le cogí la mano—. Sé que lo haces para protegernos, pero tú lo

arriesgaste todo para darnos la oportunidad de salvar el mundo. Es el momento de que lo hagamos. Esta es la única manera.

—Tiene razón. —Setne se las apañó para sonar pesaroso, como si le apenara salir de aquel juicio con un aplazamiento—. Además, milord, no queda otro remedio si queremos salvar los espíritus de los muertos antes de que la sombra de Apofis los destruya a todos... incluyendo a vuestra esposa.

La cara de mi padre pasó del azul cielo al añil oscuro. Atenazó el trono como si quisiera arrancarle los brazos.

Pensé que Setne se había pasado.

Entonces las manos de papá se relajaron. La furia de su mirada dejó paso a la desesperación y el ansia.

—Guardias —dijo—, entregad al recluso la Pluma de la Verdad. La sostendrá mientras da sus explicaciones. Si miente, perecerá devorado por las llamas.

Uno de los demonios guillotina recogió la pluma del platillo de la balanza. Setne no parecía preocupado cuando le metieron en las manos la pluma brillante.

—¡Muy bien! —empezó Setne—. Vuestros chavales están en lo cierto. Yo creé un conjuro de execración de sombra. En teoría, podía emplearse para destruir a un dios, incluso a Apofis. Nunca lo probé. Es una pena, pero solo puede lanzarlo un mago vivo. Morí antes de poder ponerlo en práctica. No es que quisiera matar a los dioses, milord. Mi objetivo era hacerles chantaje para que cumplieran mi voluntad.

—Chantajear... a los dioses —masculló papá.

Setne puso una sonrisita de culpabilidad.

—Eso fue en mi alocada juventud. De todos modos, apunté la fórmula en varias copias del *Libro de derrotar a Apofis*.

Walt bufó.

—Que ahora están destruidas.

—Cierto —dijo Setne—, pero mis anotaciones originales deben de estar aún en los márgenes del *Libro de Tot* que... que yo robé. ¿Lo veis? Soy sincero. Os garantizo que ni siquiera Apofis ha podido encontrar ese libro. Lo escondí a conciencia. Puedo mostraros dónde está. En el libro se explica cómo hallar la sombra de Apofis, cómo apresarla y cómo lanzar la execración.

—¿No puedes decírnoslo tú y ya está? —preguntó Carter.

Setne hizo un mohín.

—Joven amo, no sabéis lo que me encantaría. Pero no tengo memorizado el libro entero. Y desde que escribí ese hechizo han pasado milenios. Si os dijera una sola palabra incorrecta para el encantamiento, en fin... no nos interesa que haya errores, dejémoslo ahí. Pero puedo guiaros hasta el libro. Cuando lo tengamos...

—¿Tengamos? —le interrumpió Zia—. ¿Por qué no puedes limitarte a indicarnos cómo encontrar el libro? ¿Para qué hace falta que vengas?

El fantasma le dedicó una amplia sonrisa.

—Porque yo soy el único que puede recuperarlo, muñeca. Trampas, maldiciones... ya sabes. Además, tendré que ayudaros a descifrar las notas. ¡El hechizo es complicado! Pero no temáis. Con no quitarme las Cintas de Hathor, suficiente. Te llamabas Zia, ¿verdad? Ya tienes experiencia con ellas.

—¿Cómo sabes tú...?

—Si os causo algún problema —siguió diciendo Setne—, podéis atarme bien fuerte, como un regalo del día de la cosecha. Pero no intentaré escapar, al menos no hasta que recuperemos el *Libro de Tot* y luego lleguéis sanos y salvos a la sombra de Apofis. Nadie conoce los niveles más profundos de la Duat tan bien como yo. Soy el mejor guía que podríais desear.

La Pluma de la Verdad no reaccionó. Setne no estalló en llamas, de modo que supuse que no mentía.

—Nosotros somos cuatro —dijo Carter—, y él solo uno.

—Pero la última vez mató a sus guardias —señaló Walt.

—Pues iremos con mucho cuidado —dijo Carter—. Entre todos deberíamos poder vigilarlo bien.

Setne hizo una mueca.

—Ya, pero es que... verás, Sadie tiene una pequeña tarea secundaria, ¿verdad? Tiene que buscar la sombra de Bes. Y, en realidad, es buena idea.

Parpadeé.

—Ah, ¿sí?

—Sin duda, muñeca —dijo Setne—. No tenemos mucho tiempo. O para ser más exactos, vuestro amigo Walt, aquí presente, no tiene mucho tiempo.

Quise matar a ese fantasma, pero ya estaba muerto. De pronto odiaba aquella sonrisa altiva.

Hice rechinar los dientes.

—Sigue.

—Walt Stone..., lo siento, amigo, pero no vivirás lo suficiente para coger el *Libro de Tot*, viajar hasta la sombra de Apofis y lanzar el hechizo. No te queda bastante tiempo, así de sencillo. Pero llegar a la sombra de Bes... no debería costar tanto. Será una buena prueba para la magia. Si funciona, ¡estupendo! Si no..., en fin, solo habremos perdido a un dios enano. —Ahí tuve ganas de pisotearle la cara, pero pidió paciencia con un gesto—. Estaba pensando en que nos separásemos. Carter y Zia, vosotros dos venís conmigo para recoger el *Libro de Tot*. Mientras tanto, Sadie lleva a Walt a las ruinas de Sais para encontrar la sombra del enano. Puedo anotaros unos consejos para capturarla, pero el hechizo es solo una teoría. En la práctica, os hará falta la habilidad de Walt con los amuletos para saliros con la vuestra. Tendrá que improvisar si algo sale mal. En el caso de que Walt lo logre, Sadie sabrá la forma de atrapar una sombra. Si Walt muere al hacerlo (lo siento, pero es muy posible que un hechizo así acabe con él), Sadie puede reunirse con nosotros en la Duat para dar caza a la sombra de la Serpiente. ¡Todos ganan!

No sabía si echarme a llorar o liarme a gritos. Solo mantuve la compostura porque intuí que a Setne le divertiría muchísimo cualquier reacción.

Se encaró a mi padre.

—¿Vos qué decís, lord Osiris? ¡Es la ocasión de rescatar a vuestra esposa, derrotar a Apofis, restaurar el alma de Bes y salvar el mundo! Lo único que pido a cambio es que, a mi regreso, el tribunal tenga en cuenta estas buenas obras a la hora de dictar sentencia. ¡Más justo no se puede ser!

La sala quedó en silencio excepto por el crepitar de las llamas en los braseros.

Perturbador fue el primero que agitó la cabeza y salió del trance.

—Milord, ¿vuestro veredicto?

Papá me miró. Se le notaba que aborrecía el plan. Pero Setne le había tentado con algo que no podía

pasar por alto: la oportunidad de salvar a mamá. El mezquino fantasma me había prometido a mí un último día a solas con Walt, que deseaba más que nada en el mundo, y también una esperanza para Bes, que se le acercaba mucho. Había juntado a Carter y a Zia, y había añadido la posibilidad de salvar el mundo.

Había tendido anzuelos para todos nosotros, y nos había izado a su barco como si fuésemos peces de algún lago sagrado. Pero, a pesar de saber que nos la estaba jugando, no podía encontrar motivos para negarme.

—Tenemos que hacerlo, papá.

Él hundió la cabeza.

—Sí, así es. Que la Maat nos proteja a todos.

—¡Venga, será divertido! —exclamó Setne con alborozo—. ¿Vamos tirando, pues? ¡El apocalipsis no va a esperarnos!

11. ¡Hapi, Hapi, hurra!

CARTER

Típico.

Sadie y Walt se van por ahí a buscar una sombra amistosa, y a Zia y a mí nos toca acompañar a un fantasma psicópata asesino hasta su arsenal de magia prohibida, defendido por poderosas trampas. Vaya, vaya, ¿quién salió mejor parado con ese trato?

La reina egipcia salió despedida del inframundo y cayó en el Nilo como una ballena después de un salto. Su rueda de palas sacó espuma al remover el agua azul. Sus chimeneas expulsaron humo dorado al aire del desierto. En contraste con la penumbra de la Duat, la luz del sol era cegadora. Cuando mis ojos se adaptaron, vi que traqueteábamos corriente abajo, hacia el norte, de modo que teníamos que haber emergido en algún lugar al sur de Menfis.

En las dos márgenes, la ribera pantanosa y salpicada de palmeras se extendía hasta perderse en una neblina húmeda. Aquí y allá se divisaban algunas casas solitarias. Una camioneta destartalada bajaba por la carretera paralela al río. Adelantamos un bote de vela que teníamos a babor. Nadie se percató de nuestra presencia.

Yo no estaba muy seguro de dónde estábamos exactamente. Aquel podría ser cualquier tramo del Nilo. Pero, según la posición del sol, ya pasaba de media mañana. Habíamos cenado y dormido en los dominios de mi padre, temiéndonos que no pudiéramos pegar ojo con Setne bajo nuestra custodia. No me notaba muy descansado, pero estaba claro que habíamos pasado más tiempo allá abajo del que creía. El día se nos escurría entre los dedos. Al siguiente amanecer, los rebeldes atacarían el Nomo Primero y Apofis se alzaría.

Zia estaba de pie a mi lado en la proa. Se había duchado y llevaba una muda limpia de ropa de combate: top de camuflaje y pantalones verdes militares metidos por dentro de las botas. Puede que no suene muy seductor, pero bajo el sol de la mañana estaba preciosa. Y lo mejor de todo es que la tenía allí en carne y hueso; no estaba viendo un reflejo en mi cuenco de adivinación ni hablando con un *shabti*. Cuando el viento giraba, me llegaba el aroma de su champú de limón. Apoyados en la borda, nuestros antebrazos se tocaban, pero no parecía molestarle. Su piel despedía un calor febril.

—¿En qué piensas? —pregunté.

Le costó concentrarse en mí. De cerca, las motas verdes y negras de sus ojos de color ámbar hipnotizaban un poco.

—Pensaba en Ra —dijo—. Me preguntaba quién cuidará hoy de él.

—Seguro que está bien.

Pero sentí una leve decepción. Yo, por mi parte, estaba pensando en el momento en que Zia me había cogido de la mano la noche anterior en el comedor: «A veces, hay que hacer caso al corazón». Aquel podía ser nuestro último día sobre la Tierra. Y, por si lo era, debería revelar a Zia lo que sentía por ella. O sea, a ver, supuse que ya estaría al tanto, pero no lo sabía seguro del todo, así que... Ah, tío. Qué dolor de cabeza.

Empecé a decir:

—Zia...

Setne se materializó justo a nuestro lado.

—¡Mucho mejor!

A plena luz del día casi parecía de carne y hueso, pero, cuando giró sobre sí mismo para lucir su ropa nueva, la cara y las manos parpadearon como si fueran hologramas. Le había dado permiso para ponerse algo que no fuera un taparrabos. De hecho, había insistido. Pero no me esperaba un disfraz tan alucinante.

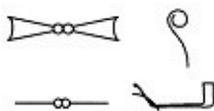
Puede que pretendiera hacer honor al mote que le había puesto Sadie, «tío Vinnie». Llevaba una americana negra con hombreras, una camiseta roja de manga corta por debajo, vaqueros nuevos y unas zapatillas de deporte tan blancas que hacían daño a la vista. Su cuello estaba rodeado por una cadena de anillos de oro entrelazados. En los dos dedos meñiques tenía anillos del tamaño de bolas de caramelo, con el símbolo del poder —*was*— engarzado en diamantes. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, con más gomina que la noche anterior (que ya es decir) y se había hecho la raya de los ojos con kohl. En conjunto, tenía toda la pinta de un mafioso del antiguo Egipto.

Entonces me fijé en que a su atuendo le faltaba algo. No se veían por ningún lado las Cintas de Hathor.

Reconozco que me entró el pánico. Berreé la orden que me había enseñado Zia:

—*Tas!*

El símbolo de «atar» ardió frente a la cara de Setne:



Las Cintas de Hathor reaparecieron en torno a su cuello, muñecas, tobillos, pecho y cintura. Se expandieron con agresividad, envolviendo a Setne en un tornado rosa hasta tenerlo comprimido como una momia, sin que se viera nada de él salvo los ojos.

—¡Hum! —se quejó.

Tragué una bocanada de aire. Luego chasqué los dedos. Las ligaduras volvieron a menguar hasta su tamaño normal.

—¿A qué ha venido eso? —protestó Setne.

—No veía las cintas.

—No veías las... —Setne se echó a reír—. Carter, Carter, Carter. Venga, amiguete. Solo era una ilusión, un cambio cosmético. No puedo librarme de estas cosas, de verdad. —Me enseñó las muñecas. Las cintas se esfumaron y enseguida reaparecieron—. ¿Lo ves? Solo las tengo ocultas, porque el rosa no me combina con la ropa.

Zia soltó un bufido.

—Con esa ropa no hay nada que combine.

Setne le lanzó una mirada de irritación.

—No hace falta insultar, muñeca. Y tú relájate, ¿vale? Ya has visto lo que pasa: una sola palabra tuya y me tienes bien atado. No hay problema.

Su tono sonaba de lo más sensato. Setne no iba a complicarnos la vida, sino a colaborar con nosotros. Podíamos bajar la guardia.

En el fondo de mi cerebro, la voz de Horus dijo: *Cuidado*.

Puse mi mente en alerta. De pronto, distinguí unos jeroglíficos que flotaban a mi alrededor. Eran

como volutas de humo traslúcidas. Los forcé a desaparecer y chisporrotearon como mosquitos en una trampa eléctrica.

—Basta ya de palabras mágicas, Setne. Me relajaré cuando acabemos con este asunto y tú vuelvas a ser prisionero de mi padre. Dime, ¿adónde vamos?

La sorpresa recorrió por un instante los rasgos de Setne. La ocultó con una sonrisa.

—Claro, como quieras. Me alegro de que te funcione bien esa magia de la senda de los dioses. ¿Qué tal va todo por ahí dentro, Horus?

Zia, impaciente, le dijo con malos modos:

—Responde a la pregunta, gusano, antes de que te borre esa sonrisa de una llamarada.

Extendió el brazo. Sus dedos estaban envueltos en llamas.

—¡Eh, eh, Zia! —exclamé.

La había visto furiosa antes, pero la táctica de borrar sonrisas a llamaradas parecía un poco extrema hasta para ella.

Setne no dio signos de preocupación. Sacó un extraño peine blanco de su americana (¿eso eran huesos de dedo humanos?) y se lo pasó por el pelo pringoso.

—Pobre Zia —dijo—. El viejo te empieza a afectar, ¿eh? ¿Ya has tenido algún problema con el... ejem... control de temperatura? He visto a otros que estaban en tu situación sufrir una combustión espontánea. No es nada bonito.

A todas luces, sus palabras inquietaron a Zia, que le miró con odio puro en los ojos, pero cerró la mano y extinguió las llamas.

—Maldito, vil y despreciable...

—Tranquila, muñeca —dijo Setne—. Te lo digo porque me preocupa. En cuanto a nuestro destino... vamos al sur de El Cairo, a las ruinas de Menfis.

Me pregunté qué habría querido decir Setne acerca de Zia. Decidí que no era buen momento para indagar en el asunto. No quería ver acercarse los dedos llameantes de Zia a mi cara.

Traté de recordar lo que sabía de Menfis. Había sido una de las viejas capitales de Egipto, aunque llevaba siglos destruida. La mayoría de sus restos estaban enterrados bajo la moderna ciudad de El Cairo, aunque algunos estaban dispersos hacia el sur, en el desierto. Seguro que mi padre me había llevado a alguna que otra excavación en la zona, pero no la recordaba con claridad. Después de unos años, las excavaciones se te confunden unas con otras.

—¿Adónde, exactamente? —pregunté con firmeza—. Menfis era un sitio muy grande.

Setne enarcó las cejas.

—Ahí le has dado. Ah, qué buenos ratos pasé en el callejón de las Apuestas... en fin. Cuanto menos sepas, amiguete, mejor para ti. No nos interesa que nuestro viperino amigo caótico te extraiga información de la mente, ¿verdad? Por cierto, ya que hablamos del tema, es un milagro que la Serpiente no esté al tanto de vuestros planes y haya enviado a algún monstruo de los duros a deteneros. Deberíais entrenar vuestras defensas mentales, en serio. Está chupado leer los pensamientos. Por ejemplo, tu novia, aquí presente... —Se inclinó hacia mí con una sonrisa—. ¿Te gustaría saber qué piensa ella?

Zia dominaba las Cintas de Hathor mejor que yo. Al instante, la banda que rodeaba el cuello de Setne se apretó y pasó a ser un adorable collar rosa con correa. Setne luchó por respirar y se llevó las manos a la garganta. Zia agarró el otro extremo de la correa.

—Setne, tú y yo nos vamos a la timonera —anunció—. Allí proporcionarás al capitán información exacta sobre nuestro destino, o nunca más volverás a respirar. ¿Estamos?

No esperó la respuesta. De todos modos, Setne no podría habérsela dado. Lo arrastró por la cubierta y luego escaleras arriba como si fuese un perro que se había portado mal.

Tan pronto como los perdí de vista en la cabina del timonel, oí una risita junto a mí.

—Recuérdame que no la cabree nunca.

El instinto de Horus tomó el control. Antes de saber lo que estaba haciendo, ya había convocado mi *jopesh* de la Duat y tenía su filo curvo apoyado contra el cuello del visitante.

—¿En serio? —dijo el dios del caos—. ¿Así es como saludas a un viejo amigo?

Set estaba reclinado contra la barandilla como si nada, vestido con un traje de tres piezas negro y sombrero de copa baja a juego. Le quedaban muy llamativos contra su piel roja como la sangre. La última vez que le había visto, estaba calvo. Ahora llevaba unas trencitas decoradas con rubíes. Sus ojos negros relucían detrás de unas gafas redondas. Con un escalofrío, comprendí que estaba imitando a Amos.

—Basta ya. —Apreté la hoja contra su garganta—. ¡Para de burlarte de mi tío!

Set puso cara de ofendido.

—¿Burlarme? Querido niño, la imitación es la forma más sincera de alabanza. Y ahora, por favor, ¿podríamos hablar como seres semidivinos civilizados?

Apartó el *jopesh* de su cuello con un dedo. Yo bajé el arma. Una vez superada la sorpresa inicial, admito que sentía curiosidad por saber qué quería.

—¿A qué has venido? —pregunté.

—Ah, tengo motivos para dar y vender. El mundo termina mañana, así que a lo mejor solo pretendo despedirme. —Sonrió y me dijo adiós con la mano—. ¡Hasta luego! O a lo mejor quería darte explicaciones. O una advertencia.

Miré de reojo hacia la cabina. No vi a Zia. No sonaba ninguna campanada de alarma. Nadie más parecía consciente de que el dios del mal acababa de materializarse en nuestro barco.

Set captó mi mirada.

—¿Qué tal os va con Setne, eh? Me cae de maravilla.

—No me extraña —dije entre dientes—. ¿Le pusieron el nombre en tu honor?

—Qué va. Setne solo es un apodo. En realidad se llama Jaemuset, lo que explica por qué prefiere Setne. Espero que no acabe con vosotros enseguida. Es un tipo muy divertido... hasta que te mata.

—¿Es lo que querías explicarme?

Se ajustó las gafitas.

—No, no. Venía por lo de Amos. Lo estáis entendiendo mal.

—¿Entendemos mal que te apoderaste de su cuerpo e intentaste destruirle? —pregunté—. ¿O que casi le destrozaste la mente? ¿Y que ahora quieres volver a hacerlo?

—Las dos primeras, correctas. La última, no. Ha sido Amos el que ha recurrido a mí, chaval. Te aseguro que la vez anterior no habría invadido su mente si, desde un principio, él no tuviera algunas de mis cualidades. Amos me comprende.

Blandí mi espada.

—Yo también te comprendo. Eres malvado.

Set soltó una carcajada.

—Caray, ¿eso se te ha ocurrido a ti solito? ¿Que el dios de la maldad es malvado? Claro que lo soy, pero no soy el mal puro. Ni tampoco el caos puro. Cuando pasé un tiempo en la cabeza de Amos, al final acabó entendiéndolo. Soy como ese jazz improvisado que tanto le gusta, el caos dentro de un orden. En eso se basa nuestra conexión. Y yo sigo siendo un dios, Carter. Soy... ¿cómo lo llamarías tú? La oposición leal.

—Ya, leal, claro.

Set me dedicó una sonrisa astuta.

—Vale, sí, quiero dominar el mundo. ¿Destruiría a quien intente impedírmelo? Ya lo creo que sí. Pero esa serpiente, Apofis, se ha pasado de la raya. Lo que él quiere es hundir toda la creación en una especie de turbia sopa primordial. ¿Qué gracia tiene eso? Si al final hay que elegir entre Ra o Apofis, yo lucho en el bando de Ra. Por eso, Amos y yo hemos llegado a un acuerdo. Está aprendiendo la senda de Set. Voy a echarle una mano.

Me temblaban los brazos. Quería cortarle la cabeza, pero no estaba seguro de tener la fuerza suficiente. Tampoco estaba muy seguro de poder hacerle daño. Los recuerdos de Horus me decían que los dioses solían reírse de rasguños como las decapitaciones.

—¿Esperas que me crea que colaborarás con Amos? —pregunté—. ¿Sin intentar dominarle?

—Claro que lo intentaré. Pero deberías confiar un poco más en tu tío. Tiene más fuerza de la que piensas. ¿Quién crees que me ha enviado aquí a explicártelo?

Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo. Quise creer que Amos lo tenía todo atado y bien atado, pero quien me lo estaba diciendo era Set. Me recordaba mucho al mago fantasma Setne, y eso no era buena señal.

—Muy bien, ya me lo has explicado —dije—. Puedes marcharte.

Set se encogió de hombros.

—Vale, pero creo que había otro asunto... —Se dio unos golpecitos en la barbilla—. Ah, sí, el aviso.

—¿Aviso? —repetí.

—El caso es que, siempre que Horus y yo nos enfrentamos, todo lo que está a punto de matarte suele ser cosa mía. Pero esta vez no lo será. He pensado que debías saberlo. Apofis está copiándose las jugadas con toda la cara dura, pero, como te he dicho... —Se quitó el sombrero e hizo una reverencia, con los rubíes de sus trencitas reflejando la luz del sol—. La imitación es una forma de alabanza.

—¿A qué te...?

El barco de vapor dio un bandazo y crujió como si hubiéramos encallado en un banco de arena. En la timonera sonó la campana de alarma. Las esferas luminosas de la tripulación corrieron de un lado a otro por la cubierta, presas del pánico.

—¿Qué está pasando? —Me agarré a la borda.

—Ah, eso debe de ser el hipopótamo gigante —dijo Set con indiferencia—. ¡Buena suerte!

Desapareció con una nube de humo rojo mientras una silueta monstruosa se alzaba de las aguas del Nilo.

Pensaréis que un hipopótamo no debería inspirar terror. Gritar: «¡Hipopótamo!» no tiene el mismo efecto que gritar: «¡Tiburón!». Pero creedme, mientras *La reina egipcia* escorbaba a un lado con la rueda de palas completamente fuera del agua y yo empezaba a ver al monstruo que emergía de las profundidades, casi descubrí los jeroglíficos que significaban «accidente en mis pantalones».

El monstruo era al menos tan grande como nuestro barco de vapor. Su piel relucía en tonos violeta y grises. Mientras se alzaba cerca de la popa, me clavó una mirada de inconfundible malicia y abrió una mandíbula del tamaño de un hangar de aviación. Sus dientes inferiores, clavados en la boca como estacas, eran más altos que yo. Podía ver la garganta de la criatura, como un túnel de color rosa brillante que llevara al inframundo. El monstruo podría haberme devorado allí mismo, junto a la mitad delantera del barco. Me quedé demasiado paralizado para reaccionar.

En lugar de ello, el hipopótamo bramó. Imaginaos a alguien dando gas a una moto todo terreno mientras hace sonar una trompeta. Ahora imaginad la combinación de ruidos amplificadas veinte veces, dirigida hacia vosotros en una oleada de aliento que huele a pez podrido y fondo de estanque. Así es exactamente el grito de guerra de un hipopótamo gigante.

Desde algún lugar de detrás de mí, Zia gritó: «¡Hipopótamo!», con cierto retraso, en mi opinión.

Avanzó hacia mí dando tumbos por la inestable cubierta, con la punta de su báculo encendida en llamas. Nuestro amigo fantasma Setne flotaba detrás de ella, sonriendo encantado.

—¡Ahí lo tenemos! —Setne meneó sus anillos de diamantes al señalar con los meñiques—. Ya os decía yo que Apofis enviaría un monstruo para mataros.

—¡Qué listo eres! —grité—. ¿No sabrás cómo pararlo?

—¡BRRRAAH!

El hipopótamo dio un cabezazo contra *La reina egipcia*. Tropecé hacia atrás y me estrellé contra la cabina.

Por el rabillo del ojo vi cómo Zia lanzaba una columna de fuego a la cara del monstruo. Las llamas entraron directas por su fosa nasal izquierda y solo consiguieron enfurecer al hipopótamo. Sopló una bocanada de humo y volvió a embestir contra el barco con más fuerza, haciendo que Zia saliera catapultada hacia el río.

—¡No! —Me levanté como pude y traté de invocar el avatar de Horus, pero me palpitaba la cabeza. No podía concentrarme.

—¿Unos consejillos? —Setne se acercó levitando, inmune al bamboleo del barco—. Podría sugerirte un hechizo.

Su sonrisa maliciosa no me llenó de confianza, precisamente.

—¡Tú estate quieto! —Señalé sus manos y grité—: *Tas!*

Las Cintas de Hathor le ataron las muñecas entre sí.

—¡Ah, venga ya! —protestó—. ¡Así no podré peinarme!

El hipopótamo asomó un ojo que parecía una bandeja negra por encima de la borda y me miró. En el castillo del timonel, Filo Ensangrentado tocó la campana y gritó a la tripulación:

—¡Todo a babor! ¡Todo a babor!

En algún lugar a un lado, oí a Zia escupiendo agua y chapoteando, lo que por lo menos significaba que aún estaba viva, pero yo tenía que alejar al hipopótamo de ella y ganar tiempo para que *La reina egipcia* escapara. Empuñé mi espada, me lancé a la carga por la cubierta inclinada y salté sobre la cabeza del monstruo.

Mi primer descubrimiento: los hipopótamos resbalan. Busqué asidero a tientas —complicado con una espada en la mano— y estuve a punto de caer por el otro lado de la cabeza del hipopótamo antes de rodearle una oreja con el brazo libre.

El animal rugió y me sacudió como si fuera un pendiente. Vi de reojo un barco pesquero que navegaba tranquilamente a nuestro lado, como si no pasara nada. Las esferas de *La reina egipcia* se afanaban en torno a una buena grieta que se había abierto en la popa. Por un momento, vi a Zia dando manotazos para mantenerse a flote, unos veinte metros corriente abajo. Entonces se le hundió la cabeza. Hice acopio de fuerzas y clavé la espada en la oreja del hipopótamo.

—¡BRRRAAH! —El monstruo zarandó la cabeza. Mi mano resbaló y salí despedido por encima del río como en un lanzamiento desde la línea de tres puntos.

Me habría hecho daño al dar contra la superficie del agua, pero en el último segundo me transformé en halcón.

Sí, ya sé que suena descabellado: «Ah, por cierto, resulta que me convertí en halcón», pero era una magia que se me daba muy bien, ya que el halcón es el animal sagrado de Horus. De pronto, en vez de caer, me elevaba sobre el Nilo. Tenía la vista tan aguzada que distinguía a los ratones de campo en los marjales. Podía ver a Zia esforzándose por flotar, y también cada una de las cerdas en el inmenso hocico del hipopótamo.

Me lancé en picado hacia el ojo del animal y lo arañé con mis garras. Por desgracia, tenía párpados muy gruesos y estaba cubierto por una especie de membrana. El hipopótamo parpadeó y bramó, molesto, pero yo sabía que no le había hecho daño.

El monstruo intentó devorarme de un mordisco, pero mi forma de halcón era demasiado veloz para él. Volé hacia el barco y me posé en el techo de la cabina para recobrar el aliento. *La reina egipcia* había conseguido virar. Poco a poco, ganaba distancia al monstruo, aunque el casco había sufrido daños considerables. Salía humo de las grietas que había en la popa. Íbamos escorados a estribor, y Filo Ensangrentado no dejaba de tocar su campana de alarma, que me estaba taladrando el cerebro.

Zia intentaba seguir a flote, pero la corriente la estaba alejando más del hipopótamo y no parecía estar en peligro inmediato. Intentó invocar el fuego, algo bastante complicado si se está sumergida en un río.

El hipopótamo giraba pesadamente de un lado al otro, al parecer buscando el molesto pájaro que le había dado un golpe en el ojo. La oreja del monstruo seguía sangrando, aunque ya no tenía mi espada clavada; estaría en algún lugar del lecho del río. Por fin, el hipopótamo dirigió su atención hacia el barco.

Setne se materializó a mi lado. Sus brazos todavía estaban atados, pero ponía cara de pasarlo bien.

—¿Quieres que te dé ese consejillo, amiguete? Yo no puedo lanzar el hechizo, por lo de estar muerto y tal, pero puedo soplarte lo que has de decir.

El hipopótamo se lanzó a la carga. Estaba a menos de cincuenta metros, y ganaba terreno a toda velocidad. Si embestía contra el barco con ese impulso, dejaría *La reina egipcia* convertida en astillas.

El tiempo pareció ralentizarse. Procuré concentrarme. Las emociones no son buenas para la magia, y yo había caído presa del pánico absoluto, pero sabía que solo tendría una oportunidad. Desplegué las alas y volé directo hacia el hipopótamo. A medio camino, volví a mi forma humana, caí como una piedra e invoqué el avatar de Horus.

Si no hubiera funcionado, mi existencia habría terminado en forma de insignificante mancha grasienta en el pecho de un hipopótamo en plena carga.

Por suerte, el aura azul parpadeó a mi alrededor. Caí al río envuelto en el cuerpo reluciente de un

guerrero con cabeza de halcón de seis metros de altura. Comparado con el hipopótamo seguía siendo diminuto, pero llamé su atención hundiéndole el puño en el hocico.

Funcionó de maravilla durante unos dos segundos. El monstruo se olvidó completamente del barco. Di un paso lateral para obligarlo a girarse hacia mí, pero no fui lo bastante rápido ni por asomo. Vadear un río en forma de avatar era más o menos igual de fácil que correr por una sala llena de pelotas de goma.

El monstruo atacó. Incluyó la cabeza y cerró sus mandíbulas sobre mi cintura. Trastabillé, intentando soltarme, pero sus quijadas eran como una prensa de carpintero. Sus dientes se clavaron en la armadura mágica. No tenía mi espada. Lo único que podía hacer era aporrear su cabeza con mis puños azules brillantes, pero estaba perdiendo poder a marchas forzadas.

—¡Carter! —chilló Zia.

Me quedaban unos diez segundos de vida. Después, el avatar se desmoronaría y yo acabaría tragado por el hipopótamo o partido en dos de un mordisco.

—¡Setne! —grité—. ¿Cuál era ese hechizo?

—Ah, conque ahora sí que quieres el hechizo, ¿eh? —dijo Setne desde el barco—. Repite conmigo: *Hapi, u-ha ey pwah*.

No sabía lo que significaba. Setne podía estar engañándome para que me autodestruyera o me transformara en un trozo de queso suizo. Pero no me quedaban opciones. Grité:

—*Hapi, u-ha ey pwah!*

Los jeroglíficos azules más brillantes que hubiera invocado jamás refulgieron sobre la cabeza del hipopótamo:



Al verlo por escrito, de pronto entendí el significado: «Hapi, álzate y ataca». Pero ¿qué significaba eso?

Por lo menos, los jeroglíficos distrajeron al hipopótamo. Me soltó y se puso a lanzarles dentelladas. Mi avatar decayó. Me precipité al agua, con mi magia agotada, mis defensas caídas... Solo el minúsculo Carter Kane en la sombra de un hipopótamo de dieciséis toneladas.

El monstruo engulló los jeroglíficos y resopló. Sacudió la cabeza como si acabara de tragarse una guindilla.

«Estupendo —pensé—. La impresionante magia de Setne ha convocado un aperitivo para el hipopótamo demoníaco.»

Entonces, desde el barco, Setne alzó la voz:

—¡Ya va, ya va! Tres, dos, uno...

El Nilo bulló a mi alrededor. Una enorme masa de algas marrones entró en erupción debajo de mí y me levantó hacia el cielo. Me agarré por acto reflejo, cayendo gradualmente en la cuenta de que las algas no eran algas. Eran el pelo que coronaba una cabeza colosal. Un hombre gigante se elevó desde el Nilo, más y más alto, hasta que el hipopótamo pareció casi de peluche en comparación. Desde la coronilla del gigante no pude distinguir gran cosa, pero tenía la piel de un azul más oscuro que mi padre. Sus greñas

marrones estaban llenas de barro del río. Tenía la panza hinchadísima, y no parecía vestir nada más que un taparrabos hecho de escamas de pez.

—¡BRRRAAH! —El hipopótamo arremetió, pero el gigante azul le agarró los dientes inferiores y lo paró en seco. La fuerza del impacto casi me hizo salir proyectado de su cabeza.

—¡Viva! —vociferó el gigante azul—. ¡Lanzamiento de hipopótamo! ¡Me encanta este juego!

Hizo girar los brazos en un movimiento de golf y arrojó al monstruo fuera del agua.

Hay pocas cosas más extrañas que ver volar a un hipopótamo gigante. Se alejó a toda velocidad y a lo loco, moviendo las patas regordetas mientras sobrevolaba los marjales. Al final se estrelló contra un despeñadero de piedra caliza y provocó un pequeño alud. Los pedruscos se desplomaron sobre el hipopótamo. Cuando el polvo se asentó, no quedaba ni rastro del monstruo. Los coches aún circulaban por la carretera del río. Las barcas de pesca seguían a lo suyo, como si los gigantes azules que peleaban contra hipopótamos fuesen lo más normal del mundo en aquel tramo del Nilo.

—¡Qué divertido! —clamó el gigante—. Bueno, ¿quién me ha convocado?

—¡Aquí arriba! —grité.

El gigante se quedó muy quieto. Con cautela, se palpó el cuero cabelludo hasta dar conmigo. Entonces me levantó haciendo pinza con dos dedos, vadeó hasta la orilla y me depositó con suavidad.

Señaló a Zia, que intentaba llegar a la ribera, y a *La reina egipcia*, que flotaba a la deriva río abajo, escorada y soltando humo por la popa.

—¿Esos son amigos tuyos?

—Sí —respondí—. ¿Podrías ayudarles?

El gigante me dedicó una amplia sonrisa.

—¡Vuelvo enseguida!

Pocos minutos más tarde, *La reina egipcia* estaba firmemente amarrada. Zia se había sentado a mi lado y estaba escurriéndose del pelo el agua del Nilo.

Setne flotaba a nuestro lado, con aire de estar satisfecho de sí mismo, aunque seguía teniendo los brazos atados.

—¡Eso para que la próxima vez confíes en mí, Carter Kane! —Señaló con la cabeza al gigante, que se alzaba imponente sobre nosotros, todavía sonriendo de oreja a oreja como si estuviera auténticamente encantado de haber venido—. ¡Dejadme presentaros a mi viejo amigo Hapi!

El gigante nos saludó con la mano.

—¡Hapi!

Tenía los ojos abiertos como platos, y los dientes blancos y brillantes. Una catarata de grasiento pelo castaño le caía hasta los hombros, y su piel variaba entre distintos tonos de azul acuoso. La barriga, desproporcionadamente grande, le colgaba por encima de la faldita de escamas de pez, como si estuviera embarazado o se hubiera tragado un dirigible. Era, sin la menor duda, el gigante hippy más alto, gordo, azul y feliz que había conocido en la vida.

Intenté situar su nombre, pero no pude.

—¿Hapi? —pregunté.

—¡Hapi, Hapi, hurra! —dijo Hapi, sonriendo encantado—. ¡Doy voces porque estoy contento! ¿Tú estás contento?

Miré de soslayo a Setne, a quien todo aquello parecía divertir muchísimo.

—Hapi es el dios del Nilo —explicó el fantasma—. Entre otras tareas, se encarga de proveer cosechas abundantes y todo lo bueno que existe, así que le gusta que la gente esté alegre...

—... y diga: «¡Hapi, Hapi, hurra!» —supuse.

Zia miró al gigante con expresión pensativa.

—¿Hace falta que sea tan grande?

El dios rió. De inmediato, se redujo hasta el tamaño de un ser humano, aunque la felicidad majareta que se le veía en el rostro seguía siendo muy desconcertante.

—¡En fin! —Hapi se frotó las manos, ilusionado—. ¿Puedo hacer algo más por vosotros, chicos? Hacía siglos que no me convocaba nadie. Desde que construyeron la dichosa presa de Asuán, el Nilo ya no se desborda cada año como antes. Ahora nadie depende de mí. ¡Habría que matar a esos mortales!

Lo dijo con una sonrisa, igual que si acabara de sugerir que les lleváramos unas galletas recién horneadas.

Pensé deprisa. No es muy frecuente que un dios se ofrezca a hacerte favores, aunque se trate de un dios acelerado por la cafeína y al borde de la psicosis.

—En realidad, hay una cosa —dije—. Verás, Setne me ha sugerido que te convoque para que te ocuparas del hipopótamo, pero...

—¡Ah, Setne! —Hapi volvió a reír y dio un empujón de broma al fantasma—. Cómo odio a este tipo. ¡Me parece absolutamente despreciable! Es el único mago que ha podido averiguar mi nombre secreto. ¡Ja!

Setne se encogió de hombros.

—No fue nada, en serio. Y debo reconocer que en muchas ocasiones me viniste de perlas, en los viejos tiempos.

—¡Ja, ja! —La sonrisa de Hapi se amplió tanto que debía de dolerle—. Me encantaría arrancarte los brazos y las piernas, Setne. ¡Sería maravilloso!

Setne mantuvo la expresión tranquila, pero levitó un poco más lejos del dios sonriente.

—Bueno, a lo que íbamos —dije—. Tenemos una misión. Queremos encontrar un libro mágico para derrotar a Apofis. Setne estaba guiándonos hacia las ruinas de Menfis, pero nuestro barco está para el arrastre. ¿Crees que...?

—¡Ah! —Hapi se puso a dar palmas, emocionado—. El mundo se acabará mañana. ¡Me había olvidado!

Zia y yo nos miramos.

—Exacto... —dije—. O sea que si Setne te dijera exactamente hacia dónde vamos, ¿podrías llevarnos tú? Y, hummm... si no quiere decírtelo, puedes arrancarle todas las extremidades. No hay problema.

—¡Yupi! —gritó Hapi.

Setne me lanzó una mirada asesina.

—Claro, no hay problema. Nos dirigimos al *serapeum*, el templo del toro Apis.

Hapi se dio una palmada en la rodilla.

—¡Tendría que haberlo imaginado! Es muy buen sitio para esconder cosas. Está bastante al interior, pero sí, puedo enviaros allí si queréis. Y para que lo sepáis, Apofis tiene demonios peinando las riberas. Sin mi ayuda, no llegaríais a Menfis en la vida. ¡Os partirían en un millón de pedacitos!

Parecía totalmente complacido de darnos esa noticia.

Zia carraspeó.

—Perfecto, entonces. Nos encantaría que nos ayudaras.

Me volví hacia *La reina egipcia*, donde Filo Ensangrentado esperaba órdenes de pie junto a la borda.

—Capitán —le llamé—, espéranos aquí y sigue reparando el barco. Nosotros...

—¡Eh, el barco puede ir también! —me interrumpió Hapi—. No hay problema.

Fruncí el ceño. No sabía cómo iba a apañárselas el dios fluvial para mover un barco, sobre todo después de decirnos que Menfis estaba tierra adentro, pero decidí no preguntarlo.

—Suspende esa orden —grité al capitán—. El barco viene con nosotros. Cuando llegemos a Menfis, continuarás las reparaciones y esperarás nuevas órdenes.

El capitán titubeó. Luego inclinó su cabeza de hacha.

—Como deseéis, milord.

—¡Maravilloso! —dijo Hapi.

Extendió la palma de su mano, que contenía dos esferas negras y viscosas, parecidas a huevas de pez.

—Tragadlas. Una cada uno.

Zia arrugó la nariz.

—¿Qué son?

—¡Os llevarán donde queréis ir! —prometió el dios—. Son pastillas Hapi.

Pestañeeé.

—¿Cómo dices que se llaman?

El fantasma de Setne carraspeó. Por su cara, estaba conteniendo las ganas de reír.

—Ya, bueno, es que las inventó Hapi. Por eso se llaman así —dijo.

—¡Vosotros tragadlas! —dijo Hapi—. Veréis qué bien.

A regañadientes, Zia y yo aceptamos las pastillas. Tenían incluso peor sabor que aspecto. Al instante, me noté mareado. El mundo empezó a ondularse como el agua.

—¡Encantado de conoceros! —bramó Hapi, aunque su voz fue volviéndose turbia y lejana—. Supongo que ya sabéis que estáis metiéndoos en una trampa, ¿no? ¡Muy bien! ¡Buena suerte!

Entonces lo vi todo azul y mi cuerpo se licuó.

12. Toros con... ¿rayos láser?

CARTER

Que te liquiden no es divertido. Nunca podré pasar por delante de otro cartel que anuncie una ¡GRAN LIQUIDACIÓN! sin marearme y sentir que los huesos se me vuelven pasta de tapioca.

Sé que esto va a sonar a campaña institucional, pero debo recomendaros que siempre digáis NO a las pastillas Hapi.

Sentí cómo me filtraba tierra adentro, desplazándome a una velocidad increíble, fundido con el barro. Cuando alcancé la arena caliente del desierto me evaporé, me alcé del suelo en forma de nube de humedad y los vientos del desierto me empujaron hacia el oeste. No podía ver con precisión, pero sí sentir el movimiento y el calor. Mis moléculas se agitaron a medida que el sol me dispersaba.

De pronto, la temperatura volvió a bajar. Sentí la piedra fría a mi alrededor; estaría en una cueva, o tal vez en una sala subterránea. Mis partículas se reunieron componiendo un vaho, gotearon en el suelo formando un charco y por fin se elevaron mientras volvían a solidificarse en un Carter Kane.

Mi siguiente truco fue desplomarme sobre las rodillas y despedirme del desayuno.

Zia estaba de pie junto a mí, agarrándose la tripa con las dos manos. Por lo que se veía, habíamos aterrizado en el túnel de acceso a una tumba. Más hacia el fondo, unos escalones de piedra descendían hasta perderse en la oscuridad. Unos metros hacia el exterior, brillaba la luz del desierto.

—Ha sido espantoso —jadeó Zia.

Yo solo pude asentir. Ahora entendía la lección de ciencias que me había enseñado una vez mi padre, cuando me daba clases. La materia tiene tres estados: sólido, líquido y gaseoso. En los minutos anteriores, yo había pasado por los tres. Y no me había gustado nada.

Setne se materializó un poco más allá del umbral, y nos sonrió desde arriba.

—He vuelto a sacaros del apuro, ¿eh?

No recordaba haberle aflojado las ataduras, pero ahora tenía los brazos libres. Me habría preocupado más si no me hubiera sentido tan mareado.

Zia y yo aún estábamos empapados y llenos de barro por haber nadado en el Nilo, pero Setne llegó impoluto, con los vaqueros y la camiseta recién planchados, el pelo a lo Elvis perfecto y ni una sola mancha en sus zapatillas blancas. Me indigné tanto que salí a trompicones hasta la luz del sol y le vomité encima. Por desgracia, ya tenía el estómago casi vacío y, además, él era un fantasma, así que sirvió de poco.

—¡Eh, colega! —Setne se ajustó su collar de anjs dorados y se alisó la americana—. Un poco de respeto, ¿vale? Acabo de haceros un favor.

—¿Un favor? —Tragué para quitarme el horrible sabor de la boca—. Jamás... vuelvas...

—Hapi nunca más —terminó Zia por mí—. Nunca.

—¡Venga, hombre! —Setne abrió los brazos—. Si ha sido visto y no visto. Mirad, ha llegado vuestro barco y todo.

Eché un vistazo. Casi todo el paisaje era un desierto llano y rocoso, como la superficie de Marte, pero en una duna de arena que había cerca estaba embarrancada *La reina egipcia*. La popa ya no ardía, pero el barco parecía haber sufrido más daños en el trayecto por tierra. Una sección de la borda estaba

rota. Una de las dos chimeneas se inclinaba peligrosamente. Por algún motivo, una lona pringosa hecha de escamas de pez colgaba de la cabina del timón, como si fuese un paracaídas abierto.

Zia murmuró:

—Oh, dioses de Egipto, por favor, que no sea el taparrabos de Hapi.

Filo Ensangrentado estaba en la proa, mirando hacia nosotros. Como su cabeza era un hacha, no tenía facciones, pero la forma en que había cruzado los brazos me sugirió que no estaba precisamente a punto de entonar un «¡Hapi, Hapi, hurra!».

—¿Puedes reparar el barco? —le pregunté a viva voz.

—Sí, milord —zumbó—. En unas horas. Pero me temo que estamos atascados en medio de un desierto.

—De eso ya nos preocuparemos —respondí—. Tú ocúpate de que esté reparado. Espera aquí a que volvamos. Recibirás más instrucciones entonces.

—Como digáis. —Filo Ensangrentado giró en redondo y empezó a azuzar las esferas brillantes en un idioma que no comprendí. La tripulación se convirtió en un remolino de actividad.

Setne sonrió.

—¿Lo veis? ¡Todo va bien!

—Excepto que no tenemos tiempo. —Miré al sol. Calculé que sería como la una o las dos de la tarde, y nos quedaba mucho por hacer antes del apocalipsis de la mañana siguiente—. ¿Dónde termina ese túnel? ¿Qué es un *serapeum*? ¿Por qué ha dicho Hapi que era una trampa?

—Cuántas preguntas —dijo Setne—. Vamos y lo verás. ¡Te encantará el sitio!

El sitio no me encantó.

Los escalones bajaban hasta un amplio pasadizo excavado en la dorada roca base. El techo en bóveda de cañón era tan bajo que podía tocarlo sin estirar del todo los brazos. Estaba claro que por allí habían pasado los arqueólogos, ya que unas bombillas que colgaban directamente de cables creaban sombras en los arcos. Las paredes estaban apuntaladas con vigas de metal, pero las grietas del techo me daban sensación de inseguridad. Nunca he estado muy cómodo en los espacios cerrados.

Cada diez metros más o menos se abrían nichos a ambos lados del pasillo principal. En todos ellos había unos sarcófagos de piedra inmensos.

Cuando pasamos junto al cuarto me detuve.

—Esas cosas son demasiado grandes para un ser humano. ¿Qué contienen?

—Toros —dijo Setne.

—¿Cómo?

La risa de Setne retumbó por toda la estancia. Supuse que, si en aquel lugar dormía algún monstruo, ahora acababa de despertar.

—Esto son las cámaras funerarias del toro Apis. —Setne hizo un gesto orgulloso que abarcó todo el lugar—. Lo hice construir yo cuando era el príncipe Jaemuset, ¿lo sabíais?

Zia pasó una mano por la tapa de piedra blanca del sarcófago.

—El toro Apis. Mis antepasados creían que era una encarnación de Osiris en el mundo de los mortales.

—¿Creían? —bufó Setne—. Claro que era su encarnación, muñeca. Al menos en algunas ocasiones, durante los días festivos y eso. En mis tiempos nos tomábamos muy en serio al toro Apis. —Dio una

palmada a un ataúd, como si intentara vendernos un coche usado—. ¿Veis a este chavalote de aquí? Tuvo la vida perfecta. Comía hasta hartarse. Tenía un harén de vacas para él solo, le hacían ofrendas, llevaba una manta especial de oro en el lomo... todos los chollos. Lo único que tenía que hacer era presentarse en público unas pocas veces al año, para las festividades importantes. Al cumplir los veinticinco, lo sacrificaron con gran pompa, lo momificaron y lo bajaron hasta aquí. Entonces otro toro ocupó su lugar. No está mal, ¿eh?

—Ejecutado a los veinticinco —respondí—. Qué mal suena. —Me pregunté cuántos toros momificados habría en aquel pasadizo. No quería averiguarlo. Prefería quedarme allí mismo, desde donde aún se divisaba la salida y la luz solar del exterior—. ¿Y el sitio por qué se llama... cómo era?

—*Serapeum* —respondió Zia. Su cara estaba iluminada por una luz dorada. Sería la luz de las bombillas reflejada en la piedra, pero daba la impresión de que le brillaba el rostro—. Iskandar, mi viejo maestro, me habló de este lugar. El toro Apis era un recipiente para la esencia de Osiris. Más adelante, los nombres se unieron: Osiris-Apis. Y luego los griegos lo acortaron como «Serapis».

Setne hizo una mueca de desprecio.

—Qué idiotas, esos griegos. Nos invadieron y se apropiaron de nuestros dioses. Os juro que no me caen nada bien. Pero es cierto, sucedió como dice ella. Este sitio pasó a conocerse como *serapeum*, el hogar de los dioses toro muertos. Yo quería llamarlo el Monumento Jaemuaset de la Genialidad Absoluta, pero mi padre dijo que nanay.

—¿Tu padre? —pregunté.

Setne descartó la pregunta con un gesto.

—El caso es que oculté aquí abajo el *Libro de Tot* antes de morir, para que nadie pudiera perturbarlo jamás. Hay que estar loco de remate para meterse en la tumba sagrada del toro Apis.

—Estupendo. —Me sentí como si volviera a transformarme en líquido.

Zia miró al fantasma con una mueca de disgusto.

—No me lo digas. Escondiste el libro en un sarcófago de estos, junto a un toro momificado, de forma que el toro vuelva a la vida si lo abrimos, ¿me equivoco?

Setne le guiñó un ojo.

—Qué va. Se me ocurrió algo mucho mejor, muñeca. Esta parte del complejo ya la han descubierto los arqueólogos. —Señaló las luces eléctricas y los refuerzos metálicos de las paredes—. Pero yo voy a llevaros a ver lo que hay entre bastidores.

Las catacumbas no tenían fin. Salieron pasadizos laterales en distintas direcciones, todos ellos flanqueados de sarcófagos para vacas sagradas. Tras descender por una larga cuesta, cruzamos agachados un pasadizo secreto que estaba escondido detrás de una pared ilusoria.

Al otro lado no había luz eléctrica. El techo se sostenía sin refuerzos de metal. Zia invocó el fuego en la punta de su báculo e incendió un dosel de telarañas. Nuestras huellas eran las únicas marcas en el suelo polvoriento.

—¿Falta mucho? —pregunté.

Setne se rió entre dientes.

—Ahora es cuando empieza a mejorar la cosa.

Nos internó más en el laberinto. De vez en cuando hacía un alto para desactivar alguna trampa con una orden o por contacto. En ocasiones me tocaba hacerlo a mí, en teoría porque él, al estar muerto, no

era capaz de lanzar ciertos hechizos, pero sospeché que planeaba divertirse de lo lindo si me equivocaba y moría.

—¿Cómo es que unas cosas puedes tocarlas y otras no? —pregunté—. Parece que tienes una capacidad muy, muy selectiva.

Setne se encogió de hombros.

—Las reglas del mundo espiritual no las puse yo, amiguete. Podemos tocar el dinero y las joyas. Recoger la basura y manipular pinchos envenenados, no. El trabajo sucio se lo tenemos que dejar a los vivos.

Siempre que alguna trampa se desactivaba, unos jeroglíficos ocultos brillaban un momento antes de desvanecerse. Tuvimos que saltar huecos que se abrían en el suelo y esquivar flechas disparadas desde el techo. Los retratos de dioses y faraones que había en las paredes se desprendían, ganaban volumen como unos fantasmas guardianes y desaparecían. Setne no dejó de hacernos de guía turístico en ningún momento:

—Esa maldición servía para pudriros los pies hasta que se os cayeran —explicaba—. ¿Veis esa de ahí? Convoca una plaga de pulgas. Y esa... ¡ay, esa! Es una de mis favoritas. ¡Te convierte en enano! Cómo odio a esos tipejos bajitos.

Torcí el gesto. Setne era más bajo que yo, pero decidí pasarlo por alto.

—Y tanto que sí —continuó—. Qué suerte tienes de haberme traído contigo, amiguete. Si no, ahora mismo serías un enano pulgoso sin pies. ¡Y eso no es nada comparado con lo que nos espera! Por aquí.

No acababa de entrarme en la cabeza que Setne recordase el lugar con tanto detalle, con la de tiempo que había pasado, pero dejó claro que se sentía orgulloso de aquellas catacumbas. Debió de encantarle diseñar unas trampas tan atroces para matar a los intrusos.

Giramos por otro pasillo. El suelo volvió a inclinarse. El techo descendió tanto que tuve que encorvarme. Procuré mantener la calma, pero empezaba a costarme respirar. Solo podía pensar en las toneladas de piedra que tenía encima, quizá al borde del derrumbamiento.

Zia me cogió la mano. El túnel era tan estrecho que teníamos que recorrerlo en fila india, pero le devolví la mirada.

—¿Estás bien? —pregunté.

Movió los labios para que se los leyera: «Cuidado con él».

Asentí. Hapi nos había advertido sobre una trampa, pero tenía la corazonada de que aún no la habíamos visto, aunque hubiera peligros por todas partes. Estábamos solos con un fantasma asesino, a gran profundidad y en su territorio. Ya no contaba con mi *jopesh*. Por algún motivo, no había podido convocarlo desde la Duat. Y en un pasadizo tan estrecho era imposible usar mi avatar de combate. Si Setne nos traicionaba, mis opciones estarían muy limitadas.

Al cabo de un rato, el túnel se amplió. Llegamos a un callejón sin salida, una pared sólida flanqueada por dos estatuas de mi padre... de Osiris, quiero decir.

Setne se giró.

—Vale, esto es lo que hay, gente. Voy a tener que deshacer un encantamiento para que se abra la pared. El hechizo me llevará unos minutos. Os lo digo para que no perdáis los papeles y me envolváis en cintitas de color rosa, porque el asunto podría ponerse feo. Aquí hay magia a medio acabar, y a lo mejor se nos cae todo el pasadizo encima.

Conseguí no gimotear como una niña pequeña, pero por poco.

Zia avivó el fuego de su báculo hasta que estuvo al rojo vivo.

—Ve con cuidado, Setne. Sé cómo suenan los desencantamientos. Si sospecho que estás pronunciando otra cosa distinta, te achicharraré todo el ectoplasma.

—Tranquila, muñeca. —Setne hizo crujir los nudillos. Sus anillos de diamantes reflejaron la luz de la llama—. Tienes que tener controlado a ese escarabajo o acabarás convertida en cenizas.

Fruncí el ceño.

—¿Escarabajo?

Setne pasó la mirada de uno al otro y estalló en carcajadas.

—¿De verdad no te lo ha contado? ¿Y tampoco lo has deducido tú? ¡Cómo sois los chavales de hoy en día! ¡Bendita ignorancia!

Nos dio la espalda y empezó a salmodiar en dirección a la pared. El fuego de Zia se redujo a una llama roja menos intensa. Le dirigí una mirada interrogativa.

Ella vaciló, y luego se tocó la base del cuello. Antes no llevaba collar, estaba seguro de ello. Pero cuando su dedo hizo contacto, apareció un amuleto, un reluciente escarabajo dorado en una cadena de oro. Debía de llevarlo oculto mediante una ilusión, igual que había hecho Setne con las Cintas de Hathor.

El escarabajo parecía hecho de metal, pero caí en que ya lo había visto antes, y vivo. Cuando Ra había encarcelado a Apofis en el inframundo, había renunciado a una parte de su alma, a su encarnación de Jepri, el escarabajo de la mañana, para mantener confinado a su enemigo. Había enterrado a Apofis bajo una avalancha de escarabajos vivos.

Cuando Sadie y yo habíamos llegado a esa cárcel la primavera anterior, millones de esos escarabajos se habían reducido a caparazones resecos. Cuando escapó Apofis, solo sobrevivió un escarabajo dorado: el último vestigio del poder de Jepri.

Ra había intentado tragarse ese escarabajo. (Sí, es asqueroso, ya lo sé.) Al ver que no funcionaba... se lo ofreció a Zia.

No recordaba que Zia lo hubiera aceptado, pero de algún modo supe que el amuleto era ese mismo bicho.

—Zia...

Ella meneó la cabeza con ímpetu.

—Después.

Señaló a Setne, que estaba absorto en su hechizo. Vale, igual no era muy buen momento para hablar. No quería que el túnel se viniera abajo sobre nosotros. Pero no podía dejar de darle vueltas.

Setne se había burlado de que no lo hubiera deducido yo solo.

Sabía que Ra estaba fascinado por Zia. Era su cuidadora favorita. Setne había comentado que Zia estaba teniendo problemas de control de temperatura. «El viejo te empieza a afectar, ¿eh?», había dicho. Y Ra había entregado a Zia aquel escarabajo (en la práctica, una parte de su alma), como si ella fuera su suma sacerdotisa... o quizá alguien aún más importante.

El pasadizo retumbó. La pared del callejón sin salida se deshizo en polvo, mostrándonos la cámara que había al otro lado.

Setne miró atrás con una sonrisa.

—Empieza la fiesta, niños.

Le seguimos a una sala circular que me recordó a la biblioteca de la Casa de Brooklyn. El suelo era un luminoso mosaico de pastos y ríos. En las paredes, unos sacerdotes pintados adornaban unas vacas con flores y tocados de plumas para algún tipo de festividad mientras otros egipcios meneaban hojas de palma y sacudían unas sonajas de bronce llamadas sistros. En el techo abovedado había una representación de Osiris en su trono, dictando sentencia sobre un toro. Durante un momento absurdo, me pregunté si Ammit devoraría los corazones de las vacas malvadas, y si le gustaba el sabor fuerte a ternera.

En el centro de la estancia, sobre un pedestal con forma de ataúd, había una estatua a tamaño real del toro Apis. Estaba tallada en piedra oscura —basalto, tal vez—, pero pintada con tanto arte que parecía viva. Los ojos del toro parecían seguirme. Su pelaje negro relucía, y tenía un pequeño diamante blanco en la parte frontal del pecho y una manta dorada sobre el lomo, cortada y bordada para parecerse a unas alas de halcón. Sus cuernos sostenían un platillo volador de oro, la corona de disco solar. Por debajo, saliendo de la frente del toro, como el cuerno torcido de un unicornio, había una cobra erguida.

Un año antes habría pensado: «Impresionante, pero solo es una estatua». Pero desde entonces me había enfrentado a muchas estatuas egipcias que cobraban vida e intentaban darme pisotones hasta en el anj.

A Setne no parecía preocuparle. Llegó con paso relajado hasta el toro de piedra y le dio una palmadita en la pata.

—¡El altar de Apis! Esta cámara la construí exclusivamente para mis sacerdotes elegidos para mí. Ahora solo nos queda esperar.

—¿Esperar a qué? —preguntó Zia. Como era una chica lista, se había quedado cerca de la entrada conmigo.

Setne se miró un reloj de muñeca que no llevaba.

—Ya no falta mucho. Es como una especie de temporizador. ¡Pasad, pasad! Podéis ponerlos cómodos.

Entré avanzando centímetro a centímetro. Esperé a que la pared se solidificara a mis espaldas, pero el acceso permaneció abierto.

—¿Estás seguro de que el libro todavía está aquí?

—Pues claro. —Setne rodeó la estatua, estudiando su base—. Solo tengo que recordar cuál de estos paneles de la tarima era el que se abría. Al principio toda esta sala iba a ser de oro, ¿sabes? Habría quedado mucho más molona. Pero mi padre me congeló los fondos.

—Tu padre. —Zia llegó a mi lado y entrelazó su mano con la mía, a lo que no me negué. El collar con el escarabajo dorado relucía en su cuello—. ¿No fue Ramsés el Grande?

La boca de Setne se retorció en una mueca despectiva.

—Sí, ese nombre lo acuñó su departamento de Relaciones Públicas. Yo prefería llamarle Ramsés II o Ramsés Número Dos.

—¿Ramsés? —dije—. ¿Su padre es ese Ramsés?

Supongo que no me había parado a pensar dónde encajaba Setne en la historia de Egipto. Mirando a aquel tipo bajito y esmirriado, con su pelo saturado de gomina, la americana con hombreras y esa joya tan ridícula, nadie habría pensado que era familiar de un gobernante tan conocido. Es más, ese hecho lo convertía en familiar mío, ya que la rama genealógica de mi madre trazaba su herencia mágica hasta Ramsés el Grande.

(Sadie dice que me ve el parecido con Setne.) [Cierra el pico, Sadie.]

Creo que a Setne no le hizo gracia que me quedara impresionado. Levantó su nariz picuda hacia el techo.

—Precisamente tú deberías saber lo que se siente, Carter Kane, al crecer a la sombra de un padre famoso. La lucha constante por estar a la altura de su leyenda. Mírate, el hijo del gran doctor Julius Kane. Cuando por fin consigues labrarte un nombre como mago de primera fila, ¿qué hace tu padre? Va y se convierte en un dios.

Setne rió sin humor. Yo nunca había estado resentido con mi padre; siempre me había gustado ser el hijo del doctor Kane. Pero las palabras de Setne calaron en mí, y la rabia empezó a acumularse en mi pecho.

Está jugando contigo, dijo la voz de Horus.

Sabía que Horus tenía razón, pero no me mejoró el ánimo.

—¿Dónde está el libro, Setne? —pregunté—. Basta de retrasos.

—No te subas por los frisos, amiguete. Ya falta poco. —Alzó la mirada hacia el Osiris pintado en el techo—. ¡Ahí lo tienes! Don Azulito en persona. Créeme, Carter, tú y yo nos parecemos mucho. Yo tampoco puedo ni poner el pie en Egipto sin ver la cara de mi padre. ¿Abu Simbel? Ahí está papi Ramsés mirándome mal. Cuatro copias de él, cada una de veinte metros de altura. Es como una pesadilla. La mitad de los templos de Egipto los ordenó construir él y, claro, les puso estatuas de sí mismo. ¿Tan raro es que yo quisiera convertirme en el mejor mago del mundo? —Intentó sacar su pecho raquítrico—. Y eso fue exactamente lo que hice. Lo que no comprendo, Carter Kane, es por qué no has reclamado todavía el trono del faraón. Tienes a Horus de tu parte, ansioso de poder. Deberías fundirte con el dios, convertirte en el faraón del mundo y, hummm... —Posó la mano en la estatua del Apis—. Coger el toro por los cuernos.

Tiene razón, dijo Horus. *Este humano demuestra sabiduría.*

«Decídete», repliqué.

—Carter, no le hagas caso —dijo Zia—. Setne, no sé qué pretendes, pero para. Ya.

—¿Qué pretendo? Mira, muñeca...

—¡No me llames así! —exclamó Zia.

—Oye, que estoy de vuestra parte —nos aseguró Setne—. El libro está aquí mismo, dentro de la tarima. En cuanto el toro se mueva...

—¿El toro se mueve? —pregunté.

Setne entrecerró los ojos.

—¿No os lo había mencionado? Saqué la idea de una fiesta que celebrábamos en los viejos tiempos, el festival de Sed. ¡Era lo máximo! ¿Alguna vez habéis estado en un encierro de toros de esos que hacen en...? ¿Dónde era, en España?

—Pamplona, sí —respondí. Me embargó otra oleada de resentimiento. Mi padre me había llevado a Pamplona una vez, pero no me había dejado salir a la calle mientras los toros corrían por la ciudad. Dijo que era demasiado peligroso... como si su vida secreta de mago no fuese mucho más mortífera.

—Eso, Pamplona —dijo Setne—. Bueno, pues, ¿sabes dónde se originó la tradición? En Egipto. El faraón se echaba una carrera ritual con el toro Apis para renovar su poder regio, demostrar su fuerza, recibir la bendición de los dioses... las chorradas de siempre. Más tarde pasó a ser una farsa, sin ningún

peligro real. Pero al principio sí que era auténtico. A vida o muerte.

Cuando pronunció la palabra muerte, la estatua del toro se movió. Dobló las patas como si estuvieran agarrotadas. A continuación bajó la cabeza y me clavó una mirada feroz mientras bufaba una nube de polvo.

—¡Setne! —Extendí la mano para reclamar mi espada, pero por supuesto no estaba—. Haz que pare o te envolveré en cintas tan rápido que...

—Yo en tu lugar no lo haría —me avisó Setne—. Verás, yo soy el único que puede sacar el libro sin que lo fulminen unas dieciséis maldiciones distintas.

El disco solar dorado refulgió entre los cuernos del toro. La cobra de su frente empezó a retorcerse, silbar y escupir fuego.

Zia sacó su varita. ¿Eran imaginaciones mías o el escarabajo de su collar empezaba a soltar vapor?

—Detén a esa criatura, Setne, o te juro que...

—No puedo, muñeca. Lo lamento. —Nos sonrió desde detrás de la tarima del toro, sin aspecto, en realidad, de lamentarlo mucho—. Forma parte del sistema de seguridad, ¿entiendes? Si queréis el libro, tendréis que distraer al toro y sacarlo de aquí mientras yo abro la tarima y recojo el *Libro de Tot*. Tengo una fe absoluta en vosotros.

El toro rascó su pedestal con una pezuña antes de saltar. Zia tiró de mí hasta el pasaje por el que habíamos entrado.

—¡Eso es! —gritó Setne—. Igual que en el festival de Sed. Demuestra que eres digno del trono del faraón, chaval. ¡Corre o muere!

El toro embistió.

Una espada me habría ido de maravilla. También me habría conformado con el capote y el estoque que usan los toreros. O con un fusil de asalto. Pero Zia y yo tuvimos que deshacer nuestro camino, recorriendo las catacumbas a la carrera, y no tardamos en darnos cuenta de que nos habíamos perdido. Dejar que Setne nos guiara en aquel laberinto había sido una estupidez. Tendría que haber ido soltando miguitas de pan, o marcar las paredes con jeroglíficos..., o algo.

Albergué la esperanza de que los túneles fueran demasiado estrechos para el toro Apis, pero no hubo suerte. Oía las paredes de piedra retumbar por detrás de nosotros mientras el toro las rascaba en su avance. Hubo otro sonido que me gustó menos todavía: un zumbido grave seguido de una explosión. No sabía lo que era, pero me sirvió de incentivo para correr más deprisa.

Debimos de recorrer una docena de pasadizos. En cada uno había unos veinte o treinta sarcófagos. Era increíble la cantidad de Apis que habían terminado momificados allí abajo. Siglos y siglos de toros. Por detrás, nuestro monstruoso amigo de piedra bramaba mientras se abría paso violentamente por los túneles.

Miré hacia atrás un momento y me arrepentí al instante. El toro nos ganaba terreno a buen ritmo, mientras la cobra de su frente escupía fuego.

—¡Por aquí! —gritó Zia.

Me metió en un pasillo lateral. Al fondo, por una entrada abierta, se colaba lo que parecía ser luz solar. Apretamos el paso en esa dirección.

Esperaba que fuese una salida al exterior, pero acabamos deteniéndonos con torpeza en otra estancia circular. En el centro de aquella no había ninguna estatua de toro, pero sí cuatro sarcófagos gigantes de

piedra repartidos por su circunferencia. Las paredes mostraban escenas del paraíso bovino: toros pastando, toros de juerga en la pradera, toros siendo objeto de la adoración de los pequeños y tontos seres humanos. El sol entraba por un agujero en el techo abovedado, a unos seis metros de altura. Un haz de luz atravesaba el aire polvoriento y caía como un foco en el centro del suelo, pero no había forma de escapar por el agujero. Aunque me transformara en halcón, la abertura era demasiado estrecha, y de todas formas no pensaba dejar sola a Zia.

—No hay salida —me dijo.

—¡MUUU! —El toro Apis ocupaba toda la entrada, impidiéndonos el retroceso. La cobra que le servía de capucha siseó hacia nosotros.

Retrocedimos por la sala hasta que nos iluminaron los cálidos rayos solares. Sería un destino cruel morir allí, atrapado bajo miles de toneladas de roca pero pudiendo ver el sol.

El toro rascó el suelo con la pata. Dio un paso adelante y vaciló, como si le molestara la luz.

—A lo mejor puedo hablar con él —sugerí—. Está relacionado con Osiris, ¿no?

Zia me miró como si estuviera loco (que lo estaba), pero no se me ocurría nada mejor.

Preparó su varita y su báculo.

—Te cubro.

Avancé hacia el monstruo y le enseñé mis manos vacías.

—Toro bonito. Soy Carter Kane. Osiris es mi padre, más o menos. ¿Qué tal si declaramos una tregua y...?

La cobra me lanzó una llamarada a la cara.

Me habría convertido en un Carter extracrujiente, pero Zia gritó una palabra de mando. Mientras yo retrocedía tambaleándome, su báculo desvió el ataque, absorbiendo las llamas como si fuera una aspiradora. Zia separó el aire con su varita y una brillante muralla de fuego rojo se encendió alrededor del toro Apis. Pero el toro se quedó quieto en el sitio y nos miró con furia, completamente ileso.

Zia soltó una palabrota.

—Parece que con la magia de fuego estamos empatados.

El toro bajó los cuernos.

Mis instintos de dios de la guerra reaccionaron.

—¡A cubierto!

Zia se echó al suelo hacia un lado. Yo hice lo mismo hacia el otro. El disco solar del toro refulgió y empezó a vibrar, antes de proyectar un rayo dorado de calor justo en el lugar donde habíamos estado. A duras penas logré ponerme detrás de un sarcófago. Me salía humo de la ropa. Las suelas de mis zapatos se habían fundido. Donde había caído el rayo, el suelo estaba ennegrecido y burbujeante, como si la roca hubiera alcanzado su punto de ebullición.

—¿Toros con rayos láser? —refunfuñé—. ¡Es lo más injusto que he visto en la vida!

—¡Carter! —llamó Zia desde el otro lado de la sala—. ¿Estás bien?

—¡Tenemos que separarnos! —grité—. Yo lo distraigo. ¡Tú sal de aquí!

—¿Qué? ¡Ni hablar!

El toro se giró hacia el sonido de su voz. Tuve que actuar deprisa.

Mi avatar no iba a servir de mucho en un espacio tan reducido, pero necesitaba la fuerza y la velocidad del dios. Invoqué el poder de Horus. Una luz azul cobró vida a mi alrededor. Sentí que mi piel

era dura como el acero y mis músculos, potentes como pistones hidráulicos. Me levanté, empuñé los puños contra el sarcófago y lo reduje a un montón de cascotes y polvo de momia. Agarré un trozo de tapa, a modo de escudo pétreo de ciento cincuenta kilos, y cargué contra el toro.

Chocamos uno contra el otro. No sé cómo logré permanecer en el sitio, pero me costó hasta la última brizna de fuerza mágica. El toro bramaba y empujaba. La cobra escupía llamaradas que ardían por encima de mi escudo.

—¡Zia, sal de aquí! —grité.

—¡No pienso abandonarte!

—¡No te queda otra! No puedo...

Los pelos de mis brazos se erizaron incluso antes de oír el zumbido. Mi losa de piedra se desintegró con un fogonazo de luz dorada, salí despedido hacia atrás y me estrellé contra otro sarcófago.

Tenía la visión borrosa. Oí gritar a Zia. Cuando logré enfocar la mirada, la vi plantada en el centro de la sala, envuelta en la luz del sol, entonando un hechizo que no reconocí. Había atraído la atención del toro, lo que muy posiblemente me salvó la vida. Pero antes de que pudiera avisarle con un grito, el toro apuntó su disco solar y disparó un rayo láser hipercaliente directo hacia Zia.

—¡No! —chillé.

La luz me cegó. El calor me extrajo todo el oxígeno de los pulmones. Era imposible que Zia hubiera sobrevivido a ese ataque.

Pero cuando remitió la luz dorada, Zia estaba allí. A su alrededor ardía un escudo inmenso en forma de... de caparazón de escarabajo. Los ojos de Zia brillaban con llamas anaranjadas. A su alrededor bailaban lenguas de fuego. Miró al toro y habló con una voz profunda y áspera que, definitivamente, no era la suya:

—Soy Jepri, el sol naciente. No seré negado.

Hasta más tarde no caí en la cuenta de que lo había dicho en egipcio antiguo.

Extendió un brazo. Un cometa en miniatura salió disparado hacia el toro Apis y el monstruo estalló en llamas, rodó por el suelo y dio coces, presa de un repentino pánico. Sus piernas se desmoronaron. Se desplomó en el suelo y se deshizo, dejando solo una pila humeante de cascotes calcinados.

La sala quedó en silencio. Me daba miedo moverme. Zia aún estaba envuelta en llamas, y cada vez se veían más calientes... Ardieron amarillas, y luego blancas. Ella parecía haber entrado en trance. Esta vez el escarabajo dorado que llevaba en el cuello estaba soltando humo, sin duda.

—¡Zia! —Me palpitaba la cabeza, pero conseguí levantarme. Ella se volvió hacia mí y generó otra bola de fuego—. ¡Zia, no! Soy yo. Carter.

Titubeó.

—¿Carter...?

Su expresión se volvió confusa, y al momento atemorizada. Las llamas anaranjadas desaparecieron de sus ojos, y se derrumbó en el charco de luz solar.

Corrí hacia ella. Intenté acomodarla sobre mí, pero su piel ardía demasiado para tocarla. El escarabajo dorado le había dejado una quemadura muy fea en el cuello.

—Agua —murmuré—, ¿de dónde saco agua? —Nunca se me habían dado muy bien las palabras divinas, pero grité—: *Maw!*

El símbolo brilló encima de nosotros:



Varios metros cúbicos de agua se materializaron en el aire y cayeron sobre nosotros. De la cara de Zia salió vapor. Tosió y escupió, pero sin despertar. Su fiebre seguía preocupantemente alta.

—Te sacaré de aquí —le prometí, levantándola en brazos.

No necesité la fuerza de Horus. Había segregado tanta adrenalina que ni siquiera sentía mis propias heridas. Corrí hacia Setne cuando este me adelantó en el pasadizo.

—¡Eh, amiguete! —Aflojó el ritmo y siguió al trote junto a mí, moviendo el grueso papiro que llevaba en la mano—. ¡Buen trabajo! ¡Ya tengo el *Libro de Tot*!

—¡Casi has matado a Zia! —le grité—. ¡Sácanos de aquí! ¡Ya!

—Vale, vale —dijo Setne—. Tranquilízate.

—Voy a llevarte al tribunal de mi padre —gruñí—. Voy a embutirte personalmente en la boca de Ammit, como una rama en una trituradora de madera.

—Eh, eh, grandullón. —Setne me guió por un pasadizo inclinado hasta la luz eléctrica de la excavación arqueológica—. ¿Qué tal si primero os saco de aquí, eh? Recuerda que aún me necesitas para descifrar este libro y encontrar la sombra de la Serpiente. De trituradoras ya hablaremos más adelante, ¿vale?

—Ella no puede morir —insistí.

—Muy bien, entendido.

Setne me llevó por más túneles, cada vez más deprisa. Zia no me pesaba nada en los brazos. Mi dolor de cabeza había desaparecido. Por fin, salimos a la luz del sol y corrimos hacia *La reina egipcia*.

Reconozco que estaba ofuscado.

Cuando regresamos a bordo, Filo Ensangrentado me informó sobre las reparaciones del barco, pero apenas le oí. Pasé sin detenerme a su lado y llevé a Zia al camarote más cercano. La coloqué sobre la cama y revolví mi mochila buscando suministros médicos: una cantimplora, un ungüento mágico que me había preparado Jaz, algunos conjuros escritos. Yo no era un *rejet* como Jaz. Mis poderes curativos se limitaban a las vendas y la aspirina, pero empecé a trabajar.

—Venga —murmuré—. Vamos, Zia. Te pondrás bien.

Tenía la piel tan caliente que casi le había secado la ropa empapada. Tenía los ojos en blanco. Empezó a musitar, y habría jurado que dijo: «Bolas de boñiga. Es hora de empujar las bolas de boñiga».

Me habría hecho gracia... de no ser porque estaba agonizando.

—El que habla es Jepri —explicó Setne—. Es el escarabajo pelotero divino que hace rodar el Sol por el firmamento.

No me apetecía procesar la idea de que la chica que me gustaba estuviera poseída por un escarabajo pelotero y estuviera soñando que empujaba una bola gigantesca de caca ardiente por el cielo.

Pero no había duda: Zia había empleado la senda de los dioses. Había llamado a Ra, o al menos a una de sus encarnaciones: Jepri.

Ra la había escogido, igual que Horus me había escogido a mí.

De pronto, vila lógica a que Apofis hubiera destruido el pueblo de Zia cuando ella era pequeña, y a

que el viejo lector jefe Iskandar se hubiera tomado tantas molestias para adiestrarla y luego ocultarla mediante un letargo mágico. Si ella poseía el secreto para despertar al dios solar...

Le froté un poco de ungüento en el cuello. Le puse un paño frío en la frente, pero no logré ningún resultado.

Me giré hacia Setne.

—¡Cúrala!

—Esto, hummm... —Hizo una mueca—. Verás, es que la magia curativa no es lo mío. ¡Pero al menos tienes el *Libro de Tot*! Si muere, no habrá sido en vano...

—Si muere —le advertí—, te... te...

No se me ocurría una tortura lo bastante dolorosa.

—Veo que necesitas un poco de tiempo —dijo Setne—. No hay problema. ¿Qué tal si voy a decirle a tu capitán hacia dónde vamos? Deberíamos regresar a la Duat y surcar el Río de la Noche lo antes posible. ¿Tengo tu permiso para darle órdenes?

—¡Que sí! —grité—. Sal de aquí ahora mismo.

No sé cuánto tiempo pasó. La fiebre de Zia pareció remitir un poco. Su respiración empezó a calmarse y dejó de dormir tan agitada. Le di un beso en la frente y me quedé a su lado, sin soltarle la mano.

Fui vagamente consciente de que el barco se movía. Entramos en caída libre por un momento y luego tocamos agua con un zarandeo y un gran chapuzón. Noté que volvía a haber un río bajo el casco y, por el cosquilleo de mis tripas, supuse que habíamos regresado a la Duat. La puerta se abrió detrás de mí con un chirrido, pero no aparté la mirada de Zia.

Esperé a que Setne dijera algo (posiblemente, restregarme por la cara lo bien que había guiado el barco hasta el Río de la Noche), pero permaneció en silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté.

El sonido de la madera astillada me hizo saltar. En la puerta no estaba Setne. Filo Ensangrentado acababa de partir el marco de la puerta y se cernía sobre mí. Tenía los puños apretados.

Habló con un zumbido frío y furioso.

—Lord Kane, es hora de morir.

13. Una partida amistosa al escondite (¡con puntos adicionales por muerte dolorosa!)

SADIE

Ya veo, ya. Lo dejas cuando aparece el demonio asesino del hacha. Conque intentando que mi parte de la historia resulte más aburrida, ¿eh? Ay, Carter, Carter, cómo te gusta llamar la atención.

Bueno, pues mientras vosotros ibais de crucero por el Nilo en un lujoso barco, Walt y yo viajábamos con un poquito menos de estilo.

En el reino de los muertos me arriesgué a tener otra conversación con Isis para negociar un portal que nos llevase al delta del Nilo. Isis debía de estar mosqueada conmigo (vete a saber por qué), o no nos habría soltado a Walt y a mí en un pantano que nos llegaba hasta la cintura, con los pies atrapados en el fango.

—¡Muchísimas gracias! —grité al cielo.

Traté de moverme, pero era imposible. A nuestro alrededor se acumuló una nube de mosquitos. El río burbujeaba y chapoteaba de vida, lo que me trajo a la mente los peces tigre de dientes afilados y los elementales de agua que me había descrito Carter una vez.

—¿Alguna idea? —pregunté a Walt.

De vuelta en el mundo mortal, se le había escapado toda la vitalidad. Parecía... supongo que la palabra es «ahuecado». La ropa le estaba más suelta. La parte blanca de sus ojos estaba tintada de un color amarillo poco saludable. Tenía los hombros hundidos, como si los amuletos que llevaba en el cuello lo lastrasen. Verlo así me dio ganas de llorar, que no es algo que suele pasarme.

—Sí —dijo, con una mano metida en su mochila—. Tengo justo lo que necesitamos.

Sacó un *shabti*, la figurilla de cera de un cocodrilo.

—¡No habrás sido capaz! —dije—. ¡Eres un chico maravillosamente malo!

Walt sonrió. Por un momento, casi me recordó a él mismo.

—Todo el mundo iba a abandonar la Casa de Brooklyn. Pensé que no estaba bien dejarlo atrás.

Arrojó la figurilla al río y pronunció una orden. Filipo de Macedonia asomó en la superficie del agua. Que te sorprenda un cocodrilo gigante en pleno Nilo suele ser una circunstancia a evitar, pero a Filipo lo recibimos con los brazos abiertos. Me sonrió con sus enormes dientes de cocodrilo y sus brillantes ojillos rosados mientras el lomo de escamas blancas flotaba justo por encima del agua.

Walt y yo no nos agarramos. En un santiamén, Filipo nos liberó del barro. Al poco tiempo ya estábamos sentados en su lomo, avanzando río arriba. Yo montaba delante, con las rodillas en los hombros de Filipo. Walt iba sentado detrás, en el centro del cocodrilo. Filipo era un animal tan grande que quedó un espacio considerable entre Walt y yo, posiblemente más del que me habría gustado. De todas formas, fue un trayecto encantador, si exceptuamos que estábamos empapados, envueltos en barro y bajo ataque de los mosquitos.

El terreno era un laberinto de acequias, islas con hierba, lechos de juncos y bancos de fango. Era imposible saber dónde terminaba el río y dónde empezaba la tierra. A veces divisábamos a lo lejos unos campos arados o los tejados de pueblos pequeños, pero a grandes rasgos teníamos el río para nosotros solos. Vimos a varios cocodrilos, pero ninguno se nos acercó. Tendrían que estar muy majaras para

molestar a Filipo.

Igual que Carter y Zia, habíamos salido tarde del inframundo. Me quedé alarmada al ver lo alto que estaba el sol en el cielo. El calor convertía el aire en una sopa de neblina. Tenía mojados la camisa y los pantalones. Deseé haberme traído una muda de ropa, aunque tampoco habría supuesto una gran diferencia, puesto que la mochila también se había mojado. Además, con Walt allí, no tenía dónde cambiarme.

Al cabo de un rato, me aburrí de mirar el delta. Me senté al revés y crucé las piernas, de cara a Walt.

—Siuviésemos madera, podríamos encender una fogata en el lomo de Filipo.

Walt rió.

—No creo que le hiciera gracia. Además, no nos conviene enviar señales de humo.

—¿Crees que nos buscan?

Su rostro se ensombreció.

—Si yo fuera Apofis, o incluso Sarah Jacobi...

No hizo falta que acabase la frase. Había villanos de sobra que querían vernos muertos. Por supuesto que estarían buscándonos. Walt rebuscó entre su colección de collares. Yo no me fijé en las curvas suaves de sus labios, para nada, ni tampoco en cómo se le ajustaba la camisa al pecho con aquel aire húmedo. No. Para mí solo existía la misión.

Escogió un amuleto en forma de ibis, el animal sagrado de Tot. Walt se lo acercó a la boca, susurró algo y lo lanzó por los aires. El talismán creció hasta ser una hermosa ave blanca de largo pico curvado y alas de puntas negras. Trazó un círculo en torno a nosotros y luego se alejó, volando lenta y elegantemente sobre los humedales. Me recordó a una cigüeña de los dibujos animados antiguos, las que traían a los bebés en hatillos. Por algún motivo ridículo, la idea me hizo sonrojar.

—¿Lo envías para que se adelante a explorar? —adiviné.

Walt asintió.

—Buscará las ruinas de Sais. Con un poco de suerte, ya no estaremos muy lejos.

«A no ser que Isis nos haya enviado al lado contrario del delta», pensé.

Isis no replicó, lo que demostraba a las claras que estaba ofendida.

Remontamos la corriente a bordo del Crucero Cocodrilo. En otro momento, no me habría incomodado pasar tanto rato a solas con Walt, pero teníamos mucho que decirnos y ninguna forma buena de hacerlo. Al día siguiente por la mañana, de un modo u otro, concluiría nuestra larga lucha contra Apofis.

Por supuesto, me preocupaba por todos nosotros. Había dejado a Carter con el fantasma sociópata del tío Vinnie. Ni siquiera había tenido el valor de contarle que, de vez en cuando, Zia se transformaba en una maníaca de las bolas de fuego. Me inquietaba Amos y su pulso contra Set. No podía dejar de pensar en nuestros jóvenes aprendices, que en la práctica estaban solos en el Nomo Primero y seguro que también asustados. Me pesaba el corazón por mi padre, sentado en su trono del inframundo, afligido por mi madre otra vez. Y temía por el espíritu de ella, al borde de la destrucción en algún lugar de la Duat.

Pero, por encima de todo, me preocupaba Walt. Todos los demás teníamos alguna posibilidad de sobrevivir, por pequeña que fuese. Pero, aunque venciésemos, Walt estaba condenado. Según decía Setne, era posible que Walt no pasara ni siquiera de nuestra excursión a Sais.

No habría hecho falta que me lo dijera nadie. Solo tenía que hundir mi visión en la Duat. Alrededor de Walt se arremolinaba un aura gris enfermiza, que cada vez palidecía más. Me pregunté cuánto tiempo

le faltaba para convertirse en la aparición momificada que había visto en Dallas.

Pero también estaba aquella otra visión, la visión que había tenido en la Sala del Juicio. Después de hablar con el chacal guardián, Walt se había girado hacia a mí y, por un instante, había pensado que era...

—Anubis querría haber estado allí. —Walt interrumpió mis pensamientos—. En la Sala del Juicio, quiero decir. Quería estar allí por ti, si es lo que estabas preguntándote.

Endurecí las facciones.

—Me preguntaba cosas acerca de ti, Walt Stone. Se te acaba el tiempo, y aún no hemos tenido la conversación que debemos tener.

Hasta decir solo eso me costó horrores.

Los pies de Walt dejaban estelas en el agua. Se había quitado las zapatillas para que se secasen sobre el lomo de Filipo. No suelo ver el atractivo a los pies de los chicos, y menos recién salidos de zapatillas embarradas, pero Walt tenía unos pies bastante bonitos. Los dedos eran casi del mismo color que el limo que se levantaba del lecho del Nilo.

(Carter está quejándose de que hable tanto sobre los pies de Walt. ¡Bueno, pues lo siento! Era más fácil centrarme en sus dedos de los pies que en su mirada triste.)

—Esta noche, como muy tarde —dijo—. Pero Sadie, no pasa nada.

La rabia creció en mi interior, pillándome por sorpresa.

—¡Cállate! —le solté—. ¡Pues claro que pasa algo! Sí, vale, ya me has dicho lo mucho que te alegras de haberme conocido, y de aprender magia en la Casa de Brooklyn, y de ayudarme a detener a Apofis. Muy noble, ya lo creo. ¡Pero sí que...! —Se me quebró la voz—. Sí que pasa algo.

Descargué un puñetazo en el lomo escamoso de Filipo, que no se lo merecía en absoluto. Walt tampoco merecía que le chillara. Pero estaba harta de tanta tragedia. No me habían diseñado para sufrir tantas pérdidas, sacrificios y tristezas espantosas. Quería rodear a Walt con mis brazos, pero entre nosotros se alzaba un muro: el conocimiento de que estaba perdido. Tenía hacia él unos sentimientos tan contradictorios que no sabía si me impulsaba la simple atracción, el remordimiento o (¿me atrevo a decirlo?) el amor... O quizá la tozuda determinación de no perder a nadie más que me importase.

—Sadie... —Walt apartó un momento la mirada hacia los marjales. Su rostro expresaba impotencia, y supongo que no se le podía reprochar. Yo me había puesto en un plan bastante imposible—. Si muero por algo en lo que creo... a mí me parece bien. Pero la muerte no tiene por qué ser el final. He hablado con Anubis y...

—¡Dioses de Egipto, no me vengas con esas otra vez! —exclamé—. Por favor, ni lo nombres. Sé exactamente lo que te ha estado diciendo.

Aquello pareció sobresaltar a Walt.

—¿Lo sabes? Y... ¿no te gusta la idea?

—¡Claro que no! —grité. Walt puso cara de abatimiento absoluto—. ¡Ah, venga ya! Sé que Anubis es el guía de los muertos. Te ha estado preparando para el más allá. Te ha dicho que todo irá bien. Que tendrás una muerte noble, un juicio rápido y pasarás directo al paraíso del antiguo Egipto. ¡Qué puñetera maravilla! Serás un fantasma como mi pobre madre. A lo mejor para ti no se acaba el mundo. Si con eso aceptas mejor tu destino, me parece muy bien. Pero yo no quiero ni oír hablar de ello. No me hace falta otro... otra persona con la que no puedo estar.

Me ardía la cara. Ya era bastante espantoso que mi madre fuese un espíritu. No podía abrazarla como debía ser, ni ir de compras con ella, y jamás me daría consejos sobre cosas de chicas. Bastante espantoso era que me hubiesen aislado de Anubis, el guapo dios horriblemente frustrante que tenía mi corazón hecho un embrollo. En el fondo, siempre había sabido que nunca podría tener una relación con él por la diferencia de edad —de unos cinco mil años—, pero que me la prohibieran los otros dioses por decreto era hurgar en la herida.

Y ahora, pensar en Walt convertido en espíritu, fuera de mi alcance también... era demasiado, y punto.

Levanté la mirada hacia él, temiendo que mi arenga de chiquilla mimada le hubiera hecho sentirse aún peor.

Para mi sorpresa, me dedicó una sonrisa. Después estalló en carcajadas.

—¿Qué? —dije, alterada.

Se dobló sobre sí mismo, sin dejar de reír, lo que me pareció una falta de consideración por su parte.

—¿Te parece gracioso? —grité—. ¡Walt Stone!

—No... —Se agarró los costados—. No, es que... no lo entiendes. No es eso.

—Bueno, pues entonces, ¿qué es?

Consiguió ahogar la risa. Parecía estar ordenando sus ideas cuando el ibis blanco descendió del cielo. Se posó en la cabeza de Filippo, aleteó y dio un graznido.

La sonrisa de Walt desapareció.

—Hemos llegado. Las ruinas de Sais.

Filippo nos llevó a la orilla. Nos calzamos y vadeamos el terreno pantanoso. Ante nosotros se extendía un bosque de palmeras, neblinoso a la luz de la tarde. Volaban garzas sobre nuestras cabezas. Unas abejas de color naranja y negro flotaban por encima de las plantas de papiro.

Una de ellas se posó en el brazo de Walt. Varias abejas más rodearon su cabeza.

Walt parecía más perplejo que preocupado.

—La diosa que se supone que vive por aquí, Neit... ¿no tenía algo que ver con las abejas?

—Ni idea —admití. Por alguna razón, sentí la necesidad de hablar bajito.

[Sí, Carter, fue la primera vez en la vida, gracias por preguntar.]

Escruté por entre las palmeras. En la lejanía me pareció distinguir un claro con algunos grupos de ladrillos de barro sobresaliendo de la hierba, como dientes podridos.

Se los señalé a Walt.

—¿Serán los restos de un templo?

Walt debía de sentir el mismo instinto por el sigilo que yo. Se agachó entre la hierba, intentando minimizar su silueta. Entonces miró con nerviosismo a Filippo de Macedonia, que venía detrás de nosotros.

—A lo mejor no deberíamos llevar con nosotros un cocodrilo de tonelada y media pisoteando los bosques.

—De acuerdo —dije.

Cuchicheó una orden. Filippo volvió a encogerse al tamaño de una estatuilla de cera. Walt se guardó nuestro cocodrilo en el bolsillo y empezamos a avanzar con cautela hacia las ruinas.

Cuanto más nos acercábamos, más abejas zumbaban en el aire. Al llegar al claro, encontramos una

colonia entera enjambrada como una alfombra viviente sobre una acumulación de paredes de barro que se caían en pedazos.

Junto a ellas, sentada en una roca erosionada y apoyada en un arco, había una mujer dibujando en la arena con una flecha.

Era hermosa, aunque tenía un aire severo. Delgada, de tez blanca y pómulos altos, con los ojos hundidos y sus cejas en arco, parecía una supermodelo en el límite entre el glamour y la desnutrición. Tenía el pelo de un moreno lustroso, recogido a ambos lados en trenzas rematadas con puntas de flecha de pedernal. Su expresión altiva parecía decir: «Soy demasiado especial para dignarme a miraros siquiera».

Sus ropas no tenían nada de glamour, sin embargo. Iba vestida para la caza con los colores del desierto: beis, marrón y ocre. De su cinturón colgaban varios cuchillos. Llevaba un carcaj a la espalda, y su arco parecía un arma muy seria: madera pulida con jeroglíficos de poder tallados.

Y lo más enervante de todo es que parecía estar esperándonos.

—Sois ruidosos —nos echó en cara—. A estas alturas, podría haberos matado una docena de veces.

Miré a Walt y después de nuevo a la cazadora.

—Hummm... ¿gracias? Por no matarnos, quiero decir.

La mujer resopló.

—No me lo agradezcas. Tendréis que hacerlo mucho mejor si queréis salir vivos de aquí.

No me sonó nada bien, pero en general no suelo pedir a las mujeres fuertemente armadas que me aclaren afirmaciones como esa.

Walt señaló el símbolo que la cazadora estaba trazando en la arena, un óvalo con cuatro puntas que sobresalían como si fuesen patitas.

—Eres Neit —adivinó Walt—. Ese es tu símbolo, el escudo con las flechas cruzadas.

La diosa enarcó las cejas.

—Te has devanado los sesos, ¿eh? Pues claro que soy Neit. Y sí, este es mi símbolo.

—A mí me parece un bicho —dije.

—¡No es un bicho! —Neit me fulminó con la mirada. Detrás de ella, las abejas se pusieron nerviosas y empezaron a trepar sobre los ladrillos de adobe.

—Tienes razón —decidí—, no es un bicho.

Walt movió un dedo como si se le hubiera ocurrido algo.

—Las abejas... ya me acuerdo. Uno de los nombres de tu templo era la Casa de la Abeja.

—Las abejas son cazadoras incansables —dijo Neit—. Guerreras audaces. Me gustan las abejas.

—Esto... ¿y a quién no? —intervine—. Qué... zumbonas tan adorables. Pero, verás, es que tenemos una misión.

Me dispuse a explicarle el asunto de Bes y su sombra.

Neit me interrumpió haciendo un ademán con su flecha.

—Ya sé a qué habéis venido. Me lo han dicho los otros.

Me pasé la lengua por los labios.

—¿Qué otros?

—Los magos rusos —dijo—. Han sido unas presas malísimas. Y luego se han pasado por aquí los demonios. No eran mucho mejores. Todos querían mataros.

Me acerqué un paso a Walt.

—Ya veo. Así que tú...

—Los he destruido, por supuesto —dijo Neit.

Walt emitió un sonido a medio camino entre un gruñido y un gimoteo.

—¿Los has destruido porque... eran malignos? —dijo, esperanzado—. Sabías que los demonios y esos otros magos trabajaban para Apofis, ¿verdad? Es una conspiración.

—Claro que es una conspiración —replicó Neit—. Están todos en el ajo: mortales, magos, demonios, recaudadores de impuestos... Pero a mí no me la darán con queso. Todo el que invade mi territorio lo paga. —Me sonrió con dureza—. Y yo me quedo con trofeos de cada uno de ellos.

Sacó un collar de debajo de su chaqueta militar. Hice una mueca, preparada para ver que les había rebanado... bueno, no quiero ni decirlo. Pero en el cordel estaban ensartados unos recuadros irregulares de tela: lino, seda y tela vaquera.

—Bolsillos —nos reveló Neit, con un brillo travieso en los ojos.

Las manos de Walt descendieron por instinto a los lados de sus pantalones de deporte.

—¿Les... arrancas los bolsillos?

—¿Te parece una crueldad? —preguntó Neit—. Pues sí, colecciono los bolsillos de mis enemigos.

—Escalofriante —dije—. No sabía que los demonios tuviesen bolsillos.

—Ya lo creo. —Neit echó miradas furtivas en todas las direcciones, supongo que para confirmar que no nos oía nadie—. Solo hay que saber dónde buscar.

—Vale... —dije—. Bueno, el caso es que hemos venido a buscar la sombra de Bes.

—Sí —dijo la diosa.

—Y tengo entendido que tú eres amiga de Bes y Tauret.

—Es cierto. Me caen bien. Son feos. No creo que estén implicados en la conspiración.

—¡Oh, desde luego que no! Entonces, ¿podrías, tal vez, decirnos donde está la sombra de Bes?

—Podría. Lo que buscáis mora en mis dominios, entre las sombras de tiempos remotos.

—¿Entre las qué?

Me arrepentí mucho de preguntar.

Neit cargó una flecha y la disparó hacia el cielo. Mientras el proyectil ascendía, el aire titiló. Una onda de choque se extendió por el terreno y me provocó un mareo momentáneo.

Al parpadear, vi que el cielo vespertino se había vuelto de un azul más brillante, surcado por nubes de color naranja. El aire era fresco y limpio. Sobre nuestras cabezas volaban bandadas de gansos. Las palmeras eran más altas, la hierba más verde...

[Sí, Carter, sé que suena ridículo, pero de verdad que la hierba estaba más verde al otro lado.]

Donde habían estado los ladrillos de barro, se alzaba orgulloso un templo. Walt, Neit y yo estábamos junto a la cara exterior de las murallas, que medían diez metros y brillaban blancas al sol. El complejo entero debía de abarcar al menos un kilómetro cuadrado. En el centro de la muralla izquierda, un portón relucía con filigranas de oro. Un camino señalado por hileras de esfinges de piedra llevaba al río, donde había barcos de vela amarrados.

¿Estaba desorientada? Sí. Pero ya había pasado por una experiencia parecida anteriormente, cuando había tocado las imágenes de luz en el Salón de las Eras.

—¿Estamos en el pasado? —aventuré.

—En una sombra de él —dijo Neit—. En un recuerdo. Este es mi refugio. También puede ser vuestro cementerio, si no sobrevivís a la cacería.

Tensé los músculos.

—¿Te refieres... a que nos darás caza? ¡Pero no somos tus enemigos! Bes es amigo tuyo. ¡Deberías ayudarnos!

—Sadie tiene razón —dijo Walt—. Tu enemigo es Apofis. Va a destruir el mundo mañana por la mañana.

Neit soltó una risotada.

—¿El fin del mundo? Lo estoy viendo venir desde hace eones. Vosotros, blandos mortales, no habéis hecho caso a las advertencias, pero yo estoy preparada. Tengo un búnker subterráneo con reservas de comida, agua limpia y suficientes armas y munición para repeler a un ejército de zombis.

Walt arrugó la frente.

—¿Ejército de zombis?

—¡Nunca se sabe! —exclamó Neit—. El caso es que yo superaré el apocalipsis. ¡Puedo vivir de la tierra! —Me señaló con un dedo—. ¿Sabías que la palmera tiene seis partes comestibles distintas?

—Hummm...

—Y no me aburriré nunca, porque también soy la diosa del tejido. ¡Tengo bramante guardado para pasarme un milenio entero haciendo macramé!

Me quedé sin respuesta, porque no estaba segura de lo que era el macramé.

Walt levantó las manos.

—Neit, todo eso está muy bien, pero Apofis se alzarán mañana. Se tragará el sol, sumirá al mundo en la oscuridad y provocará que toda la tierra se derrumbe en el mar del caos.

—Yo estaré a salvo en mi búnker —insistió Neit—. Si podéis demostrarme que sois amigos y no enemigos, tal vez os ayude con Bes. Después, podéis uniros a mí en el búnker. Os enseñaré habilidades de supervivencia. ¡Comeremos raciones militares y tejeremos prendas nuevas con los bolsillos de nuestros enemigos!

Walt y yo cruzamos una mirada. La diosa estaba como un cencerro. Por desgracia, necesitábamos su ayuda.

—O sea, que quieres darnos caza —dije—. Y en teoría debemos sobrevivir...

—Hasta el ocaso —dijo ella—. Si me evitáis durante ese tiempo, podréis vivir en mi búnker.

—Tengo una contraoferta —me apresuré a decir—. Pasamos del búnker. Si ganamos, nos ayudarás a encontrar la sombra de Bes, pero también lucharás a nuestro lado contra Apofis. Si de verdad eres una diosa de la guerra, una cazadora y todo eso, deberías disfrutar de una buena batalla.

Neit sonrió enseñándonos los dientes.

—¡Hecho! Mira, hasta os doy cinco minutos de ventaja. Pero debo advertiros que nunca pierdo. ¡Cuando os mate, me quedaré con vuestros bolsillos!

—Eres dura negociando —dije—, pero de acuerdo.

Walt me dio un codazo.

—Esto, Sadie...

Le lancé una mirada de advertencia. Tal y como yo lo veía, no teníamos forma de evitar la caza, pero se me había ocurrido una idea que podía mantenernos con vida.

—¡Ya ha empezado! —gritó Neit—. Podéis moveros por todo mi territorio, que básicamente es el delta entero. No tiene importancia. Os encontraré.

Walt dijo:

—Pero...

—Quedan cuatro minutos —dijo Neit.

Tomamos la única decisión razonable. Dimos media vuelta y salimos por piernas.

—¿Qué es el macramé? —pregunté a voz en grito mientras corríamos entre los juncos.

—Una especie de tejido —dijo Walt—. ¿Por qué estamos hablando de esto?

—No sé —reconocí—. Tenía curi...

El mundo se puso boca abajo... o, mejor dicho, lo hice yo. Estaba colgada en una áspera red de cordeles, con los pies en el aire.

—Eso es macramé —dijo Walt.

—Encantador. ¡Bájame!

Sacó una navaja de su mochila (un chico con recursos) y consiguió soltarme, pero supuse que ya habíamos perdido casi toda nuestra ventaja. El sol estaba más bajo en el horizonte, pero ¿cuánto tiempo tendríamos que sobrevivir? ¿Treinta minutos? ¿Una hora?

Walt registró su mochila y consideró por un momento el cocodrilo de cera blanca.

—¿Filipo, tal vez?

—No —dije—. No podemos luchar frente a frente contra Neit. Tenemos que esquivarla. Si nos separamos...

—Tigre. Barco. Esfinge. Camellos. Nada de invisibilidad —murmuró Walt, mientras examinaba sus amuletos—. ¿Por qué no tengo un amuleto de invisibilidad?

Me dio un escalofrío. La última vez que había probado suerte con la invisibilidad, no me había ido muy bien.

—Walt, es una diosa de la caza. Me extrañaría que pudiésemos engañarla con cualquier tipo de hechizo de ofuscación, aunque llevaras alguno.

—Entonces, ¿qué? —preguntó.

Llevé un dedo al pecho de Walt y toqué el único amuleto que no había considerado, el collar que era gemelo del que llevaba yo.

—¿Los amuletos *shen*? —Pestañeó—. ¿De qué pueden servirnos?

—Nos separamos y así ganamos tiempo —dije—. Podemos transmitir pensamientos por los amuletos, ¿verdad?

—Bueno... sí.

—Y pueden teletransportar al otro a nuestro lado, ¿o no?

Walt frunció el ceño.

—Los... los diseñé para eso, pero...

—Si nos separamos —seguí—, Neit tendrá que escoger a cuál de los dos sigue. Nos alejamos tanto como podamos. Si me encuentra a mí primero, tú me teletransportas fuera de peligro con el amuleto, o viceversa. Luego volvemos a separarnos y repetimos la jugada.

—Buena táctica —concedió Walt—. Si los amuletos funcionan lo bastante deprisa. Y si podemos mantener la conexión mental. Y si Neit no mata a uno de nosotros antes de que pueda pedir ayuda. Y si...

Le puse el dedo en los labios.

—No he oído nada después de lo de «Buena táctica».

Asintió y me dio un beso rápido.

—Buena suerte.

El muy tonto no debería hacer cosas como esa cuando más falta me hace centrarme. Salió disparado hacia el norte y yo, tras subir un momento a las nubes, corrí hacia el sur.

Las botas militares llenas de barro no son el mejor calzado para el sigilo.

Acaricié la idea de meterme en el río, pensando que tal vez el agua borrara mi rastro, pero no quería echarme a nadar sin saber qué podía haber bajo la superficie: cocodrilos, serpientes, espíritus malignos... Carter me había dicho una vez que en el Egipto antiguo casi nadie sabía nadar, y en su momento me había parecido absurdo. ¿Cómo podía ser que un pueblo que vivía junto a un río no nadase? Entonces lo comprendí. Nadie en su sano juicio querría meter ni un pie en esa agua.

(Carter dice que bañarse en el Támesis o en el East River sería casi igual de malo para la salud. Muy bien, es cierto.) [Y ahora cierra el pico, querido hermano, y déjame llegar a la parte genial en la que resuelvo la situación.]

Corrí por la orilla, partiendo juncos a mi paso y saltando a un cocodrilo que estaba tomando el sol. No me molesté en comprobar si me perseguía. Tenía depredadores más peligrosos de los que preocuparme.

No estoy segura de cuánto tiempo pasé corriendo. Me parecieron kilómetros. Cuando la orilla empezó a ensancharse, viré tierra adentro, intentando no abandonar la cobertura de las palmeras. No oía ningún signo de persecución, pero notaba un picor entre los omóplatos, en el punto donde esperaba que me diera una flecha.

Pasé dando tropezones por un claro donde unos egipcios antiguos vestidos con taparrabos cocinaban sobre una hoguera, al lado de una pequeña cabaña con techo de paja. Puede que los egipcios fuesen solo sombras del pasado, pero tenían un aspecto bastante real. Parecieron sorprenderse de que una chica rubia vestida con ropa militar cruzase su campamento. Entonces vieron mi báculo y mi varita y de inmediato se postraron, bajaron las cabezas al suelo y musitaron algo sobre el Per Anj, la Casa de la Vida.

—Hummm, sí —dije—. Asunto oficial del Per Anj. Circulen. Adiós.

Salí corriendo. Me pregunté si un día, entre las pinturas de algún templo, aparecería una chica egipcia, rubia con mechones de color violeta, corriendo entre las palmeras y gritando «¡Ay, madre!» en jeroglíficos mientras Neit la perseguía. Imaginarme a algún pobre arqueólogo sudando la gota gorda para encontrarle algún sentido casi me puso de buen humor.

Llegué al extremo del palmeral y resbalé hasta detenerme. Por delante solo tenía campos arados hasta donde alcanzaba la vista. No había lugares para correr ni esconderme.

Di media vuelta.

¡Tunc!

Una flecha se clavó en la palmera más cercana, con tanta fuerza que me cayeron dátiles encima.

«Walt —pensé, desesperada—, ahora, por favor.»

A veinte metros de distancia, Neit se levantó entre la hierba. Llevaba la cara pringada de fango del río. De su pelo asomaban hojas de palma, como si fuesen orejas de conejo.

—He cazado jabalíes más habilidosos que tú —protestó—. ¡He cazado plantas de papiro más

habildosas!

«Venga, Walt —pensé—. Querido, querido Walt. Ya.»

Neit meneó la cabeza, disgustada. Cargó una flecha. Noté un tirón en el estómago, como cuando vas en coche y frena de golpe.

De pronto estaba sentada en un árbol junto a Walt, en la rama más baja de un gran sicómoro.

—Ha funcionado —dijo.

¡Mi maravilloso Walt!

Le di un beso con todas las de la ley, o al menos con todas las que permitía nuestra situación. Tenía un olor dulce que no había notado antes, como si hubiera comido flores de loto. Me imaginé la vieja cancioncilla de escuela: «Sadie y Walt / en un árbol se sientan / y cuando te giras / YA ESTÁN BESA QUE TE BESA». Por suerte, cualquiera que pudiese chincharme con aquello estaba cinco mil años en el futuro.

Walt respiró hondo.

—¿Eso era un agradecimiento?

—Tienes mejor aspecto —señalé. Sus ojos no estaban tan amarillos. Se le veía menos dolorido al moverse. Lo normal habría sido que me entusiasmara, pero lo que hice fue preocuparme—. Ese olor a loto... ¿Te has tomado algo?

—Estoy bien. —Apartó la mirada—. Será mejor que volvamos a separarnos.

No consiguió que me olvidara de lo preocupada que estaba, pero tenía razón. No había tiempo para charlar. Los dos bajamos de un salto y partimos en direcciones opuestas.

El sol ya casi rozaba el horizonte. Empecé a esperanzarme. Seguro que ya no teníamos que resistir mucho más tiempo.

Casi caí en otra trampa de macramé, pero, por suerte, estaba ojo avizor por si topaba con más proyectos de manualidades de Neit. Bordeé la trampa, me abrí paso entre unas plantas de papiro y vi que había regresado al templo de la diosa.

Los portones de oro estaban abiertos. La amplia avenida de las esfinges se prolongaba en el interior del complejo. Sin vigilantes... sin sacerdotes. A lo mejor Neit los había matado a todos y les había arrancado los bolsillos, o quizá estuviesen metidos en el búnker, preparándose para repeler una invasión de zombis.

Hummm. Pensé que el último lugar donde Neit esperaría encontrarme era su cuartel general. Además, Tauret había visto la sombra de Bes cuando estaban sentados en aquella muralla. Si podía encontrar la sombra sin ayuda de Neit, mejor que mejor.

Corrí hacia los portones, sin dejar de mirar las esfinges por el rabillo del ojo. Ninguna de ellas cobró vida. Dentro del patio inmenso había dos obeliscos erguidos, con puntas de oro. Entre ellos se alzaba una estatua de Neit con cara de pocos amigos y atuendo del antiguo Egipto. Amontonados a su alrededor había flechas y escudos, como si fuesen botines de guerra.

Estudié los muros que me rodeaban. Había varias escaleras que subían a los adarves. El sol poniente proyectaba muchas sombras alargadas, pero a primera vista ninguna pertenecía a un enano. Tauret me había sugerido que llamase a la sombra. Iba a intentarlo cuando oí la voz de Walt en mi mente:

«¡Sadie!»

Es difícilísimo concentrarse cuando la vida de alguien depende de ti. Cogí mi amuleto *shen* y

murmuré:

—Venga, venga, venga.

Imaginé a Walt de pie a mi lado, preferiblemente sin flechas clavadas. Parpadeé... y allí estaba. Casi me tiró al suelo al abrazarme.

—Me... me habría matado de verdad —dijo entre jadeos—. Pero antes quería hablar. Me ha dicho que le gustaba nuestro truco. Que estaría orgullosa de darnos muerte y quedarse con nuestros bolsillos.

—Chachi —dije—. ¿Volvemos a separarnos?

Walt miró por encima de mi hombro.

—Sadie, mira ahí.

Señaló a la esquina noroeste de la muralla, donde los adarves confluían en una torre. Mientras el cielo se teñía de rojo, las sombras empezaron a difuminarse en la pared lateral de la torre, pero una de ellas permaneció: la silueta de un hombrecillo fornido con el pelo encrespado.

Me temo que se nos fue de la cabeza el plan. Corrimos juntos hacia la escalera y subimos a la muralla. En menos que canta un gallo habíamos llegado a la torre y contemplábamos la sombra de Bes.

Caí en la cuenta de que estábamos en el lugar exacto que me había descrito Tauret, donde ella y Bes se habían cogido de la mano aquella noche, hacía tantos milenios. Bes le había dicho la verdad y había dejado su sombra allí, para que pudiese ser feliz aunque él no lo fuera.

—Oh, Bes... —Noté que el corazón se me encogía igual que un *shabti* de cera—. Walt, ¿cómo la atraparemos?

Una voz a nuestras espaldas dijo:

—No lo haréis.

Nos giramos. A pocos metros de distancia, Neit estaba de pie en el adarve. Nos apuntaba con dos flechas cargadas en el arco. Desde tan cerca, no creí que tuviese problemas para acertarnos a los dos.

—Buen intento —nos concedió—. Pero en la caza siempre gano yo.

14. La personalidad múltiple es divertida

SADIE

¿El momento perfecto para recurrir a Isis?

Quizá. Pero, aunque Isis hubiera respondido, dudaba mucho que pudiera invocar cualquier magia antes de que Neit disparase. Además, incluso en el improbable caso de que acabásemos derrotando a la cazadora, intuí que para Neit sería trampa utilizar el poder de otra diosa contra ella. Seguro que llegaría a la conclusión de que estoy metida en la conspiración de rusos, zombis y recaudadores de impuestos.

Por muy loca que estuviese Neit, necesitábamos su ayuda. Sería mucho más útil tirando flechas a Apofis que quedándose sentada en su búnker, cosiendo chaquetas con nuestros bolsillos y haciendo nudos de bramante.

Se me aceleró el pensamiento. ¿Cómo convencer a una cazadora? Yo no sabía gran cosa de caza, excepto lo que había oído decir al viejo comandante McNeil, un amigo del abuelo en el hogar del pensionista, que no paraba de contar batallitas sobre... Ah.

—Pues es una pena, la verdad —le dije.

Neit titubeó, como me esperaba que hiciera.

—¿El qué? —preguntó.

—Lo de las seis partes comestibles de la palmera. —Reí—. En realidad, son siete.

Neit frunció el ceño.

—¡Imposible!

—Ah, ¿sí? —Levanté las cejas—. ¿Alguna vez has vivido de la tierra en Covent Garden? ¿Alguna vez has recorrido la espesura del rastro de Camden y sobrevivido para contarlo?

El arco de Neit descendió un ápice.

—No conozco esos lugares.

—¡Ya me lo parecía! —dije en tono triunfal—. Oh, las historias que podríamos haber intercambiado, Neit. Los consejos de supervivencia. Una vez pasé una semana entera sin comer nada más que galletas duras y el jugo de la Ribena.

—¿Eso es una planta? —preguntó Neit.

—Con todos los nutrientes necesarios para sobrevivir —dije—. Si sabes dónde comp... quiero decir dónde recolectarla. —Alcé mi varita, confiando en que lo interpretase como un gesto dramático y no como una amenaza—. Una vez, desde mi búnker de la estación de Charing Cross, aceché a la mortífera presa conocida como gominola.

Neit abrió mucho los ojos.

—¿Son peligrosas?

—Horribles —confirmé—. Por separado pueden parecer pequeñas, pero siempre aparecen en grandes manadas. Son pegajosas, y engordan... Muy, muy letales. Y allí estaba yo, sin más recursos que dos libras y mi bono del metro, acosada por las gominolas, cuando... En fin, ¿qué más da? Cuando las gominolas vengan a por ti... lo descubrirás tú sola.

Bajó el arco del todo.

—Cuéntamelo. Debo saber cómo se cazan las gominolas.

Dirigí una mirada seria a Walt.

—¿Cuántos meses has pasado bajo mi tutela, Walt?

—Siete —dijo—, casi ocho.

—¿Alguna vez te he considerado digno de cazar gominolas conmigo?

—Hummm... no.

—¡Para que veas! —Me arrodillé y empecé a dibujar en el suelo del adarve con la varita—. Ni siquiera Walt está preparado para aprender sus secretos. Podría hacerte un dibujo de la temible gominola, o incluso (¡los dioses nos libren!) del picapica. Pero tales conocimientos podrían destruir a un cazador inferior.

—¡Soy la diosa de la caza! —Neit se acercó poco a poco, mirando asombrada los trazos brillantes... y sin darse cuenta de que eran jeroglíficos de protección—. Debo saberlo.

—Bueno... —Eché un vistazo disimulado al horizonte—. Antes que nada, debes entender la importancia de escoger un buen momento.

—¡Sí! —dijo Neit, ansiosa—. Explícame eso.

—Pues por ejemplo... —Di un golpecito a los jeroglíficos y activé mi hechizo—. Se ha puesto el sol. Seguimos vivos. Hemos ganado.

La expresión de Neit se endureció.

—¡Con artimañas!

Se abalanzó sobre mí, pero los glifos de protección refulgieron, rechazando a la diosa. Levantó su arco y disparó las flechas.

Lo que sucedió entonces me sorprendió a varios niveles. En primer lugar, las flechas debían de llevar encantamientos muy potentes, porque atravesaron mis defensas como si no existiesen. En segundo, Walt se arrojó hacia delante con una velocidad imposible. Antes de que yo pudiera chillar (cosa que hice de todos modos), Walt atrapó las flechas en el aire. Se desmenuzaron hasta que solo quedó polvo gris, que el viento esparció.

Neit dio un paso atrás, temerosa.

—Eres tú. ¡No es justo!

—Hemos ganado —dijo Walt—. Cumple lo acordado.

Cruzaron una larga mirada que no terminé de interpretar, como una especie de duelo de voluntades.

Neit resopló entre sus dientes apretados.

—Muy bien. Podéis marcharos. Cuando se alce Apofis, lucharé en vuestro bando. Pero no voy a olvidar que has invadido mi territorio, hijo de Set. Y tú... —Me miró con rabia—. Tú has merecido que esta cazadora te maldiga. ¡Que un día tu presa te engañe como tú me has engañado hoy a mí! ¡Así caigas en la trampa que te tienda una manada de gominolas salvajes!

Con tan aterradora amenaza, Neit se disolvió, dejando solo un rollo de bramante.

—¿Hijo de Set? —entrecerré los ojos, mirando a Walt—. Exactamente, ¿a qué...?

—¡Cuidado! —me avisó.

A nuestro alrededor, el templo empezaba a derrumbarse. El aire se onduló mientras la onda de choque mágica se contraía, volviendo a convertir el terreno en el Egipto del presente.

Casi no logramos llegar al pie de la escalera. Las últimas murallas del templo se habían reducido a un montón de ladrillos de adobe desgastados, pero la sombra de Bes aún era visible contra ellos,

desvaneciéndose gradualmente con el anochecer.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Walt.

—Sí, pero ¿cómo la atrapamos?

Detrás de nosotros, alguien carraspeó.

Anubis estaba apoyado en una palmera cercana, con el semblante grave.

—Siento interrumpir, pero... Walt, ha llegado la hora.

Anubis llevaba vestiduras formales del antiguo Egipto. Consistían en una gorguera dorada, una faldita negra, sandalias y básicamente nada más. Como he dicho en alguna ocasión, no hay muchos chicos que pudiesen vestir así con dignidad, y menos si añadimos las rayas de kohl en los ojos, pero a Anubis todo le sentaba bien.

De pronto vi la alarma en su rostro. Echó a correr hacia nosotros. Por un momento, tuve una absurda visión de mí misma en la portada de una novela romántica como las que leía mi abuela, con la damisela languideciendo en brazos de un chico musculoso y a medio vestir mientras otro rondaba por ahí cerca, mirándola con anhelo. ¡Oh, qué terribles decisiones se le plantean a una chica! Deseé haber tenido un momento para asearme. Seguía rebozada en barro seco del río, hiedra y cordeles, como si me hubieran cubierto de brea y plumas.

Pero Anubis pasó de largo y agarró a Walt por los hombros. Vaya... eso sí que no me lo esperaba.

Sin embargo, enseguida comprendí que estaba evitando que Walt cayese derrumbado al suelo. La frente de Walt estaba bañada en sudor. Dejó caer la cabeza y le flaquearon las rodillas, como si alguien hubiera cortado la última cuerda que lo sostenía. Anubis lo bajó con suavidad al suelo.

—Walt, quédate conmigo —le rogó Anubis—. Tenemos un asunto pendiente.

—¿Asunto pendiente? —grité. No sé qué me había entrado, pero me sentí como si acabasen de borrarne con Photoshop de la portada de mi propio libro. Además, si había algo a lo que no estaba nada acostumbrada era a que no me hicieran caso—. Anubis, ¿se puede saber qué haces aquí? ¿Qué tramáis vosotros dos? ¡¿Y de qué puñetero asunto hablas?!

Anubis me miró sorprendido, como si hubiera olvidado que estaba allí. No ayudó demasiado a mejorarne el ánimo.

—Sadie...

—Se lo he intentado explicar —gimió Walt. Anubis le ayudó a incorporarse, aunque el pobre seguía teniendo un aspecto horrible.

—Ya veo —dijo Anubis—. No te ha dejado decir ni dos palabras seguidas, ¿eh?

Walt se las ingenió para sonreír un poco.

—Tendrías que haberla oído hablando con Neit de gominolas. Era como... no sé, como una locomotora verbal. Se ha llevado a la diosa por delante.

—Sí, lo he visto —dijo Anubis—. Ha sido entrañable, y a la vez un poco irritante.

—¡¿Perdón?! —No estaba segura de a cuál de los dos quería abofetear antes.

—Y cuando se pone así de roja, ¿qué? —añadió Anubis, como si yo fuese un espécimen interesante que había encontrado.

—Monísima —coincidió Walt.

—Entonces, ¿te has decidido? —le preguntó Anubis—. Es nuestra última oportunidad.

—Sí. No puedo renunciar a ella.

Anubis asintió y le dio un apretón amistoso en el hombro.

—Ni yo tampoco. ¿Hacemos primero lo de la sombra?

Walt tosió, con el rostro crispado de dolor.

—Sí, antes de que sea demasiado tarde.

No os diré que en aquel momento tenía las ideas claras, pero una cosa sí que era evidente: esos dos habían estado hablando a mis espaldas mucho más de lo que había creído. ¿Qué diablos se habrían estado contando de mí? Que Apofis pudiese devorar el Sol era lo de menos: aquello era mi peor pesadilla.

¿Cómo podía ser que ninguno de los dos renunciase a mí? Oírsele decir a un chico que se estaba muriendo y a un dios de la muerte parecía un mal augurio. Habían formado una especie de conspiración...

Ay, madre. Empezaba a pensar igual que Neit. Cuando quisiera darme cuenta, estaría acurrucada en un búnker subterráneo, comiendo raciones militares y riendo como una bruja mientras cosía los bolsillos de todos los chicos que me habían dejado plantada.

Con dificultades, Anubis ayudó a Walt a llegar junto a la sombra de Bes, que desaparecía a marchas forzadas con el ocaso.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó Anubis.

Walt musitó unas palabras que no entendí. Le tiritaban las manos, pero sacó un bloque de cera de su mochila y empezó a modelar un *shabti*.

—Setne intentaba que sonara complicadísimo, pero ahora lo veo claro. Es muy simple. No me extraña que los dioses quisieran este conocimiento bien lejos de manos mortales.

—Disculpad —interrumpí.

Los dos me miraron.

—Hola, me llamo Sadie Kane —dije—. No es que quiera meterme en vuestra conversación de coleguitas, pero ¿qué narices estáis haciendo?

—Capturar la sombra de Bes —dijo Anubis.

—Pero... —No me salían las palabras. Menuda locomotora verbal estaba hecha. Aquello era más bien un descarrilamiento verbal—. Pero si este es el asunto del que hablabais, ¿a qué ha venido todo eso de decidirse y de no renunciar a mí y...?

—Sadie —dijo Walt—, si no actúo ahora mismo, perderemos la sombra. Tienes que fijarte en el hechizo, para poder repetirlo tú con la sombra de la Serpiente.

—No vas a morir, Walt Stone. Te lo prohíbo.

—Es un encantamiento sencillo —continuó, sin hacer caso de mi ruego—. Una convocación normal y corriente, pero reemplazando la palabra «Bes» por «sombra de Bes». Cuando la *sheut* esté absorbida, necesitarás un hechizo de ligadura para anclarla. Luego...

—¡Walt, para!

Temblaba tanto que le castañeteaban los dientes. ¿Cómo se le ocurría ponerse a darme lecciones de magia?

—... para la execración —dijo—, tienes que estar justo delante de Apofis. El ritual es exactamente el mismo que el del hechizo normal. Setne nos ha mentado en eso; el encantamiento no es nada del otro mundo. Lo único difícil es encontrar la sombra. Para la de Bes, inviertes el hechizo y listos. Tendría que funcionar hasta a cierta distancia, porque es un conjuro beneficioso. La sombra querrá ayudarte. Luego

envías la *sheut* para que encuentre a Bes, y debería... debería traerlo de vuelta.

—Pero...

—Sadie. —Anubis puso las manos en mis hombros. Sus ojos castaños estaban llenos de compasión

—. No le hagas hablar más de lo necesario. Necesita reservar fuerzas para este hechizo.

Walt empezó a recitar. Levantó el pegote de cera, que ahora se parecía a un Bes en miniatura, y lo apretó contra la sombra de la muralla.

Sollocé.

—¡Pero morirá!

Anubis me retuvo. Olía a incienso de templo, a copal, a ámbar y a otras fragancias antiguas.

—Nació bajo la sombra de la muerte —dijo Anubis—. Por eso él y yo nos entendemos. Habría caído hace mucho rato, pero Jaz le dio una última poción para quitarle el dolor y darle un impulso de energía final en caso de emergencia.

Recordé el dulce olor a loto en el aliento de Walt.

—Se la ha tomado hace nada. Mientras huíamos de Neit.

Anubis asintió.

—Acaba de pasarse el efecto. Solo tendrá la energía suficiente para completar este hechizo.

—¡No! —Quise chillar, golpearle, pero me temo que lo que hice fue hundirme y llorar.

Anubis me atrajo a sus brazos y gimoteé como una niña pequeña.

No tengo excusa. Simplemente, no podía soportar la idea de perder a Walt, ni aunque fuese para recuperar a Bes. Por una sola vez, ¿no podía salirme algo bien sin tener que hacer un sacrificio inmenso?

—Tienes que mirar —me dijo Anubis—. Aprende el hechizo. Es la única forma de salvar a Bes. Y necesitarás el mismo conjuro para atrapar la sombra de la Serpiente.

—¡Me da igual! —grité, pero empecé a prestar atención.

Mientras Walt entonaba el hechizo, la figurilla iba absorbiendo la sombra de Bes como si fuese una esponja chupando líquido. La cera se volvió tan negra como el kohl.

—No te preocupes —dijo Anubis con voz suave—. La muerte no es el final para él.

Le aporreé el pecho sin muchas fuerzas.

—¡No me digas eso! ¡No tendrías ni que estar aquí! ¿Los dioses no te habían puesto una orden de alejamiento?

—Se supone que no debo acercarme a ti —confirmó Anubis— porque no tengo forma mortal.

—Entonces, ¿cómo puede ser? No hay cementerio. Este templo no es tuyo.

—No —admitió Anubis. Hizo un gesto hacia Walt con la cabeza—. Mira.

Walt completó el hechizo. Pronunció una sola voz de mando:

—*Hi-nehm*.

El jeroglífico de «unir» refulgió plateado contra la cera oscura:



Era la misma orden con la que yo había restaurado la tienda de regalos en Dallas, la misma con la que, la Navidad anterior, mi tío Amos nos había demostrado que podía recomponerse un cuenco roto. Y,

con una certeza horrorosa, supe que sería el último conjuro que Walt lanzase en su vida.

Cayó hacia delante. Corrí a su lado y le acuné la cabeza entre mis brazos. Tenía la respiración entrecortada.

—Ha funcionado —murmuró—. Ahora... envía la sombra a Bes. Tienes que...

—Walt, por favor —dije—. Podemos llevarte al Nomo Primero. A lo mejor, sus sanadores pueden...

—No, Sadie... —Me metió la figurilla en las manos—. Date prisa.

Intenté concentrarme. Era casi imposible, pero conseguí invertir las palabras de una execración. Canalicé poder hacia la figurilla e imaginé a Bes tal y como era antes. Animé a la sombra a encontrar a su amo, a despertarle el alma. En lugar de borrar a Bes del mundo, intenté devolverlo al cuadro, y esta vez con tinta permanente.

La figura de cera se convirtió en humo y desapareció.

—¿Ha... ha funcionado? —pregunté. Walt no respondió. Tenía los ojos cerrados. Estaba completamente quieto—. Oh, por favor... no. —Le abracé la frente, que se enfriaba con rapidez—. ¡Anubis, haz algo! —No hubo respuesta. Me giré y el dios ya no estaba—. ¡Anubis! —Chillé tan alto que hice eco en los lejanos precipicios. Dejé tendido a Walt con toda la suavidad que pude. Me levanté y giré sobre mí misma, con los puños cerrados—. ¿Coges su alma y te marchas? ¡Te odio!

De pronto Walt inspiró de golpe y abrió los ojos.

Sollocé del alivio.

—¡Walt! —Me arrodillé junto a él.

—La puerta —me apremió. No entendí a qué se refería. ¿Habría tenido algún tipo de experiencia cercana a la muerte? Su voz sonaba más clara, limpia de dolor, pero todavía débil—. Sadie, date prisa. Ahora ya sabes el hechizo. Funcionará con... con...

—Walt, ¿qué ha pasado? —Me enjuagué las lágrimas de la cara—. ¿Qué puerta?

Señaló con una mano débil. A pocos metros de nosotros flotaba una puerta negra en el aire.

—Toda esta misión era una trampa —dijo—. Setne... ahora veo su estratagema. Tu hermano necesita que le ayudes.

—Y tú, ¿qué? ¡Ven conmigo!

Negó con la cabeza.

—Aún estoy muy débil. Haré lo que pueda para reclutar refuerzos en la Duat... os harán falta... pero casi no puedo moverme. Nos veremos al amanecer en el Nomo Primero... si estás segura de que no me odias.

—¿Odiarte? —Estaba perpleja del todo—. ¿Por qué narices tendría que odiarte?

Me dedicó una sonrisa triste, una sonrisa que no era del todo propia.

—Mira —dijo.

Me costó un momento entender a qué se refería. Me envolvió una sensación gélida. ¿Cómo había sobrevivido Walt? ¿Dónde estaba Anubis? ¿Sobre qué habían estado conspirando?

Neit había llamado a Walt hijo de Set, pero no lo era. El único hijo que había tenido Set era Anubis.

«Se lo he intentado explicar», había dicho Walt.

«Nació bajo la sombra de la muerte —había dicho Anubis—. Por eso él y yo nos entendemos.»

A regañadientes, hice descender mi visión a la Duat. En el lugar donde estaba tumbado Walt vi a una persona diferente, como una imagen superpuesta... un joven que yacía, débil y pálido, con gorguera

dorada y una faldilla egipcia negra, de familiares ojos castaños y sonrisa melancólica. A un nivel más profundo todavía, vi el resplandor gris de un dios, la encarnación con cabeza de chacal de Anubis.

—Oh, no... No...

Me levanté para alejarme torpemente de él. De «ellos». Demasiadas piezas del rompecabezas cayeron en su sitio a la vez. Me daba vueltas la cabeza. La capacidad de Walt para convertir cosas en polvo... era la senda de Anubis. Llevaba meses canalizando el poder del dios. La amistad que compartían, sus conversaciones, la insinuación de Anubis de que había otra forma de salvar a Walt...

—¿Qué has hecho? —Lo miré horrorizada. Ni siquiera sabía cómo llamarle.

—Sadie, soy yo —dijo Walt—. Sigo siendo yo.

En la Duat, Anubis hablaba al unísono: «Sigo siendo yo».

—¡No! —Me fallaron las rodillas. Me sentía traicionada y estafada. Me sentía como si el mundo ya estuviera precipitándose en el mar del caos.

—Puedo explicártelo —dijo con dos voces—. Pero Carter necesita tu ayuda. Sadie, por favor...

—¡Calla!

No estoy orgullosa de mi reacción, pero di media vuelta y salí corriendo, directa hacia el portal de oscuridad. En aquel momento me daba igual a dónde diese, mientras estuviera bien lejos de aquella criatura inmortal a la que había creído amar.

15. Me transformo en un chimpancé violeta

CARTER

¿Gominolas? ¿En serio?

Esa parte no la había oído. Mi hermana nunca deja de sorprenderme. [Y no, Sadie, eso tampoco es un cumplido.]

La cosa es que, mientras Sadie vivía su drama romántico sobrenatural, yo me enfrentaba a un capitán de barco asesino con hacha, que al parecer quería cambiarse el nombre por Filo Incluso Más Ensangrentado.

—Retrocede —dije al demonio—. Es una orden.

Filo Ensangrentado emitió un zumbido que podría ser una carcajada. Inclino la cabeza y giró a la izquierda, como en un número de baile de Elvis Presley, y abrió un agujero en la pared. Entonces volvió a encararse a mí, con los hombros llenos de astillas.

—Tengo otras órdenes —zumbó—. ¡Órdenes de matar!

Embistió como un toro. Después del desastre que acababa de ocurrir en el *serapeum*, un toro era lo último a lo que quería enfrentarme.

Extendí el brazo con el puño cerrado.

—*Ha-wi!*

El jeroglífico de «golpear» brilló entre nosotros.



Un puño de energía azul impactó contra Filo Ensangrentado, lo sacó por la puerta y le hizo atravesar la pared del camarote de enfrente. Un golpe así habría dejado inconsciente a un ser humano, pero me llegó el sonido de F. E. saliendo de entre los escombros y zumbando furioso.

Intenté pensar. Estaría muy bien seguir atizándole con ese jeroglífico una y otra vez, pero la magia no funciona así. Cuando se pronuncia una palabra divina, luego no puede utilizarse en unos minutos, a veces horas.

Además, las palabras divinas son magia de primera categoría. Algunos magos necesitan años de estudio antes de dominar un solo jeroglífico. Yo había descubierto por las malas que utilizarlas demasiado consumía la energía muy rápido, y a mí no me quedaba mucha.

Primer problema: mantener al demonio lejos de Zia. Aún no había recobrado la consciencia y estaba indefensa del todo. Reuní tanta magia como pude y dije:

—*N'dah!* —«Proteger.»



Una luz azul resplandeció en torno a ella. Durante un momento horrible, mi mente volvió al día en que

encontré a Zia en su tumba acuosa, la primavera anterior. Si despertaba rodeada de energía azul y pensaba que volvía a estar prisionera...

—Oh, Zia —dije—. No pretendía...

—¡MATAR! —Filo Ensangrentado se levantó entre los escombros del camarote de enfrente. Llevaba una almohada de plumas empalada en la cabeza, y las pelusas de ganso le iban cayendo por todo el uniforme.

Corrí hasta el pasillo y me dirigí a la escalera, mirando atrás para cerciorarme de que el capitán iba detrás de mí y no al camarote de Zia. Por suerte, me pisaba los talones.

Subí a cubierta y grité:

—¡Setne!

El fantasma no estaba. La tripulación de luces se había vuelto loca; las esferas zumbaban frenéticas de un lado a otro, se daban topetazos contra las paredes, giraban alrededor de las chimeneas, y subían y bajaban la plancha sin motivo aparente. Supongo que, sin las instrucciones de Filo Ensangrentado, no sabían qué hacer.

El barco de vapor bajaba a la deriva por el Río de la Noche, haciendo eses por la corriente como un borracho. Pasamos por los pelos entre dos rocas abruptas que habrían pulverizado el casco, y luego caímos por una catarata y nos dimos un golpe que me dejó la mandíbula temblando. Miré hacia la cabina y vi que no había nadie al timón. Era un milagro que aún no hubiéramos chocado contra nada. Tenía que recuperar el control del barco.

Corrí hacia la escalera.

A medio camino, Filo Ensangrentado salió de la nada. Bajó la cabeza para dar un tajo horizontal hacia mi abdomen y me rajó la camiseta. Si hubiera estado un poco más gordo... No, no quería ni pensarlo. Retrocedí con torpeza, llevándome una mano al ombligo. Solo tenía un rasguño, pero ver la sangre en mis dedos me mareó un poco.

«Menudo guerrero», me reprendí.

Por suerte, Filo Ensangrentado tenía el hacha atascada en la pared. Intentaba liberarse, mientras refunfuñaba:

—Nuevas órdenes: matar a Carter Kane. Llevarle a la Tierra de los Demonios. Asegurarme de que es solo un viaje de ida.

¿La Tierra de los Demonios?

Subí los escalones de dos en dos y entré en la timonera.

La espuma que estaba levantándose alrededor del barco sugería que habíamos entrado en unos rápidos. Una columna de piedra surgió de entre la niebla y raspó contra el casco a estribor, llevándose parte de la borda. Nos inclinamos a un lado y ganamos velocidad. En algún lugar por delante de nosotros, un millón de toneladas de agua rugían al precipitarse hacia el vacío. Íbamos directos hacia una catarata.

Miré a mi alrededor, buscando tierra firme a la desesperada. Apenas se veía nada por culpa de la densa niebla y la luz gris y apagada de la Duat, pero a unos cien metros de la proa me pareció ver fuegos encendidos y una línea oscura que podría ser una playa.

La Tierra de los Demonios sonaba a mal asunto, pero no tan malo como caer por una catarata y partirnos en mil pedazos. Así que arranqué la cuerda de la campana de alarma y amarré el timón de forma que nos llevara a la costa.

—¡Matar a Kane!

La bota bien lustrada del capitán me golpeó en las costillas y me sacó a través de la ventana de popa. El cristal roto me arañó la espalda y las piernas. Reboté contra una chimenea caliente y caí con fuerza contra la cubierta.

Se me emborronó la vista. Me escocía el corte de la barriga. Sentía las piernas como si un tigre las hubiera usado como juguete para morder y, a juzgar por el dolor agudo de mi costado, la caída me había roto algunas costillas.

Considerándolo todo, no estaba siendo mi mejor combate.

¿Hola? Horus habló en mi mente. *¿Tenías pensado pedir ayuda en algún momento o te parece bien morir tú solo?*

«Perfecto —le solté—, el sarcasmo me ayuda muchísimo.»

Lo cierto era que no creía tener la energía suficiente para invocar mi avatar, ni siquiera con la ayuda de Horus. La lucha contra el toro Apis me había dejado casi exhausto, y eso era antes de que me persiguiera un demonio-hacha y saliera volando por una ventana.

Me llegaban los sonidos de Filo Ensangrentado bajando las escaleras pesadamente. Intenté levantarme, pero estaba a punto de desmayarme por el dolor.

«Un arma —dije a Horus—. Necesito un arma.»

Metí la mano en la Duat y saqué una pluma de avestruz.

—¿En serio? —grité en voz alta.

Horus no respondió.

Mientras tanto, los tripulantes luminosos se movían en zigzag, frenéticos, y el barco cargaba desbocado contra la costa. Ya podía distinguir mejor la playa: arena negra salpicada de huesos y chorros de gas volcánico que salían disparados de grietas ardientes. De maravilla. Era justo el lugar donde más me apetecía estrellarme.

Solté la pluma de avestruz y volví a buscar en la Duat.

En esa ocasión saqué dos armas que ya conocía, el cayado y el látigo, los símbolos del faraón. El cayado era un bastón de pastor dorado y rojo, con la punta curvada. El látigo tenía una empuñadura de madera y tres temibles cadenas de espinos. Ya había visto muchas armas parecidas. Todos los faraones tenían un conjunto. Pero aquellas guardaban un parecido inquietante con el par original, con las armas del dios solar que habíamos encontrado la primavera anterior en la tumba de Zia.

—¿Qué hacen aquí? —exigí saber—. Tendrían que estar con Ra.

Horus guardó silencio. Me dio la sensación de que estaba tan sorprendido como yo.

Filo Ensangrentado rodeó la cabina a toda prisa. Tenía el uniforme desgarrado y cubierto de plumas. En sus filos había algunas melladuras nuevas, y de algún modo había metido la bota izquierda en la campana de emergencia, así que tañía al andar. Aun así, tenía mejor aspecto que yo.

—Ya basta —zumbó—. ¡He servido a los Kane demasiado tiempo!

De la parte delantera del barco me llegó el «cranc, cranc, cranc» de la pasarela al descender. Miré de reojo y vi que Setne la recorría con paso tranquilo mientras el río se arremolinaba bajo sus pies. El fantasma se detuvo justo en el borde exterior de la plancha y esperó allí mientras el barco seguía acercándose a la playa de arena negra a toda pastilla. Estaba preparándose para saltar a un lugar seguro. Llevaba bajo el brazo un gran rollo de papiro, el *Libro de Tot*.

—¡Setne! —bramé.

Se giró y saludó, con una agradable sonrisa.

—¡No pasa nada, Carter! ¡Vuelvo enseguida!

—*Tas!* —grité.

Al instante, las Cintas de Hathor lo envolvieron, con papiro y todo, y Setne cayó al agua.

No había sido mi intención, pero no tenía tiempo de preocuparme por él. Filo Ensangrentado atacó, con los pies haciendo: «Clup, ¡BONG!, clup, ¡BONG!»). Rodé sobre mí mismo mientras su cabeza de hacha cortaba el suelo, pero se recuperó más deprisa de lo que yo era capaz. Notaba como si me hubieran disuelto las costillas en ácido. Tenía el brazo demasiado flojo para levantar el látigo de Ra. Alcé el cayado para defenderme, pero no sabía cómo se utilizaba.

Filo Ensangrentado estaba encima de mí, zumbando con malvado regocijo. Sabía que no podría esquivar otro tajo. Estaba a punto de convertirme en dos mitades separadas de Carter Kane.

—¡Se acabó! —exclamó.

De pronto, explotó en un pilar de fuego. Su cuerpo quedó vaporizado. El hacha de metal cayó y se clavó contra la cubierta entre mis pies.

Parpadeé, preguntándome si sería algún truco demoníaco, pero Filo Ensangrentado había desaparecido, de verdad y por completo. Lo único que quedaba junto al hacha de su cabeza eran unas botas embetunadas, una campana de alarma medio fundida y algunas plumas de ganso calcinadas flotando en el aire.

A poco más de un metro de distancia estaba Zia, apoyada contra la cabina del timonel. Tenía la mano derecha encendida en llamas.

—Sí —dijo en voz baja al filo humeante de hacha—. Se acabó.

Extinguió su fuego y vino hacia mí a trompicones para abrazarme. Sentí tanto alivio que casi olvidé el dolor lacerante de mi costado.

—Estás bien —dije, lo cual era una tontería dadas las circunstancias, pero ella me recompensó con una sonrisa.

—Bastante —dijo—. He tenido un momento de pánico. Al despertar, había energía azul por todas partes, pero...

Por casualidad miré por encima del hombro de Zia y se me revolvió el estómago.

—¡Agárrate! —grité.

La reina egipcia arremetió contra la orilla a toda velocidad.

Ahora entiendo por qué es tan importante ponerse el cinturón de seguridad.

Agarrarme no sirvió absolutamente de nada. El barco se estrelló contra la tierra firme con tanta fuerza que Zia y yo salimos despedidos por los aires como balas de cañón humanas. El casco se partió en dos detrás de nosotros, con un estruendoso «¡cataplum!»). El terreno aceleraba directo hacia mi cara. Tenía medio segundo para decidir si prefería morir estampado contra el suelo o caer a una grieta ardiente. Entonces, desde arriba, Zia me agarró del brazo y tiró de mí hacia el cielo.

Entreví su rostro, lúgubre pero decidido, y su brazo agarrándome mientras el otro pendía de las garras de un buitre gigante. Su amuleto. Llevaba meses sin acordarme de su existencia, pero Zia tenía un amuleto de buitre. Se las había ingeniado de algún modo para activarlo, porque es así de maravillosa.

Lo malo era que el buitre no tenía fuerza para volar cargando a dos personas. Solo podía ralentizar

nuestra caída, así que, en vez de acabar planos por el golpetazo, Zia y yo rodamos bruscamente sobre el suelo negro y arenoso, chocando entre nosotros hasta detenernos justo al borde de una hendidura ardiente.

Notaba el pecho como si me hubieran dado un buen pisotón. Me dolían todos los músculos del cuerpo y veía doble. Pero fui el primero en sorprenderme de conservar el cayado y el látigo del dios solar en mi mano derecha, cerrada con firmeza. Ni siquiera me había dado cuenta de que aún los llevaba.

Zia debía de estar en mejor forma que yo (de hecho, había visto animales muertos que estaban en mejor forma que yo). Sacó de algún sitio las fuerzas para alejarme a rastras de la grieta y bajarme hasta la playa.

—Ay —dije.

—No te muevas. —Pronunció una orden y su buitre volvió a encogerse hasta ser un amuleto. Zia se puso a rebuscar en su mochila.

Sacó un pequeño frasco de arcilla y empezó a frotarme una pasta azul en los cortes, las quemaduras y las magulladuras que me cubrían todo el torso. El dolor de mi costado remitió al instante. Las heridas desaparecieron. Zia tenía unas manos suaves y cálidas. El ungüento mágico olía a madreselva en flor. No era la peor experiencia que había vivido aquel día.

Hizo cuchara con los dedos para sacar más ungüento del frasco y miró el corte alargado que me cruzaba el vientre.

—Hummm... Esta parte deberías hacerla tú.

Pasó la pasta a mis dedos y me dejó aplicarla. La herida se cerró. Me incorporé poco a poco y fui curándome los cortes que me había hecho el cristal en las piernas. Os juro que notaba cómo se me reparaban las costillas por dentro. Inspiré profundamente y me alivió descubrir que no me dolía.

—Gracias —dije—. ¿Qué es ese potingue?

—Bálsamo de Nefertum.

—¿La balsa de quién?

Su risa me alivió casi tanto como el ungüento.

—Bálsamo, de curar, Carter. Está hecho de flor de loto azul, cilantro, mandrágora, malaquita molida y unos pocos ingredientes especiales más. Muy difíciles de encontrar, y solo tengo este frasco. Así que procura que no te hieran más.

—A la orden, jefa.

Me alegré de que ya no me diera vueltas la cabeza. Mi visión doble se estaba normalizando.

La reina egipcia había salido peor parada. Los restos del casco se habían esparcido por la playa, tablones, aparejos, sogas y cristales mezclados con los huesos que ya estaban allí. La cabina había implosionado. Salían llamas de las ventanas rotas. Las chimeneas volcadas hacían burbujear el río con humo dorado.

Ante nuestros ojos, la proa se partió y se deslizó bajo el agua, llevándose consigo las esferas brillantes de luz. Tal vez la tripulación mágica estaba ligada al barco. Tal vez ni siquiera estaban vivos. Pero me dieron mucha lástima mientras desaparecían bajo la superficie fangosa.

—No podremos volver igual que hemos venido —dije.

—No —convino Zia—. ¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado con Setne?

Setne. Casi me había olvidado de aquel despreciable fantasma. No me habría importado nada que se hundiera hasta el fondo del río, pero llevaba encima el *Libro de Tot*.

Barrí la playa con la mirada. Me quedé boquiabierto al distinguir una momia rosa algo maltrecha, a unos veinte metros de distancia, culebreando y forcejeando entre los restos del naufragio, como una oruga en pos de su libertad.

Se lo señalé a Zia.

—Podríamos dejarlo como está, pero es que lleva el *Libro de Tot*.

Me dedicó una de esas sonrisas crueles que me hacían dar gracias por no ser su enemigo.

—No hay prisa. No es que vaya a llegar muy lejos. ¿Qué me dices de una merienda campestre?

—Me gusta tu forma de pensar.

Sacamos nuestras provisiones e intentamos ordenarlas como mejor pudimos. Yo aporté agua embotellada y unas barras de proteínas. Ese soy yo, el *boy scout*.

Comimos y bebimos mientras observábamos los intentos de huida de nuestro fantasma rosa envuelto para regalo.

—¿Cómo hemos acabado aquí, exactamente? —preguntó Zia. El escarabajo dorado aún relucía en su cuello—. Me acuerdo del *serapeum*, del toro Apis y de la habitación con luz del sol, pero luego lo tengo todo borroso.

Le expliqué lo que había pasado tan bien como pude: su escudo mágico de escarabajo y sus repentinos e impresionantes poderes de Jepri, con los que había asado al toro Apis y casi a sí misma. Le conté cómo la había llevado de vuelta al barco y cómo se había vuelto loco Filo Ensangrentado.

Zia hizo una mueca.

—¿Concediste permiso a Setne para que diese órdenes a Filo Ensangrentado?

—Ajá. He tenido mejores ideas.

—Y él nos ha traído aquí... a la Tierra de los Demonios, el lugar más peligroso de toda la Duat.

Había oído hablar de la Tierra de los Demonios, pero no sabía gran cosa de ella. En aquel momento no quería aprender. Había escapado tantas veces de la muerte aquel día que solo tenía ganas de quedarme allí sentado, descansar y hablar con Zia... y tal vez observar los esfuerzos de Setne por llegar a algún sitio metido dentro de su capullo.

—¿Tú... estás bien? —pregunté a Zia—. O sea, lo digo por eso del dios solar y...

Se le perdió la mirada entre el tosco paisaje de arena negra, huesos y fuego. No hay mucha gente que tenga buen aspecto a la luz de los chorros de gas volcánico hipercaliente. Zia lo lograba.

—Carter, quería decírtelo, pero es que ni yo entendía lo que me estaba pasando. Tenía mucho miedo.

—No pasa nada —dije—. Yo fui el Ojo de Horus. Lo entiendo.

Zia hizo un mohín.

—El caso es que Ra es distinto. Es mucho más viejo y peligroso de canalizar. Y está atrapado en ese cascarón de cuerpo que tiene. No puede reiniciar su ciclo de renacimiento.

—Y por eso te necesita —supuse—. Se despertó hablando de zarigüeyas... de ti. Te ofreció ese escarabajo nada más conocerte. Quiere que seas su anfitriona.

Una grieta vomitó fuego. Su reflejo en los ojos de Zia me recordó cómo habían brillado cuando se fundió con Jepri y se le llenaron las pupilas de llamas anaranjadas.

—Cuando estuve sepultada en ese... ese sarcófago —dijo Zia—, casi se me desmenuzó la mente, Carter. Todavía tengo pesadillas. Y cuando intento recurrir al poder de Ra, me entra el mismo pánico. Él se siente prisionero, impotente. Contactar con él es como... como intentar rescatar a alguien que se

ahoga. Te apresan y tiran de ti hacia abajo. —Negó con la cabeza—. No sé si tiene mucho sentido, pero su poder intenta escapar a través de mí, y apenas puedo controlarlo. Cada vez que tengo una laguna mental, empeora.

—¿Cada vez? —dije yo—. Entonces, ¿ya las habías tenido antes?

Me explicó lo que había ocurrido en la Casa de Descanso, cuando había intentado destruir la residencia de ancianos a base de bolas de fuego. Era un detallito que a Sadie se le había olvidado comentar.

—Ra es demasiado poderoso —dijo Zia—, y yo demasiado débil para controlarlo. En las catacumbas, con el toro Apis, podría haberte matado.

—Pero no lo has hecho —respondí—. Me has salvado la vida, otra vez. Sé que es difícil, pero puedes controlar el poder. Ra tiene que escapar de su encierro. ¿Sabes lo de la magia con la sombra que Sadie quiere probar con Bes? Me da en la nariz que no funcionaría con Ra. El dios solar necesita renacer. Tú comprendes lo que es eso. Creo que por eso te entregó a Jepri, el sol naciente. —Señalé su amuleto de escarabajo—. Tú eres la clave para traerlo de vuelta.

Zia dio un mordisco a su barrita de proteínas.

—Esto sabe a espuma de embalar.

—Sí —coincidió—. No está tan bueno como los Macho Nachos. Aún te debo aquella cita para merendar en el centro comercial.

Rió flojito.

—Ojalá pudiéramos tenerla ahora.

—Lo normal es que las chicas no estén tan ansiosas por salir conmigo. Hummm... tampoco es que se lo haya pedido a...

Se inclinó hacia mí y me besó.

Había imaginado mil veces aquel momento, pero me pilló tan desprevenido que se me notó la sorpresa. Solté mi barrita de proteínas e inspiré la fragancia de canela. Cuando se apartó, me quedé boqueando como un pez. Dije algo parecido a:

—Hum-uh-jum.

—Eres bueno, Carter —dijo—. Y gracioso. Y, a pesar de que acaban de tirarte por una ventana y que has salido despedido por una explosión, hasta eres guapo. También has sido muy paciente conmigo. Pero tengo miedo. Nunca he podido conservar a nadie que me importase. Mis padres, Iskandar... Si no tengo la fuerza para controlar el poder de Ra y te hago daño...

—No —me apresuré a decir—. No lo harás, Zia. Ra no te eligió porque seas débil. Te eligió por ser fuerte. Y, hummm... —Bajé la mirada hacia el cayado y el látigo que estaban a mi lado—. Estos trastos han aparecido porque sí..., pero creo que, en el fondo, hay un motivo. Tendrías que empuñarlos.

Hice ademán de entregárselos, pero ella me dobló los dedos sobre las armas.

—Quédatelos —dijo—. Tienes razón en que no están aquí por casualidad, pero han aparecido en tus manos. Puede que sean las herramientas de Ra, pero el faraón debe ser Horus.

Las armas parecieron calentarse, o tal vez fuese que Zia me había cogido las manos. La perspectiva de usar el cayado y el látigo me ponía nervioso. Había perdido mi *jopesh*, la espada que llevaban los guardias del faraón, y había obtenido las armas del propio faraón. Y no eran las de un faraón cualquiera, ojo; sostenía las herramientas de Ra, el primer rey de los dioses.

Yo, Carter Kane, un chico de quince años que había aprendido con su padre, que aún no se afeitaba bien del todo y no sabía qué ponerse para un baile escolar... de algún modo había sido considerado digno de las armas mágicas más poderosas de la creación.

—¿Por qué estás tan segura? —pregunté—. ¿Cómo van a ser para mí?

Zia sonrió.

—A lo mejor es que voy entendiendo mejor a Ra. Él necesita el apoyo de Horus. Yo te necesito a ti.

Traté de pensar algo que decir, o de reunir el valor para un nuevo beso. Jamás habría visualizado mi primera cita en una orilla llena de huesos en la Tierra de los Demonios, pero en aquel momento no habría cambiado de lugar por nada del mundo.

Entonces oí un golpe, el sonido de alguien dándose un cabezazo contra un madero grueso. Setne soltó una palabrota amordazada. Había conseguido reptar hasta un fragmento roto de la quilla. Aturdido y desequilibrado, rodó hasta el agua y empezó a hundirse.

—Será mejor que lo pesquemos —dije.

—Sí —coincidió Zia—. No queremos que el *Libro de Tot* sufra daños.

Recogimos a Setne y lo llevamos a la playa. Zia puso mucho cuidado en desencantar solamente las cintas que le rodeaban el pecho, para que pudiéramos sacarle el *Libro de Tot* del sobaco. Por suerte, el rollo de papiro no parecía dañado.

Setne dijo:

—¡Mmm, mmmfmf!

—Lo siento, no me interesa —repliqué—. Ya tenemos el libro, así que vamos a dejarte aquí. No me apetece que vuelvan a apuñalarme por la espalda, ni escuchar tus embustes.

Setne puso los ojos en blanco. Sacudió la cabeza, farfullando lo que probablemente sería una muy buena explicación de lo necesario que había sido volver en mi contra a mi sirviente demonio.

Zia desenrolló el papiro y estudió el texto. A las pocas líneas, empezó a poner mala cara.

—Carter, esto es... muy peligroso. Estoy leyéndolo por encima, pero aquí hay descripciones de los palacios secretos de los dioses, hechizos para obligarles a revelar sus nombres verdaderos, información para reconocer a los dioses sin importar la forma que adopten... —Alzó la mirada, temerosa—. Con este conocimiento, Setne podría haber armado un revuelo de los gordos. Lo único bueno... es que, por lo que he podido entender, la mayoría de estos hechizos solo puede ejecutarlos un mago vivo. Los fantasmas no podrían lanzarlos.

—A lo mejor, por eso nos ha mantenido tanto tiempo con vida —dije—. Necesitaba nuestra ayuda para hacerse con el libro, y luego tenía pensado engañarnos para que lanzáramos los hechizos que le convenían.

Setne farfulló su desacuerdo.

—¿Podemos encontrar la sombra de Apofis sin él? —pregunté a Zia.

—¡Mmmmmmm! —dijo Setne, pero no le hice caso.

Zia estudió unas líneas más.

—A ver, Apofis... La *sheut* de Apofis. Sí, aquí está. Yace en la Tierra de los Demonios, así que hemos venido al sitio correcto. Pero este plano... —Me enseñó una parte del rollo, tan repleta de jeroglíficos y dibujos que costaba distinguir que se trataba de un mapa—. No tengo ni la menor idea de cómo se interpreta. La Tierra de los Demonios es muy extensa. Por lo que he leído, cambia

continuamente, se quiebra y vuelve a componerse. Y está llena de demonios.

—¿Quién iba a decirlo? —Intenté tragarme el regusto amargo que tenía en la boca—. O sea que aquí desentonamos tanto como los demonios en el mundo mortal. No podremos movernos sin que nos vean, y todo lo que nos crucemos querrá matarnos.

—Sí —respondió Zia—. Y se nos acaba el tiempo.

Tenía razón. No sabía qué hora sería en el mundo mortal, pero habíamos descendido a la Duat bien avanzada la tarde. A aquellas alturas ya podía haberse puesto el sol. Se suponía que Walt no iba a sobrevivir más allá del ocaso. Podía estar muriendo en aquel preciso instante, y mi pobre hermana... No. Dolía demasiado pensarlo.

Pero cuando volviera a amanecer, Apofis se alzaría. Los magos rebeldes atacarían el Nomo Primero. No podíamos permitirnos el lujo de cruzar a ciegas un territorio hostil, combatiendo contra todo lo que nos viera hasta encontrar lo que buscábamos.

Miré furioso a Setne.

—Supongo que podrás guiarnos hasta la sombra.

Asintió.

Me giré hacia Zia.

—Si hace o dice cualquier cosa que no te guste, incinéralo.

—Será un placer.

Ordené a las cintas que se retiraran solo de su boca.

—¡Por el sagrado Horus, amiguete! —protestó—. ¿Por qué me has atado?

—A ver, que piense... ¿A lo mejor es porque has intentado que me maten?

—Ah, ¿por eso? —Setne suspiró—. Mira, chico, si vas a exagerar de esa manera cada vez que intente matarte...

—¿Exagerar? —Zia invocó una bola de fuego en su mano.

—¡Vale, vale! —dijo Setne—. Mira, ese capitán demonio iba a volverse en tu contra de todas formas. Yo solo he quitado piedras del camino. ¡Y tenía una buena razón! Era necesario que nos trajera aquí, a la Tierra de los Demonios, ¿o no? Tu capitán nunca habría aceptado ese rumbo si no pensara que podía matarte. ¡Esto es su tierra natal! Los demonios no traen a los mortales aquí nunca, excepto como aperitivos.

Tuve que obligarme a recordar que Setne era un maestro del engaño. Cualquier cosa que me dijera sería una trola igual de gorda que un toro Apis. Blindé mi fuerza de voluntad contra sus palabras, pero seguía costándome esfuerzo no verles el sentido.

—Así que ibas a dejar que Filo Ensangrentado me matara —dije—, pero era por una buena causa.

—Venga, hombre, sabía que podías con él —dijo Setne.

Zia levantó el papiro.

—¿Y por eso intentabas escapar con el *Libro de Tot*?

—¿Escapar? ¡Iba a explorar el camino! Quería encontrar la sombra para poder llevaros con ella. Pero no importa. Si me soltáis, todavía puedo guiaros hasta la sombra de Apofis, y sin que os vea nadie.

—¿Cómo? —preguntó Zia.

Setne resopló, indignado.

—Yo ya practicaba la magia cuando tus antepasados estaban en pañales, muñeca. Y, si bien es cierto

que no puedo lanzar todos los hechizos mortales que querría... —miró con nostalgia el *Libro de Tot* — también he aprendido algún truquillo que solo podemos hacer los fantasmas. Desatadme y os lo enseñaré.

Miré a Zia y supe que estaba pensando lo mismo que yo: que era muy, muy mala idea, pero que no teníamos ninguna mejor.

—No puedo creerme que nos lo estemos planteando en serio —refunfuñó.

Setne sonrió de oreja a oreja.

—Eh, hacéis lo correcto. Es vuestra mejor opción. ¡Además, quiero que os salga bien! Como os decía, no me interesa que me destruya Apofis. No os arrepentiréis.

—Yo estoy seguro de que sí. —Chasqueé los dedos y las Cintas de Hathor se desanudaron.

¿Que en qué consistía era el brillante plan de Setne? Convertirnos en demonios.

Bueno, de acuerdo, en realidad era solo un encantamiento para darnos aspecto de demonios, pero fue la mejor magia ilusoria que había visto nunca.

Zia me echó un vistazo y se le escapó una risita. No podía ver mi propia cara, pero ella me dijo que tenía un abrebottas enorme en lugar de cabeza. Lo que sí que veía era que la piel se me había vuelto fucsia y que tenía las patas peludas y zambas de un chimpancé.

No reproché a Zia que se riera, pero ella no estaba mucho mejor. Ahora era una demonio verde musculosa, con un vestido de piel de cebrá y cabeza de piraña.

—Perfecto —dijo Setne—. Nadie os mirará dos veces.

—Y tú, ¿qué? —le dije.

Separó los brazos. Aún llevaba sus pantalones vaqueros, zapatillas blancas y americana negra. Los anillos de diamantes que adornaban sus meñiques y la cadena de anillos dorados resplandecían a la luz del fuego volcánico. La única diferencia era que en su camiseta roja ahora se leía el eslogan: ¡ÁNIMO, DEMONIOS!

—La perfección no puede mejorarse, amiguete. Con esta ropa encajo en todas partes. Los demonios ni girarán la cabeza cuando pase por delante... suponiendo que tengan cabeza. ¡Venga, vamos!

Emprendió la marcha tierra adentro, sin comprobar si le seguíamos.

Cada cierto tiempo, Setne consultaba el *Libro de Tot* para orientarse. Nos explicó que la sombra sería imposible de encontrar en aquel terreno cambiante sin la ayuda del libro, que funcionaba como una combinación de brújula, guía turística y almanaque con indicaciones astronómicas para medir el tiempo.

Nos prometió que sería un trayecto corto, pero a mí se me hizo eterno. Si hubiera pasado un minuto más en Demoniolandia, no sé si habría salido cuerdo. El paisaje era como una ilusión óptica. A veces veíamos una cordillera inmensa en la lejanía, dábamos cincuenta pasos y resultaba que las montañas eran tan pequeñas que podíamos saltarlas. Pisé un charquito y de pronto me vi ahogándome en un sumidero de quince metros de anchura. Unos enormes templos egipcios caían en pedazos y se recomponían como si un gigante invisible estuviera jugando con bloques de construcción. Salían precipicios de piedra caliza de la nada, con estatuas de monstruos grotescos ya talladas en ellos. Las caras de piedra se giraban y nos observaban al pasar.

Y luego estaban los demonios. Los había visto en grandes cantidades bajo la montaña Camelback, donde Set había levantado su pirámide, pero en su hábitat natural eran aún más grandes y horribles. Algunos parecían víctimas de torturas, con heridas abiertas y extremidades retorcidas. Otros tenían alas de insecto, o demasiados brazos, o tentáculos hechos de oscuridad. En cuanto a sus cabezas, estaban bien

representados todos los animales del zoo y todos los complementos de una navaja suiza.

Los demonios deambulaban en hordas por el terreno oscuro. Algunos construían fortalezas. Otros las echaban abajo. Vimos al menos una docena de batallas a gran escala. Los demonios alados trazaban círculos en el aire cargado de humo, y a veces capturaban a algún monstruo más pequeño y despistado y se lo llevaban.

Pero ninguno de ellos nos molestó.

Mientras avanzábamos con dificultad, fui notando más y más la presencia del caos. Un remolino helado se inició en mis tripas y se difundió por mis extremidades, como si se me congelaran los glóbulos rojos. Había sentido lo mismo una vez en la cárcel de Apofis, cuando la enfermedad del caos había estado a punto de acabar conmigo, pero aquel lugar parecía incluso más venenoso.

Después de un rato, comprendí que todo lo que había en la Tierra de los Demonios estaba siendo absorbido desde la dirección hacia la que avanzábamos. El terreno entero estaba combándose y desmoronándose, y el tejido de la materia se deshilachaba. Supe que esa misma fuerza estaba tirando de las moléculas de mi cuerpo.

Zia y yo deberíamos haber muerto. Pero, aun con lo intensos que eran el frío y las náuseas, tuve la impresión de que deberían haber sido peores. Había algo protegiéndonos, una capa invisible de calor que mantenía a raya al caos.

Es ella, dijo la voz de Horus con un respeto reticente. *Ra nos sustenta*.

Miré a Zia. Aún tenía aspecto de demonio verde con cabeza de piraña, pero el aire titilaba a su alrededor como el vapor del asfalto caliente.

Setne miraba atrás una y otra vez. En todas ellas parecía sorprenderse de que siguiéramos vivos. Pero se encogía de hombros y seguía adelante.

Los demonios empezaron a escasear. El terreno se volvió aún más retorcido. Las formaciones rocosas, las dunas, los árboles muertos y hasta las columnas de fuego se combaban hacia el horizonte.

Llegamos a una llanura repleta de cráteres y salpicada de lo que parecían flores de loto negras y gigantescas. Crecían con rapidez, extendían sus pétalos y explotaban. Al acercarnos más, me di cuenta de que eran nudos de zarcillos sombríos, como los que me había descrito Sadie en el baile de la Academia Brooklyn. Cada vez que uno estallaba, escupía un espíritu que había sido absorbido del mundo superior. Los fantasmas, que ya eran solo pálidas volutas de niebla, tanteaban a la desesperada, buscando un punto de apoyo, pero enseguida los dispersaba y los absorbía la misma fuerza que tiraba de nosotros hacia delante.

Zia frunció el ceño mirando a Setne.

—¿A ti no te afecta?

El mago fantasma se volvió. Por una vez, tenía el semblante serio. Estaba más pálido, y parecía que le hubieran metido la ropa y las joyas en lejía.

—Sigamos caminando, ¿eh? Este sitio me da repelús.

Me quedé paralizado. Delante de nosotros se alzaba un acantilado que reconocí, el mismo de la visión que me había mostrado Apofis. Solo que ahora no había ningún espíritu acurrucado en su base.

—Mi madre estuvo aquí —dije.

Zia pareció entenderlo. Me cogió la mano.

—Puede ser un acantilado diferente. Este terreno cambia sin parar.

Pero sabía por instinto que era el mismo lugar. Tenía la sensación de que Apofis lo había dejado intacto solo para burlarse de mí.

Setne hizo girar los anillos de sus meñiques.

—La sombra de la Serpiente se alimenta de espíritus, amiguete. Ninguno se resiste mucho tiempo. Si tu madre estaba aquí...

—Era fuerte —repliqué—. Una maga, como tú. Si tú puedes aguantarlo, ella también habrá podido.

Setne vaciló. Luego se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, amiguete. Ya estamos cerca. Sigamos.

No tardé en oír un rugido en la distancia. El horizonte brillaba en rojo. Me daba la impresión de avanzar más deprisa, como si nos hubiéramos subido a una cinta transportadora.

Entonces rebasamos la cima de una colina y contemplé nuestro destino.

—Ahí está —dijo Setne—. El mar del caos.

Ante nosotros se extendía un océano de niebla, fuego o agua... era imposible saber cuál de las tres. Una materia de color rojo grisáceo se arremolinaba, bullía y humeaba, revuelta igual que mi estómago. Se extendía hasta donde me alcanzaba la vista... y algo me decía que no tenía fin.

La orilla del océano era menos similar a una playa que a una catarata a la inversa. El terreno sólido se precipitaba al mar y desaparecía. Un pedrusco del tamaño de una casa rodó sobre una colina a nuestra derecha, descendió hasta la playa y se disolvió entre las olas. Cachos de suelo sólido, árboles, edificios y estatuas pasaban volando todo el tiempo sobre nuestras cabezas y se internaban en el océano, deshaciéndose al tocar la superficie. Ni siquiera los demonios eran inmunes. Unos pocos de los alados llegaron por casualidad a la playa, comprendieron demasiado tarde que se habían acercado demasiado y desaparecieron dando gritos en la sopa revuelta y neblinosa.

También tiraba de nosotros. En lugar de caminar hacia delante, ahora iba marcha atrás por instinto, y solo lograba permanecer estático. Si me acercaba aunque fuese un poco más, temía no ser capaz de parar.

Solo había una cosa que me daba esperanzas. A unos pocos cientos de metros al norte había un espigón de tierra sólida que se internaba entre las olas. En su punta se alzaba un obelisco blanco, parecido al Monumento a Washington. La aguja brillaba con intensidad. Daba la sensación de ser antiguo, hasta más viejo que los dioses. Por hermoso que fuera el obelisco, no pude evitar que me recordara a la Aguja de Cleopatra, a orillas del río Támesis, donde había muerto mi madre.

—No podemos bajar ahí —dije.

Setne rió.

—¿Al mar del caos? De ahí provenimos todos, amiguete. ¿No te han explicado cómo se fundó Egipto?

—Se alzó de este mar —dijo Zia, casi en trance—. La Maat se formó a partir del caos; fue la primera tierra, la creación nacida de la destrucción.

—Ajá —dijo Setne—. Las dos grandes fuerzas del universo. Y ahí están.

—¿Ese obelisco es... la primera tierra firme? —pregunté.

—Vete a saber —dijo Setne—. Yo no estaba allí. Pero sí que es el símbolo de la Maat, eso seguro. Todo lo demás es el poder de Apofis, que siempre echa mordiscos a la creación, siempre devora y destruye. Decidme, ¿cuál de las dos fuerzas es más poderosa?

Intenté tragar saliva.

—¿Dónde está la sombra de Apofis?

Setne soltó una risita.

—Ah, está aquí. Pero para verla, para atraparla, tendréis que pronunciar el hechizo desde ahí fuera, al final del espigón.

—Es imposible llegar —dijo Zia—. Un solo paso en falso...

—Y que lo digas —se mostró de acuerdo Setne—. ¡Será divertido verlo!

16. Sadie hace de copiloto (la peor idea del mundo)

CARTER

Dejadme daros un consejo: no caminéis hacia el caos.

Con cada paso que dábamos, notaba que intentaban arrastrarme al interior de un agujero negro. Árboles, rocas y demonios pasaban volando por encima de nosotros, y el océano los absorbía mientras unos relámpagos blancos iluminaban a intervalos la niebla roja y gris. Bajo nuestros pies, terrones enteros de suelo se agrietaban y se deslizaban hasta sumergirse en la corriente.

Agarré el báculo y el látigo con una mano y uní la otra con la de Zia. Setne nos apremiaba con silbidos y flotaba a un lado. Intentaba disimular, pero por la forma en que perdía el color y el hecho de que su pelo engominado apuntara al mar como la cola de un cometa, me hizo suponer que le estaba costando horrores no ceder terreno.

Una vez perdí el equilibrio. Estuve a punto de caer al oleaje, pero Zia tiró de mí. A los pocos pasos, un demonio con cabeza de pez salió volando de no se sabe dónde y chocó de lleno conmigo. Se agarró a mi pierna, desesperado por resistir el arrastre. Antes de que me diera tiempo a decidir si le ayudaba, resbaló y lo perdimos de vista en el mar.

¿Lo más horrible del trayecto? Que una parte de mí estaba tentada de rendirse y dejar que el caos me atrajera. ¿De qué servía luchar? ¿Por qué no acabar ya con el dolor y los quebraderos de cabeza? ¿Qué importaba que Carter Kane se disolviera en billones de moléculas?

Sabía que esos pensamientos no eran míos. La voz de Apofis me susurraba en la cabeza, tentándome como ya había hecho otras veces. Me concentré en el obelisco blanco brillante, nuestro faro en la tormenta del caos. No sabía si esa aguja era realmente el inicio de la creación, ni cómo encajaba ese mito con el Big Bang, o con que Dios hubiese creado el mundo en siete días, o con cualquier otra teoría o doctrina que la gente eligiera creer. Tal vez el obelisco fuera solo la manifestación de algo más grandioso, algo que mi mente no alcanzaba a desentrañar. En cualquier caso, sabía que el obelisco significaba Maat, y que tenía que centrarme en él. De lo contrario, estaba perdido.

Llegamos al principio del espigón. El camino pedregoso era sólido y tranquilizador bajo nuestros pies, pero el caos tiraba fuerte de nosotros por los dos lados. Mientras avanzábamos centímetro a centímetro, recordé unas fotos que había visto de los obreros que construyeron los primeros rascacielos, que no tenían miedo de trabajar y recorrer vigas de metal a doscientos metros de altura y sin arnés de seguridad.

Me sentía exactamente igual, solo que a mí sí que me daba miedo. Los vientos me zarandeaban. El espigón tenía tres metros de anchura, pero me parecía que en cualquier momento perdería el equilibrio y caería a las olas. Me resistí a mirar abajo. La materia del caos se revolvía y azotaba las piedras. Tenía un olor a ozono, tubo de escape y formaldehído mezclados. Solo el gas que despedía ya casi bastaba para dejarme inconsciente.

—Solo un poco más —dijo Setne.

Su silueta se difuminaba y perdía consistencia. El disfraz de demonio verde de Zia aparecía y desaparecía al momento siguiente. Levanté un brazo y vi cómo la ilusión que me cubría se ondulaba con el viento, a punto de deshacerse. No me preocupaba perder la imagen de chimpancé abrebotellas violeta

chillón, pero esperé que el viento me arrancara solo la ilusión, no mi piel de verdad.

Por fin llegamos al obelisco. Tenía tallados unos jeroglíficos minúsculos, a miles y en blanco sobre blanco, por lo que eran casi imposibles de leer. Distinguí los nombres de dioses, encantamientos para invocar la Maat y algunas palabras divinas tan poderosas que casi me dejaron ciego. A nuestro alrededor, el mar del caos palpitaba. Con cada ráfaga de viento, un escudo brillante con forma de escarabajo se hacía visible alrededor de Zia; era el caparazón mágico de Jepri, que nos protegía a todos. Sospechaba que era lo único que nos separaba de una muerte instantánea.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté.

—Lee el hechizo —dijo Setne—. Ya verás.

Zia me pasó el papiro. Busqué las líneas correctas, pero me fallaba la visión. Los glifos se confundían unos con otros. Debería haberme anticipado al problema. Incluso cuando no estaba cerca de ningún mar del caos, los encantamientos nunca habían sido lo mío. Deseé que Sadie estuviera allí.

[Sí, Sadie, de verdad lo he dicho. Ya puedes volver a respirar.]

—No... no sé leerlo —reconocí.

—Yo te ayudo. —Zia bajó el dedo por el pergamino. Cuando encontró los jeroglíficos que buscaba, frunció el ceño—. Esto es un simple hechizo de convocación. —Clavó una mirada iracunda en Setne—. Dijiste que la magia era complicada. Nos aseguraste que necesitábamos tu ayuda. ¿Cómo pudiste mentir teniendo la Pluma de la Verdad en la mano?

—¡No mentí! —protestó Setne—. La magia es complicada para mí. ¡Soy un fantasma! Hay hechizos, como las convocaciones, que ni siquiera puedo intentar. Y es verdad que necesitabais mi ayuda para encontrar la sombra. Para ello hace falta el *Libro de Tot*, y solo yo sabía interpretarlo. De no ser por mí, aún estaríais entre los restos del barco.

Me dolía en el alma admitirlo, pero dije:

—En eso tiene razón.

—Pues claro que sí —dijo Setne—. Ahora que habéis llegado, lo que falta no es tan difícil. Solo tenéis que obligar a la sombra a que se muestre, y entonces podré... ejem, podréis apresarla.

Zia y yo cruzamos una mirada inquieta. Supuse que se sentiría igual que yo. Al borde de la creación y frente a un mar infinito del caos, lo último que quería era pronunciar un hechizo que llamara a una parte del alma de Apofis. Era como disparar una bengala que gritara: «¡Eh, sombra fea y grandota! ¡Estamos aquí! ¡Ven a matarnos!».

Tampoco veía que hubiera más opción, por otra parte.

Zia hizo los honores. Era una convocación fácil, de las que cualquier mago podría emplear para llamar a un *shabti*, o a un trapo para el polvo encantado, o en general a cualquier criatura inferior de la Duat.

Cuando terminó, un temblor se extendió en todas las direcciones, como si hubiera dejado caer una piedra gigantesca en el mar del caos. La onda de perturbación remontó la playa y fue más allá de las colinas.

—Hummm... ¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—La señal de socorro —dijo Setne—. Yo diría que la sombra acaba de llamar a las fuerzas del caos para que la protejan.

—Maravilloso —dije—. Pues habrá que darse prisa. ¿Dónde está la...? Oh.

La *sheut* de Apofis era tan inmensa que me llevó un momento asimilar lo que estaba mirando. El obelisco blanco parecía proyectar una sombra por el mar, pero a medida que la sombra se fue oscureciendo comprendí que no tenía la silueta de un obelisco. Se retorcía por la superficie del océano como el cuerpo de una serpiente gigante. La sombra ganó tamaño hasta que su cabeza llegó casi al horizonte. Se revolvió como un látigo de un lado para el otro en el mar, sacando la lengua e intentando morder la nada.

Me temblaron las manos. Me dolieron las entrañas como si acabara de engullir un gran vaso de agua del caos. La sombra de la Serpiente era tan inconmensurable e irradiaba tanto poder que no veía forma humana de que la capturásemos. ¿En qué había estado pensando?

Solo una cosa impidió que cediera por completo a la desesperación.

La Serpiente no era libre del todo. No podía separar la cola del obelisco, como si alguien se la hubiera clavado allí para evitar que huyera.

Durante un momento perturbador, capté los pensamientos de la Serpiente. Vi las cosas desde el punto de vista de Apofis. Estaba atrapado por aquel obelisco blanco, furioso y dolorido. Odiaba el mundo de los mortales y los dioses, que lo tenía arrinconado y coartaba su libertad. Apofis rechazaba la creación igual que yo podría rechazar un clavo oxidado que se me hubiera clavado en el pie y me impidiera andar.

Lo único que quería Apofis era apagar de un soplido la luz cegadora del obelisco. Deseaba aniquilar la tierra para poder volver a la oscuridad y nadar por toda la eternidad en las infinitas extensiones del caos. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no compadecer a la pobrecita serpiente destruyemundos y devorasoles.

—Vale —dije con voz ronca—, ya hemos encontrado la sombra. ¿Qué hacemos con ella?

Setne rió entre dientes.

—Ah, a partir de aquí me encargaré yo. Lo habéis hecho de maravilla los dos. *Tas!*

Si no hubiera estado tan distraído, a lo mejor lo habría visto venir, pero no. Mi ilusión con forma de demonio se transformó de sopetón en varias cintas sólidas de vendaje de momia, que primero me cubrieron la boca y luego se tensaron en torno a todo mi cuerpo con una velocidad cegadora. Perdí el equilibrio y caí con todo el cuerpo envuelto excepto los ojos. Zia golpeó las rocas junto a mí, también inmovilizada. Traté de respirar, pero era como inhalar a través de una almohada.

Setne se inclinó sobre Zia. Con cautela, extrajo el *Libro de Tot* de debajo de las vendas y se lo metió bajo su propio brazo. Entonces me sonrió.

—Ay, Carter, Carter. —Meneó la cabeza como si estuviera un poco decepcionado—. Me caes bien, amiguite, de verdad que sí. Pero te pasas cien pueblos de confiado. Después de todo el jaleo del barco de vapor, ¿cómo me das permiso para que lance un hechizo de ilusión sobre ti? ¡Venga ya, hombre! ¡Con lo fácil que es pasar de ilusión a camisa de fuerza!

—¡Mmm! —gruñí.

—¿Cómo dices? —Setne se hizo trompeta en la oreja—. Cuesta pronunciar estando totalmente atado, ¿eh? Mira, no es nada personal. No podía lanzar ese hechizo de convocación yo mismo, de lo contrario lo habría hecho hace siglos. ¡Os necesitaba a vosotros! Bueno... en realidad a uno de vosotros. Supuse que durante el camino podría mataros a ti o a tu novia, y así el otro sería más fácil de manipular. En ningún momento creí que sobreviviríais los dos hasta aquí. ¡Impresionante!

Me retorcí y casi acabé en el agua. Por algún motivo, Setne tiró de mí para ponerme a salvo.

—Venga, venga —me riñó—. Tampoco hace falta que te suicides, amiguete. Tu plan no ha fracasado. Solo voy a modificarlo un poquito. Atraparé a la sombra. ¡Esa parte puedo hacerla yo solo! Pero en vez de lanzar la execración, lo que haré será chantajear a Apofis, ¿entiendes? Solo destruiré lo que yo le permita destruir. Cuando haya terminado, o se retira otra vez al caos o le pisoteo la sombra y adiós Serpiente.

—¡Mmm! —objeté, pero cada vez me costaba más respirar.

—Que sí, que sí. —Setne suspiró—. Esta es la parte en la que dices: «¡Estás loco, Setne! ¡No te saldrás con la tuya!»». Pero el caso es que sí me saldré. Llevo miles de años saliéndome con la mía en cosas imposibles. Seguro que la Serpiente y yo podremos llegar a algún acuerdo. Sí, le dejaré que mate a Ra y a los demás dioses. Ya ves qué cosa. Le dejaré que destruya la Casa de la Vida. Y, por supuesto, le dejaré que derrumbe Egipto y todas las malditas estatuas de mi padre, Ramsés. ¡Quiero ver a ese fanfarrón borrado del recuerdo! Pero ¿todo el mundo mortal? Por eso no te preocupes, amiguete. La mayoría se salvará. Algo tendré que reservarme para poder gobernarlo, ¿no crees?

De los ojos de Zia salió un fulgor anaranjado. Sus ataduras empezaron a echar humo, pero no se destensaron. El fuego remitió, y ella se quedó flácida sobre las piedras.

Setne rió.

—Buen intento, muñeca. En fin, chicos, vosotros quedaos aquí. Si aún estáis vivos después de la gran reorganización, volveré para recogeros. A lo mejor os dejo ser mis bufones, o algo así. ¡Sois la monda! Pero mientras tanto, me temo que esto se acabó. No va a caer ningún milagro del cielo para salvaros.

Un rectángulo de oscuridad apareció en el aire justo encima de la cabeza del fantasma. Por él cayó Sadie.

Debo reconocerle dos cosas a mi hermana: tiene un gran sentido de la oportunidad y se pone al día enseguida. Se estrelló contra el fantasma, que acabó despatarrado en el suelo. Entonces vio que estábamos envueltos como regalos, comprendió la situación al instante y se giró hacia Setne.

—*Tas!* —gritó.

—¡Nooo! —Las cintas de color rosa dieron vueltas y más vueltas a Setne hasta que parecieron espaguetis enrollados con un tenedor.

Sadie se levantó y se alejó del fantasma. Tenía los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando. Su ropa estaba cubierta de fango reseco y hojas.

Walt no estaba con ella. Se me cayó el alma a los pies. Casi me alegré de tener la boca tapada, porque no habría sabido qué decir.

Sadie asimiló toda la escena: el mar del caos, la sombra de la Serpiente que se retorció y el obelisco. Me di cuenta de que también sentía el tirón del caos. Apoyó bien los pies y se inclinó en la dirección contraria al mar, igual que si estuviera jugando a tirar de la cuerda. La conocía lo suficiente para notar que estaba haciendo acopio de valor, reprimiendo sus emociones y obligándose a sobreponerse a la tristeza.

—¿Qué tal, querido hermano? —dijo con voz entrecortada—. ¿Necesitas ayuda?

Se las apañó para retirarnos el hechizo de ilusión. Pareció sorprenderse al ver que tenía el báculo y el látigo de Ra.

—¿Cómo diablos...?

Zia le resumió lo que habíamos hecho, desde la pelea contra el hipopótamo gigante hasta las últimas

traiciones de Setne.

—Has pasado por todo eso —se maravilló Sadie—, ¿y encima llevabas a mi hermano a costas? Pobrecita mía. Pero ¿cómo habéis podido sobrevivir en este sitio? El poder del caos... —Se fijó en el colgante de escarabajo que llevaba Zia—. Ah, claro. Qué burra soy. No me extraña que Tauret te mirase raro. Estás canalizando el poder de Ra.

—Ra me eligió —dijo Zia—. No fue cosa mía.

Sadie se quedó muy callada... lo que no era nada propio de ella.

—Hermanita —dije, con toda la suavidad que pude—, ¿qué le ha pasado a Walt?

Sus ojos se llenaron de tanto dolor que quise disculparme por atreverme a preguntar siquiera. No la había visto de aquella manera desde... bueno, desde que murió nuestra madre, siendo Sadie muy pequeña.

—No va a venir —dijo—. Está... No está.

—Sadie, lo siento muchísimo —dije—. ¿Tú estás...?

—¡Estoy bien! —ladró. Traducción: «No estoy nada bien, pero como vuelvas a preguntármelo voy a ahogarte llenándote la boca de cera»—. Tenemos que darnos prisa —añadió, intentando suavizar el tono—. Sé cómo atrapar la sombra. Pásame la figurita.

El terror me invadió por un momento. ¿Seguía llevando la estatua de Apofis que había hecho Walt? Llegar hasta allí y habérmela dejado en algún sitio sería la jugada más zopenca del universo.

Menos mal que estaba al fondo de mi mochila.

Se la entregué a Sadie, que miró fijamente las pulcras tallas rojas de la Serpiente enroscada, los jeroglíficos de ligadura que rodeaban el nombre de Apofis. Supuse que estaría pensando en Walt y en lo mucho que se había esforzado para crearla.

Se arrodilló al borde del espigón, donde la base del obelisco se unía a la sombra.

—Sadie —dije.

Se quedó quieta.

—¿Sí?

Tenía la boca como llena de pegamento. Quería decirle que dejara estar todo aquel asunto.

Verla allí, junto al obelisco, con esa sombra inmensa retorciéndose hasta el horizonte... intuí que algo iba a salir mal. La sombra nos atacaría. El hechizo le estallaría en la cara de alguna manera.

Sadie me recordaba muchísimo a nuestra madre. No podía quitarme de la cabeza la sensación de que estábamos repitiendo la historia. Nuestros padres habían intentado contener a Apofis en una ocasión, junto a la Aguja de Cleopatra, y nuestra madre había muerto. Pasé años viendo a mi padre carcomido por los remordimientos. Si ahora me hacía a un lado y Sadie salía herida...

Zia me cogió la mano. Tenía los dedos temblorosos, pero agradecí su presencia.

—Funcionará —me aseguró.

Sadie se apartó un mechón de la cara con un soplido.

—Haz caso a tu chica, Carter. Y para ya de distraerme. —Su voz sonaba molesta, pero no tenía irritación en la mirada. Sadie comprendía mi temor con la misma claridad con que conocía mi nombre secreto. Estaba igual de asustada que yo, pero, a su propia manera insoportable, intentaba darme confianza—. ¿Puedo continuar?

—Buena suerte —logré decir.

Sadie asintió.

Colocó la figurita contra el borde de la sombra y empezó a recitar.

Yo me temía que las olas del caos disolvieran la estatuilla o, peor, que se llevaran a Sadie. Pero la sombra de la Serpiente empezó a agitarse. Poco a poco se encogió, retorciéndose y lanzando mordiscos como si le estuvieran atizando con una vara de pastor. La figurita absorbió la oscuridad. Al poco tiempo, la sombra había desaparecido por completo y la estatua estaba negra como la medianoche. Sadie pronunció un sencillo hechizo de ligadura sobre la figurita:

—*Hi-nehm*.

Un prolongado siseo escapó del mar (casi como un suspiro de alivio), y el sonido retumbó entre las colinas. Las olas revueltas se volvieron de un rojo menos intenso, como si alguien hubiera dragado un sedimento fangoso. La fuerza con la que tiraba el caos pareció disminuir una pizca.

Sadie se levantó.

—Muy bien. Ya está.

Me quedé mirando a mi hermana. A veces me chinchaba diciéndome que llegaría el momento en que alcanzaría mi edad y pasaría a ser mi hermana mayor. Al verla ahora, con ese brillo decidido en los ojos y la voz confiada, casi podía creérmelo.

—Ha sido asombroso —dije—. ¿Cómo sabías el hechizo?

Torció el gesto. Claro, la respuesta era obvia: había visto a Walt lanzar el mismo hechizo sobre la sombra de Bes... antes de que le pasara lo que le hubiese pasado.

—La execración será fácil —dijo—. Tenemos que estar encarados a Apofis, pero, por lo demás, es el mismo hechizo que hemos estado practicando tú y yo.

Zia empujó a Setne con un pie.

—Otra cosa en la que nos ha engañado este gusano. ¿Qué queréis que hagamos con él? Tendremos que sacar el *Libro de Tot* de entre las ataduras, claro, pero ¿lo tiramos al mar después?

—¡MMM! —protestó Setne.

Sadie y yo nos miramos. Acordamos en silencio que no podíamos disolver a Setne, por muy abominable que fuera. Tal vez era que habíamos visto demasiadas cosas espantosas durante los últimos días y ya teníamos suficiente. O a lo mejor sabíamos que quien tenía que dictar el castigo de Setne era Osiris, ya que habíamos prometido devolver al fantasma a la Sala del Juicio.

Quizá, de pie junto al obelisco de la Maat y rodeados por el mar del caos, ambos comprendimos que dominar nuestro deseo de venganza era lo que nos distinguía de Apofis. Las reglas tenían un sentido. Impedían que nos descontroláramos.

—Llévemolo a rastras —dijo Sadie—. Es un fantasma, no puede pesar tanto.

Agarré los pies de Setne y emprendimos el regreso por el espigón. Su cabeza golpeaba contra las rocas, pero me trajo sin cuidado. Necesitaba toda la concentración para poner un pie delante del otro. Alejarse del mar del caos era incluso más difícil que acercarse a él.

Cuando llegamos a la playa, estaba agotado. Tenía la ropa empapada de sudor. Avanzamos pesadamente por la arena y por fin coronamos la colina.

—Oh... —Y añadí una palabra que, definitivamente, no era divina.

En la llanura de cráteres que se extendía a nuestros pies se habían reunido los demonios. Había cientos de ellos, y todos desfilaban hacia nosotros. Como había adivinado Setne, la sombra había emitido

una señal de auxilio para las fuerzas de Apofis, que ahora respondían a la llamada. Estábamos atrapados entre el mar del caos y un ejército hostil.

Llegados a aquel punto, empezaba a preguntarme: «¿Por qué yo?».

Lo único que había querido era infiltrarme en la zona más peligrosa de la Duat, robar la sombra del señor del caos primordial y salvar el mundo. ¿Era tanto pedir?

Los demonios estaban a unos dos campos de fútbol americano de distancia, pero ganaban terreno a marchas forzadas. Estimé que serían unos trescientos o cuatrocientos, y seguían llegando más a la explanada. Varias docenas de monstruos alados se habían acercado más, y trazaban espirales cada vez más bajas sobre nosotros. Contra aquel ejército, contábamos con dos Kane, Zia y un fantasma envuelto para regalo. No me gustaban esas cifras.

—Sadie, ¿puedes abrir un portal a la superficie? —pregunté.

Cerró los ojos y se concentró. Negó con la cabeza.

—No hay señal de Isis. Posiblemente estemos demasiado cerca del mar del caos.

Era una idea horripilante. Probé a invocar el avatar de Horus. No pasó nada. Supongo que debería haber sabido que me costaría canalizar sus poderes allí abajo, sobre todo después de haberle pedido un arma en el barco y que solo hubiera podido conseguirme una pluma de avestruz.

—Zia —dije—, tus poderes de Jepri todavía funcionan. ¿Puedes sacarnos de aquí?

Agarró su amuleto de escarabajo.

—Creo que no. Toda la energía de Jepri está dedicada a escudarnos del caos. No puede hacer más.

Me planteé la posibilidad de volver corriendo al obelisco blanco. Tal vez pudiéramos utilizarlo para abrir un portal. Pero rechacé el plan enseguida. Los demonios se nos echarían encima antes de que pudiéramos llegar.

—No vamos a salir de esta —decidí—. ¿Podemos lanzar la execración a Apofis ya mismo?

Zia y Sadie respondieron al unísono:

—No.

Sabía que tenían razón. Teníamos que estar cara a cara con Apofis para que funcionara el hechizo. Era solo que no podía creerme que hubiéramos llegado tan lejos para terminar así.

—Al menos, caeremos luchando. —Desenganché el cayado y el látigo de mi cinturón.

Sadie y Zia prepararon sus báculos y varitas.

Entonces, en el extremo opuesto de la llanura, una oleada de confusión se extendió entre las filas de los demonios. Poco a poco empezaron a darnos la espalda y a correr en distintas direcciones. Al final del ejército demoníaco, unas bolas de fuego iluminaron el cielo. Se alzaron columnas de humo desde cráteres recién abiertos en el suelo. Parecía haber estallado una batalla en el lado equivocado del campo.

—¿Contra quién pelean? —pregunté—. ¿Entre ellos?

—No. —Zia señaló con el dedo, mientras crecía una sonrisa en sus labios—. Mira.

Apenas se distinguía entre la niebla, pero una cuña de luchadores estaba abriéndose paso lentamente entre las últimas hileras de demonios. Eran inferiores en número (serían como unos cien), pero los demonios estaban cediendo terreno. Los que no lo hacían eran derribados, pisoteados o hechos estallar como fuegos artificiales.

—¡Son los dioses! —gritó Sadie.

—Eso es imposible —dije yo—. ¡Los dioses nunca asaltarían la Duat para rescatarnos!

—Los grandotes no, desde luego. —Me sonrió de oreja a oreja—. ¡Pero los viejos y olvidados que viven en la Casa de Descanso, sí! Anubis me dijo que iba a pedir refuerzos.

—¿Anubis? —Ahora sí que estaba desconcertado. ¿Cuándo había visto Sadie a Anubis?

—¡Ahí! —gritó Sadie—. ¡Oh...!

Pareció perder el don del habla. Se limitó a menear el dedo hacia nuestros nuevos amigos. Las líneas de combate se abrieron por un momento. Un coche negro y reluciente entró en la batalla arremetiendo a toda velocidad contra los demonios. El conductor tenía que estar como una cabra. Se dedicó a atropellar demonios, haciendo eses para que no se le escapara ni uno. Saltó por encima de grietas llameantes y rodó en círculos, haciendo guiños con las luces largas y tocando el claxon. Entonces vino recto hacia nosotros, hasta que las formaciones de demonios más cercanas se disgregaron. Solo unos pocos demonios valientes con alas se atrevieron a darle caza.

Cuando el coche se acercó, vi que era una limusina Mercedes. Subió la falda de la colina, perseguida por demonios murciélago, y se detuvo levantando una nube de polvo rojo al derrapar. La puerta del conductor se abrió y salió un hombrecillo peludo con un bañador de *slip* marca Speedo.

Nunca me había alegrado tanto de ver a alguien tan feo.

Bes, en toda su gloria horrible y picada de granos, subió al techo de la limusina. Se volvió para enfrentarse a los demonios murciélago. Se le hincharon los ojos. Su boca se abrió hasta una anchura imposible. Su pelo se erizó como las púas de un puercoespín, y vociferó:

—¡UUUH!

Los demonios alados chillaron y se desintegraron.

—¡Bes! —Sadie corrió hacia él.

El dios enano le sonrió con júbilo. Se dejó caer al capó, con lo que él y Sadie estaban casi a la altura cuando se abrazaron.

—¡Esa es mi chica! —dijo—. ¡Y Carter, no te quedes ahí como un pasmarote, hombre! —También me dio un abrazo. Ni siquiera me molestó que me frotara la cabeza con los nudillos—. ¡Anda, y ahí está Zia Rashid! —Siguió exclamando Bes—. También tengo un abrazo para ti...

—No hace falta —dijo Zia, retrocediendo un paso—, gracias.

Bes soltó una risotada.

—Tienes razón. Ya habrá tiempo para carantoñas. ¡Hay que sacaros de aquí!

—¿El... el hechizo de sombra? —tartamudeó Sadie—. ¿Ha funcionado de verdad?

—¡Claro que ha funcionado, chica de las locuras! —Bes se dio un golpe en el pecho peludo y, de pronto, llevaba puesto un uniforme de chófer—. ¡Venga, subid al coche!

Me giré para agarrar a Setne... y casi se me paró el corazón.

—Oh, sagrado Horus...

El mago no estaba. Escudriñé todo el terreno que teníamos alrededor, esperando que se hubiera alejado un poco reptando, pero no había ni rastro de él.

Zia lanzó un rayo de fuego al lugar donde había estado un momento antes. Por lo visto, el fantasma no se había limitado a hacerse invisible, porque no hubo ningún grito.

—¡Setne estaba ahí mismo! —rezongó Zia—. ¡Atado con las Cintas de Hathor! ¿Cómo puede haber desaparecido?

Bes arrugó la frente.

—Conque Setne, ¿eh? Cómo odio a esa hiena. ¿Tenéis la sombra de la Serpiente?

—Sí —respondí—, pero Setne tiene el *Libro de Tot*.

—¿Podéis lanzar la execración sin él? —preguntó Bes.

Sadie y yo cruzamos la mirada.

—Sí —dijimos los dos.

—Entonces ya nos preocuparemos después de Setne —zanjó Bes—. ¡Nos queda poco tiempo!

Supongo que, para recorrer la Tierra de los Demonios, no hay nada como una limusina. Por desgracia, el nuevo sedán de Bes no estaba más limpio que el que habíamos hundido en el Mediterráneo la primavera anterior. Me pregunté si Bes los encargaba ya equipados con viejos envases de comida china, revistas rotas y ropa sucia.

Sadie subió al asiento del copiloto. Zia y yo nos metimos detrás. Bes pisó el acelerador a fondo y empezó a jugar una partida de «Dale al demonio».

—¡Cinco puntos si le das a ese coleguita con cabeza de cuchillo! —gritó Sadie.

¡Pum! Cabeza-de-cuchillo salió volando desde el capó.

Sadie aplaudió.

—Diez puntos si das a esos dos bichos libélula a la vez.

¡Pum, pum! Dos insectos muy grandes se estamparon contra el parabrisas.

Sadie y Bes reían como locos. ¿Yo? Yo estaba demasiado ocupado chillando:

—¡Grieta! ¡Cuidado! ¡Géiser en llamas! ¡Por la izquierda!

Llamadme práctico. Quería vivir. Agarré la mano de Zia e intenté sujetarme.

Mientras llegábamos al grueso de la batalla, vi a los dioses haciendo retroceder a los demonios. Parecía que la comunidad de la Residencia para Dioses Acres Soleados había desatado su ira geriátrica sobre las fuerzas de la oscuridad. Los capitaneaba Tauret, la diosa hipopótamo, con su uniforme de enfermera y sus tacones altos, blandiendo una antorcha encendida en una mano y una jeringuilla hipodérmica en la otra. Aporreó a un demonio en la cabeza y luego puso un pinchazo a otro en una nalga, provocándole la inconsciencia inmediata.

Dos vejetes vestidos con taparrabos cojeaban de un lado a otro, arrojando bolas de fuego al cielo e incinerando a demonios voladores. Uno de los ancianos no paraba de gritar: «¡Mi pudin!», sin motivo aparente.

Heket, la diosa rana, daba brincos por el campo de batalla y noqueaba a los monstruos con la lengua. Parecía tener cierta preferencia por los demonios con cabeza de insecto. A pocos metros de ella, la senil diosa felina Mehit tumbaba demonios a golpes con su andador, maullando y siseando.

—¿No deberíamos ayudarles? —sugirió Zia.

Bes rió.

—No les hace falta. Hacía siglos que no se lo pasaban tan bien. ¡Vuelven a tener un propósito! Ellos cubrirán nuestra retirada para que pueda llevaros al río.

—¡Pero ya no tenemos barco! —objeté.

Bes levantó una ceja tupida.

—¿Estás seguro de eso? —Redució la velocidad del Mercedes y bajó la ventanilla—. ¡Eh, caramelito! ¿Va todo bien por ahí?

Tauret se giró para dedicarle una enorme sonrisa de hipopótamo.

—¡Estamos bien, pastelito mío! ¡Buena suerte!

—¡Volveré! —prometió Bes. Le tiró un beso, y me pareció que Tauret iba a desmayarse de gozo.

El Mercedes se alejó.

—¿Pastelito mío? —pregunté.

—Eh, chaval —dijo Bes entre dientes—. Yo no me meto en tus relaciones, ¿vale?

No tuve agallas para mirar a Zia, pero ella me apretó la mano. Sadie se quedó callada. Tal vez estuviera pensando en Walt.

El Mercedes saltó una última sima ardiente y frenó bruscamente en la playa de los huesos.

Señalé los restos de *La reina egipcia*.

—¿Lo ves? No hay barco.

—Ah, ¿no? —dijo Bes—. ¿Y eso qué es?

Corriente arriba, una luz centelleaba en la oscuridad.

Zia inhaló aire de golpe.

—Ra —dijo—. Se acerca la barcaza solar.

Cuando la luz se fue aproximando, vi que estaba en lo cierto. La vela refulgía en blanco y oro. Unos orbes brillantes se afanaban por toda la cubierta del barco. El dios cocodrilo Sobek estaba en la popa, apartando a diversos monstruos fluviales a golpe de pértiga. Y sentado en el trono llameante, en el centro de la barcaza solar, estaba el viejo dios Ra.

—¡Hoooooaaaa! —voceó por encima del agua—. ¡Traemos galleetaas!

Sadie besó a Bes en la mejilla.

—¡Eres genial!

—Venga, venga —musitó el enano—. Vas a poner celosa a Tauret. Hemos acertado el momento por casualidad. Si se nos hubiese escapado el barco solar, estaríamos perdidos.

Pensarlo me dio un escalofrío.

Durante milenios, Ra había seguido el mismo ciclo: llevar su barco a la Duat al anochecer y recorrer el Río de la Noche hasta emerger de nuevo en el mundo mortal al alba. Pero era una travesía en un solo sentido, y el barco se ceñía a un horario estricto. Cuando Ra cruzaba las distintas Casas de la Noche, sus puertas se cerraban hasta el siguiente atardecer, y era fácil que los viajeros mortales como nosotros se quedaran atascados. A Sadie y a mí nos había ocurrido una vez, y no tenía ninguna gracia.

Mientras el barco solar se acercaba a la orilla, Bes nos dedicó una sonrisa torcida.

—¿Preparados, chavales? Me da a mí que, en el mundo mortal de ahí arriba, la cosa no está bonita.

Fue la primera frase que había oído aquel día que no me sorprendió.

Las esferas brillantes bajaron la plancha del barco y subimos a bordo, rumbo a lo que podía ser el último amanecer de la historia.

17. La Casa de Brooklyn va a la guerra

SADIE

Lamenté dejar atrás la Tierra de los Demonios.

[Sí, Carter, lo digo muy en serio.] Al fin y al cabo, mi visita al lugar había sido todo un éxito. Había rescatado a Zia y a mi hermano de aquel espantoso fantasma, Setne. Había atrapado la sombra de la Serpiente. Había presenciado la Carga de la Brigada de Viejos en toda su gloria y, sobre todo, me había reunido con Bes. ¿Por qué no iba a tener buenos recuerdos de ese sitio? A lo mejor, algún día hasta iba allí de vacaciones; podía alquilar una cabaña en primera línea del mar del caos. ¿Por qué no?

La actividad frenética también había servido para distraerme de pensamientos menos placenteros. Sin embargo, al llegar a la orilla y tener un pequeño respiro, había empezado a recordar cómo había aprendido el hechizo para rescatar la sombra de Bes. Mi júbilo se volvió desesperación.

Walt... Oh, ¿qué había hecho Walt?

Rememoré lo inerte y frío que había estado, con la cabeza entre mis brazos entre las ruinas de ladrillos de barro. Entonces, de repente, había abierto los ojos e inhalado.

«Mira», me había dicho.

En la superficie veía a Walt tal y como lo había conocido siempre. Pero en la Duat... el aura del dios Anubis resplandecía en un tono fantasmagórico de gris, sustentando la vida de Walt.

«Sigo siendo yo», habían dicho al unísono. Su voz doble me había provocado un cosquilleo en la piel.

«Nos veremos al amanecer —habían prometido— en el Nomo Primero..., si estás segura de que no me odias.»

¿Lo odiaba? ¿O debería decir «los» odiaba? ¡Dioses de Egipto, ya ni siquiera sabía cómo llamarle! Por supuesto, tampoco tenía ni idea de cómo me sentía ni de si quería volver a verle.

Traté de enterrar esos pensamientos. Aún debíamos derrotar a Apofis. Hasta con su sombra capturada, no había garantías de que el conjuro fuese a salirnos bien. Dudaba mucho que Apofis fuese a quedarse quietecito mientras intentábamos eliminar su existencia del universo. Y era muy posible que la execración requiriese más magia de la que Carter y yo podíamos reunir. Si nos consumíamos, mi dilema con Walt no tendría demasiada importancia.

Con todo, no podía dejar de pensar en él/ellos, en la forma en que sus ojos cálidos y castaños se habían fusionado tan perfectamente y en lo natural que quedaba la sonrisa de Anubis en la cara de Walt.

¡Aaargh! Así nunca me calmaría.

Carter, Zia, Bes y yo subimos a bordo de la barcaza solar. No puedo describir lo mucho que me aliviaba saber que mi enano favorito nos acompañaría a nuestra batalla final. En ese momento necesitaba un dios en cuya fealdad pudiese confiar.

En la proa, nuestro antiguo enemigo Sobek me observó con una sonrisa de cocodrilo, que supongo que era la única que tenía.

—Vaya, vaya... los niñitos Kane han regresado.

—Vaya, vaya —repliqué con virulencia—, el dios cocodrilo quiere que le hagan tragar dientes de una patada.

Sobek levantó su cabeza verde y escamosa para echarse a reír.

—¡Bien dicho, chica! Tienes hierro en los huesos.

Supongo que sería un cumplido. Decidí mirarle por encima del hombro y dar media vuelta.

Sobek solo respetaba la fuerza. En nuestro primer encuentro, había intentado ahogar a Carter en el Río Grande y a mí me había hecho cruzar la frontera Texas-México de un coletazo. Desde entonces, nuestra relación no había mejorado mucho. Por lo que había oído, solo había aceptado estar en nuestro bando porque Horus e Isis le habían amenazado con daños físicos extremos. Eso no decía mucho de su lealtad.

Las esferas brillantes de la tripulación revolotearon a mi alrededor, proyectando zumbidos en mi mente, pequeños saludos alegres: *Sadie. Sadie. Sadie.*

En su momento, ellos también habían querido matarme, pero desde que había despertado a su viejo amo Ra se habían vuelto muy amistosos.

—Sí, ¿qué tal, chicas? —murmuré—. Me alegro de veros. Disculpad.

Seguí a Carter y Zia hasta el trono llameante. Ra nos deleitó con su sonrisa desdentada. Estaba igual de viejo y arrugado que siempre, pero tenía algo distinto en los ojos. Otras veces, su mirada había resbalado por encima de mí, como si fuese parte del escenario. Ahora, hasta se centró en mi cara.

Nos ofreció una bandeja con galletas de almendra y de chocolate que estaban algo derretidas por el calor de su trono.

—¿Galletas? ¡Yupiii!

—Esto... gracias. —Carter cogió una de almendra.

Como es natural, yo opté por el chocolate. No había tomado nada sólido desde el tribunal de nuestro padre.

Ra dejó la bandeja y se levantó con torpeza. Bes intentó ayudarlo, pero Ra lo impidió con un gesto y se acercó a Zia tambaleándose.

—Zia —trinó jovialmente, como si cantase una canción infantil—. Zia, Zia, Zia.

De pronto me di cuenta de que era la primera vez que le oía pronunciar su nombre auténtico.

Ra extendió el brazo para tocar el amuleto de escarabajo. Zia retrocedió, nerviosa. Lanzó a Carter una mirada interrogativa.

—No pasa nada —le dijo Carter.

Zia respiró hondo. Se quitó la cadena del cuello y la depositó en las manos del anciano, con las suyas encima. Del escarabajo surgió un resplandor cálido que se expandió y envolvió a Zia y Ra en una intensa luz dorada.

—Bien bien —dijo Ra—. Bien...

Me imaginaba que el anciano dios mejoraría. Pero, en lugar de eso, empezó a deshacerse.

Fue una de las cosas más perturbadoras que había visto en un día muy, muy perturbador. Primero las orejas de Ra se desprendieron y cayeron al suelo en forma de polvo. Luego su piel empezó a convertirse en arena.

—¡¿Qué pasa?! —grité—. ¿No tendríamos que hacer algo?

Carter puso los ojos como platos, horrorizado. Abrió la boca, pero no salió ni una palabra.

El rostro sonriente de Ra se disolvió. Sus brazos y piernas se ajaron y cayeron como las partes de una escultura de arena al secarse. Sus partículas se esparcieron por el Río de la Noche.

Bes resopló.

—Sí que ha sido rápido. —No parecía muy alterado—. Suele tardar más.

Lo miré fijamente.

—¿Tú habías visto esto antes?

Bes me dedicó media sonrisa.

—Eh, que en los viejos tiempos yo también hacía mis turnos en la barcaza solar. Todos hemos visto a Ra pasando por este ciclo. Pero de eso ya hacía mucho, mucho tiempo. Mira.

Señaló a Zia.

El escarabajo había desaparecido de sus manos, pero la luz dorada aún irradiaba a su alrededor, como una aureola de cuerpo entero. Zia se volvió hacia mí con una sonrisa reluciente. Nunca la había visto tan en calma, tan complacida.

—Ahora lo veo —dijo Zia con una voz mucho más rica, una armonía tonal que descendía en octavas por la Duat—. El truco está en el equilibrio, ¿verdad? Mis pensamientos y los de él. ¿O eran los míos y los de ella...? —Rió como una niña montando en bicicleta por primera vez—. ¡Renacimiento, al fin! Sadie, Carter, teníais razón. Después de pasar tantos eones en la oscuridad, por fin renazco gracias a la compasión de Zia. Ya había olvidado lo que es ser joven y poderoso.

Carter dio un paso atrás. No lo podía culpar. Yo tenía muy fresco el recuerdo de Walt y Anubis fundiéndose en un solo ser, así que podía hacerme una idea de lo que estaba sintiendo Carter. Oír a Zia hablando de sí misma en tercera persona debió de ponerle los pelos de punta.

Bajé mi visión a niveles más profundos de la Duat. En lugar de Zia había un hombre alto con armadura de cuero y bronce. Aún guardaba cierto parecido con Ra. Seguía siendo calvo. Su cara estaba arrugada y curtida por la edad, y conservaba aquella sonrisa amable (aunque ahora con dientes). En cambio, tenía la espalda erguida. Los músculos de su cuerpo se tensaron uno a uno. La piel le brillaba como el oro fundido. Era el abuelete más cachas y más dorado del universo.

Bes se arrodilló.

—Milord Ra.

—Ah, mi pequeño amigo. —Ra alborotó el pelo del dios enano—. ¡Levántate! Me alegro de verte.

En la proa, Sobek se cuadró, con su larga pértiga de hierro cruzada sobre el pecho como un fusil.

—¡Lord Ra! Sabía que volveríais.

Ra soltó una risita.

—Sobek, viejo reptil... Te me tragarías para cenar si pensaras que puede salirte bien la jugada. ¿Horus e Isis te han mantenido a raya?

Sobek carraspeó.

—Así es, alteza. —Se encogió de hombros—. No puedo negar mi naturaleza.

—No importa —dijo Ra—. Pronto necesitaremos tu fuerza. ¿Ya nos acercamos al amanecer?

—Sí, alteza. —Sobek señaló más allá de la proa.

Vi la luz al final del túnel... literalmente. El Río de la Noche se iba ensanchando a medida que alcanzábamos el final de la Duat. Las puertas de salida estaban como a un kilómetro por delante de nosotros, guardadas por estatuas del dios solar. Al otro lado brillaba la luz del día. El río se convertía en nubes que desembocaban en el cielo matutino.

—Muy bien —dijo Ra—. Poned rumbo a Guiza, lord Sobek.

—Sí, alteza. —El dios cocodrilo clavó su pértiga de hierro en el agua para dirigir el barco como un gondolero.

Carter aún no se había movido. El pobre chico estaba mirando al dios solar con una mezcla de fascinación y conmoción.

—Carter Kane —dijo Ra con tono afectuoso—. Sé que esto es difícil para ti, pero a Zia le importas sobremanera. Sus sentimientos no están alterados en lo más mínimo.

Yo tosí.

—Esto... ¿sugerencia? Por favor, no le beses.

Ra estalló en carcajadas. Su imagen titiló y volví a ver a Zia delante de mí.

—Descuida, Sadie —me tranquilizó—. No sería muy buen momento.

Carter dio media vuelta, avergonzado.

—Hummm... Voy a... estaré allí. —Se dio de bruces contra el mástil y luego avanzó a trompicones hacia la popa del barco.

Zia frunció el ceño, preocupada.

—Sadie, ve con él, ¿quieres? Llegaremos pronto al mundo mortal. Debo permanecer alerta.

Por una vez, no discutí. Fui a ver cómo estaba mi hermano.

Estaba sentado junto al timón como si le hubiera dado un desmayo, con la cabeza entre las rodillas.

—¿Estás bien? —pregunté. Ya, ya, menuda preguntita, lo sé.

—Ella es un viejo —musitó—. La chica que me gusta es un viejo musculoso con la voz más grave que yo. La he besado en la playa, y ahora...

Me senté a su lado. Las esferas brillantes revoloteaban alrededor, emocionadas, mientras el barco se acercaba a la luz del día.

—Ah, ¿la has besado? —dije—. Detalles, por favor.

Pensé que le sentaría bien hablar. No sé muy bien si funcionó, pero al menos sacó la cabeza de entre las rodillas. Me contó su viaje junto a Zia por el *serapeum* y la destrucción de *La reina egipcia*.

Ra, quiero decir Zia, se había situado en la popa entre Sobek y Bes, poniendo gran cuidado en no mirar hacia nosotros.

—Así que le has dicho que no pasaba nada —resumí—. La has animado a que ayudase a Ra. Y ahora te lo estás pensando mejor.

—¿Te sorprende? —preguntó.

—Tú y yo también hemos albergado a dioses —le dije—. No tiene por qué ser permanente. Y sigue siendo Zia. Además, vamos hacia la batalla. Si no lo contamos, ¿quieres pasar tus últimas horas apartado de ella?

Carter estudió mi expresión.

—¿Qué le ha pasado a Walt?

Ah... *touché*. A veces, parecía que Carter conocía mi nombre secreto tan bien como yo el suyo.

—No... no lo tengo muy claro. Aún vive, pero es solo porque...

—Ahora es el anfitrión de Anubis —terminó la frase Carter.

—¿Lo sabías?

Negó con la cabeza.

—No hasta que he visto la cara que traías. Pero tiene sentido. Walt tiene un don para... como se

llame. El toque ese gris de anulación que hace. La magia de la muerte.

No pude responder. Había ido allí atrás para tranquilizar a Carter y convencerle de que todo iría bien. Y ahora, de algún modo, él le había dado la vuelta a la tortilla.

Me puso la mano en la rodilla un momento.

—Podría funcionar, hermanita. Anubis puede mantener vivo a Walt. Walt podría llevar una vida normal.

—¿A eso lo llamas «normal»?

—Anubis nunca había tenido un anfitrión humano. Esta es su oportunidad de tener un cuerpo de verdad, de ser carne y hueso.

Me estremecí.

—Carter, no es igual que lo de Zia. Ella puede separarse cuando quiera.

—Entonces, a ver si lo entiendo —dijo Carter—. Los dos chicos que te gustaban, el que se moría y el que te habían prohibido ver por ser un dios, ahora son un solo tío, que no se muere y al que sí puedes ver. ¡Y te estás quejando!

—¡No intentes hacerme sonar ridícula! —grité—. ¡No soy ridícula!

Los tres dioses giraron la cabeza para mirarme. Vale. De acuerdo. Sí que sonaba ridícula.

—Escucha —dijo Carter—, quedamos luego para alucinar con este asunto, ¿vale? Suponiendo que no muramos.

Inspiré, temblorosa.

—Trato hecho.

Ayudé a mi hermano a que se levantara. Juntos, nos reunimos con los dioses en la proa mientras la barcaza solar emergía de la Duat. El Río de la Noche desapareció detrás de nosotros y seguimos navegando entre las nubes.

El paisaje egipcio se extendía bajo nuestros pies en los tonos rojos, dorados y verdes del amanecer. Al oeste, las tormentas de arena bailaban sobre el desierto. Al este, el Nilo serpenteaba al cruzar El Cairo. Justo debajo de nosotros, en el límite de la ciudad, tres pirámides se alzaban en la meseta de Guiza.

Sobek dio un aldabonazo con su pértiga contra la proa del barco. Vociferó como un pregonero:

—¡Al fin ha regresado Ra de verdad! ¡Que su pueblo se regocije! ¡Que sus huestes de adoradores se congreguen!

Es posible que Sobek lo dijera a modo de formalidad, o para hacer la pelota a Ra, o tal vez hasta para pinchar un poco al viejo dios solar. En cualquier caso, allá abajo no había nadie congregándose. Definitivamente, nadie se regocijaba.

Había visto aquel paisaje en muchas otras ocasiones, pero esa vez tenía algo distinto. Las llamas ardían por toda la ciudad. Las calles estaban extrañamente vacías. No había turistas, ni un solo ser humano alrededor de las pirámides. Nunca había visto Guiza tan desierta.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté.

Sobek silbó, disgustado.

—Tendría que haberlo sabido. Los débiles humanos están escondidos, o han huido por los disturbios que hay en Egipto. Apofis lo ha planeado bien; ha elegido un campo de batalla libre de molestias mortales.

Me dio un escalofrío. Últimamente había oído hablar de los problemas de Egipto, además de todos los desastres naturales, pero no me había parado a considerar si formarían parte de la estrategia de Apofis.

Si este era su campo de batalla elegido...

Presté más atención a la meseta de Guiza. Escrutando en la Duat, observé que en realidad la zona no estaba desierta. Rodeando la base de la Gran Pirámide, un tornado de arena roja y oscuridad giraba componiendo la silueta de una gigantesca serpiente. Sus ojos eran puntos de luz cegadora. Sus colmillos eran bifurcaciones de relámpagos. El desierto bullía allí donde lo tocaba la Serpiente, y la propia pirámide se agitaba con un estruendo atroz. Una de las estructuras más antiguas construidas por el hombre estaba a punto de derrumbarse.

Incluso desde las alturas, sentí la presencia de Apofis. Irradiaba pánico y temor con tal intensidad que podía percibir a los mortales de todo El Cairo acurrucados en sus casas, con miedo a salir. Egipto entero estaba conteniendo la respiración.

Ante nuestros ojos, Apofis alzó su enorme cabeza de cobra. Descargó un mordisco contra el suelo desértico y dejó un socavón en la arena del tamaño de una casa. Entonces se enroscó como si le hubieran dado un picotazo y siseó de rabia. Al principio no veía contra qué estaba luchando. Invoqué la visión de ave de presa de Isis y distinguí una figura menuda y ágil con mallas de piel de leopardo y cuchillos relucientes en ambas manos, que saltaba con potencia y velocidad inhumanas para acosar a la Serpiente y evitar sus mordiscos. Sin ayuda de nadie, Bast estaba conteniendo a Apofis.

Noté un regusto rancio en la boca.

—Está sola. ¿Qué hacen los demás?

—Esperan las órdenes del faraón —dijo Ra—. El caos los ha dejado divididos y confundidos. No marcharán a la batalla sin un líder.

—¡Pues lídéralos! —exigí.

El dios solar se giró. Su figura se emborronó y, por un instante, Zia estaba delante de mí en su lugar. Me pregunté si iba a chamuscarme hasta que solo quedasen cenizas. Tuve la sensación de que ahora no le costaría ningún esfuerzo.

—Me enfrentaré a mi antiguo enemigo —dijo con una voz tranquila que aún era la de Ra—. No permitiré que mi fiel gata luche sola. Sobek, Bes... asistidme.

—Sí, majestad —dijo Sobek.

Bes hizo crujir sus nudillos. Desapareció su disfraz de chófer y quedó vestido solo con su bañador de *slip* del ORGULLO ENANO.

—Caos... prepárate para enfrentarte a la fealdad.

—Un momento —dijo Carter—. Y nosotros, ¿qué? Tenemos la sombra de la Serpiente.

El barco ya descendía a gran velocidad, preparándose para aterrizar justo al sur de las pirámides.

—Lo primero es lo primero, Carter. —Zia señaló la Gran Esfinge, que estaba a unos trescientos metros de las pirámides—. Sadie y tú debéis ayudar a vuestro tío.

Entre las garras de la esfinge se elevaba una columna de humo, que emanaba de la boca de un pasadizo. Casi me saltó el corazón por la garganta. Zia nos había contado una vez que habían sellado ese túnel para que los arqueólogos no encontrasen el camino al Nomo Primero. Estaba claro que alguien había vuelto a abrir el acceso por la fuerza.

—El Nomo Primero está a punto de capitular —dijo Zia. Volvió a cambiar de forma y tuve delante al dios solar. Deseé con todas mis fuerzas que él/ella/ellos se decidieran de una vez.

—Yo alejaré a Apofis durante tanto tiempo como pueda —dijo Ra—, pero, si no ayudáis a vuestro tío y vuestros amigos ahora mismo, no quedará nadie a quien salvar. La Casa de la Vida se desmoronará.

Pensé en el pobre Amos y nuestros jóvenes iniciados, rodeados por una turba de magos rebeldes. No podíamos permitir que los masacraran.

—Tiene razón ella —dije—. Esto... él. Quien sea.

Carter asintió de mala gana.

—Necesitaréis esto, lord Ra.

Ofreció al dios solar el cayado y el látigo, pero Ra le detuvo con un gesto. O fue Zia quien negó con la cabeza. ¡Dioses de Egipto, qué complicado era!

—Cuando he dicho que los dioses esperaban a su faraón —dijo Ra—, me refería a ti, Carter Kane, Ojo de Horus. Yo he venido a combatir contra mi viejo enemigo, no a reclamar el trono. Ese es tu destino. Unificar la Casa de la Vida y encabezar a los dioses en mi nombre. No temas, yo retendré a Apofis hasta que llegues.

Carter posó la mirada en el cayado y el látigo que tenía en las manos. Puso la misma cara de pavor que había puesto cuando Ra se había deshecho en arena.

No podía reprochárselo. Acababan de ordenar a Carter que se sentase en el trono de la creación y dirigiera un ejército de magos y dioses hacia la batalla. Un año antes, incluso seis meses antes, la idea de que mi hermano asumiera ese tipo de responsabilidad también me habría horrorizado a mí.

Por raro que parezca, ahora me parecía bien. Pensar en Carter como faraón hasta me reconfortaba. Seguro que me arrepentiré de decir esto, y seguro que Carter me lo recordará para siempre, pero la verdad es que había estado apoyándome en mi hermano desde que nos mudamos a la Casa de Brooklyn. Me había acostumbrado a depender de su fuerza. Confiaba en que tomaría las decisiones correctas, aun cuando él no confiaba en sí mismo. Cuando aprendí su nombre secreto, vi una característica muy diferenciada que tenía entretejida en su carácter: la capacidad de liderazgo.

—Estás preparado —le dije.

—Ciertamente —asintió Ra.

Carter levantó la mirada, algo aturullado, pero debió de notar que no lo había dicho para chincharle... esa vez no.

Bes le dio un puñetazo amistoso en el hombro.

—Claro que estás preparado, chaval. Y ahora, ¡deja de perder el tiempo y ve a salvar a tu tío!

Miré a Bes y me costó no romper a llorar. A él ya lo había perdido una vez.

En cuanto a Ra, exudaba confianza, pero aún estaba confinado en el cuerpo de Zia Rashid. Era una maga poderosa, sí, pero también una novata como anfitriona. Si flaqueaba aunque fuese un poquito, o si se sobrepasaba...

—Buena suerte, entonces. —Carter tragó saliva—. Espero que...

Dejó la frase en el aire. Caí en que el pobre chico intentaba despedirse de su novia, posiblemente por última vez, y ni siquiera podía darle un beso sin besar al dios del sol.

Carter empezó a cambiar de forma. Su ropa, su mochila y hasta el cayado y el látigo se confundieron con el plumaje. Su cuerpo se encogió hasta convertirse en el de un halcón blanco y marrón. Extendió las

alas y se arrojó desde la borda.

—Cómo odio esta parte —refunfuñé.

Llamé a Isis y la invité a entrar. «Venga. Es hora de actuar como una sola.»

Su magia fluyó en mí de inmediato. La sentí como si alguien hubiera conectado suficientes generadores hidroeléctricos para abastecer un país entero y hubiera desviado toda esa energía a mi interior. Me convertí en milano (el ave) y alcé el vuelo.

Por una vez, recuperé mi forma humana sin contratiempos. Carter y yo nos reunimos en la base de la Gran Esfinge y contemplamos la boca del túnel recién forzada. Los rebeldes no se habían andado con sutilezas. Unos bloques de piedra del tamaño de coches estaban reducidos a escombros. La gente de Sarah Jacobi tenía que haber empleado un hechizo *ha-di* o varios cartuchos de dinamita.

—Este túnel... —dije—. ¿No terminaba justo enfrente del Salón de las Eras?

Carter asintió con mala cara. Empuñó el cayado y el látigo, que ahora brillaban con llamas blancas y fantasmales. Se internó en la oscuridad. Convoqué mi báculo y mi varita, y entré detrás de él.

Mientras descendíamos, encontramos pruebas de que había habido resistencia. Los escalones y las paredes estaban chamuscados por explosiones. Una sección del techo había cedido. Carter pudo abrirnos paso con la fuerza de Horus pero, tan pronto como llegamos al otro lado de los escombros, el túnel se vino abajo a nuestras espaldas. No podríamos salir por el mismo sitio.

Desde más abajo nos llegaban los sonidos del combate, las palabras divinas invocadas: un choque de magia de fuego, agua y tierra. El rugido de un león. El metal repicando contra el metal.

Unos metros más allá, encontramos la primera baja. Había un hombre joven con un uniforme gris hecho jirones apoyado contra una pared, agarrándose la tripa y resollando con dificultad.

—¡Leonid! —grité.

Mi amigo ruso estaba pálido y ensangrentado. Le puse una mano en la frente. Tenía la piel fría.

—Abajo —dijo con un hilo de voz—. Demasiados. Intento...

—Quédate aquí —le dije, y comprendí que era una chorrada, porque apenas podía moverse—.

Traeremos ayuda.

Asintió con valentía, pero miré a Carter y supe que los dos pensábamos lo mismo. Era posible que Leonid no resistiese tanto. Tenía el abrigo empapado de sangre. No apartaba la mano de su tripa, pero estaba claro que había sido atacado salvajemente, con garras, cuchillos o alguna magia igualmente horrible.

Lancé un hechizo de lentitud sobre Leonid, que por lo menos le estabilizaría la respiración y reduciría la hemorragia, pero no iba a servir de mucho. El pobre chico se había jugado la vida al huir de San Petersburgo. Había llegado hasta Brooklyn para avisarme del ataque inminente. Y ahora había intentado defender el Nomo Primero contra sus antiguos jefes, que le habían pasado por encima dejándolo herido en el suelo, para que tuviera una muerte lenta.

—De verdad que volveremos —le prometí de nuevo.

Carter y yo seguimos adelante.

Llegamos al pie de la escalera y al instante estábamos en plena batalla. Un león *shabti* saltó hacia mi cara.

Isis reaccionó con una velocidad imposible para mí. Me chivó una sola palabra para que la dijera:

—*Fah!*

El jeroglífico que significaba «liberar» titiló en el aire:



El león se redujo a una estatuilla de cera que rebotó inofensiva contra mi pecho.

A nuestro alrededor, la galería era un tumulto. Nuestros aprendices estaban por todas partes, enzarzados en combate contra magos enemigos. Justo delante de nosotros, una docena de rebeldes habían formado en cuña, impidiendo el acceso al Salón de las Eras, y parecía que nuestros amigos intentaban romper el bloqueo.

Por un momento pensé que todo estaba al revés. ¿Nuestro bando no debería ser el que defendiera las puertas? Enseguida comprendí lo que debía de haber ocurrido. El ataque por el túnel sellado había pillado por sorpresa a nuestros aliados. Habían corrido en ayuda de Amos pero, al llegar a las puertas, el enemigo ya había entrado. Aquellos magos estaban encargados de impedir que reforzásemos a Amos mientras nuestro tío, posiblemente solo en el salón, se enfrentaba a Sarah Jacobi y su pelotón de asalto.

Se me aceleró el pulso. Me lancé a la batalla, arrojando a diestro y siniestro los hechizos del increíblemente variado arsenal de Isis. Era agradable ser una diosa otra vez, debo reconocerlo, pero tenía que controlar mi energía con mucho cuidado. Si daba rienda suelta a Isis, destruiría a nuestros enemigos en cuestión de segundos, pero también me consumiría a mí en el proceso. Tenía que moderar su impulso de hacer pedazos a los enclenques mortales.

Lancé mi varita como un bumerán y alcancé a un mago grandote y barbudo que gritaba en ruso mientras se batía con Julian en un duelo de espadas.

El ruso desapareció con un fognazo dorado. En el lugar donde había estado, un hámster chilló asustado y emprendió la huida. Julian me sonrió. El filo de su espada soltaba humo y se le habían incendiado los dobladillos de los pantalones, pero por lo demás estaba bien.

—¡Ya era hora! —dijo.

Otro mago se abalanzó sobre él y no tuvimos tiempo de charlar más.

Carter también embistió hacia las puertas, blandiendo su cayado y su látigo como si llevara toda la vida entrenándose para usarlos. Un mago enemigo convocó un rinoceronte, lo que me pareció de muy mala educación dado el reducido espacio en el que luchábamos. Carter le asestó un latigazo, y cada una de las cadenas de púas se convirtió al instante en una cuerda de fuego. El rinoceronte se desplomó, cortado en tres piezas, y se derritió en un montón de cera.

A nuestros otros amigos tampoco les iba nada mal. Felix lanzó un hechizo de frío que no había visto nunca, y que tenía el efecto de envolver a sus enemigos en muñecos de nieve grandes y esponjosos, completos, con nariz de zanahoria y pipa. Su pelotón de pingüinos se balanceaba a su alrededor, dando picotazos a los magos enemigos y robándoles las varitas.

Alyssa luchaba contra otra elementalista de tierra, pero la mujer rusa no era rival para ella. Seguro que nunca había tenido que enfrentarse al poder de Geb. Cada vez que la rusa animaba a una criatura de roca o intentaba arrojar pedruscos, sus ataques acababan deshaciéndose en cascotes. Alyssa chasqueó los dedos y el suelo se convirtió en arenas movedizas bajo los pies de su adversaria. La rusa se hundió hasta los hombros, incapaz de salir.

En la parte norte de la galería, Jaz estaba agachada al lado de Cleo y cuidaba de su brazo, que alguien

había transformado en un girasol. Aun así, Cleo había salido mejor parada que su enemigo. Junto a sus pies había un ejemplar de la novela *David Copperfield* a tamaño humano, que me dio en la nariz que antes había sido un mago enemigo.

(Carter está diciéndome que David Copperfield es un mago. Por algún motivo, lo encuentra divertido. Vosotros haced como yo y pasad de él.)

Hasta nuestros renacuajos se habían metido en el papel. La pequeña Shelby había escampado sus ceras de pintar por toda la zona, para hacer resbalar al enemigo. Ahora sostenía su varita como una raqueta de tenis y pasaba corriendo entre las piernas de los magos adultos, les atizaba en el culo y gritaba:

—¡Muere, muere, muere!

¿A que los niños son adorables?

Aporreó a un gran guerrero de metal, sin duda un *shabti*, y lo transformó en un cerdo barrigón pintado de todos los colores del arcoíris. Si sobrevivíamos a todo aquello, temí que Shelby quisiera quedárselo.

Algunos de los residentes del Nomo Primero estaban ayudándonos, pero eran tan pocos que daba pena. Un puñado de ancianos magos inseguros y comerciantes desesperados estaban arrojando talismanes y desviando hechizos.

Con lentitud pero sin freno, avanzamos hacia las puertas, donde la cuña principal de enemigos estaba enzarzada contra un solo atacante.

Cuando vi quien era, me vi tentada de convertirme a mí misma en hámster y salir correteando y chillando de allí.

Walt había llegado. Estaba arrasando la línea enemiga con las manos desnudas: lanzaba a un mago rebelde al otro lado de la galería con fuerza inhumana, o tocaba a otro y lo envolvía al instante en vendas de momia. Agarró el báculo de un tercer rebelde y lo redujo a polvo. Por último, abarcó a los enemigos restantes con un gesto del brazo y los encogió al tamaño de muñecos. Unos vasos canopos, los jarrones en los que se entierran los órganos de una momia, atraparon a cada uno de los magos diminutos y los sellaron en el interior con tapas en forma de cabezas de animales. Los pobres magos gritaron a la desesperada, aporreando sus contenedores de arcilla y zarandeándolos, como si fueran una hilera de bolos muy cabreados.

Walt se volvió hacia nuestros amigos.

—¿Está todo el mundo bien?

Parecía el viejo Walt de siempre: alto, musculoso y con expresión confiada, unos dulces ojos castaños y manos fuertes. Pero su ropa era distinta. Llevaba vaqueros, una camiseta oscura de los Dead Weather y una chaqueta negra de cuero, es decir, la ropa de Anubis pero con unas tallas más, para ajustarse al físico de Walt. Solo tuve que hundir mi visión en la Duat un poquito y allí estaba Anubis, con su irritante atractivo de siempre. Los dos ocupaban el mismo espacio.

—Preparaos —dijo Walt a nuestras tropas—. Han sellado las puertas, pero puedo... —Entonces me vio y le falló la voz—. Sadie, yo...

—¿Qué decías de abrir las puertas? —me impuse.

Asintió sin decir nada.

—¿Amos está dentro? —le pregunté—. ¿Luchando contra Kwai, Jacobi y vete a saber quién más?

Volvió a asentir.

—¡Pues deja de mirarme como un pasmarote y abre las puertas, puñetero incordio!

Se lo decía a los dos. Me salió con toda naturalidad. Y además me sentó bien soltar la rabia. Ya me preocuparía de esos dos... de ese... de lo que fuese, más adelante. Ahora mismo, mi tío me necesitaba.

Walt/Anubis tuvo la cara dura de sonreír.

Apoyó las dos manos en las puertas. La ceniza gris se extendió por toda la superficie. El bronce se desmoronó, convertido en polvo.

—Después de usted —me dijo, y cargamos hacia el interior del Salón de las Eras.

18. El chico de la muerte al rescate

SADIE

La buena noticia: Amos no estaba solo del todo.

La mala noticia: sus refuerzos consistían en el dios del mal. Mientras nos adentrábamos en el Salón de las Eras, nuestro intento de rescate perdió fuelle hasta detenerse. No esperábamos encontrarnos con un número de ballet aéreo mortífero con relámpagos y cuchillos. Los jeroglíficos flotantes que solían llenar la sala habían desaparecido. Las escenas holográficas de los dos lados de la alfombra eran tenues y parpadeaban. Algunas se habían apagado del todo.

Como sospechaba, un comando de magos enemigos se había encerrado allí con Amos, pero parecía que empezaban a arrepentirse.

Amos flotaba por los aires en el centro del salón, envuelto en el avatar más raro que había visto en mi vida. En torno a él se arremolinaba una forma vagamente humana, en parte tormenta de arena y en parte fuego, bastante parecida al Apofis gigante que habíamos visto arriba, pero mucho más contento. El gigantesco guerrero rojo reía mientras luchaba, haciendo girar los diez metros de hierro negro de su cayado sin ningún esfuerzo. Suspendido en el pecho del gigante, Amos reproducía sus movimientos, con la cara perlada de sudor. No habría sabido decir si Amos estaba dirigiendo a Set o intentando contenerlo. Posiblemente las dos cosas.

Los magos enemigos volaban en círculos a su alrededor. Kwai era fácil de distinguir, con su calva y su chilaba azul, surcando el aire igual que esos monjes expertos en artes marciales que desafían la gravedad. Disparaba relámpagos rojos al avatar de Set, pero al parecer sin mucho efecto.

Con el pelo negro de punta y la túnica blanca y vaporosa, Sarah Jacobi habría pasado por la Esquizofrénica Bruja del Oeste, sobre todo considerando que iba de un lado a otro haciendo surf, con una nube de tormenta a modo de alfombra voladora. Llevaba dos azuelas negras, afiladas como navajas de barbero, que lanzaba una y otra vez por los aires en un tétrico número de malabares, apuntando al avatar de Set y luego atrapándolas cuando regresaban a sus manos. Ya había visto cuchillos como esos: eran azuelas *netjeri*, forjadas con hierro meteórico. Sobre todo se utilizaban en ceremonias funerarias, pero estaba claro que servían muy bien como armas. Con cada impacto desbarataban un poco más la piel arenosa del avatar, desgastándolo gradualmente. Mientras la veía arrojar sus cuchillos, la rabia se tensó en mi interior como un puño. Supe por instinto que Jacobi había rajado a mi amigo ruso Leonid con aquellas azuelas antes de dejarlo allí muriendo.

Los demás rebeldes no cosechaban el mismo éxito con sus ataques, pero desde luego eran insistentes. Algunos acosaban a Set con ráfagas de viento o agua. Otros le enviaban criaturas *shabti*, como escorpiones gigantes o grifos. Un tío gordo estaba acribillando a Amos con trocitos de queso. No creo que yo hubiese seleccionado a un Amo del Queso para mi comando de élite, pero podía ser que a Sarah Jacobi le entrase el gusanillo durante las batallas.

Set parecía estar pasándosele pipa. El guerrero rojo gigante alcanzó a Kwai en el pecho con su bastón de hierro y lo envió por los aires en espiral. De una patada, mandó a otro mago al interior del holograma correspondiente a la época romana, y el pobre se derrumbó mientras le salía humo de las orejas, posiblemente con la mente saturada de tanto ver fiestas toga.

Set dio un manotazo hacia el Amo del Queso. Una tormenta de arena engulló al mago gordo, que empezó a chillar, pero Set retiró la mano con la misma rapidez. La tormenta murió. El mago cayó al suelo como un muñeco de trapo, inconsciente pero vivo.

—¡Pero bueno! —vociferó el guerrero rojo—. Venga, Amos, déjame divertirme un poquito. ¡Solo quería arrancarle la carne de los huesos!

El rostro de Amos estaba crispado por la concentración. Se veía a la legua que hacía todo lo posible para controlar al dios, pero Set tenía muchos otros enemigos con los que jugar.

—¡Toma! —El mago rojo lanzó un relámpago a una esfinge de piedra y la resquebrajó por completo. Soltó una carcajada demente e intentó dar un bastonazo a Sarah Jacobi—. ¡Qué divertido, pequeños magos! ¿Ya no os quedan más trucos?

No sé cuánto tiempo estuvimos plantados en el umbral, observando la batalla. No serían más de unos segundos, pero me pareció una eternidad.

Finalmente, a Jaz se le escapó un sollozo.

—Amos... vuelve a estar poseído.

—No —dije con firmeza—. No, esto es distinto. Mantiene el control.

Nuestros iniciados me miraron incrédulos. Comprendía su miedo. Yo recordaba mejor que nadie que Set había estado a punto de quebrar la cordura de mi tío. Era difícil asimilar que Amos pudiera canalizar de nuevo el poder del dios rojo por voluntad propia. Sin embargo, estaba haciendo lo imposible. Iba ganando.

Aun así, ni siquiera el lector jefe podría canalizar tanta energía durante mucho tiempo.

—¡Miradle! —les rogué—. ¡Tenemos que ayudarle! Amos no está poseído. ¡Está controlando a Set!

Walt frunció el ceño.

—Sadie, eso... es imposible. Set no se puede controlar.

Carter levantó el cayado y el látigo.

—Es evidente que sí que se puede, porque Amos lo está haciendo. Bueno, ¿vamos a la guerra o qué?

Nos lanzamos de nuevo a la carga, pero habíamos perdido demasiado tiempo vacilando. Sarah Jacobi había reparado en nuestra presencia. Gritó a sus seguidores:

—¡Ahora!

Podía ser malvada, pero no era tonta. Hasta entonces, el objetivo de su asalto contra Amos había sido distraerlo y debilitarlo. A su orden, empezó el ataque real. Kwai lanzó un relámpago a la cara de Amos mientras los otros magos sacaban cuerdas mágicas y las arrojaban al avatar de Set.

El guerrero rojo trastabilló mientras las sogas se tensaban al mismo tiempo, azotándole las piernas y los brazos. Sarah Jacobi enfundó sus cuchillos y preparó un largo lazo negro. Hizo subir su nube por encima del avatar, pasó la cuerda por su cabeza diestramente y tiró para apretar el nudo.

Set rugió, ultrajado, pero el avatar empezó a encogerse. Antes de que pudiésemos acercarnos un poco siquiera, Amos estaba arrodillado en el suelo del Salón de las Eras, rodeado solo por el más tenue de los escudos rojos brillantes. Las cuerdas mágicas lo tenían bien atado. Sarah Jacobi estaba de pie detrás de él, con el lazo negro agarrado como si fuese una correa. Una de sus azuelas *netjeri* estaba apretada contra el cuello de Amos.

—¡Deteneos! —nos ordenó—. Esto termina aquí.

Mis amigos titubearon. Los magos rebeldes se giraron y nos observaron con cautela.

Isis me habló a la mente: *Es una pena, pero debemos dejar que muera. Es anfitrión de Set, nuestro antiguo enemigo.*

«¡Estás hablando de mi tío!», repliqué.

Se ha corrompido, dijo Isis. Ya está perdido.

—¡No! —exclamé. Nuestra conexión flaqueó. No se puede compartir la mente de un dios si se está en desacuerdo. Para ser el Ojo, se debe actuar en perfecta conjunción.

Carter parecía tener problemas similares con Horus. Invocó el avatar del guerrero halcón, pero casi de inmediato se disipó y dejó caer a Carter al suelo.

—¡Venga, Horus! —gruñó—. Tenemos que ayudar.

La risa de Sarah Jacobi sonó como el metal arañando la arena.

—¿Lo veis? —Tensó más el lazo en torno al cuello de Amos—. ¡A esto os ha llevado la senda de los dioses! Confusión. Caos. ¡Nada menos que Set en el Salón de las Eras! ¡Ni siquiera vosotros, idiotas desencaminados, podéis negar que está mal!

Amos se arañó la garganta. Rugió furioso, pero fue la voz de Set la que habló.

—¿Intento portarme bien y así me lo agradecen? ¡Tendrías que haberme dejado matarlos, Amos!

Fui hacia ellos, cuidándome de no hacer movimientos bruscos.

—Jacobi, no lo entiendes. Amos está canalizando el poder de Set, pero mantiene el control. Podría haberte matado y no lo ha hecho. Set era un lugarteniente de Ra. Es un aliado valioso, si se maneja bien.

Set resopló.

—¡Valioso, ya lo creo! Lo que no veo tan claro es lo de manejarme bien. ¡Soltadme, débiles magos, para que os machaque!

Fulminé a mi tío con la mirada.

—¡Set! ¡No estás ayudando!

La expresión de Amos pasó de la ira a la preocupación.

—¡Sadie! —dijo con su propia voz—. ¡Marchaos, luchad contra Apofis! ¡Dejadme aquí!

—No —dije—. Tú eres el lector jefe. Defenderemos la Casa de la Vida.

No miré atrás, pero esperé que mis amigos estuviesen de acuerdo. De lo contrario, mi última rebelión sería muy, muy corta.

Jacobi rió con desprecio.

—¡Tu tío es un siervo de Set! Tú y tu hermano estáis condenados a muerte. Todos los demás, deponed las armas. Como vuestra nueva lectora jefa, os concederé la amnistía. Después lucharemos todos juntos contra Apofis.

—¡Si tú estás conchabada con Apofis! —bramé.

La cara de Jacobi se volvió fría y pétrea.

—Traición. —Señaló con su báculo—. *Ha-di.*

Alcé la varita, pero esta vez no me ayudaba Isis. Era solo Sadie Kane, y tenía las defensas bajas. La explosión hizo añicos mis débiles escudos y me despidió hacia atrás, al interior de una cortina de luz. Las imágenes de la Era de los Dioses crepitaban a mi alrededor: la fundación del mundo, la coronación de Osiris, la batalla entre Set y Horus... Fue como descargar sesenta películas distintas de golpe en mi cerebro, mientras me electrocutaban. La luz se hizo añicos y me quedé tendida en el suelo, aturdida y exhausta.

—¡Sadie! —Carter corrió hacia mí, pero Kwai le atacó con un relámpago rojo. Carter cayó de rodillas. Ni siquiera tuve fuerzas para gritar.

Jaz corrió hacia él. La pequeña Shelby chilló:

—¡Parad! ¡Que paréis!

Nuestros otros aprendices estaban azorados, incapaces de moverse.

—Rendíos —dijo Jacobi. Percibí que estaba hablando con palabras de poder, igual que había hecho el fantasma de Setne. Estaba paralizando a mis amigos mediante la magia—. Los Kane no os han traído más que problemas. Es hora de que todo eso acabe.

Levantó su azuela *netjeri* del cuello de Amos. Rápida como el rayo, la tiró hacia mí. Mientras la hoja volaba, mi mente pareció acelerarse. En ese milisegundo, comprendí que Sarah Jacobi no fallaría. Mi final sería tan doloroso como el del pobre Leonid, que se desangraba solo en el túnel exterior. Y yo no podía hacer nada para defenderme.

Una sombra pasó por delante de mí. Una mano desnuda atrapó la azuela en el aire. El hierro meteórico se volvió gris y se deshizo.

Jacobi abrió mucho los ojos. Se apresuró a desenfundar su segundo cuchillo.

—¿Quién eres? —exigió saber.

—Walt Stone —dijo él—, de la sangre de los faraones. Y Anubis, dios de la muerte.

Se plantó delante de mí, escudándome de mis enemigos. A lo mejor es que tenía visión doble porque me había abierto la cabeza, pero los veía a los dos con la misma claridad, los dos guapos y poderosos, los dos bastante, bastante enfadados.

—Hablamos con una sola voz —dijo Walt—, sobre todo acerca de esto. Nadie hace daño a Sadie Kane.

Extendió el brazo. El suelo se abrió bajo los pies de Sarah Jacobi, y brotaron como si fuesen malas hierbas las almas de los muertos, manos esqueléticas, caras brillantes, sombras con colmillos y *bas* alados con las garras extendidas. Se apelotonaron alrededor de Sarah Jacobi, la envolvieron en vendajes fantasmales de lino y se la llevaron dando gritos al abismo. El suelo se cerró detrás de ella, sin dejar la menor evidencia de que hubiera existido jamás.

El lazo negro se aflojó en el cuello de Amos, y la voz de Set rió, gozosa.

—¡Ese es mi chico!

—Cállate, padre —dijo Anubis.

En la Duat, Anubis tenía el mismo aspecto de siempre, con su pelo revuelto y sus adorables ojos castaños, pero nunca le había visto tan enfurecido. Comprendí que cualquiera que se atreviese a herirme sufriría todo el alcance de su ira, y Walt no pensaba reprimirla.

Jaz ayudó a Carter a levantarse. Tenía la camisa quemada, pero por lo demás parecía estar bien. Supongo que un relámpago no era lo peor que le había caído encima últimamente.

—¡Magos! —Carter consiguió alzarse firme y confiado, para dirigirse tanto a nuestros aprendices como a los rebeldes—. Estamos perdiendo el tiempo. Apofis está arriba, a punto de destruir el mundo. Un puñado de dioses valientes están impidiéndoselo por nuestro bien, por el de Egipto y por el del mundo de los mortales, pero no lo conseguirán ellos solos. Jacobi y Kwai os tenían engañados. Liberad al lector jefe. Debemos trabajar juntos.

Kwai gruñó. Entre sus dedos pasaron descargas de electricidad roja.

—Nunca. No nos arrodillaremos ante los dioses —dijo.

Logré levantarme.

—Escuchad a mi hermano —dije—. ¿No confiáis en los dioses? Pues ya están ayudándonos. Mientras tanto, Apofis quiere que nos enfrentemos entre nosotros. ¿Por qué creéis que vuestro ataque estaba planeado para esta mañana, justo en el momento en que Apofis se iba a alzar? Kwai y Jacobi os han traicionado. ¡Tenéis al enemigo delante de las narices!

Hasta los magos rebeldes se giraron para mirar a Kwai. Las últimas cuerdas cayeron del cuerpo de Amos.

Kwai sonrió, despectivo.

—Demasiado tarde. —Su voz zumbaba de poder. Su chilaba azul se tiñó de rojo sangre. Le brillaron los ojos, y sus pupilas se volvieron verticales como las de un reptil—. Mi maestro está destruyendo a los viejos dioses mientras hablamos, aniquilando los cimientos de vuestro mundo. Se tragará el Sol. Todos vosotros moriréis.

Amos se puso de pie. A su alrededor se arremolinó la arena roja, pero no me quedó ni la menor duda de quién estaba ahora al mando. Su túnica blanca refulgía de poder. La capa de piel de leopardo, símbolo del lector jefe, relucía en sus hombros. Blandió su báculo y el aire se llenó de jeroglíficos multicolores.

—Casa de la Vida —dijo—, ¡a la guerra!

Kwai era duro de pelar.

Supongo que es lo que pasa cuando la Serpiente del caos te invade los pensamientos y te satura de rabia y magia ilimitadas.

Kwai lanzó una cadena de relámpagos rojos por todo el salón que dejó inconscientes a casi todos los otros magos, incluyendo a sus propios seguidores. Isis debió de protegerme, porque la electricidad se rizó sobre mí sin ningún efecto. Amos también parecía inmune dentro de su remolino de arena roja. Walt flojeó, pero solo un momento. Hasta Carter, debilitado como estaba, logró desviar el relámpago con su cayado de faraón.

Los demás no tuvieron tanta suerte. Jaz se derrumbó. Después Julian. Luego Felix y su escuadrón de pingüinos. Todos nuestros aprendices y los rebeldes que habían combatido estaban inconscientes en el suelo. Adiós a un ataque en masa.

Invoqué el poder de Isis. Empecé a urdir un hechizo de ligadura, pero a Kwai le quedaban ases en la manga. Levantó las manos y creó su propia tormenta de arena. Por todo el salón se formaron docenas de remolinos, que se espesaron mientras giraban y daban forma a criaturas de arena: esfinges, cocodrilos, lobos y leones. Atacaron desde todas las direcciones, abalanzándose hasta sobre nuestros amigos indefensos.

—¡Sadie! —me avisó Amos—. ¡Protégelos!

Cambié de hechizo a toda velocidad y proyecté unos escudos medio improvisados sobre nuestros aprendices inconscientes. Amos fulminó a los monstruos uno por uno, pero cada vez que lo hacía volvían a cobrar forma.

Carter invocó su avatar. Se abalanzó sobre Kwai, pero el mago rojo le hizo retroceder con un nuevo relámpago. Mi pobre hermano dio con todo el cuerpo contra una columna de piedra, que se le derrumbó encima. Solo pude confiar en que su avatar hubiese absorbido el grueso del impacto.

Walt liberó una docena de criaturas mágicas al mismo tiempo: su esfinge, sus camellos, su ibis e

incluso a Filipo de Macedonia. Se arrojaron sobre los monstruos de arena para que no pudiesen acercarse a los magos caídos.

Entonces Walt se giró para enfrentarse a Kwai.

—Anubis —siseó Kwai—. Tendrías que haberte quedado en tu tanatorio, niño dios. Estás en desventaja.

Como respuesta, Walt separó las manos. A sus dos lados el suelo se resquebrajó. De las grietas salieron dos chacales enormes enseñando los colmillos. La silueta de Walt titiló. De pronto llevaba puesta una armadura egipcia de batalla y hacía girar un báculo *was* entre sus manos como si fuese un letal ventilador de cuchillas.

Kwai rugió. Lanzó oleadas de arena hacia los chacales. Arrojó relámpagos y palabras de poder a Walt, que las desvió con su báculo y redujo los ataques de Kwai a cenizas grises.

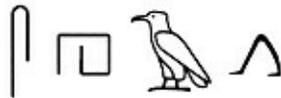
Los chacales acosaron a Kwai desde los dos costados y le hundieron los dientes en las piernas, mientras Walt se acercaba y descargaba un golpe de golf con el báculo. Dio tan fuerte a Kwai que me imaginé los ecos del golpe retumbando por toda la Duat. El mago cayó. Sus criaturas de tierra se esfumaron.

Walt retiró a sus chacales. Amos bajó su báculo. Carter se levantó entre los escombros, con aspecto mareado pero sin heridas. Nos reunimos alrededor del mago derribado.

Kwai debería haber muerto. Le salía un reguero de sangre de la boca. Tenía los ojos vidriosos. Pero, mientras escrutaba su cara, inspiró aire de golpe y compuso una débil sonrisa.

—Idiotas —dijo con voz áspera—. *Sa-hei*.

Un jeroglífico rojo como la sangre ardió contra su pecho:



Su chilaba estalló en llamas. Ante nuestros ojos, se convirtió en un montón de arena mientras una oleada de frío —el poder del caos— recorría todo el Salón de las Eras. Las columnas se sacudieron. Cayeron cascotes del techo. Una losa del tamaño de un horno se estrelló contra los escalones de la tarima, a punto de aplastar el trono del faraón.

—«Derribar» —dije, comprendiendo lo que significaba el jeroglífico. Hasta Isis parecía aterrorizada por la invocación—. *Sa-hei* es «derribar».

Amos maldijo en egipcio antiguo (algo sobre unos asnos pisoteando el fantasma de Kwai).

—Ha agotado su fuerza vital para lanzar esa maldición. El salón ya estaba debilitado. Tenemos que abandonarlo o acabaremos enterrados vivos.

Miré a los magos inconscientes que nos rodeaban. Algunos de nuestros aprendices empezaban a recobrar el sentido, pero no había manera de sacarlos a todos a tiempo.

—¡Hemos de impedirlo! —exclamé—. ¡Tenemos a cuatro dioses presentes! ¿No podemos salvar el salón?

La frente de Amos se arrugó.

—El poder de Set no me servirá para esto. Solo puede destruir, no restaurar.

Otra columna se vino abajo. Al llegar al suelo se partió, a apenas unos centímetros de uno de los rebeldes inconscientes.

Walt (que estaba bastante guapo con armadura, por cierto) negó con la cabeza.

—Esto supera a Anubis. Lo siento.

El suelo retumbó. Apenas nos quedaban unos segundos de vida. Cuando transcurriesen, seríamos unos cuantos egipcios sepultados más.

—¿Carter? —pregunté.

Me miró impotente. Aún estaba débil, y razoné que su magia de combate no serviría de mucho en aquella situación. Suspiré.

—Entonces tendré que encargarme yo, como siempre. Muy bien. Vosotros tres, escudad a los demás tan bien como podáis. Si esto no funciona, salid a toda pastilla.

—¿Si qué no funciona? —dijo Amos mientras nos caían encima más cascotes del techo—. Sadie, ¿qué tienes planeado?

—Solo una palabra, querido tío. —Levanté el báculo y accedí al poder de Isis.

La diosa entendió lo que necesitaba de inmediato. Juntas, intentamos hallar la tranquilidad en el caos. Me centré en los momentos más pacíficos y ordenados de mi vida... que no eran muchos. Recordé la fiesta por mi sexto cumpleaños en Los Ángeles, con Carter, mi padre y mi madre; era el último recuerdo nítido que tenía de los cuatro juntos como una familia. Me visualicé a mí misma oyendo música en mi cuarto de la Casa de Brooklyn mientras Keops comía caramelos en mi tocador. Me imaginé sentada en la terraza junto a mis amigos, desayunando tranquilamente mientras Filippo de Macedonia chapoteaba en su piscina. Recordé los domingos por la tarde en el piso de mis abuelos, con Tarta en mi regazo, el partido de rugby del abuelo en la tele y las horribles galletas de la abuela para acompañar al té flojo en la mesa. Buenos tiempos, ya lo creo.

Sobre todo, me enfrenté a mi propio caos. Acepté mis emociones contradictorias sobre si mi sitio era Londres o Nueva York, si era una maga o una alumna de escuela. Era Sadie Kane y, si lograba sobrevivir a aquel día, bien podía equilibrarlo todo, puñetas. Y sí, acepté a Walt y a Anubis... renuncié a la ira y a la desesperación. Me los imaginé a los dos conmigo, y si era una situación rarísima, pues muy bien: encajaba a la perfección con el resto de mi vida. Hice las paces con la idea. Walt estaba vivo. Anubis era de carne y hueso. Amansé mi agitación y conseguí disipar mis dudas.

—*Maat* —dije.

Noté como si acabara de golpear un diapasón contra los fundamentos de la tierra. Una profunda armonía resonó hacia fuera por todos los niveles de la Duat.

El Salón de las Eras se pacificó. Las columnas se levantaron y se repararon solas. Las grietas del techo y el suelo se cerraron. Los hologramas de luz volvieron a brillar a ambos lados de la habitación, y los jeroglíficos surcaron de nuevo el aire.

Caí agotada en brazos de Walt. Entre los manchurrónes que me nublaban la vista, observé que bajaba la mirada hacia mí y sonreía. Lo mismo hacía Anubis. Podía verlos a los dos, y me di cuenta de que no tenía que elegir.

—Sadie, lo has conseguido —dijo—. Eres fantástica.

—Ajá —musité—. Buenas noches.

Me han dicho que solo perdí el sentido durante unos segundos, pero me parecieron siglos. Cuando volví en mí, los otros magos estaban de pie. Amos me sonrió.

—Arriba, mi niña.

Me ayudó a levantarme. Carter me abrazó con bastante entusiasmo, casi como si, por una vez, apreciase lo mucho que valía.

—No se ha acabado —me advirtió mi hermano—. Tenemos que subir a la superficie. ¿Estás lista?

Asentí, aunque ninguno de los dos estábamos en plena forma. Habíamos gastado demasiada energía en la lucha por el Salón de las Eras. Aun con la ayuda de los dioses, no estábamos en condiciones de enfrentarnos a Apofis. Pero no nos quedaba más opción.

—Carter —dijo Amos en tono formal, señalando el trono vacío—. Eres de la sangre de los faraones, Ojo de Horus. Traes contigo el cayado y el látigo que te ha conferido Ra. Este es tu reinado. ¿Nos guiarás, a dioses y a mortales, contra el enemigo?

Carter se enderezó. Veía las dudas y el miedo en él, pero posiblemente solo era porque le conocía. Había pronunciado su nombre secreto. De cara al mundo, se le veía confiado, fuerte, adulto... hasta regio.

[Sí, eso he dicho. Que no se te suba a la cabeza, querido hermano. Sigues siendo un zopenco de mucho cuidado.]

—Os guiaré —dijo Carter—. Pero el trono va a tener que esperar. Ahora mismo, Ra nos necesita. Debemos llegar a la superficie. ¿Puedes mostrarnos el camino más rápido?

Amos asintió.

—¿Y los demás?

Los otros magos mostraron su asentimiento a voces, incluso los que habían sido rebeldes.

—No somos muchos —observó Walt—. ¿Qué nos ordenas, Carter?

—Antes que nada, pediremos refuerzos —dijo—. Ha llegado el momento de que convoque a los dioses a la guerra.

19. Bienvenidos al parque de atracciones del mal

CARTER

¿Sadie dice que se me veía confiado?

Esa sí que es buena. En realidad, que me ofrecieran el reinado sobre el universo (o el mando supremo de los dioses y los magos, o lo que fuera) me hizo tiritar hasta los dedos de los pies.

Menos mal que sucedió justo antes de lanzarnos al combate, porque así no tuve tiempo de pensarlo demasiado ni de alucinar.

Tú déjate llevar, dijo Horus. *Aprovecha mi valentía*.

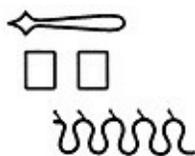
Por una vez, me alegré de permitir que llevara la voz cantante. De no ser así, cuando llegamos a la superficie y vi lo mal que estaban las cosas, habría vuelto bajo tierra corriendo y chillando como un niño de parvulario.

(Sadie dice que eso es injusto. Nuestros niños de parvulario no chillaban. Estaban más dispuestos al combate que yo.)

La cosa es que nuestro grupete de magos apareció por un túnel secreto que se abría a media altura de la pirámide de Kefrén, y juntos contemplamos el final del mundo.

Decir que Apofis era enorme sería como decir que al *Titanic* le entró un pelín de agua. En el tiempo que habíamos pasado bajo tierra, la Serpiente había crecido. Ahora se enroscaba bajo kilómetros de desierto en todas las direcciones, rodeando a las pirámides y excavando túneles en las afueras de El Cairo que levantaba barrios enteros como si fueran alfombras viejas.

La única parte de la Serpiente que asomaba sobre el suelo era la cabeza, pero se alzaba casi tan alta como las pirámides. Estaba compuesta de arena revuelta y relámpagos, como la ha descrito Sadie, y al expandir su pecho de cobra dejó ver un jeroglífico que ningún mago escribiría jamás: *Isfet*, el símbolo del caos.



Los cuatro dioses que batallaban contra Apofis parecían insignificantes en comparación. Sobek se había montado a horcajadas en el lomo de la Serpiente, y daba mordisco tras mordisco con sus poderosas mandíbulas de cocodrilo mientras la aporreaba con la pértiga. Sus ataques alcanzaban el objetivo, pero no parecía que molestaran a Apofis.

Bes danzaba de un lado a otro con su bañador Speedo, golpeando con un garrote de madera y gritando «¡Uuuh!» tan fuerte que los habitantes de El Cairo debían de estar escondidos bajo las camas. Pero la Serpiente gigante del caos no daba signos de asustarse.

Nuestra amiga gata Bast tampoco tenía mucha suerte. Subió de un brinco a la cabeza de la Serpiente, arremetió a cuchillazos como si fuera un molinete y luego saltó antes de que la Serpiente pudiera sacudírsela de encima. Pero la Serpiente solo tenía ojos para un enemigo.

De pie en el desierto, entre la Gran Pirámide y la Gran Esfinge, Zia estaba rodeada de una fulgurante

luz dorada. Hacía daño mirarla directamente, pero estaba disparando bolas de fuego como una batería de fuegos artificiales. Al explotar contra el cuerpo de la Serpiente, las bolas de fuego provocaban disrupciones en su forma. La Serpiente contraatacaba arrancando terrones de desierto a bocados, pero nunca lograba alcanzar a Zia. Su posición cambiaba como en un espejismo y siempre estaba a cierta distancia del lugar donde caía el ataque de Apofis.

Sin embargo, no podría seguir así para siempre. Echando un vistazo en la Duat, comprobé que las auras de los cuatro dioses estaban debilitándose, mientras la de Apofis crecía y ganaba fuerza.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jaz, hecha un flan.

—Esperad a mi señal —dije.

—¿Cuál será? —preguntó Sadie.

—No lo sé aún. Volveré.

Cerré los ojos y proyecté mi *ba* hacia el firmamento. De pronto me hallaba en la Salón del Trono de los Dioses. Las columnas de piedra se elevaban sobre mi cabeza. Los braseros de fuego mágico se extendían en la distancia, y el suelo de mármol pulido reflejaba su luz. En el centro de la sala, el barco solar de Ra reposaba en su estrado. El Trono de Fuego estaba desocupado.

Parecía estar solo... hasta que hice mi llamamiento.

—Venid a mí —dijimos Horus y yo al unísono—. Honrad vuestro juramento de lealtad.

Unas estelas de humo brillante entraron en la sala como si fueran cometas vistos a cámara lenta. Las luces ardieron vivamente, girando entre las columnas. A mi alrededor se materializaron los dioses.

Un enjambre de escorpiones correteó por el suelo y se acumuló para formar a la diosa Serket, que me miró desconfiada desde debajo de su corona de cola de escorpión. Babi el dios babuino descendió de la columna más cercana y me enseñó los colmillos. Nejbet, la diosa buitre, se posó en la proa del barco solar. Shu, dios del viento, entró con la apariencia de un torbellino antes de adoptar la de un piloto de la Segunda Guerra Mundial, con el cuerpo compuesto solo de polvo, hojas y trocitos de papel.

Había docenas de ellos: el dios lunar Jonsu con su traje plateado, la diosa del cielo Nut con su galáctica piel azul sembrada de estrellas brillantes, Hapi el hippy con su faldita verde de escamas de pez y su sonrisa enloquecida, y una mujer de expresión severa vestida con ropa de camuflaje y empuñando un arco, su cara manchada de pintura y con dos ridículas ramas de palma saliéndole del pelo... Neit, supuse.

Había esperado encontrar caras más amistosas, pero sabía que Osiris no podía abandonar el inframundo. Tot seguía retenido en su pirámide, y muchos otros dioses —probablemente los más dispuestos a ayudarme— también sufrían el asedio de las fuerzas del caos. Tendríamos que apañarnos con lo que teníamos.

Me encaré a los dioses reunidos y esperé que no me temblaran demasiado las piernas. Yo seguía sintiéndome como Carter Kane, pero sabía que al mirarme veían a Horus el Vengador.

Enarbolé el cayado y el látigo.

—Estos son los símbolos del faraón, entregados a mí por el propio Ra. Él me ha nombrado vuestro líder. En este preciso momento se enfrenta a Apofis. Debemos unirnos a la batalla. Seguidme y cumplid con vuestro deber.

Serket siseó.

—Solo seguimos a los fuertes. ¿Tú eres fuerte?

Me moví con la velocidad del rayo. Descargué el látigo de lado contra la diosa y los tres cortes

dejaron tan solo una pila ardiente de escorpiones al horno.

Unos pocos bichos vivos se escabulleron de entre los restos. Se desplazaron a una distancia segura y empezaron a reformarse hasta que la diosa estuvo completa de nuevo, aunque agazapada tras un brasero de llama azul.

La diosa buitre Nejbet cacareó de risa.

—Es fuerte.

—Venid, pues —dije.

Mi *ba* regresó a la tierra. Abrí los ojos.

Sobre la pirámide de Kefrén empezaron a acumularse nubes de tormenta. Se separaron con el estallido de un trueno y los dioses cargaron hacia la batalla, algunos en carros de guerra, otros en barcos voladores y otros a lomos de halcones gigantes. El dios babuino Babi aterrizó en la cima de la Gran Pirámide. Se aporreó el pecho con los puños y aulló.

Me giré hacia Sadie.

—¿Te vale como señal?

Corrimos pirámide abajo para sumarnos al combate.

Primer consejo a la hora de luchar contra una serpiente gigante del caos: no lo hagáis.

Incluso con un escuadrón de dioses y magos apoyándoos, no es probable que salgáis victoriosos. La primera pista la capté cuando estábamos en plena carga y el mundo pareció agrietarse. Me di cuenta de que Apofis no solo estaba reptando arriba y abajo por la arena del desierto mientras rodeaba las pirámides. También reptaba arriba y abajo de la Duat, fragmentando la realidad en distintas capas. Intentar encontrarlo era como correr por la casa de los espejos en un parque de atracciones, solo que cada espejo llevaba a otra casa llena de más espejos.

Nuestros amigos empezaron a disgregarse. Por todas partes, los dioses y los magos se quedaban aislados, unos en niveles más profundos de la Duat que otros. Luchábamos contra un solo enemigo, pero cada uno se enfrentaba en solitario a un fragmento de su poder.

En la base de la pirámide, los pliegues de la Serpiente rodearon a Walt. Mi amigo intentó escapar a base de fuerza bruta, acribillando a la Serpiente con una luz gris que volvía cenizas sus escamas, pero el monstruo se limitaba a regenerarse, cerrando cada vez más el círculo en torno a Walt. A unas decenas de metros de distancia, Julian había invocado un avatar completo de Horus, un guerrero verde con cabeza de halcón que llevaba un *jopesh* en cada mano. Se lió a tajos con la cola de la Serpiente, o al menos con una versión de ella, que se revolvía e intentaba empalarlo. Más abajo en la Duat, la diosa Serket estaba casi en el mismo lugar que él. Se había transformado en un escorpión negro gigantesco, y luchaba contra otra imagen de la cola de la Serpiente, deteniendo sus embestidas con el aguijón en un estafalario combate de esgrima. Hasta Amos se había despistado. Estaba encarado hacia donde no era (o eso me pareció a mí), y descargaba bastonazos contra el aire vacío, gritando palabras de poder a la nada.

Esperé que ocuparse de tantos de nosotros a la vez estuviera debilitando a Apofis, pero no detecté ningún signo de que su energía decreciera.

—¡Nos está separando! —gritó Sadie. Aunque estaba a mi lado, oí su voz como si me llegara desde el otro lado de un rugiente túnel de viento.

—¡Agárrate! —Le tendí el cayado de faraón—. ¡Tenemos que estar juntos!

Cogió el otro extremo del cayado y emprendimos el avance.

Cuanto más nos acercábamos a la cabeza de la Serpiente, más nos costaba movernos. Me dio la sensación de que corríamos a través de capas y capas de jarabe transparente, cada una más espesa y resistente que la anterior. Miré a nuestro alrededor y reparé en que la mayoría de nuestros aliados se habían separado de la formación. A algunos ni siquiera podía verlos por culpa de la distorsión caótica.

Por delante de nosotros, una luz brillante rielaba como si entre ella y nosotros se interpusieran cincuenta capas de agua.

—Hemos de llegar hasta Ra —dije—. ¡Concéntrate en él!

Lo que de verdad pensaba era: «He de salvar a Zia». Pero tenía bastante claro que Sadie lo sabía sin necesidad de decírselo con todas las palabras.

Me llegó la voz de Zia, que invocaba oleadas de fuego contra su enemigo. No podía estar mucho más lejos... ¿quizá a unos seis metros, en distancia mundana? A través de la Duat, podrían haber sido trescientos kilómetros.

—¡Ya llegamos! —exclamé.

Llegáis demasiado tarde, pequeñines, zumbó la voz de Apofis en mis oídos. Hoy pienso desayunarme a Ra.

Un pliegue de la Serpiente tan grande como un vagón de metro cayó contra la arena a nuestros pies, y no nos aplastó por los pelos. Las escamas se ondulaban con la energía del caos, y me daban ganas de agarrarme el estómago y vomitar. Sin la protección de Horus, creo que estar a tan poca distancia de Apofis habría bastado para vaporizarme. Di un latigazo. Tres líneas de fuego atravesaron la piel de la Serpiente y convirtieron toda aquella sección en briznas de niebla roja y gris.

—¿Vas bien? —pregunté a Sadie.

Ponía mala cara, pero asintió. Seguimos avanzando con dificultad.

Algunos de los dioses más poderosos todavía luchaban a nuestro alrededor. Babi el babuino se había encaramado a una versión de la cabeza de la Serpiente y descargaba sus puños como martillos entre los ojos de Apofis, pero nuestro enemigo solo parecía levemente molesto. La diosa cazadora Neit se había puesto a cubierto detrás de unos bloques de piedra y disparaba flechas como una francotiradora hacia otra cabeza de cobra. Era fácil de detectar por las hojas de palmera que llevaba en el pelo, y además no dejaba de gritar no sé qué sobre una conspiración de gominolas. Más hacia delante, otra boca de serpiente hundió sus colmillos en la diosa buitre Nejbet, que graznó de dolor y explotó en una nube de plumas negras.

—¡Se nos acaban los dioses! —gritó Sadie.

Por fin llegamos al centro de la tormenta del caos. Las murallas de humo rojo y gris se arremolinaban a nuestro alrededor, pero en el centro remitió el rugido, como si hubiéramos pisado el ojo de un huracán. Sobre nosotros se alzaba la auténtica cabeza de la Serpiente, o al menos la manifestación que ostentaba la mayor parte de su poder.

¿Que cómo lo sabía? Porque su piel tenía más apariencia de solidez, y escamas de un rojo dorado brillante. Su boca era una gruta rosada con colmillos. Sus ojos relucían, y su caperuza de cobra estaba tan extendida que nos tapaba la cuarta parte del cielo.

Frente a él estaba Ra, una aparición demasiado resplandeciente para mirarla directamente. Si lo hacía por el rabillo del ojo, en cambio, podía ver a Zia en el centro de la luz. Ahora llevaba la ropa de una princesa egipcia: un vestido sedoso blanco y dorado, una gargantilla de oro y brazaletes. Incluso su

báculo y su varita estaban bañados en oro. Su imagen danzaba en el vapor caliente, impidiendo que la Serpiente acertara su posición en cada ataque.

Zia ametralló a Apofis con llamaradas rojas, dejándolo cegado y quemándole trozos de piel, pero sus heridas parecían sanar casi al instante. Estaba ganando fuerza y tamaño. Zia no tenía la misma suerte. Si me concentraba, podía sentir que su fuerza vital, su *ka*, iba debilitándose. El fulgor que emanaba del centro de su pecho disminuía y se concentraba, como una llama reducida a una luz de posición.

Mientras tanto, nuestra felina amiga Bast hacía todo lo posible por distraer a su viejo enemigo. Una y otra vez saltaba a lomos de la Serpiente, la acuchillaba y maullaba de rabia, pero Apofis simplemente se sacudía y la enviaba volando de vuelta a la tormenta.

Sadie miró a su alrededor, preocupada.

—¿Dónde está Bes?

El dios enano había desaparecido. Ya empezaba a temerme lo peor cuando una vocecilla gruñona llamó desde el borde de la tormenta:

—¿Un poquito de ayuda, si puede ser?

No había prestado mucha atención a las ruinas entre las que combatíamos. La meseta de Guiza estaba salpicada de grandes bloques de piedra, trincheras y viejos cimientos de edificios abiertos en anteriores excavaciones. La cabeza del dios enano asomaba por debajo de una cuña de piedra caliza del tamaño de un coche.

—¡Bes! —gritó Sadie mientras corríamos hacia él—. ¿Te encuentras bien?

Nos miró enfurruñado.

—¿Te parece que estoy bien, chica? Tengo un bloque de caliza de diez toneladas encima del pecho. Nuestro amiguito aliento-de-serpiente me ha tumbado de un golpe y luego me ha soltado esta cosa encima. ¡Es el acto de crueldad hacia los enanos más flagrante de la historia!

—¿Puedes moverla?

Me dedicó una mirada casi tan fea como su cara de «¡Uuuh!».

—Ostras, Carter, no se me había ocurrido. Es que aquí abajo se está muy cómodo. ¡Pues claro que no puedo moverla, cabeza de chorlito! Los bloques de piedra son difíciles de asustar. Echad una manita a un pobre enano, ¿queréis?

—Aparta —dije a Sadie.

Invoqué la fuerza de Horus. La luz azul envolvió mi mano y descargué un golpe de kárate contra la piedra. Se agrietó justo por el centro y cayó abierta a los dos lados del dios enano.

Habría sido más impresionante si a continuación no hubiera gimoteado como un cachorrillo, cogiéndome los dedos. Por lo visto, tenía que seguir practicando el truco del kárate, porque notaba la mano como si la hubiera metido en aceite hirviendo. Estaba seguro de que tenía algunos huesos rotos.

—¿Todo bien? —preguntó Sadie.

—Sí —mentí.

Bes se puso de pie.

—Gracias, chaval. Y ahora ha llegado el momento de patear serpientes.

Corrimos a ayudar a Zia, lo que resultó ser muy mala idea. Miró a un lado, nos vio... y, durante un mínimo instante, perdió la concentración.

—¡Carter, gracias a los dioses! —Zia hablaba en armonía doble. Una parte era ella y otra la voz

grave e imperiosa de Ra, cosa que me costaba un poco más de asumir. Diréis que soy estrecho de miras, pero oír hablar a mi chica con la voz de un dios varón de cinco mil años de edad no está en mi lista de las Diez Cosas más Atractivas. Aun así, me alegraba tanto de verla que hasta casi me dio igual.

Encestó otra bola de fuego por la garganta de Apofis.

—Llegáis justo a tiempo. Nuestro amigo el reptil se está haciendo más fue...

—¡Cuidado! —chilló Sadie.

Esta vez, Apofis no se dejó aturdir por el fuego. Contraatacó de inmediato... y no falló. Su cabeza golpeó como una bola de grúa demoledora.

Cuando Apofis se levantó de nuevo, Zia ya no estaba. Había una depresión en la arena que había pisado, y en el gaznate de la Serpiente se veía un bulto de tamaño humano iluminado desde dentro, brillando mientras descendía por la garganta.

Sadie dice que me volví un poco loco. La verdad es que no me acuerdo. Lo siguiente que supe fue que tenía la voz ronca de tanto gritar y que me alejaba renqueando de Apofis, con la magia casi agotada, mi mano rota palpitando y el cayado y el látigo pringados de un fluido entre rojo y gris, la sangre del caos.

Apofis tenía tres heridas en el cuello que no se le cerraban. Por lo demás, parecía entero. Es difícil saber si una serpiente tiene expresión, pero estuve bastante seguro de que la suya era burlona.

—¡Tal y como fue profetizado! —Cuando habló en voz alta, la tierra se sacudió. Unas grietas se extendieron por todo el desierto como si, de pronto, fuera una capa fina de hielo. El cielo se puso negro, iluminado solo por relámpagos rojos. La temperatura empezó a bajar rápidamente—. ¡No puedes engañar al destino, Carter Kane! Me he tragado a Ra. ¡Ahora tengo el fin del mundo a mi alcance!

Sadie se derrumbó de rodillas y sollozó. A mí me inundó la desesperación, más paralizante que el frío. Sentí cómo menguaba el poder de Horus y yo volvía a ser solo Carter Kane. A nuestro alrededor, en los distintos niveles de la Duat, los dioses y los magos dejaron de combatir a medida que el terror se expandía entre sus filas.

Bast aterrizó a mi lado con agilidad felina, jadeando. Tenía el pelo tan de punta que parecía un erizo de mar cubierto de arena. Su mono de gimnasta estaba lleno de rasgaduras y rotos. Tenía un moretón con muy mala pinta en la parte izquierda de la mandíbula. Sus cuchillos soltaban humo y estaban picados por el veneno corrosivo de la Serpiente.

—No —dijo firmemente—. No, no, no. ¿Qué plan tenemos?

—¿Plan?

Intenté encontrar sentido a su pregunta. Zia ya no estaba. Habíamos fallado. La antigua profecía se había cumplido y yo iba a morir sabiendo que era un perdedor completo y absoluto. Miré a Sadie, pero parecía estar sufriendo la misma neurosis de combate que yo.

—¡Despierta, chaval! —Bes llegó hasta mí balanceándose y me dio una patada en la rótula, que era todo lo alto que llegaba.

—¡Au! —protesté.

—Ahora el líder eres tú —gruñó—. Así que más te vale tener un plan. ¡No he vuelto a la vida para que me maten otra vez!

Apofis siseó. El suelo continuó agrietándose, removiendo los cimientos de las pirámides. El aire era tan frío que soltábamos vaho al respirar.

—Demasiado tarde, mis pobres niños. —Los ojos rojos de la Serpiente me miraron desde arriba—.

La Maat llevaba siglos muriendo. Vuestro mundo era solo una mota efímera en el mar del caos. Todo lo que construisteis no significa nada. ¡Yo soy vuestro pasado y vuestro futuro! Arrodíllate ante mí, Carter Kane, y tal vez decida perdonaros la vida a ti y a tu hermana. Me gustará tener supervivientes que atestigüen mi victoria. ¿Acaso no es preferible a la muerte?

Me pesaban las extremidades. En algún punto de mi interior había un niño asustado que quería vivir. Había perdido a mis padres. Me habían pedido que luchara en una guerra que me superaba con creces. ¿Por qué seguir, si todo estaba perdido? Y si podía salvar a Sadie...

Entonces me fijé en la garganta de la Serpiente. El brillo del dios solar que se había tragado fue hundiéndose más y más en el gáznate de Apofis. Zia había entregado su vida para protegernos.

«No temas —había dicho—, yo retendré a Apofis hasta que llegues.»

La furia me aclaró las ideas. Apofis intentaba influir en mí, igual que había corrompido a Vlad Ménshikov, a Kwai, a Sarah Jacobi e incluso a Set, el dios del mal en persona. Apofis era un maestro erosionando la razón y el orden, destruyendo todo lo bueno y admirable. Era un ser egoísta, y quería que yo también lo fuera.

Recordé el obelisco blanco que se alzaba en el mar del caos. Había permanecido en pie miles de años, contra todo pronóstico. Representaba la valentía y la civilización, la toma de la decisión correcta por encima de la fácil. Si yo fallaba aquel día, el obelisco caería por fin. Todo lo que había creado el ser humano desde las primeras pirámides de Egipto sería en vano.

—Sadie —dije—, ¿tienes la sombra?

Se puso de pie, mientras sus facciones pasaban del pasmo a la rabia.

—Creía que no ibas a preguntarlo nunca.

Sacó de su bolsa la figurilla de granito, que ahora estaba teñida de medianoche por la sombra de Apofis.

La Serpiente reculó, siseando. Creí detectar el miedo en sus ojos.

—No seáis idiotas —dijo Apofis en tono de desprecio—. Ese hechizo ridículo no va a funcionar, ¡y menos ahora que me alzo en mi triunfo! Además, estáis demasiado débiles. Jamás sobreviviríais al intento.

Como todas las amenazas efectivas, aquella tenía su parte de verdad. Mis reservas mágicas estaban casi agotadas. Las de Sadie no podían ir mucho mejor. Aunque los dioses ayudaran, lo más probable era que nos consumiésemos si lanzáramos una execración.

—¿Listo? —me preguntó Sadie, con voz desafiante.

—Si lo intentáis —nos advirtió Apofis—, sacaré vuestras almas del caos una y otra vez, para poder volver a mataros lentamente. Haré lo mismo con vuestros padres. Sabréis lo que significa el dolor eterno.

Me sentí como si me hubiera tragado una bola de fuego de las de Ra. Apreté los puños en torno al cayado y el látigo, sin hacer caso del dolor palpitante de mi mano. El poder de Horus volvió a fluir en mí... y una vez más, estábamos en acuerdo absoluto. Era su Ojo. Yo era el Vengador.

—Error —dije a la Serpiente—. Nunca deberías amenazar a mi familia.

Arrojé el cayado y el látigo. Chocaron contra la cara de Apofis y estallaron en una columna de fuego del tamaño de una explosión nuclear.

La Serpiente aulló de dolor, envuelta en llamas y humo, pero tuve la sensación de que solo había ganado unos segundos.

—Sadie —dije—, ¿estás preparada?

Asintió y me tendió la figurita. La sostuvimos entre los dos y nos preparamos para lo que podía ser el último hechizo de nuestras vidas. No nos hizo falta consultar ningún papiro. Habíamos practicado aquella execración desde hacía meses. Los dos nos sabíamos las palabras de memoria. La única cuestión era si la sombra supondría alguna diferencia. Una vez empezáramos, no habría forma de parar. Y falláramos o triunfáramos, seguramente nos consumiríamos.

—Bes, Bast —dije—, ¿podéis impedir a Apofis que se nos acerque?

Bast sonrió y levantó sus cuchillos.

—¿Defender a mis cachorros? Eso ni se pregunta. —Miró un momento a Bes—. Y por si morimos, lamento haber jugado con tus emociones tantas veces. Fui muy injusta contigo.

Bes soltó un bufido.

—Pelillos a la mar. Por fin se me ha pasado la tontería, y ahora estoy con la chica perfecta. Además, eres una gata. Está en tu naturaleza creerte el centro del universo.

La diosa lo miró, perpleja.

—Pero es que soy el centro del universo.

Bes rió.

—Buena suerte, chavales. ¡Ahora verá ese lo que es la fealdad!

—¡MUERTE! —chilló Apofis, surgiendo de la columna de fuego con los ojos encendidos en llamas.

Bast y Bes, los dos mejores amigos y protectores que habíamos tenido en la vida, se lanzaron a la carga contra Apofis.

Sadie y yo iniciamos el hechizo.

20. Me quedo una silla

CARTER

Como os decía, no se me dan bien los encantamientos.

Hacerlos requiere una concentración constante, una pronunciación correcta y un ritmo perfecto. De lo contrario, corres el riesgo de destruirte a ti mismo y todo lo que tengas a menos de tres metros, o bien de transformarte en algún tipo de marsupial.

Intentar un encantamiento con otra persona... es el doble de difícil.

De acuerdo, Sadie y yo nos habíamos aprendido las palabras, pero no podíamos hacer de verdad la execración por adelantado. Con un hechizo como ese, solo hay un intento.

Mientras empezábamos, vi por el rabillo del ojo a Bast y Bes luchando contra la Serpiente, y a nuestros otros aliados enzarzados en combate en distintos niveles de la Duat. La temperatura siguió bajando. Las hendiduras del terreno se ampliaron. Los relámpagos rojos cruzaron el cielo de lado a lado, como grietas en una cúpula negra.

Me costaba horrores impedir que me castañetearan los dientes. Me concentré en la estatuilla de piedra de Apofis. Mientras entonábamos, la figura empezó a echar humo.

Intenté no pensar en la última vez que había oído ese encantamiento. Michel Desjardins había muerto al llevarlo a cabo, y solo se enfrentaba a una manifestación parcial de la Serpiente, no a Apofis con todos sus poderes después de haber triunfado devorando a Ra.

Céntrate, me dijo Horus.

Qué fácil decirlo. El ruido, el frío y las explosiones que nos rodeaban lo hacían casi imposible, como intentar contar desde cien hacia abajo mientras te chillan números aleatorios al oído.

Bast pasó disparada por encima de nuestras cabezas y cayó en un bloque de piedra. Bes rugió de furia. Pegó un garrotazo tan fuerte en el cuello de la Serpiente que los ojos de Apofis rodaron en sus cuencas.

Apofis intentó morder a Bes, que agarró un colmillo y ya no pudo soltarlo porque la Serpiente levantó la cabeza y empezó a sacudirla, tratando de sacarse al dios enano de entre los dientes.

Sadie y yo continuamos nuestro ensalmo. La sombra de la Serpiente soltaba vapor a medida que la estatuilla se calentaba. A nuestro alrededor brillaban luces doradas y azules: Isis y Horus, esforzándose al máximo para protegernos. El sudor hacía que me escocieran los ojos. Pese al aire gélido, noté que me subía la fiebre.

Cuando avanzamos hasta la parte más importante del hechizo, el nombre del enemigo, por fin empecé a sentir la auténtica naturaleza de la sombra de la Serpiente. Es curioso que a veces funcione así, que no comprendas algo de verdad hasta que lo destruyes. La *sheut* era algo más que una copia o un reflejo, era más que un «disco duro de seguridad» para el alma.

La sombra de una persona representaba su legado, su impacto en el mundo. Hay gente que apenas proyecta sombra alguna. Otros tienen sombras largas y profundas, que permanecen durante siglos. Pensé en lo que me había dicho el fantasma de Setne, que él y yo habíamos crecido a la sombra de nuestros padres famosos. Ahora entendía que no había sido solo una frase hecha. Mi padre había proyectado una sombra poderosa, que seguía afectándome a mí y al mundo entero.

Si una persona no hacía sombra en absoluto, no podía estar viva. Su existencia perdía todo el sentido. Execrar a Apofis destruyendo su sombra cercenaría del todo su conexión con el mundo mortal. Jamás volvería a poder alzarse. Por fin entendí su ansia por quemar los papiros de Setne, y su miedo a que utilizáramos aquel hechizo.

Llegamos a las últimas líneas. Apofis se quitó a Bes del colmillo y el enano voló hasta estamparse contra una cara de la Gran Pirámide.

La Serpiente se volvió hacia nosotros mientras pronunciábamos las palabras finales:

—Te exiliamos más allá del vacío. Aquí cesa tu existencia.

—¡NO! —rugió Apofis.

La estatua explotó en llamas y se deshizo en nuestras manos. La sombra desapareció con una nube de vapor, y una onda expansiva de oscuridad nos derribó al suelo.

El legado de la Serpiente sobre la Tierra se hizo añicos. Las guerras, los asesinatos, los tumultos y la anarquía que había provocado Apofis desde tiempos remotos por fin perdió su poder, dejó de proyectar su sombra hacia nuestro futuro. Las almas de los muertos salieron despedidas de la explosión: miles de fantasmas que habían estado encerrados y aplastados dentro de la sombra del caos. Una voz me susurró en la mente: *Carter*, y el alivio me hizo un nudo en la garganta. No la veía, pero supe que nuestra madre era libre. Su espíritu ya regresaba a su lugar en la Duat.

—¡Mortales miopes! —Apofis se retorció y empezó a encogerse—. No solo me habéis matado a mí. ¡Habéis exiliado a los dioses!

La Duat se colapsó, capa sobre capa, hasta que la meseta de Guiza volvió a ser una sola realidad. Nuestros amigos magos estaban de pie a nuestro alrededor, desconcertados. Pero a los dioses no se les veía por ninguna parte.

La Serpiente silbó mientras se le descomponían las escamas en trozos humeantes.

—¡La Maat y el caos están unidos, idiotas! No podéis apartarme a mí sin apartar a los dioses. Y en cuanto a Ra, morirá en mi interior, digerido lentamente...

Yo ya tenía la cabeza a punto de explotar, pero la suya explotó de verdad. Y sí, fue tan repulsivo como suena. Los cachos llameantes de reptil volaron por todas partes. Del cuello de la Serpiente surgió una bola de fuego hacia arriba. El cuerpo de Apofis se desmoronó, convertido en arena y porquería humeante, y Zia Rashid surgió de entre los escombros.

Tenía el vestido hecho jirones. Su báculo dorado estaba partido como un mondadientes, pero vivía.

Corrí hacia ella. Tropezó y se apoyó en mí, agotada del todo.

Entonces se elevó alguien más por encima de las ruinas calcinadas de Apofis.

Ra titilaba como un espejismo, alzándose sobre nosotros con su forma de anciano musculoso de piel dorada, túnica de rey y corona de faraón. Dio un paso adelante y la luz del día regresó al cielo.

La temperatura se suavizó. Las grietas del terreno se cerraron solas.

El dios solar me sonrió.

—Bien hecho, Carter y Sadie. Ahora debo retirarme como han hecho los otros dioses, pero os debo la vida.

—¿Retirarte? —Mi voz no sonó como siempre. Era más profunda, más rasposa... pero tampoco era la voz de Horus. El dios de la guerra parecía haberse marchado de mi mente—. ¿Quieres decir... para siempre?

Ra soltó una risita.

—Cuando se es tan viejo como yo, se aprende a tener cuidado con las palabras «para siempre». La primera vez que abdiqué, creí que me marchaba para siempre. Sin embargo, debo retirarme al cielo durante un tiempo, por lo menos. Mi viejo enemigo Apofis estaba en lo cierto. Cuando se hace retroceder al caos, los dioses del orden, de la Maat, también deben guardar la distancia. Tal es el equilibrio del universo.

—Entonces... deberías llevarte esto. —Volví a ofrecerle el cayado y el látigo.

Ra negó con la cabeza.

—Guárdamelos. Tú eres el legítimo faraón. Y cuida de mi favorita... —Señaló a Zia con un gesto de la cabeza—. Se recuperará, pero va a necesitar apoyo.

La luz refulgió en torno al dios solar. Al desvanecerse, él ya no estaba. Dos docenas de magos agotados flanqueaban la marca quemada y en forma de serpiente que había quedado en el desierto mientras el sol se elevaba sobre las pirámides de Guiza.

Sadie me apoyó una mano en el brazo.

—¿Hermanito?

—¿Dime?

—Esta vez nos ha ido demasiado por los pelos.

Por una vez, no discutí con mi hermana.

El resto del día transcurrió desdibujado. Recuerdo llevar a Zia a las salas de curación del Nomo Primero. Mi propia mano rota estuvo sanada en unos minutos, pero me quedé allí con Zia hasta que Jaz me dijo que tenía que marcharme. Ella y los demás sanadores tenían a docenas de magos heridos que atender (entre ellos el chico ruso, Leonid, que contra todo pronóstico parecía que saldría de aquella) y, aunque Jaz pensara que seguir allí era un gesto muy dulce por mi parte, estaba siendo un incordio para ellos.

Vagué por la caverna principal y me sorprendió encontrarla llena de gente. Los portales de todo el mundo habían vuelto a funcionar. No dejaban de llegar magos para ayudar con la limpieza y prometer su apoyo al lector jefe. A todo el mundo le gusta presentarse en la fiesta cuando el trabajo duro ya está hecho. Intenté que aquello no me amargara el día. Sabía que muchos de los otros nomos habían estado librando sus propias batallas. Apofis había puesto todo su empeño en dividirnos para conquistarnos. Aun así, me dejó un regusto agrio. La gente miraba con asombro el cayado y el látigo de Ra, que aún colgaban de mi cinturón. Unos pocos me dieron la enhorabuena y dijeron que era un héroe. Yo seguí andando.

Mientras pasaba por delante del puesto del vendedor de báculos, alguien dijo:

—¡Psss!

Miré hacia el callejón más cercano. Setne el fantasma estaba apoyado contra la pared. Me quedé tan pasmado que creí que alucinaba. No era posible que estuviera allí, con su horrible americana, sus joyas y sus vaqueros, con su pelo a lo Elvis perfectamente peinado y el *Libro de Tot* metido bajo el brazo.

—Lo habéis hecho bien, amiguete —me dijo desde allí—. Yo no lo habría llevado igual, pero no ha estado mal.

Por fin me espabilé.

—*Tas!*

Setne se limitó a sonreír.

—Ya, bueno, es que me he cansado de ese juegucito. Pero tú tranquilo, amigüete. Ya nos veremos por ahí.

Desapareció en una nube de humo.

No estoy seguro de cuánto tiempo me pasé allí plantado antes de que Sadie me encontrara.

—¿Estás bien? —preguntó.

Le conté lo que había visto. Hizo muecas, pero no parecía demasiado sorprendida.

—Supongo que nos tocará ocuparnos de ese imbécil tarde o temprano pero, de momento, mejor vente conmigo. Amos ha convocado una asamblea general en el Salón de las Eras. —Entrelazó su brazo con el mío—. E intenta sonreír, hermanito. Ya sé que te cuesta. Pero ahora eres un modelo de conducta, por espantosa que encuentre la idea.

Hice lo que pude, aunque era difícil apartar a Setne de mis pensamientos.

Nos cruzamos con varios amigos que colaboraban en la restauración. Alyssa y una brigada de elementalistas de tierra estaban reforzando las paredes y los techos, para garantizar que la caverna no se nos derrumbara encima.

Julian estaba sentado en los escalones de la Casa de Adivinación, intentando ligar con unas chicas del nomo escandinavo.

—Y así fue —estaba diciéndoles—. Apofis me vio llegar con mi gran avatar de combate y supo que no tenía esperanzas.

Sadie puso los ojos en blanco y me arrastró fuera de allí.

La pequeña Shelby y los otros renacuajos corrieron hacia nosotros, sonriendo y sin aliento. Se habían procurado unos amuletos de uno de los tenderetes desatendidos, así que tenían pinta de estar celebrando el Mardi Gras egipcio.

—¡He matado una serpiente! —nos contó Shelby—. ¡Una serpiente grandota!

—¿En serio? —le dije—. ¿Tú solita?

—¡Sí! —me aseguró ella—. ¡Matar, matar, matar!

Apisonó el suelo con un pie y salieron chispas de sus zapatos. Luego salió disparada, persiguiendo a sus amigos.

—Esa niña tiene futuro —dijo Sadie—. Me recuerda a mí misma en mis años mozos.

Me estremecí. Qué idea más inquietante.

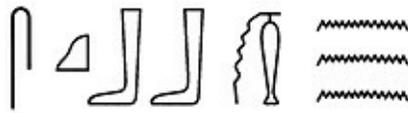
Empezaron a sonar gongs por todos los túneles, llamando a todo el mundo al Salón de las Eras. Cuando llegamos allí, el salón estaba absolutamente abarrotado de magos, algunos con chilaba, otros con ropa moderna y otros en pijama, como si se hubieran teletransportado directos desde la cama. A ambos lados de la alfombra, las luces holográficas brillaban entre columna y columna como antes del ataque.

Felix nos alcanzó corriendo, todo sonrisas, con un rebaño de pingüinos detrás de él. (¿Rebaño? ¿Manada? ¿Bandada? Bueno, lo que sea.)

—¡Eh, mirad! —dijo con alegría—. ¡Esto lo he aprendido durante la batalla!

Pronunció una palabra de mando. Al principio entendí «ese kebab», pero después me dijo que era *se-kebeb*, «crear frío».

Los jeroglíficos aparecieron en el suelo, blancos como la escarcha:



La gelidez se extendió hasta que un sector del suelo con seis metros de anchura estuvo cubierto de una gruesa capa de hielo blanco. Los pingüinos la recorrieron bamboleándose y aleteando. Un mago desafortunado intentó retroceder y dio tal resbalón que su báculo salió por los aires.

Feliz hizo un gesto triunfal con el puño cerrado.

—¡Sí! He encontrado mi senda. ¡Debo seguir al dios del hielo!

Me rasqué la cabeza.

—¿Existe un dios del hielo? Egipto es un desierto. ¿Quién es el dios del hielo?

—¡No tengo ni idea! —Felix sonrió de oreja a oreja. Cruzó el hielo patinando y se marchó corriendo con sus pingüinos.

Seguimos adentrándonos en el salón. Los magos estaban poniéndose al día, charlando y reuniéndose con viejos amigos. En el aire flotaban los jeroglíficos más densos y brillantes que hubiera visto nunca, como una sopa de letras de los colores del arcoíris.

Al final, la multitud se percató de que Sadie y yo estábamos allí. El silencio se extendió por el salón. Todos los ojos se volvieron hacia nosotros. Los magos se apartaron a los lados, abriéndonos el paso hacia el trono.

Casi todos los magos nos sonrieron al pasar. Unos pocos nos dieron las gracias o la enhorabuena en voz baja. Incluso los magos que se habían rebelado parecían alegrarse sinceramente de vernos. Pero también capté miradas de enfado. Daba igual que hubiéramos derrotado a Apofis; algunos de nuestros colegas magos siempre dudarían de nosotros. La familia Kane aún tenía que cuidarse las espaldas.

Sadie recorrió la multitud con una mirada de preocupación. Comprendí que estaba buscando a Walt. Me había obsesionado tanto con Zia que ni había pensado lo acongojada que debía de estar Sadie. Walt había desaparecido tras la batalla, junto con los demás dioses. No se le veía por allí.

—Seguro que está bien —dije a mi hermana.

—Chist. —Sadie me sonrió, pero sus ojos decían: «Como me dejes en ridículo delante de esta gente, te estrangulo».

Amos nos esperaba en los escalones que subían al trono. Se había puesto un traje de color carmesí que combinaba sorprendentemente bien con su capa de piel de leopardo. Llevaba las trencitas del pelo adornadas con granates, y los cristales de sus gafas teñidos de rojo. ¿El color del caos? Intuí que estaba recalcando su conexión con Set... de la que todos los magos se habrían enterado ya, a esas alturas.

Por primera vez en la historia, nuestro lector jefe tenía al dios de la maldad, la fuerza y el caos a una llamada de distancia. Tal vez por ello confiaban menos en él, pero los magos se parecían a los dioses en que respetaban la fuerza. Dudaba mucho que Amos fuera a tener muchos más problemas para mantener su liderazgo.

Cuando nos acercamos, sonrió.

—Carter y Sadie, os doy las gracias en nombre de la Casa de la Vida. ¡Habéis restaurado la Maat! Apofis ha sido execrado, y Ra a vuelto a alzarse en los cielos, pero esta vez triunfante. ¡Así me gusta!

El salón estalló en vítores y aplausos. Docenas de magos levantaron sus báculos y lanzaron fuegos artificiales en miniatura.

Amos nos dio un abrazo. Luego se hizo a un lado y me señaló el trono con un ademán. Deseé que Horus me diera unas palabras de ánimo, pero no notaba su presencia en absoluto.

Traté de controlar la respiración. Ese asiento había estado desocupado durante miles de años. ¿Cómo podía estar seguro ni siquiera de que soportaría mi peso? Si el trono de los faraones se rompía bajo mi majestuoso culo, sería muy mal presagio.

Sadie me dio un codazo.

—Venga, tira. Deja de hacer el tonto.

Remonté los escalones y me senté con cautela en el trono. La vieja silla crujió, pero me sostuvo.

Eché un vistazo al exterior, por encima del gentío de magos.

Horus no había venido a verme, pero, de algún modo, no me sentó mal. Miré las ondulantes cortinas de luz a ambos lados. La Nueva Era brillaba en violeta, y tuve la sensación de que sería una época de bendiciones, al fin y al cabo.

Mis músculos empezaron a relajarse. Me sentí como si hubiera salido de la sombra del dios de la guerra, igual que había salido de la de mi padre. Encontré mis propias palabras.

—Acepto el trono —dije, alzando el cayado y el látigo—. Ra me ha otorgado autoridad para dirigir a los dioses y los magos en momentos de crisis, y lo haré tan bien como pueda. Apofis está desterrado, pero el mar del caos siempre estará ahí. Lo he visto con mis propios ojos. Sus fuerzas siempre intentarán erosionar la Maat. No podemos dar por hecho que todos nuestros enemigos hayan desaparecido. —La multitud se removió, nerviosa.

»Pero de momento —continué—, estamos en paz. Podemos reconstruir y ampliar la Casa de la Vida. Si vuelve a haber guerra, allí estaré como el Ojo de Horus y como faraón. Pero como Carter Kane... — Me levanté y dejé cayado y látigo sobre el trono. Me bajé del estrado.

»Como Carter Kane, soy un chico que ha de ponerse al día en muchas cosas. Tengo mi propio nomo que llevar en la Casa de Brooklyn. Y tengo que sacarme el título de secundaria. De modo que delego la autoridad para los asuntos cotidianos en quien corresponde, en el lector jefe y senescal del faraón Amos Kane.

Amos se inclinó ante mí, cosa que me resultó un poco rara. La multitud aplaudió rabiosa. No sé si fue porque aprobaban mi reinado o porque les aliviaba saber que no tendrían a un chaval dándoles órdenes día tras día desde aquel estrado. Fuera por lo que fuese, me parecía bien.

Amos volvió a abrazarnos a Sadie y a mí.

—Estoy orgulloso de los dos —dijo—. Hablaremos pronto, pero ahora venid... —Señaló a un lado del estrado, donde acababa de abrirse un portal de oscuridad—. A vuestros padres les gustaría veros.

Sadie me miró con nerviosismo.

—Oh-oh.

Asentí. Es curioso lo rápido que pasé de faraón del universo a chico preocupado por si le castigaban sin salir. Por muchas ganas que tuviera de verlos a los dos, había faltado a una promesa importante que había hecho a mi padre. Había perdido la pista de un prisionero peligroso.

La Sala del Juicio se había convertido en una discoteca. Ammit la Devoradora corría en círculos alrededor de la balanza de la justicia, dando ladridos de emoción con un sombrero de papel en su cabeza de cocodrilo. Los demonios guillotina se relajaban, apoyados en sus lanzas y sosteniendo copas de lo que tenía toda la pinta de ser champán. No sabía cómo podrían beber con esas cabezas de guillotina, pero

tampoco quería averiguarlo. Hasta el dios azul del juicio, Perturbador, parecía de buen humor. Llevaba de lado su peluca de Cleopatra. Se le había desenrollado el largo papiro por media sala, pero él reía y charlaba con los otros dioses del juicio que habían salido de la Casa de Descanso. A Abrazafuegos y Pie Caliente se les caían brasas y más brasas en el papiro, pero Perturbador o no se enteraba o no le importaba.

Al fondo del salón estaba mi padre sentado en su trono, cogido de la mano con nuestra madre fantasmal. A la izquierda del estrado, unos espíritus del inframundo habían formado un conjunto de jazz. Creí reconocer a Miles Davis, John Coltrane y algunos otros de los favoritos de mi padre. Ser el dios del inframundo tiene sus chollos.

Papá nos hizo un gesto para que nos acercáramos. No tenía cara de enfado, lo cual era buena señal. Pasamos entre la multitud de demonios felices y dioses del juicio. Ammit ladró a Sadie y ronroneó cuando mi hermana le rascó debajo de la barbilla.

—Niños. —Mi padre abrió los brazos.

Se me hizo raro que nos llamara niños. Ya no me sentía como un niño. A los niños no se les pide que luchan contra serpientes del caos. No capitanean ejércitos para impedir el fin del mundo.

Sadie y yo abrazamos a nuestro padre. No pudimos repetirlo con nuestra madre, claro, ya que era un fantasma, pero me alegré mucho de ver que estaba sana y salva. Si quitamos el aura brillante que tenía alrededor, su aspecto era exactamente el mismo de cuando vivía: vestida con vaqueros, una camiseta con un anj y un pañuelo para recogerse el pelo rubio. Si no la miraba directamente, casi podría haberla confundido con Sadie.

—Mamá, has sobrevivido —dije—. ¿Cómo...?

—Ha sido gracias a vosotros dos. —Tenía los ojos brillantes—. Aguanté todo lo que pude, pero la sombra era demasiado poderosa. Me consumió, junto con otros muchos espíritus. Si no hubieseis destruido la *sheut* como hicisteis y no nos hubieseis liberado, estaría... bueno, ahora da igual. Habéis hecho lo imposible. No sabéis lo orgullosos que estamos.

—Sí —confirmó mi padre, apretándome el hombro—. Todo aquello por lo que trabajamos, todo lo que habíamos deseado... lo habéis logrado vosotros. Habéis superado mis mayores expectativas.

Me quedé dudoso. ¿Era posible que no supiera lo de Setne?

—Papá —dije—, hummm... no lo hemos conseguido todo, todo. Hemos perdido a tu prisionero. Aún no entiendo cómo pudo escapar. Lo teníamos atado y...

Mi padre me detuvo levantando la mano.

—Estaba enterado. Puede que nunca sepamos exactamente cómo escapó Setne, pero no debéis culparos.

—¿No debemos? —preguntó Sadie.

—Setne ha escapado de todos sus captores durante siglos —dijo mi padre—. Ha embaucado a dioses, magos, mortales y demonios. Cuando dejé que os lo llevarais, sospechaba que encontraría la forma de huir. Solo esperaba que pudierais controlarlo el tiempo suficiente para que os ayudara. Y eso hicisteis.

—Nos llevó hasta la sombra —admití—, pero también robó el *Libro de Tot*.

Sadie se mordió el labio.

—Mal asunto, el libro ese. A lo mejor Setne no puede lanzar todos los hechizos, por lo de ser un

fantasma, pero aún es capaz de hacer mil diabluras.

—Le encontraremos —nos prometió mi padre—. Pero de momento, celebremos vuestra victoria.

Nuestra madre pasó una mano fantasmal por el pelo de Sadie.

—¿Puedo hablar contigo un momento, querida? Me gustaría comentarte una cosa.

No sabía muy bien de qué iba aquello, pero Sadie siguió a mamá en dirección al grupo de jazz. Antes no me había fijado, pero dos de los fantasmas músicos me sonaban mucho, y pegaban poco con los demás. Un grandullón pelirrojo vestido como un vaquero estaba sentado a la guitarra hawaiana, sonriendo y llevando el ritmo con las botas mientras alternaba solos con Miles Davis. A su lado, una hermosa mujer rubia tocaba el violín y se inclinaba de vez en cuando para besar en la frente al pelirrojo. J. D. Grissom y su esposa, Anne, del museo de Dallas, por fin habían encontrado una fiesta sin hora de cierre. Nunca había escuchado la guitarra hawaiana ni el violín en un conjunto de jazz, pero lograban que funcionara. Supongo que Amos tenía razón, y tanto la música como la magia necesitaban un poquito de caos dentro del orden.

Durante su conversación con mi madre, Sadie abrió los ojos como platos. Se le puso serio el semblante. Luego sonrió con timidez y se sonrojó, lo que no era nada propio de ella.

—Carter —dijo mi padre—, lo has hecho muy bien en el Salón de las Eras. Serás un buen líder. Un líder sabio.

No sé cómo se había enterado de mi discurso, pero se me hizo un nudo en la garganta. Mi padre no hace cumplidos a la ligera. Reunido otra vez con él, recordé lo sencilla que había sido mi vida cuando viajábamos juntos. Mi padre siempre sabía lo que había que hacer. Podía contar con su presencia tranquilizadora. Hasta que desapareció aquella Nochebuena en Londres, no había apreciado hasta qué punto dependía de él.

—Sé que ha sido difícil —dijo mi padre—, pero tú llevarás a la familia Kane hacia el futuro. En verdad has salido de mi sombra.

—No del todo —respondí—, ni tampoco quiero. Como padre, eres bastante, hummm... *sombroso*.

Se rió con ganas.

—Estaré aquí si me necesitas. Eso no lo dudes nunca. Pero, como ha dicho Ra, a los dioses va a costarnos más contactar con el mundo mortal, ahora que Apofis está execrado. Si el caos se retira, también debe hacerlo la Maat. De todas formas, no creo que vayas a necesitar mucha ayuda. Has triunfado por méritos propios. Ahora tú eres el que proyecta una sombra alargada. La Casa de la Vida te recordará a lo largo de las eras.

Volvió a abrazarme, y con qué facilidad se me olvidaba que era el dios de los muertos. Para mí, era mi padre y punto, cálido, vivo y fuerte.

Sadie se nos acercó, con cara de estar un poco descolocada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Le entró la risa sin motivo aparente, y luego volvió a ponerse seria.

—Nada.

Mamá llegó flotando junto a ella.

—Venga, los dos fuera de aquí. La Casa de Brooklyn os espera.

Apareció otra puerta de oscuridad junto al trono. Sadie y yo la cruzamos. Por una vez, no me preocupó lo que iba a encontrar al otro lado. Sabía que íbamos a casa.

La vida volvió a la normalidad con una rapidez sorprendente.

Dejaré que Sadie os cuente lo que ocurrió en la Casa de Brooklyn y su dramón romántico. Yo prefiero adelantar hasta la parte interesante.

[¡Ay! Oye, habíamos quedado en que no valía pellizcar.]

Dos semanas después de la batalla contra Apofis, Zia y yo estábamos sentados en la zona de restauración del centro comercial Mall of America, en Bloomington, Minnesota.

¿Por qué allí? Porque había oído que el Mall of America era el mayor centro comercial de todo el país, y quería que empezáramos a lo grande. Fue un trayecto corto por la Duat. Freak estaba posado en el techo, feliz mientras devoraba pavos congelados, y Zia y yo recorrimos los pasillos del edificio.

[Exacto, Sadie. Para nuestra primera cita de verdad, recogí a Zia con un barco remolcado por un grifo desquiciado. ¿Qué pasa? Como si tus citas no fueran raras.]

La cosa es que llegamos a la planta de los restaurantes y Zia se quedó boquiabierta.

—Dioses de Egipto...

Las opciones eran abrumadoras. Y, como no nos decidíamos, pedimos un poco de todo: chino, mexicano (los Macho Nachos), pizza y helado, los cuatro grupos alimenticios básicos. Nos sentamos a una mesa contra la barandilla, desde donde veíamos el parque de atracciones que ocupaba el centro de la planta baja.

La zona de restauración estaba llena de chicos de nuestra edad. Muchos se nos quedaron mirando. Bueno... a mí no. La mayoría de ellos miraban a Zia, sin duda preguntándose que hacía una chica como ella con un tío como yo.

Se había recuperado del todo tras la batalla. Llevaba un sencillo vestido de lino, sin mangas, y sandalias negras. Nada de maquillaje ni joyas, excepto su collar dorado del escarabajo. Se veía mucho más atractiva y madura que las otras chicas del lugar.

Su melena negra estaba recogida en una cola de caballo, pero un mechón rebelde se le había curvado detrás de la oreja derecha. Siempre había tenido los ojos de un ámbar luminoso, y la piel del cálido color del café con leche pero, desde que había sido anfitriona de Ra, parecía brillar más aún. Me llegaba su calidez desde el otro lado de la mesa.

Me sonrió por encima de su cuenco de *chow mein*.

—Entonces, ¿esto es lo que hace el típico joven estadounidense?

—Bueno... más o menos —dije—. Aunque no creo que tú y yo podamos colar nunca como típicos.

—Espero que no.

Me costaba mucho razonar cuando la miraba. Si me hubiera pedido que saltara por la barandilla, probablemente lo habría hecho.

Zia retorció su tenedor entre los fideos.

—Carter, apenas hemos hablado de... ya sabes, de lo de ser el Ojo de Ra. Me imagino lo raro que te sentirías.

¿Lo veis? La típica conversación de adolescentes en un centro comercial.

—Tranquila, lo entiendo —dije—. No me sentí raro.

Zia enarcó una ceja a modo de respuesta.

—Vale, fue rarísimo —admití—. Pero Ra necesitaba tu ayuda. Estuviste impresionante. ¿Has, hummm, hablado con él desde...?

Negó con la cabeza.

—Se ha retirado del mundo, como dijo que haría. Dudo que me vuelva a convertir jamás en el Ojo de Ra... a no ser que nos enfrentemos a otro apocalipsis.

—Con la suerte que tenemos, eso será dentro de unas pocas semanas, ¿no?

Zia se rió. Me encantaba su risa. Me encantaba ese ricitito de pelo detrás de la oreja.

(Sadie dice que empiezo a dar pena. Mira quién habla.)

—He estado hablando con tu tío Amos —dijo Zia—. Ahora tiene ayuda de sobra en el Nomo Primero. Ha pensado que me vendría bien pasar un tiempo fuera, intentar vivir una vida más... típica.

Mi corazón hizo una pirueta y se me atascó entre las costillas.

—¿Te refieres a salir de Egipto?

Zia asintió.

—Tu hermana me ha sugerido que me quede en la Casa de Brooklyn y vaya a un colegio de allí. Dice... a ver, ¿qué palabras ha usado?: «Los estadounidenses son más raros que un perro verde, pero les acabas cogiendo cariño».

Zia movió su mano por la mesa hasta encontrar la mía. Percibí a unos veinte tíos celosos fulminándome con la mirada desde las otras mesas del centro comercial.

—¿Te molestaría que me quedase en la Casa de Brooklyn? Podría ayudar a enseñar a los iniciados. Pero si vas a estar incómodo...

—¡No! —dije, demasiado alto—. O sea, no. No me molesta. Vamos, que me gustaría. Mucho. Bastante. Me parece estupendo.

Zia sonrió. La temperatura de la zona de restauración pareció subir otros diez grados.

—¿Eso es un sí?

—Sí. Quiero decir, a no ser que vayas a estar incómoda tú. No querría que te sintieras violenta o...

—¿Carter? —dijo con dulzura—. Cierra el pico.

Se inclinó hacia mí y me besó.

Hice lo que me había ordenado, sin necesidad de magia. Cerré el pico.

21. Los dioses están en su sitio; mis sentimientos, no

SADIE

Ah, mis cuatro palabras favoritas: «Carter, cierra el pico».

Zia ha mejorado mucho desde que la conocimos. Creo que aún hay esperanza para ella, aunque le guste mi hermano.

En todo caso, Carter ha tenido la sensatez de dejar que contara yo la última parte de la historia.

Tras la batalla contra Apofis, yo estaba hecha una piltrafa a muchos niveles. Físicamente, estaba reventada. Mágicamente, había usado hasta la última gota de energía. Tenía miedo de haberme causado daños permanentes, ya que notaba como una quemazón detrás del esternón que solo podía ser un depósito vacío de magia o un caso grave de ardor de estómago.

Emocionalmente no estaba mucho mejor. Había visto a Carter abrazando a Zia cuando salió de entre el pringue humeante de la Serpiente, lo cual me pareció de maravilla, ojo, pero también me recordó mi propio tumulto.

¿Dónde estaba Walt? (Había decidido llamarle así para no volverme loca intentando comprender su identidad.) Después del combate había estado por allí cerca. Ahora ya no estaba.

¿Se había marchado con los otros dioses? Ya estaba bastante preocupada por Bes y Bast. No era nada propio de ellos desaparecer sin despedirse. Y no me hacía mucha ilusión lo que había dicho Ra de que los dioses abandonarían la Tierra durante un tiempo.

«No podéis apartarme a mí sin apartar a los dioses», nos había advertido Apofis.

La puñetera Serpiente podría habérselo comentado antes de que la execrásemos. Acababa de aceptar todo aquel asunto de Walt y Anubis —o en su mayor parte, al menos— y ahora Walt se había esfumado. Si le habían vuelto a prohibir verme, pensaba arrastrarme hasta un sarcófago y no salir nunca.

Mientras Carter estuvo con su chica en la enfermería, yo recorrí los pasadizos del Nomo Primero, pero no hallé ni rastro de Walt. Intenté hablar con él por medio del amuleto *shen*. No hubo respuesta. Hasta probé a pedir consejo a Isis, pero la diosa guardó silencio. No me hizo ninguna gracia.

O sea que sí, vale, tenía la cabeza en otro sitio mientras Carter daba su discursito de aceptación en el Salón de las Eras: «Quiero dar las gracias a toda esta gentecilla por hacerme faraón, etcétera, etcétera».

Me hizo ilusión visitar el inframundo y reunirme con mis padres. Por lo menos, a ellos no los tenía prohibidos. Pero me decepcionó bastante que Walt no estuviese allí. Aunque no tuviese permitido subir al mundo mortal, ¿no tendría que estar en la Sala del Juicio, encargándose de las obligaciones de Anubis?

Fue entonces cuando mi madre se me llevó aparte. (No literalmente, claro. Al ser un fantasma, no podía llevarse a ningún sitio.) Nos quedamos a la izquierda de la tarima donde los músicos muertos tocaban una melodía animada. J. D. Grissom y su esposa Anne me sonrieron. Parecían felices y me alegré por ellos, pero no podía mirarlos sin sentirme culpable.

Mi madre jugueteó con su collar, una réplica traslúcida de mi propio amuleto *tyt*.

—Sadie... tú y yo nunca hemos podido hablar mucho.

Se quedaba un poco corta, ya que había muerto cuando yo tenía seis años. Pero entendí a qué se refería. Ni siquiera después de volver a vernos la primavera anterior nos habíamos parado a charlar de verdad. Visitarla en la Duat era un poco difícil, y los fantasmas no tienen e-mail, Skype ni teléfonos

móviles. Aunque tuviesen una conexión a internet como debe ser, añadir a mi madre muerta en Facebook habría sido de lo más raro.

No le dije nada de todo eso. Solo asentí.

—Te has hecho fuerte, Sadie —continuó mamá—. Has tenido que ser valiente durante tanto tiempo que por fuerza te cuesta trabajo bajar las defensas. Tienes miedo de perder a las personas que te importan.

Me sentí mareada, como si yo también estuviera convirtiéndome en un fantasma. ¿Me había vuelto traslúcida como mi madre? Quise discutir, protestar y hasta hacer chistes. No quería seguir escuchando el diagnóstico de mi madre, sobre todo si iba a ser tan certero.

Al mismo tiempo, estaba tan hecha un lío con lo de Walt, tan preocupada por lo que hubiese podido pasarle, que me entraron ganas de venirme abajo y sollozar contra el hombro de mi madre. Quería que me abrazase y me dijese que todo estaba bien. Por desgracia, no se puede llorar contra el hombro de un fantasma.

—Lo sé —dijo triste mi madre, como si me hubiese leído la mente—. No estuve para ti cuando eras pequeña. Y tu padre... bueno, tuvo que dejarte con los abuelos. Ellos procuraron darte una vida normal, pero tú eres muchísimo más que alguien normal, ¿o no? Y ahora aquí estás, hecha toda una jovencita... —Suspiró—. Me he perdido una parte tan grande de tu vida que no sé si querrás que te dé consejos. Pero aquí tienes uno de todas formas: confía en tus sentimientos. No te prometo que no vayas a salir herida nunca más, pero puedo jurarte que el riesgo vale la pena.

Examiné su rostro, inmutable desde el día en que había muerto: su cabello fino y rubio, sus ojos azules, la curva traviesa que trazaban sus cejas. La gente me había dicho muchas veces que les recordaba a ella. Ahora sí que lo veía. Conforme me hacía mayor, era increíble cómo se habían ido pareciendo nuestras caras. Con unos reflejos de color violeta en el pelo, mamá habría sido una doble perfecta de Sadie para las escenas de acción.

—Me estás hablando de Walt —dije al fin—. ¿Esto es una charla de mujer a mujer sobre chicos?

Mi madre hizo una mueca.

—Sí, bueno... me temo que esto se me da fatal. Pero tenía que intentarlo. Cuando yo era joven, la abuela no me ayudó demasiado. Nunca pensé que podía contarle mis cosas.

—No me extraña. —Intenté imaginar cómo sería hablar de chicos con mi abuela mientras el abuelo berreaba a la tele y pedía más té con pastas quemadas—. Me parece que normalmente las madres aconsejan que no se haga caso al corazón, para que no te mezcles con el chico equivocado o cojas mala reputación. Esa clase de cosas.

—Ah. —Mi madre asintió, compungida—. Pues verás, eso no puedo hacerlo. Supongo que no me preocupa que te equivoques, Sadie. Lo que me preocupa es que te asuste confiar en alguien, incluso en el alguien correcto. Es tu corazón, por supuesto, no el mío. Pero yo diría que Walt está más nervioso que tú. No seas muy dura con él.

—¿Dura con él? —Casi se me escapó la risa—. ¡Pero si no sé ni dónde está! Y además alberga a un dios que... que...

—Que también te gusta —terminó mi madre por mí—. Y es muy confuso, sí. Pero ahora de verdad son una sola persona. Anubis y Walt tienen mucho en común. Ninguno de los dos podía aspirar a una vida de verdad. Ahora, juntos, la tienen.

—¿Quieres decir...? —La horrible sensación ardiente de detrás del esternón empezó a remitir, solo un poquito—. ¿Quieres decir que volveré a verle? ¿No está exiliado, o como se llame la chorrada esa que dicen los dioses?

—Volverás a verle —confirmó mi madre—. Al ser uno solo y habitar en un solo cuerpo mortal, pueden hollar la tierra como hicieron los dioses-reyes del antiguo Egipto. Walt y Anubis son dos buenos chicos. Los dos están nerviosos, y algo incómodos en el mundo mortal, y también asustados por cómo va a tratarles la gente. Y los dos sienten lo mismo por ti.

Seguro que estaba sonrojándome a lo loco. Carter me miró desde el estrado, supongo que preguntándose si algo iba mal. No me atreví a cruzar la mirada con él. Se le daba un poco demasiado bien leerme la expresión.

—Qué puñeteramente difícil es todo —refunfuñé.

Mamá se rió flojito.

—Sí que es verdad, sí. Pero, si te sirve de consuelo... tratar con cualquier hombre ya es equivalente a tratar con una personalidad múltiple.

Miré de soslayo a mi padre, que alternaba entre el aspecto del doctor Julius Kane y el de Osiris, el dios pitufo del inframundo.

—Te entiendo —dije—. Pero ¿dónde está Anubis? O sea, Walt. ¡Ah! Ya estoy otra vez.

—Os veréis pronto —me prometió—. Quería que estuvieses preparada.

Mi mente dijo: «Esto es demasiado confuso y demasiado injusto. No puedo afrontar una relación como esta».

Pero mi corazón dijo: «¡Cállate! ¡Claro que puedo!».

—Gracias, mamá —dije, sin duda fracasando estrepitosamente en parecer calmada y entera—. El tema este de que los dioses se aparten... ¿significa que no podremos veros tanto a ti y a papá?

—Es probable —reconoció—. Pero ya sabéis lo que hacer. Seguid enseñando la senda de los dioses. Devolved su antigua gloria a la Casa de la Vida. Tú, Carter y Amos vais a dar a la magia egipcia más fuerza que nunca. Y eso es bueno... porque los desafíos no acaban aquí.

—¿Setne? —aventuré.

—Sí, él también —dijo mamá—. Pero existen otras amenazas. No he perdido del todo el don de la profecía, ni siquiera con la muerte. Tengo visiones borrosas de otros dioses y de magia rival.

Eso no sonaba pero que nada bien.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. ¿Qué otros dioses?

—No lo sé, Sadie. Pero Egipto siempre ha afrontado desafíos del exterior: magos de otras tierras, y hasta dioses de otros panteones. Vosotros no bajéis la guardia.

—Maravilloso —musité—. Prefería hablar de chicos.

Mamá se rió.

—Cuando hayas vuelto al mundo mortal, habrá un portal más. Buscadlo esta noche. A unos viejos amigos vuestros les gustaría veros.

Me dio en la nariz que sabía de quiénes estaba hablando.

Tocó el colgante fantasmal que llevaba al cuello, el símbolo *tyt* de Isis.

—Si me necesitas —dijo mi madre—, utiliza tu collar. Te pondrá en contacto conmigo, igual que hace el collar *shen* con Walt.

—Eso me habría venido bien saberlo hace un tiempo.

—Antes nuestra conexión no era lo bastante fuerte. Ahora... creo que sí. —Me dio un beso en la frente, aunque lo noté solo como una tenue brisa fresca—. Estoy orgullosa de ti, Sadie. Tienes toda la vida por delante. ¡Aprovéchala bien!

Aquella noche, ya en la Casa de Brooklyn, se abrió un portal de arena arremolinada en la terraza, como me había prometido mi madre.

—Es el nuestro —dije, levantándome de la mesa—. Vamos, hermanito.

Al cruzar el portal, aparecimos en la playa del Lago de Fuego. Bast estaba allí esperándonos, pasándose un ovillo de lana de mano a mano. Su traje de gimnasta todo en negro hacía juego con su melena. En sus ojos felinos bailaba la roja luz de las olas.

—Os están esperando. —Señaló la escalera que llevaba hasta la Casa de Descanso—. Hablamos cuando volváis.

No tuve que preguntarle por qué no nos acompañaba. Noté la melancolía en su voz. Ella y Tauret nunca se habían llevado bien, por Bes. Era evidente que Bast estaba dejando espacio a la diosa hipopótamo. Pero me pregunté si, además, mi vieja amiga estaría empezando a comprender que había dejado pasar a un buen hombre.

Le di un beso en la mejilla. Después, Carter y yo subimos la escalera.

En la residencia de ancianos había un ambiente festivo. El puesto de enfermería estaba decorado con flores nuevas. Heket, la diosa rana, caminaba bocabajo por el techo, colgando guirnaldas, mientras un grupo de dioses ancianos con cabeza de perro bailaban en línea y cantaban una canción tradicional... en versión muy ralentizada, pero impresionante de todos modos. «El andador hacia dentro, y el portasuelos hacia fuera», etcétera. La anciana diosa con cabeza de león Mehit bailaba en brazos de un dios varón muy alto. La diosa ronroneaba sin timidez, apoyada en el hombro de él.

—Carter, mira —dije—. ¿Ese es...?

—¡Onuris! —respondió Tauret, que trotaba hacia nosotros en su uniforme de enfermera—. ¡El marido de Mehit! ¿A que es maravilloso? Estábamos seguros de que se había desvanecido hacía muchísimo tiempo pero, cuando Bes llamó al combate a los viejos dioses, Onuris salió correteando de un almacén de material. También aparecieron muchos otros. ¡Porque por fin se les necesitaba! La guerra les dio una razón para existir. —La diosa hipopótamo nos trituró con un abrazo entusiasta—. ¡Ay, queridos míos! ¡Mirad qué contento está todo el mundo! Les habéis concedido una vida nueva.

—No veo a tantos como antes —observó Carter.

—Algunos han vuelto a los cielos —dijo Tauret—. O se han largado a sus viejos templos y palacios. Y por supuesto vuestro querido padre, Osiris, se llevó a los dioses del juicio de vuelta a su Salón del Trono.

Ver a los viejos dioses tan felices me iluminó el corazón, pero aún notaba una punzada de inquietud.

—¿Se quedarán así? O sea, ¿no volverán a desvanecerse?

Tauret separó sus manos regordetas.

—Supongo que depende de vosotros, los mortales. Si los recordáis y les hacéis sentirse importantes, digo yo que estarán bien. ¡Pero venid, que querréis hablar con Bes!

Estaba sentado en su silla de siempre, mirando inexpresivo por la ventana hacia el Lago de Fuego. La escena me resultaba tan familiar que temí que hubiese vuelto a perder su *ren*.

—¿Se encuentra bien? —grité, corriendo hacia él—. ¿Qué le pasa?

Bes se giró, con cara de asombro.

—¿Aparte de ser feo? Nada, chica. Es que estaba pensando. Perdona. —Se levantó (en la medida en que puede levantarse un enano) y nos abrazó a los dos—. Me alegro de que hayáis podido venir, chavales. ¿Sabéis que Tauret y yo vamos a construirnos una casa junto al lago? Al final me he acostumbrado al paisaje. Ella seguirá trabajando en la Casa de Descanso, y yo seré enano de casa una temporada. ¿Quién sabe? ¡A lo mejor hasta acabo teniendo que cuidar a unos cuantos bebés hipopótamo enanos!

—¡Oh, Bes! —Tauret se sonrojó a lo loco y le hizo una caída de ojos de hipopótamo.

El dios enano soltó una risita.

—Sí, la vida es bella. Pero si me necesitáis, chavales, dad una voz. Siempre he tenido más suerte para llegar al mundo mortal que los otros dioses.

Carter frunció el ceño, preocupado.

—¿Tú crees que te necesitaremos a menudo? A ver, claro que queremos que vengas a vernos. Es que me preguntaba...

Bes gruñó.

—Eh, soy un enano feo. Tengo un coche de lujo, un gusto excelente para la ropa y unos poderes increíbles. ¿Por qué no me ibais a necesitar?

—También es verdad —aceptó Carter.

—Pero, hummm... no hace falta que llaméis demasiado a menudo —dijo Bes—. Al fin y al cabo, mi pastelito y yo tenemos unos cuantos milenios que recuperar.

Cogió de la mano a Tauret y, por una vez, Acres Soleados no me pareció un nombre tan deprimente para aquel lugar.

—Muchas gracias por todo, Bes —dije.

—¿Estás de coña? —replicó—. Me habéis devuelto la vida, y no me refiero solo a mi sombra.

Tuve la clara sensación de que los dos dioses querían estar solos un rato, así que nos despedimos y bajamos la escalera de vuelta hacia el lago.

El portal de arena blanca seguía girando. Bast estaba de pie al lado, absorta en su ovillo de lana. Se pasó el cordel por los dedos y formó un rectángulo de dos capas, como una gatera. (No, no intentaba hacer el chiste fácil, es que de verdad se le parecía.)

—¿Te diviertes? —pregunté.

—He pensado que querríais ver esto.

Sostuvo en alto la gatera de lana. Una imagen de vídeo parpadeó en la superficie, como si fuese una pantalla de ordenador.

Ví el Salón de los Dioses, con sus columnas inacabables, su suelo pulido y sus braseros en los que ardía un centenar de fuegos multicolores. Sobre la tarima central, habían reemplazado el barco solar por un trono dorado. Lo ocupaba Horus en su forma humana, la de un joven musculoso y calvo con armadura de batalla completa. Tenía un cayado y un látigo en el regazo, y le brillaban los ojos, uno en plata y el otro en oro. A su derecha estaba Isis, con su sonrisa de orgullo y sus ondulantes alas de arcoíris. A la izquierda estaba Set, el dios del caos de piel rojiza, sosteniendo su bastón de hierro. Ponía cara de estar pensando algo divertido, como si tuviera toda clase de travesuras planeadas para más adelante. Los otros

dioses estaban de rodillas mientras Horus se dirigía a ellos. Busqué a Anubis entre la multitud, con o sin Walt, pero tampoco esta vez lo encontré.

No se oían las palabras, pero di por hecho que sería un discurso parecido al que había pronunciado Carter en la Casa de la Vida.

—Está haciendo lo mismo que yo —rezongó Carter—. Seguro que hasta me ha robado el discurso. ¡El muy pelagatos!

Bast chasqueó los labios, disgustada.

—No hace falta insultar, Carter. Además, a los gatos no se nos pela. Primero habría que pillarnos. Pero sí, lo que tú hagas como faraón en el mundo mortal se verá reflejado muchas veces en el de los dioses. A fin de cuentas, Horus y tú gobernáis las fuerzas de Egipto.

—Eso —intervine— sí que da miedo de verdad.

Carter me dio un puñetazo flojo en el brazo.

—Es que no puedo creerme que Horus se haya marchado sin decir adiós. Es como si me hubiera tirado por ahí tan pronto como acabó de usarme y luego se hubiera olvidado de que existo.

—No, no —le dijo Bast—. Un dios nunca haría eso. Es solo que tuvo que marcharse.

Pero yo no las tenía todas conmigo. Los dioses eran unas criaturas bastante egoístas, incluso los que no eran gatos. Isis tampoco se había despedido de mí ni me había dado las gracias.

—Bast, tú te vienes con nosotros, ¿verdad? —supliqué—. ¡O sea, la chorrada esta del exilio no se te aplica! Necesitamos a nuestra profesora de siesta en la Casa de Brooklyn.

Bast amasó su ovillo de lana y lo tiró escalera abajo. Tenía una expresión bastante triste para ser una felina.

—Oh, gatitos míos. Si pudiera, os cogería por el pellejo del cogote y os llevaría conmigo para siempre. Pero habéis crecido. Tenéis las garras afiladas y la vista aguzada, y cada gato ha de abrirse su propio camino en el mundo. Por ahora debo despedirme, aunque estoy segura de que volveremos a encontrarnos.

Quise argumentar que no había crecido y que ni siquiera tenía garras.

(Carter no está de acuerdo, pero ¿qué sabrá él?)

Sin embargo, una parte de mí sabía que Bast estaba en lo cierto. Habíamos sido afortunados de tenerla tanto tiempo junto a nosotros. Ahora teníamos que ser unos gatos adultos... esto, humanos adultos.

—Oh, Tarta... —La abracé con todas mis fuerzas, y la noté ronronear.

Me revolvió el pelo. Luego frotó las orejas de Carter, lo que me divirtió bastante.

—Venga, marchaos —dijo—, antes de que empiece con los maullidos lastimeros. Además... —Fijó la mirada en el ovillo de lana, que había caído hasta el pie de la escalera. Bast se acuclilló y tensó los hombros— me espera la cacería.

—Te echaremos de menos, Bast —dije, intentando no llorar—. Buena caza.

—Ovillos —dijo distraída, bajando con paso acechante—. Una presa peligrosa, el ovillo...

Carter y yo cruzamos el portal. Esta vez nos dejó en el tejado de la Casa de Brooklyn.

Aún tuvimos otra sorpresa. De pie junto al establo de Freak, Walt estaba esperándonos. Sonrió al verme, y me flaquearon las piernas.

—Hummm, yo... estoy dentro —dijo Carter.

Walt vino hacia mí y yo traté de recordar cómo se respira.

22. El último vals (de momento)

SADIE

Había vuelto a cambiar de estilo.

De todos sus amuletos, solo tenía puesto uno: el *shen* que hacía juego con el mío. Llevaba camiseta negra sin mangas, vaqueros negros, cazadora de cuero negra y botas militares negras, una especie de mezcla entre los gustos de Anubis y Walt, aunque le daba el aspecto de alguien totalmente distinto y nuevo. Pero sus ojos aún eran como los recordaba, cálidos, castaños oscuros y adorables. Cuando sonrió, noté el mismo aleteo en el corazón de siempre.

—¿Qué? —le dije—. ¿Esto es otro adiós? —Ya había tenido demasiadas despedidas para un día.

—En realidad —respondió Walt—, es más bien un hola. Me llamo Walt Stone y soy de Seattle. ¿Puedo apuntarme a la fiesta?

Extendió la mano, aún con la misma sonrisa pícaro. Acababa de repetirme las palabras exactas que había dicho cuando nos conocimos, el día en que había llegado a la Casa de Brooklyn la primavera anterior.

En vez de cogerle la mano, le solté un puñetazo en el pecho.

—¡Ay! —se quejó, pero no creo que le hiciese daño. Tenía un pecho bastante compacto.

—¿Cómo te atreves a fundirte con un dios sin decirme nada y darme un susto de muerte? —le reñí—.

«Ah, por cierto, ahora soy dos mentes en un solo cuerpo.» No me hace gracia que me cojan desprevenida.

—Sí que intenté contártelo —dijo—. Varias veces. Y Anubis también. Pero siempre había algo que nos interrumpía. La mayoría de las veces, eras tú hablando por los codos.

—No es excusa. —Me crucé de brazos y puse la peor cara que supe—. Mi madre opina que no debería meterte mucha bronca porque eres un novato en estos asuntos. Pero sigo cabreada. Como si no fuese bastante confuso que... ya sabes, que te guste alguien, para que encima ese alguien se transforme en un dios que también te gusta.

—Entonces te gusto.

—¡No intentes cambiar de tema! ¿De verdad me estás pidiendo quedarte aquí?

Walt asintió. Ahora estaba muy cerca. Olía bien, como a velas de vainilla. Traté de decidir si era la fragancia de Walt o la de Anubis. Sinceramente, no lo recordaba.

—Aún tengo mucho que aprender —dijo—. Y ya no tengo por qué limitarme a crear talismanes. Ahora puedo hacer magia más intensiva, la senda de Anubis. Nadie la ha seguido nunca.

—¿Descubrirás nuevas formas mágicas de irritarme?

Inclinó la cabeza a un lado.

—Podría hacer unos trucos asombrosos con el lino de momificar. Por ejemplo, si alguien habla demasiado, podría invocar una mordaza.

—¡Ni se te ocurra!

Me cogió la mano. Le dediqué un fruncido de ceño desafiante, pero no retiré el brazo.

—Sigo siendo Walt —me dijo—. Todavía soy mortal. Anubis podrá permanecer en este mundo mientras yo siga siendo su anfitrión. Espero vivir una vida buena y larga. Ni él ni yo habíamos creído que fuera posible. Así que no pienso irme a ninguna parte, a no ser que tú quieras que me marche.

Probablemente mis ojos respondieron en mi lugar: «No, por favor, eso nunca». Pero tampoco iba a darle la satisfacción de decirlo en voz alta, ¿verdad? Los chicos pueden ponerse en un plan muy creído.

—Bueno —refunfuñé—, supongo que podría soportarlo.

—Te debo un baile. —Walt me puso su otra mano en la cintura, en una pose muy tradicional, muy pasada de moda, como había hecho Anubis cuando bailamos un vals en la Academia Brooklyn. Mi abuela lo habría visto con buenos ojos—. ¿Me lo concedes?

—¿Aquí? —pregunté—. ¿No nos interrumpirá tu carabina Shu?

—Como te he dicho, ahora soy mortal. Nos dejará bailar, aunque estoy seguro de que no nos quita ojo para asegurarse de que nos comportamos como es debido.

—Será que tú te comportas —contraataqué—. Yo soy una joven de lo más prudente.

Walt soltó una carcajada. Supongo que tenía gracia. «Prudente» no era la primera palabra que solía utilizarse para describirme.

Le di otro puñetazo en el pecho, aunque reconozco que no muy fuerte. Puse la mano en su hombro.

—Y me gustaría recordarte —le advertí— que mi padre es tu jefe en el inframundo. Más te vale tener modales.

—Sí, señorita —dijo Walt. Se inclinó hacia adelante y me besó. Toda mi rabia cayó derretida dentro de mis botas.

Empezamos a bailar. No había música, ni parejas de fantasmas, ni nuestros pies se levantaron del suelo. No hubo nada mágico en la danza. Freak nos observaba con atención, sin duda preguntándose cómo se relacionaba aquella actividad con la generación de pavos para alimentar al grifo. El viejo techo alquitranado crujió bajo nuestros pies. Yo todavía estaba muy cansada de nuestra larga batalla, y no me había aseado como debería. Seguro que tenía un aspecto horroroso. Quería fundirme con los brazos de Walt, que a grandes rasgos es lo que hice.

—Entonces, ¿me dejas quedarme por aquí? —preguntó, su aliento cálido en mi cuero cabelludo—. ¿Puedo probar cómo es la vida de un joven normal?

—Supongo. —Levanté la mirada hacia él. No me costó ningún esfuerzo echar un vistazo en la Duat y ver allí a Anubis, justo por debajo de la superficie. Pero lo cierto es que no hacía falta. El que tenía delante de mí era un chico nuevo, y tenía todo lo que me gustaba—. No es que sea experta en este tema ni nada así, pero tendrás que cumplir una regla.

—Dime.

—Si alguien te pregunta si estás cogido —dije—, la respuesta es sí.

—Creo que podré soportarlo —prometí.

—Bien —dije—, porque no te interesa verme cabreada.

—Demasiado tarde.

—Calla y baila, Walt.

Y eso hicimos, al son de un grifo psicótico que chillaba detrás de nosotros y las sirenas y cláxones de Brooklyn aullando por debajo. Fue bastante romántico.

Así que eso es todo.

Hemos regresado a la Casa de Brooklyn. Las distintas catástrofes que asolaban el mundo se han suavizado (un poco, al menos) y estamos atareados preparando la llegada de nuevos iniciados cuando empiece oficialmente el curso escolar.

A estas alturas debería estar claro por qué tal vez esta sea nuestra última grabación. Estaremos muy liados entrenando, yendo al colegio y viviendo nuestras vidas, así que no creo que haya tiempo de enviar más peticiones de ayuda en audio.

Vamos a meter esta grabación en un paquete bien protegido y a mandársela al coleguita que ha estado transcribiendo nuestras aventuras. Carter es de la opinión de que basta con que la enviemos por correo, pero yo preferiría dársela a Keops para que la lleve a través de la Duat. ¿Qué podría salir mal?

En cuanto a nosotros, no penséis que nuestras vidas serán todo juegos y diversión. Amos no iba a dejar a un puñado de adolescentes sin supervisar y, como ya no teníamos a Bast, ha enviado a unos cuantos magos adultos a la Casa de Brooklyn para hacer de profesores (es decir, de carabinas). Pero todos sabemos quién está al mando en realidad: yo. Ah, sí, bueno, y puede que Carter un poco.

Tampoco se nos han acabado los problemas. Aún estoy preocupada por ese fantasma asesino de Setne, que anda suelto por el mundo con su mente retorcida, su horrible concepto de la moda y el *Libro de Tot*. Además, estoy dando vueltas a lo que me dijo mi madre de una magia rival y otros dioses. No tengo ni idea de lo que significa, pero no pinta bien.

Mientras tanto, todavía quedan acumulaciones de magia maligna y actividad demoníaca de la que tenemos que ocuparnos. Hasta hemos recibido informes de una magia inexplicable en Long Island, que está aquí, al ladito mismo. Tendremos que acercarnos a ver qué pasa.

Pero de momento, el plan es disfrutar la vida, chingar todo lo que pueda a mi hermano y convertir a Walt en un novio como debe ser mientras le voy apartando a las otras chicas... seguramente con lanzallamas. Siempre hay trabajo por delante.

Y a vosotros, a los que estáis ahí fuera escuchando esta grabación, os digo... que nunca estamos demasiado ocupados para admitir a aprendices nuevos. Si tenéis la sangre de los faraones, ¿a qué estáis esperando? Que no se desperdicie vuestra magia. La Casa de Brooklyn no cierra nunca.

Glosario

HECHIZOS QUE UTILIZAN CARTER, SADIE Y OTROS



Drowah - «Limitar»



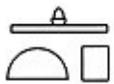
Fah - «Liberar»



Ha-di - «Destruir»



Hapi, u-ha ey pwah - «Hapi, álzate y ataca»



Ha-tep - «Quedar en paz»



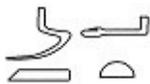
Ha-wi - «Golpear»



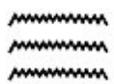
Hi-nehm - «Unir»



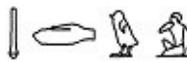
Isfet - «Caos»



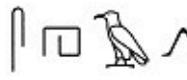
Maat - «Restaurar el orden»



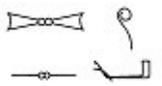
Maw - «Agua»

 **Med-wah** - «Hablar»

 **N'dah** - «Proteger»

 **Sa-hei** - «Derribar»

 **Se-kebeb** - «Crear frío»

 **Tas** - «Atar»

OTRAS PALABRAS EGIPCIAS

Anj: jeroglífico que simboliza la vida.

Ba: una de las cinco partes del alma; la personalidad.

Barcaza: el barco del faraón.

Crioesfinge: criatura con cuerpo de león y cabeza de carnero.

Duat: reino mágico que coexiste con nuestro mundo.

Faraón: gobernante del antiguo Egipto.

Jeroglífico: sistema de escritura del antiguo Egipto, que hace uso de símbolos o dibujos para denotar objetos, conceptos o sonidos.

Ib: una de las cinco partes del alma; el corazón.

Isfet: el símbolo del caos absoluto.

Ka: una de las cinco partes del alma; la fuerza vital.

Jopesh: espada con filo curvo en forma de garfio.

Maat: orden del universo.

Netjeri (azuela): cuchillo hecho de hierro meteórico que se emplea en la ceremonia de apertura de la boca.

Per Anj: la Casa de la Vida.

Rejet: sanador.

Ren: una de las cinco partes del alma; el nombre secreto, la identidad.

Sarcófago: ataúd de piedra, a menudo decorado con tallas e inscripciones.

Sau: creador de amuletos.

Shabti: figura mágica de arcilla.

Shen: eterno, eternidad.

Sheut: una de las cinco partes del alma; la sombra; también puede significar estatua.

Sistro: objeto de bronce para hacer ruido.

Tjesu heru: serpiente de dos cabezas, una en cada extremo del cuerpo, y patas de dragón.

Tyt : símbolo de Isis.

Vaso canopo: recipiente empleado para almacenar los órganos de una momia.

Was : poder; báculo.

Diosas y Dioses mencionados en *La sombra de la serpiente*

Anubis: dios de los funerales y la muerte

Apofis: dios del caos

Babi: dios babuino

Bast: diosa gata

Bes: dios de los enanos

Geb: dios de la tierra

Gengen-Wer: dios ganso

Hapi: dios del Nilo

Heket: diosa rana

Horus: dios de la guerra, hijo de Isis y Osiris

Isis: diosa de la magia, esposa de su hermano Osiris y madre de Horus

Jepri: dios escarabajo, aspecto de Ra en la mañana

Jonsu: dios de la luna

Mehit: diosa leona menor, casada con Onuris

Neit: diosa de la caza

Nejbet: diosa buitre

Nut: diosa del cielo

Osiris: dios del inframundo, marido de Isis y padre de Horus

Perturbador: un dios del juicio que trabaja para Osiris

Ra: dios del sol, dios del orden, también conocido como Amón-Ra

Sejmet: diosa leona

Serket: diosa escorpión

Set: dios de la maldad

Shu: dios del aire, bisabuelo de Anubis

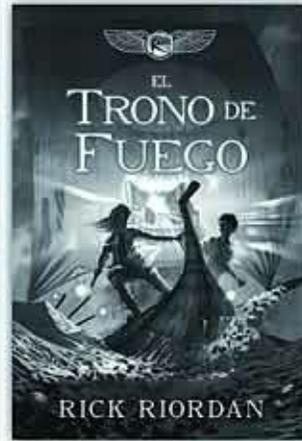
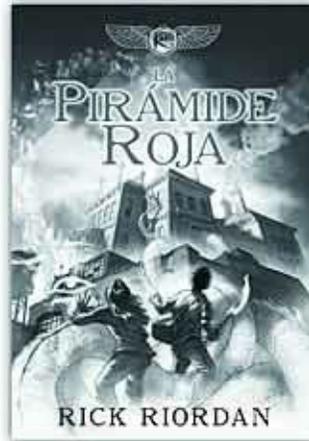
Sobek: dios cocodrilo

Tauret: diosa hipopótamo

Tot : dios del conocimiento



JUGÓ CON FUEGO Y DESATÓ LA IRA DE LOS DIOSSES



montena